

M.A. Petersen

+18

**MIAG**  
*Té atreves?*

Este libro es una obra de ficción, basado en algunas anécdotas y material de dominio público de personas (y personajes) de la vida real.

Dedicado a mi muy admirado **Roy Haylock**, quien encarna a la hilarante e irreverente **Bianca del Río**, mi dragqueen favorita de todos los tiempos (googléenla y verán).

Eres un sujeto increíble, Roy, lo sé de la única vez que te he visto en persona, pero eso traspasa las pantallas. Has alegrado incontables veces mis días y por eso, pese a no ser la heroína, (o el héroe) clásico de las novelas, he querido escribir ésta pensando precisamente en ti. Espero sinceramente que algún día encuentres a tu propio Domingo Corona y no digo más, para no caer en un spoiler.

Un beso grande a la distancia y espero que alguien te traduzca esto, ya que, como toda persona que lea esta novela sabrá, no hablas más que dos palabras en español, mi querida pu\*\* su\*\*\*

Quisiera también plasmar mi cariño y agradecimiento a uno de mis principales referentes en el arte del transformismo, Óscar Guzmán, quien interpreta a la fabulosa Reina del Café Concert, la sin igual Asskha Sumathra: querido amigo, gracias por esas conversaciones, aportes y confesiones de camarín. Espero sinceramente que disfrutes esta historia y ansío el momento de que me compartas tus impresiones.

M. A. Petersen

# Capítulo 1

—¡Mierda! Disculpa...

En sus largos años de trayectoria más de alguna vez había tenido fantasías del estilo, pero teniendo en cuenta la carga de trabajo y la fama alcanzada en un importante programa de televisión tipo *reality*<sup>[1]</sup>, la que había crecido como la espuma últimamente, por más atractivo que fuera el hombre que había entrado sin tocar, ni pedir permiso a su camarín, no iba a dejarse llevar por locas ideas románticas e iba a mantener su aguda mente atenta y fría, ¡no olvidar que el ambiente estaba plagado de locos!

Aunque era bastante normal que algún fan se colara con ayuda de alguien del local en el que fuera a actuar para saludar y tomarse una selfie o pedirle un autógrafo por fuera del *meet and greet*<sup>[2]</sup>, que se había agotado a los pocos minutos de ponerse a la venta por internet, el tipo que acababa de entrar en su camarín no le prestaba demasiada atención, al contrario, parecía hasta no haberlo reconocido.

Por un segundo pensó en echarlo o llamar a seguridad para que ellos se encargaran del intruso, sin embargo tras verlo espiar por la puerta para asegurarse, se había volteado y le había sonreído con picardía, lo que le produjo una sensación de agradable calidez, bajando levemente la guardia.

—Es mi hermana mayor que me tiene hasta el cuello y estoy tratando de esconderme un rato de su rollo de contabilidad...

Claro, de algo le sonaba, y el parecido familiar con la administradora del club era del todo evidente, sin embargo había un sinnúmero de notables diferencias.

Aquel sujeto debía pasar fácilmente por unos treinta centímetros a la chica, y a él mismo por unos doce, de cuerpo atlético y facciones varoniles, acentuadas por una barba hermosa, definitivamente bien cuidada. Tenía el mismo color de ojos y el cabello castaño de su hermana, pero con unos brazos, una espalda, unas piernas y un culo que se podían adivinar por debajo de su elegante traje y que lo dejaron inusualmente sin habla.

Aunque su nivel de comprensión del español era bastante menos que aceptable, había conseguido captar la idea de que él había entrado a su camarín intentando escapar de la chica que lo había recibido hacía algunas horas en el aeropuerto por un tema de dinero.

Mmmm, tal vez después de todo sí valdría la pena tomarse algunas clases y aprovechar a que la mayoría de su familia era de origen latino, ya que en su voz grave aquella lengua sonaba, por no decir otra cosa, sumamente sensual.

—Creo que no has entendido ni una palabra de lo que he dicho... —con una tenue chispa de diversión cercana a la burla en sus ojos del color de la miel, ahora le hablaba en el más correcto inglés— Es raro que alguien tan evidentemente latino no domine el idioma de sus ancestros.

—¿Y qué sabes tú respecto a mí?

—A grandes rasgos, solo lo que pone en el espectacular que diseñé para promover tu show y un par de cosas que te escuché decir de tu familia en un *trailer*<sup>[3]</sup> que mi hermana insistió en que

viera cuando me propuso contratarte.

—Sueño con que mi actuación llegue a ser del todo de su agrado, patrón, —la expresión sarcástica—despectiva que compuso no hizo más que encender nuevamente sus pupilas doradas de obvia diversión— ¿no?

—Sí, podrías decirme así por ahora ya que cerramos trato para todas nuestras locaciones, pero si no te importa, prefiero que me digan Dom.

—Entonces Dom... ¿Como los Dominantes de látex negro y látigos? Muy apropiado para “el jefe”.

—No. Es “Dom” por Domingo, sin embargo si te emociona, puedes imaginarme como gustes.

—¡Ja! Ya quisieras...

—¿Y tú no?

Él le guiñó un ojo, sonriendo, y volvió a salir del camarín tan rápido como había entrado.

Entonces ese era el muy mentado Domingo Corona, actual dueño de un buen número de teatros y otros locales de esparcimiento alrededor del mundo en los que se presentaban los números que estaban dando más que hablar, sin importar el género, nunca mejor dicho.

Salvo por algunos contratos previos, su propio show estaba comprometido con él por al menos los siguientes seis meses, lo que había supuesto una alegre celebración por parte de su mejor amigo Stan, a quien aunque nunca había querido llamarlo o asignarle oficialmente el puesto de su asistente, lo era. La verdad, ambos se asistían mutuamente en cuanto a su trabajo como dragqueens. Aunque aún más indispensable era para ayudarlo a mantener los pies firmes en la tierra.

—¿Todo bien, Roy? —siempre atento a ayudarlo, había dejado a medio plancharse el pelo para asomarse desde el baño al oír la puerta cerrarse— ¿Con quién hablabas?

—Tú como si nada. Es que ya empiezo a parlotear solo.

—No trates de enloquecerme a mí. Escuché claramente a alguien...

—Ah, sí. Era el dueño del teatro que preguntaba si nos hacía falta algo. Yo le dije que teniendo luz, un espejo y vodka... aunque ya sabes, teniendo vodka, la luz y el espejo quedan en segundo plano.

—¡Payaso! Pero pasando a otro tema, ¿lo viste bien? Dicen que es un sueño erótico andante.

—No es nada del otro mundo. Le doy un ocho con buena voluntad...

—Mmmm, por como te brillan los ojitos bajo esos cinco kilos de pestañas, no me lo acabo de creer. ¿Acaso fue descortés con mi reina?

—¡No seas idiota!

—Anda, ¡cuéntame!

—Ok, ok, de acuerdo. Si lo que quieres saber es si está bueno, lo está. Si quieres que te diga qué tan bueno... ¡Por Dios Santo! Como el pastel de acción de gracias de tu madre y, que Fran me perdone, aún mejor.

—¿Y entonces por qué lo dejaste ir tan pronto?!

—Seguro tenía mil cosas que hacer antes del *meet and greet*.

—¿Va a estar en eso?

—Supongo. Normalmente el que pone los dólares quiere fiscalizar la inversión.

—¡Ojalá! Aunque lo del pastel ha sido esclarecedor, en especial después de que le besaste las manos a la vieja tras tu tercera rebanada, quiero ver con mis propios ojos por qué se dice lo que se dice por allí de Domingo Corona.

—Domingo Corona, uhmmm... si yo fuera tu madre, lo aprobaría. El pretendiente de valores y



costumbres familiares que toda suegra latina quiere.

—Sí, pon cuidado de no ser tú del tipo de suegra que anda tras su yerno enseñándole el escote...

—En tal caso, ya vamos por mal camino. Si no me dices, no tengo idea de dónde puse el relleno de las *boobies*<sup>[4]</sup>. Como ya te decía, si hay vodka...

En ese momento alguien golpeó a la puerta del camarín.

—Voy. No matemos la magia dejando que alguien más te vea a medio hacer.

—Claro, yo me voy a creer esa, pero bienvenido seas si quieres atender.

—Hola, ¿sí? —era evidente que el “jefe” no había vuelto, o estaba seguro de que Stan lo habría hecho pasar sin siquiera darle otra vuelta de pensamiento a aquello de que lo vieran “a medio hacer”— ¡Oh, que amable! Por supuesto dale las gracias de mi parte y sobre todo de Bianca. Aquí tienes una propina.

—¿Quién era?

—Un garzón con una disculpa por las molestias de parte de Dom y una hielera... ¡Hablando de vodka!

—¿Absolut de parte del jefe tacaño?

—Para nada. Un *Kauffman Vintage Luxury*<sup>[5]</sup>, ¡por Dios! Antes solo había visto fotos de esta botella. Sí que es espléndido el hombre. Creo que después de todo no fuiste un completo dolor de muelas.

—Gracias por el respaldo, *sis*<sup>[6]</sup>.

Contrario a lo que había vaticinado, Domingo no se apareció por el *meet and greet*. Para peor, cuando faltaba tan solo media hora para que saliera a su show, le informaron que lamentablemente el jefe no podría estar presente durante el espectáculo, lo que le produjo un molesto cosquilleo a su ego, sin embargo intentó desentenderse de aquella vocecilla interior que, al igual que él, tenía un sarcástico y cáustico sentido del humor, especialmente cuando se trataba de burlarse de su lado blando, aquel que muy pocas veces dejaba asomar montado en personaje, mucho menos presentarse ante los demás.

“Ja, y tú que te creías que aquel monumento te había coqueteado... No seas iluso, lo más probable es que sea una rutina bien ensayada y lo haga con cada protagonista de algún número que contrate para endulzar los acuerdos económicos a su conveniencia. Seamos honestos: de dónde sacaste que una dragqueen más payasa que sexy iba a moverle un pelo a un tipo al que las chicas y los chicos bonitos le deben llover como en el diluvio universal? ¡Ay, Roy! ¿Acaso eres un debutante?”

—¡Bah!

—¿Decías, cariño?— Steve estaba asomado por un costado del telón chequeando al público cuando lo escuchó— Ya es casi la hora y esto está a reventar.

—Nada, estaba contándome un chiste, pero ya me lo sabía y no me dio risa.

—Bueno, entonces mierda, mierda, mierda<sup>[7]</sup> y, —no podía faltar la palmadita simultánea en el trasero para la suerte— ¡a brillar!

Tal como Steve había dicho, aquel club estaba repleto y pese a las barreras del idioma, la gente lo había recibido con el mayor entusiasmo, aplaudido cada una de sus ocurrencias, en especial las más odiosas y ofensivas, y lo habían despedido con una gran ovación, teniendo que prometer que volvería pronto con un espectáculo de larga duración a esa ciudad, so riesgo de que echaran abajo el lugar pidiendo a cada oportunidad una broma más.

Como solía hacer, se tomó varias fotos con el elenco estable del local y, ya cansado con el largo vuelo y las horas que se había tomado para al menos dar una vuelta por la zona principal de la ciudad, aceptó una copa de camino a su camarín y entró a cambiarse.

—Mi hermana ha tenido toda la razón al recomendarte...

—¿No se supone que no estarías presente? —haciendo como si le diera igual su presencia en el camarín, dio un largo sorbo a la deliciosa copa de vino tinto y la dejó sobre el mesón para quitarse la peluca simulando no prestarle mucha atención— Espero no haberte hecho correr para regresar a tiempo.

—Para nada. Le pedí a uno de los chicos que avisara que no estaría aquí para que pudieras relajarte y hacer lo tuyo, ya que me comentaron que de cierta manera te preocupaba que la gente no prendiera al no hablar el idioma. Digamos que no quería incomodarte con la presión de estar fiscalizando tu actuación.

—No te preocupes, jefe. Soy un hombre gay, ¿sabes? Si soy capaz de aguantar ya sabes dónde una pija, puedo con un poco de estrés laboral por parte del dueño...

—Jajajajaja, ¡sí que eres rápido! Bien, entonces, —Domingo tomó una caja desde un mesón donde la había dejado y se la entregó— aquí están los regalos de tus fans y te dejo tranquilo para que puedas cambiarte. Luego, que tu asistente me contacte para disponer que un vehículo los lleve al hotel, salvo que quieras quedarte a la fiesta.

—¿Tú te quedas? —¡Mierda! La pregunta se le había escapado antes de poder cerrar la boca— Digo, por si me das una idea de si será posible que pueda bajar sin que los fans se alboroten demasiado...

—Mmmm... —su sonrisa de galán de telenovela, pagadísimo de si mismo, le dejaban claro que la excusa para encubrir su interés respecto a él no había logrado que pasara desapercibida— Si lo pones así, creo que será mejor que aproveches de descansar, porque si aparece Bianca allá abajo, seguro no te dejan en paz.

—Roy.

—¿Quién?

—El que bajaría sería Roy.

—Entiendo... aún así, una super estrella drag internacional debe ser tan famosa en personaje como de “civil”, por lo que, o te quedas en el *VIP*<sup>[8]</sup>, o te armas de paciencia para todo lo que se pueda presentar. Por supuesto, te puedo proveer de uno o dos guardias.

—Aunque suena tan tentador como una colonoscopia, creo que optaré por volver al hotel. Mañana nos queda otra función aquí mismo y luego... bueno, no te aburro con los detalles. Estaré en un par de semanas en uno de tus locales y ya te irán diciendo cómo resulta nuestro negocio.

—De acuerdo. No dudes en avisar al personal para que tengan preparado un auto. Ha sido interesante conocerte... ¿Cómo prefieres que te llame?

—Da igual, Roy o Bianca, o como quieras.

—Bien, buenas noches, *Mr. B.*<sup>[9]</sup>

## Capítulo 2

Pese a toda la vertiginosa actividad que generaba moverse de ciudad en ciudad para presentarse en las discotecas y teatros con los que había cerrado negocios con anterioridad, estaba deseando terminar con esa previa y ponerse al fin a disposición del *holding*<sup>[10]</sup> de los Corona, no porque quisiera ver al presuntuoso empresario del cuerpo de Adonis, para nada, sino que por fin podría relajarse, teniendo que cumplir con no más de dos funciones excelentemente bien pagadas a la semana.

Si el pequeño teatro en Sudamérica le había parecido sumamente moderno y aún así del todo acogedor, la primera parada en Miami lo dejó boquiabierto.

Roy se tenía bastante fe y el público confirmaba indudablemente su éxito función tras función, sin embargo aquel lugar era virtualmente un enorme potrero, guardando el parecido con dicha descripción solo por el tamaño, ya que al igual que la locación anterior de los Corona, el club era magnífico, bien cuidado y decorado con nada más que buen gusto y bastante lujo. Y las acomodaciones del hotel incluían todo el tratamiento de estrella, para no ser menos en la escala de esplendor de ese contrato.

Sonriéndole auténticamente, y tras un autógrafo y una generosa propina, se despidió del chico que le informó que en breve le traerían la llave del camarín y que subió su maleta hasta allí, reconociendo el arribo de Stanley al venir cacareando alegremente con alguien más por el pasillo, tan entusiasmado como el cachorro que rodeaba al bull dog en las caricaturas domingueras de Warner Brothers.

—Buenas tardes, *Mr. B.* —por supuesto que era demasiado temprano para que estuviera así de maquillado, pero quería probar las luces ya hecho el rostro de Bianca y, lejos de dotarlo de esa sonrisa burlona y brillo travieso en la mirada, encontrarlo en personaje debió haber sido apreciado como profesionalismo, no darle pie a bromas, si el comediante era él— Ya mentalizado y preparado, veo...

—¡Ah! Eras tú... con razón el tono chillón de mi amigo y el olorcillo a azufre en el ambiente.

—Es un honor que me recuerdes con afecto...

—Yo no he usado un tono chillón contigo, ¿verdad, Dom? —si hubiera parpadeado más veces, seguro su permanente de pestañas habría causado un huracán en Hawaii o algo así— ¿Te puedo decir Dom?

—Claro, mientras yo pueda llamarte Stanley. Hay diminutivos que sí, y otros que no...

—Llámame Stanley o como quieras, muñecote, pero no dejes de llamar...

—En fin, *sis*, seguro el patrón tiene otras cosas que hacer, como arrojar cachorritos en un saco al río, así que señor Corona, ¿en qué puedo ayudarte?

—Te he traído las llaves del camarín, aunque siéntete libre de compartir con el elenco estable... si gustas. Y quería saber si bajarás a probar el audio o si requieres algún tipo de iluminación en especial para que podamos programarla de acuerdo a tus preferencias.

—¡Ay, Dios mío! —evidentemente Stan no había captado ni una brisna del sarcasmo implícito en toda aquella amabilidad— ¿Acaso este hombre no es un sueño?

—Sí, como ese en que despierto rodeado de payasos asesinos bajando de un Fiat Quinientos, cuchillo en mano...

—Jajaja, buena esa, *Mr. B.*, aunque te aseguro que yo no entro en un Quinientos... —la sonrisa burlona de dientes perfectos que le regaló le erizó los pelillos de la nuca igual que a un gato encrispándose— Bueno, los dejo ahora. Quedan en su casa y nos vemos a las diez p.m. para el *meet and greet*.

—O antes si quieres, corazón, total ya has visto a Bianca a medio montar.

—También montada... —las últimas palabras las dejó escapar con un aire de malicioso misterio— pero no aquí.

—¿Te refieres a la última vez en... cómo se llamaba la ciudad?

—No. Yo a veces también sueño... —otra sonrisa cargada de perfidia e ironía iluminó su cara mientras le guiñaba un ojo a Roy— ...con payasos.

—Uy, jefe, eso ha sido maldad... ¡Maldad pura!

—Al que le quede el poncho, que se lo ponga, pero créeme que esa idea puede estar sujeta a interpretaciones.

—Si no les importa a ustedes dos, aún tengo cosas que afinar, así que nos pondremos ahora manos a la obra Stan—ley.

—Hasta la noche entonces.

—Besitos, Dom.

¡Idiota creído! Pero no iba a darle el gusto de picar el anzuelo y contestarle en esos momentos con la cabeza en caliente.

Sabía de sobra que los adeptos a un club disfrutaban a rabiar cuando subía al columpio de sus insultos al dueño, por lo que esperaba a que su plato de venganza se enfriara lentamente hasta su espectáculo de la noche. Entonces vería el señor Corona lo que se ganaba con tratarlo de payaso al ponerlo alegremente a caer de un burro<sup>[1]</sup>.

Aunque había preparado inicialmente otro vestuario, esa noche necesitaba deslumbrar por completo al público para darle una probada en toda la regla a Domingo de lo que podía llegar a pasarle cuando el Huracán Bianca arrasara con la ciudad, por lo que sacó uno de sus mejores caballitos de batalla, un vestido largo y ajustado de lentejuelas, tan negro como el humor que se traía, pero engalanado con un enorme cuello y tocado amarillo—azulado adornado con un manojo de relucientes y largas plumas de gallo que había sido elogiado insaciablemente en todas las redes sociales. Sumado a eso, y pese a las alarmas que su bien provisto cerebro le hizo tratar de ver respecto a los peligros de estrenar zapatos que eran tan incómodos, como especialmente difíciles de dominar, eligió unos tacones realmente vertiginosos y una larga y reluciente peluca negra que peinó en un elaborado moño, masticando y disfrutando cada ocurrencia que estaba llegando a su mente respecto al estirado y pagado de sí señor Corona. El material para el show era oro puro, aunque derretido a miles de grados, acompañado de rayos y centellas.

Sis, ¿qué pasó con el vestido color mango y el sombrero playero?

—Nada, era demasiado sencillo.

—Pero es Miami, Roy. Lo elegimos por eso, para ponernos a tono con el sol, la playa, la gente semi desnuda y las bebidas con sombrillitas.

—Da igual, lo usaré mañana, pero esta noche quiero tirar abajo este club.

—Oye, ¿qué te está pasando a ti? ¿Por qué estás de ese ánimo tan belicoso?

—Los tiburones, chica, que se sienten rondando en estas costas, olfateando la sangre...



—Mmmm, mami, ¿estás segura de que todo marcha bien?

—Claro que sí.

—Bueno, bueno. Si aún no me necesitas, voy a bajar a ver cómo está la cosa para el *meet and greet*, ¿te parece? Y de paso veré si vendrá finalmente Domingo a acompañarnos... ¡Dios mío! Todo lo que había escuchado respecto a sus atributos se quedó corto. Puedo sentir como se anega mi sótano de solo pensar en él.

—Comienzas a sonar como un viejo disco rayado, Stan. Una vez conocí a una abuela que quedó así por la demencia senil y un grave e incurable caso de sífilis cerebral contraída en Pearl Harbor, intentando echarse al saco a todo lo que se le pasara por delante... El tipo está bueno, pero ya cálmate un poco.

—¿Bueno? ¡Ja! Lo que pasa es que yo creo que aunque lo niegues a muerte, a ti te parece mucho más que “bueno” y te pica el ego que no esté como el resto de la gente del mundillo, besándote el culo.

—¿En verdad, reina?

—Yo solo digo, pero, ¿cuándo fue la última vez que dudaste y cambiaste un vestuario ya preparado, con peinado y todo?

—Nunca.

—¡Ahí lo tienes! El jefesote buenorro te pone todo inseguro...

—Querido, hay que bajarle al colesterol del malo, ¿eh? Estás comenzando a desvariar como una de mis tías hondureñas...

—Si yo desvarío, entonces seguro no te importará usar a Domingo en el concurso de esta noche, ¿verdad?

—En lo más mínimo.

—De acuerdo. Si subes a nuestro super—delicioso—jefazo al escenario y no se te saltan los pinches de la peluca, aceptaré que estoy equivocado y que no tiene el menor efecto afrodisiaco sobre ti.

—Vale, trato hecho, peeeero si yo gano, mmmm, no lo sé... deberás realizar una penitencia que yo decida cuando piense en algo lo suficientemente perverso para que me pagues el escuchar toda esa cantinela sobre los atributos y blá, blá, blá de Domingo Corona, ¿ok?

—Eso no se vale.

—¿Qué acaso no estabas tan segura de que me mueve el piso?

—Cien por ciento, chica.

—¡Entonces lánzate al río, perra!

—De acuerdo, Bianca. Trato hecho.

Roy se preparó con un vestido de coctel y una peluca relativamente corta para el *meet and greet*, evitando exponerse temprano al calor y la humedad para no tener que hacer demasiadas correcciones a su maquillaje posterior.

Cerca de las diez, Stan aún no regresaba, por lo que tomó su celular, algo de dinero y las llaves del camarín, las metió a un bolso y decidió bajar por su cuenta. Ya al regresar, tenía intenciones de reunirse con las demás transformistas<sup>[12]</sup> a retocarse, tomar una copa y conversar un rato antes de salir al escenario.

—¡Que hoyuelos más adorables!

—¿Eh? —En su mente registró que nuevamente el diablo vestía de Prada... o más bien, si no se equivocaba y difícilmente lo haría en cuanto a diseñadores de moda, de Armani— No sabía

que el vestido estuviera tan corto que pudieras verme el trasero.

—La idea suena interesante... —claro, por eso no había llegado la rata traidora de Stan, porque le había enviado al tiburón vampiro en persona a hacer guardia a su puerta, intentando ganar ventaja para su apuesta. Y como si eso fuera poco, el muy impertinente había deslizado el dorso de su dedo índice por una de sus mejillas con absoluta familiaridad, sin apartar su mirada de la suya— Sin embargo me refiero a estos.

—Sí, también le fascinaban a mi tío... ¿Estamos listos?

—Falta aún un par de minutos, pero si te apetece, podemos acercarnos al balcón de la oficina y puedes saludar a la gente que ya está hace rato haciendo la fila para entrar al club a verte, salvo que prefieras quedarte nada más con los que pagaron el *meet and greet*.

—Vamos. A mí eso de pagar extra por estrecharme la mano y tomar una mala foto no me parece apropiado, pero son los empresarios los que buscan exprimirle a la experiencia hasta la última moneda.

—¿Acaso crees que soy todo un Scrooge<sup>[13]</sup>, *Mr. B.*?

—Después de esa botella extravagante de vodka que nos enviaste la última vez, resultaría todo un malagradecido si pensara eso, ¿no?

—Entonces seamos ambos de lo más generosos y bajemos a compartir con los fans esta noche tras el show, ¿quieres?

—Claro, como si pasearte del brazo de Bianca no tuviera ningún efecto publicitario extra para tu negocio.

—Ven como Roy.

—Ya dijiste la otra vez: —en un intento retorcido de imitar la voz grave de Domingo, le salió algo más parecido a un ogro con problemas del habla— “una super estrella drag internacional debe ser tan famosa en personaje como de civil.”

—Jajajajaja, ¿así te sueno? ¡Vaya! Que desilusionante y anticlimática sorpresa...

—¡Dios! Espero no haber mellado tu colosal autoestima... Peero, si quieres congraciarte desinteresadamente con tus clientes, podrías subir al escenario y participar en el juego de mitad del show.

—¿De qué se trata?

—Te haría hacer algunas payasadas, beber un trago de golpe y tal vez refregarte un poco bailando con alguien.

—Bien, —¿acaso una mirada y una sonrisa maliciosa habían aparecido y desaparecido inmediatamente de su rostro? ¿O imaginárselo como un tiburón con tres hileras de dientes ya estaba comenzando a afectarle la percepción?— de acuerdo.

—Entonces vayamos al balcón ahora.

—Sus deseos son órdenes, *milady*.

## Capítulo 3

Si por un segundo había tenido sus dudas respecto a la enormidad del club y de que su público no sería el suficiente para llenarlo, la fila que daba la vuelta en la esquina de la cuadra y que se había convertido en un hervidero de gente gritando en cuanto hicieron su aparición en el balcón, despejó violentamente cualquier reparo o titubeo al respecto.

Por supuesto, la difusión y promoción había superado sus expectativas, al punto de haber soltado varias frases burlonas producto del pudor que le produjo ver algunas gigantografías de camino al club desde el hotel que anunciaban gráficamente toda su bufona realidad y que, por supuesto, debían estar repartidas por toda la zona.

Encontrarse con su personaje retratado de cuerpo completo, pero de cinco metros de altura era algo para lo que no estaba aún preparado, sin embargo el gentío abajo que no paraba de corear su nombre artístico era clara demostración de que los Corona sabían lo que hacían y que sin duda su éxito era algo tangible y en pleno crecimiento.

—¡Tu público realmente te adora!

—Veo que te sorprende...

—Para nada, —¿En verdad él acababa de verlo con una expresión cercana al orgullo? ¿O acaso las capas y capas de máscara de pestañas le distorsionaba la visión? Aunque el hecho de que permaneciera varios pasos atrás para darle espacio y que fuera protagonista, sin robarle parte de su momento, eran prueba de que esa impresión era posiblemente correcta— solo estoy planteando un hecho evidente, *Mr. B.*

—¿Mucho bueno para el negocio, —Roy usó un tono burlón, imitando el mal acento *country*<sup>[14]</sup> de los *spaghetti western*<sup>[15]</sup> traducidos al español que veía su padre los fines de semana— compadrito?

—Jajajaja, Bianca, eres un dolor recurrente al hígado.

—No sabes cuánto...

Domingo lo había llamado “Bianca”, como la gran mayoría de la gente, pero a diferencia del resto, eso le había producido una molesta sensación en algún lugar de su encorsetado abdomen.

Tal vez estaba queriendo ver bajo el agua y lo había hecho porque estaban ante su público, montado en personaje, sin embargo en aquel momento le había sonado diferente y curiosamente poco agradable a sus oídos.

Tal vez se había acostumbrado ya a su particular “*Mr. B.*”, forma en que solo él lo llamaba y que le daba una sensación de trato personalizado entre ellos, aunque fuera para provocarlo, que la mención de su nombre artístico había algo así como enfriado.

En todo caso, ¿por qué le daba importancia? En la calle miles de personas repetían sin cesar “Bianca”, “Bianca”, “Bianca”, y no estaba pensando en eso, regocijándose por los frutos de años de trabajo duro, sino que se encontraba prestándole casi su exclusiva atención al molesto cosquilleo que le generaba que Domingo Corona usara exactamente la misma palabra para dirigirse a ella. A él.

Reprendiéndose mentalmente por haber permitido desalentarse por semejante tontería, alzó la

mano para saludar a su público con una sonrisa torcida y un guiño insolente, lo que provocó nuevas olas de emocionados gritos y aplausos de la multitud, tirándole varios besos y capturando en el aire un peluche que alguien lanzó con notable habilidad antes de despedirse para ir de una vez al pequeño salón preparado para el *meet and greet*, pasando por su lado sin siquiera dirigirle una mirada, sin notar la sonrisa divertida y el brillo complacido en la mirada del “tiburón”.

E igual que al asomarse al balcón, la algarabía en el *meet and greet* estaba al máximo, con la diferencia de que allí los fans tenían la oportunidad de compartir en exclusiva unos minutos con el artista de turno.

Con tiempo se había informado que habría cincuenta invitados, por lo que había preparado fotos autografiadas para poder dedicarle el par de minutos completos que tenía cada uno a conversar y conocer a sus seguidores. También Stan se encargaba de anotar los correos electrónicos de cada cual para poder enviarles las fotos con Bianca que él mismo tomaba.

Domingo había tomado asiento en una esquina tras disponer que dos guardias estuvieran pendientes de que no se produjera ningún altercado, atento todo el tiempo, aunque sin intervenir, sonriéndole y saludando amablemente a sus clientes las muchas veces en que ellos se detenían a hablarle antes de salir.

Era comprensible que estuviera allí por ser el dueño, pero ¿por qué su presencia tenía que ocupar tanto espacio? De acuerdo que era un tipo alto y tenía un cuerpo hecho para lucir sus muy elegantes trajes, pero tampoco eso era motivo para que absorbiera el oxígeno del lugar, al menos con respecto a él, porque al resto parecía fascinarles su presencia.

Bueno, eso tenía lógica. Por muy pesado que fuera, el hombre era apuesto y más, sin duda, lo que hacía que la gente en general lo tratara como si fuera de una raza superior, en especial en ese ambiente.

De reojo le echaba alguna mirada de tanto en tanto, lo que estaba seguro que lo haría ver bizco en varias de las fotos que Stanley estaba tomando y que acabarían convertidas en memes<sup>[16]</sup>, pero esa parte daba igual, mejor para su estilo de reina de la comedia, aunque esa noche la idea no le resultaba tan cómoda.

¿Acaso estaba tan sorbido de los sesos por un idiota bien parecido que estaba pensando hacer algo más refinado y “bonito” a su personaje, pese a que de ese modo le había reportado éxito y fama por montones? ¡Vaya mierda! Sin duda la falta de pareja y la dedicación en exclusiva al trabajo estaba comenzando a afectarle en serio. Tal vez ya era hora al menos de encontrar alguien decente y pulcro para un rato de esparcimiento.

Mr. B., ¿todo bien?

—¿Eh? —y ahí estaba él, viéndolo con algo semejante a una pregunta en esos jodidamente hermosos ojos castaños, haciéndolo espabilar— Estaba en la nubes...

—Ya lo creo. Te decía que ya acabamos aquí, por si los acompaño hasta tu camarín o si quieres que les pida unas copas a ti y a Stanley.

—No, no. Voy a ir a retocarme con las demás antes de volver a cambiarme el vestido.

—De acuerdo. ¿A qué hora necesitas que te ayude con el concurso?

—No te preocupes, no lo decía en serio. Puedo hacer subir a cualquier espécimen del público. Verás que sobran los voluntarios.

—¿Te estás hechando para atrás, amiga?

—No, Stan—ley, —por supuesto, su amigo se perdió la mirada asesina que le echó, pese a los lentes de contacto— es que aquí el Conde Armani no está vestido para la ocasión, ¿qué no lo ves?

Está más bien apropiado para un sepelio.

—No hay cuidado, puedo cambiarme.

—¿Y podemos mirar mientras lo haces?

—Perra, ¿en serio? El patrón va a pensar que en casa te tienen cortada el agua.

—No es a mí a la que hace rato le hace falta un plomero que le destape las tuberías, ¿verdad, *sis*?

—¡Jódete!

—Tú primero, hermana. A las dos estará bien, Dom. Ya verás que vas a divertirte.

—Lo espero con ansias. Nos vemos a esa hora entonces.

Sin hacer caso de la risa burlona de su amigo, recorrió el pasillo hasta su propio camarín para tomar el pequeño estuche de maquillaje de retoque que tenía siempre preparado, quitándose la peluca, el vestido y los tacones, calzándose un práctico par de zapatillas y enfundándose en un cómodo pantalón y sudadera deportivos, subiéndose la capucha para no pasear por allí a medio hacer antes de bajar por detrás del escenario hasta el camarín del elenco estable.

Por fin, relajado a más no poder tras encontrarse con varios colegas de sus muchos viajes de trabajo por todo el país, ponerse al tanto de los chismes, ayudar a estilizar algunas pelucas y reír con el grupo, volvió a su propio camarín, ya con el maquillaje retocado, vistiéndose rápidamente para estar dándole los últimos ajustes a su peluca y tocado cuando lo llamaron a escena.

El recibimiento, cuando el gran telón de boca subió, fue incluso más apoteósico de lo que esperaba. La gente aplaudía cada broma a rabiar, participaban, pedían a gritos ser el o la siguiente en la fila de insultos, gozaban cuando los hacía callar a los gritos y los mandaba al demonio y, sin Domingo a la vista, pese a que por un instante sintió algo de incomodidad, atribuyéndolo al desperdicio de varios buenos chistes a costa suya, la primera mitad del show fluyó como la seda.

Ya había subido y se había burlado junto con el público de dos de los tres participantes del concurso al escenario, cuando sintió que alguien lo tomaba por la cintura desde atrás cuando buscaba entrecerrando los ojos para poder ver con los focos al público. No necesitaba ser ningún adivino, menos cuando de aquellas manos parecía irradiar fuego directo a su piel, pese a las muchas capas de pantimedias, y en especial cuando la gente aplaudió entusiasmada la presencia de su obligatorio tercer candidato, para saber quién era.

—Bien, bien, bien, —al girarse para hacerlo ubicarse en su lugar en el escenario, por una milésima de segundo no supo qué decir. La imagen de él en jeans y camiseta oscuros, dejándolo ver a ciencia cierta ahora unos brazos de músculos marcados, adornados por algunos tatuajes que se moría por examinar milímetro a milímetro para pasar a la espalda ancha y el torso bien definido y... ¡Mierda! O paraba ya o no habría cinta adhesiva que contuviera ajustadas sus ganas — ...veo que el nepotismo sigue estando de moda en el siglo veintiuno. Nuestra tercera víctima de hoy, el mandamás, el único pasajero que llegó aquí en primera clase en su balsa, el incomparable Domingo Corona.

¡Guau! Por la forma en que la gente lo aplaudía, casi podía competir con la propia Bianca en cuanto a popularidad. Acá y allá pudo ver a personas del público secreteándose respecto a él, alcanzando tal estruendo el griterío, que no pudo contenerse.

—Bueno, hermanas, veo que el jefe tiene la aprobación general del público, montón de raritos calientes, ¿qué dicen?

—¡Sí! ¡Bravooooooooo! ¡Guapo! —el público ya había elegido a su candidato predilecto, era



evidente, pero estaba decidido a que tal supuesto mérito le iba a costar ganarlo— ¡Dame un hijo, yo puedo criarlo! ¡Dom, Dom, Dom!

—Sí, sí, bien, gobiérnense, por favor, perras, no tenemos tanto personal de limpieza para trapearles las babas... La primera prueba se llama “ponle hielo a tu margarita” y se trata de que con una copa con tequila, dos mitades de limón, sal, azúcar impalpable y un cordel se las ingenien para preparar una margarita con hielo sin tocar la copa o el cubo de hielo y, obvio, sin hacer una margarita sabor cordel, tienen que sacarlo... el que primero lo logre, pasa al segundo concurso automáticamente. Entre los dos perdedores habrá un desempate teniendo que pagar una penitencia, ¿queda claro? Bien, el tiempo máximo es de tres minutos. Ahora veremos si el jefe sabe algo más que embolsarse el dinero de los borrachines habituales del bar y conoce los pormenores del negocio... en sus marcas, listos, ¡margaritas!

Mientras la chica y el chico que había escogido comenzaron por tratar con dedos nerviosos de atar un hielo desde la hielera llena con el cordel, Domingo untó en azúcar y estrujó entre sus palmas la primera mitad de limón sobre la copa para que se mezclara su jugo con el tequila y luego hizo lo propio con la segunda mitad, reservando parte del jugo para empapar el borde de la copa con él, espolvoreándole sal para que se adhiriera con eso al borde. Mientras, la chica estaba a punto de lograr enlazar el cubo con firmeza, pero al levantarlo, el calor de los reflectores que iluminaban la mesa donde había apoyado el hielo lo derritieron un poco, haciendo que se resbalara del lazo y cayera al suelo. El chico no estaba teniendo mejor suerte, olvidando el cordel e intentando levantar el resbaloso hielo con las dos mitades del limón.

—Vamos vamos, el tiempo corre, queda sólo un minuto... ¿Qué les pasa, gente? Esto es Miami, esperaba por lo menos que borrachos de renombre y fama mundial supieran hacer una margarita... ¿Qué pasa, jefe? La copa te quedó regia, pero ese margarita necesita hielo y vas muy atrasado en ese departamento.

Con una sonrisa confiada, Domingo posó su cabo de cordel sobre los hielos firmes aún en la hielera y los espolvoreó con bastante sal, esperando los segundos restantes en los que por fin el chico comprendió que estrujando un poco los limones harían mejores agarraderas. La chica simplemente se había dado por vencida y había bebido de un trago el tequila tras untar su limón con sal y mascararlo, al estilo Pancho Villa.

—Cinco. Cuatro. Tres... —antes del dos Domingo tiró del cordel al que mágicamente el hielo se había pegado, estallando el público en gritos y aplausos cuando metió el cubo en la copa y el tequila derritió el hielo y la sal, permitiéndole jalar limpio el cordel, mientras el chico intentaba imitar lo del limón en el borde, pero en su afán de usar las mitades como asas, los estrujó demasiado y no mojaron lo suficiente el cristal por lo que nada de sal se pegó al borde de la copa — dos, uno, ¡cero!

—¡Dom, Dom, Dom, Dom!

—Sí, bravo, Einstein, ¿de dónde sacaste ese truco?

—Siempre fui bueno en ciencias, — él se alzó de hombros con una sonrisa radiante y una mirada... ¿coqueta?— especialmente en química...

—¿Estás queriendo decir que no fueron tus poderes mágicos los que pegaron el hielo al cordel?

—Verás, el hielo y la sal son cristales con propiedades semejantes y...

—¡Por Dios, jefe! Para ya... —Bianca tomó la copa de margarita que Domingo había preparado y se la bebió de un solo sorbo, rodando los ojos con gesto aburrido entre risas del público, pero pensando para sus adentros *"mierda, encima de guapo, inteligente, prácticamente*

*lo odio*"— Eras todo testosterona y fantasías sexuales desviadas hasta que te convertiste en un nerd agotador.

—¿Pero te gustó mi copa?

—Mmmm... —la gente volvió a gritar y aplaudir mientras Bianca simulaba estar saboreando el trago en su boca— No está mal, no está mal.

—Tal vez luego me aceptes otra...

—¡Eh, eh, eh, eh!

—Cuidado, señor Corona, —claro, seguramente él iba a perder la oportunidad de hacerse el galán y generar especulaciones que favorecieran su negocio, ¡por favor! Pero su tonito burlón y canturreado dejaría en claro que "eso" no iba a suceder— no soy ningún ratón, yo no cago donde como...

—¡Jajajajajajajaja! ¡Eso es Bianca! ¡Bianca, Bianca, Bianca!

—En fin, pasa por acá y sién...—¡Mierda! Los malditos tacos que había escogido para hacerse la linda le habían jugado una mala pasada dando un tropezón, teniendo Domingo que atajarlo para que no cayera de bruces, quedando para peor con la cara apoyada en su esculpido y duro abdomen, a centímetros de su entrepierna, pero al instante ya sabía cómo volver esa estupidez a su favor, simulando que no quería levantarse y alzándole la camiseta para frotarse contra su piel— Ya, lo reconozco. ¡Fue intencional, sí, fue intencional! Que se mueran todas de envidia. Tal vez sí te acepte la copa después de todo, nene. ¡Jódanse!

## Capítulo 4

De acuerdo que había logrado salir olímpicamente del paso con el público, pero lo que había en esos ojos marrones al ponerse al fin de pie daban clara cuenta de que no le había creído nada, entonces ¿por qué le había dejado salvar el pellejo a su costa?

—¿Todo bien, B.?

—Sí, muchas gracias, sir Lancelot. Mejor pasemos a la segunda parte del concurso... Este esperpen... Perdón, este chico es el segundo duelista, ya que nuestra amiga desistió por evidente compatibilidad ética. Ahora toca hacer otra prueba aburrida para elegir al ganador, pero ya que estamos animados, ¿qué dice el público?

—¡Mucha ropa! ¡Mucha ropa! ¡Mucha ropa!

—Bien, el pueblo ha hablado... maestro, si fuera tan amable de poner una canción apropiada, quien haga el striptease<sup>[17]</sup> más osado, gana.

Sin tardar, los acordes de “Careless Whisper” de George Michael sonaron a todo volumen, yendo el chico de inmediato a por su camiseta, quitándosela sin ninguna ceremonia, arrojándola hacia el lado en que sus amigos estaban entre el público como si verdaderamente se tratara de una estrella de rock y que ellos fueran a disputarse el souvenir, moviendo su cuerpo extremadamente delgado a un exagerado son de la música.

Por otra parte, Domingo tan solo lo observó con una sonrisa entre compasiva y pagada de si mismo antes de volverse hacia él, dar unos pasos decididos como para agarrarlo y aferrarlo a su cuerpo entre gritos y silbidos entusiasmados, haciéndolo tragar en seco, sin embargo a centímetros suyos se detuvo, se inclinó para coger una silla de un costado del escenario, obligándolo a sujetarse de él nuevamente para no caer, y guiñándole un ojo, lo invitó a tomar asiento con un gesto, tomando el borde de su camiseta para subirla milímetro a milímetro, con tan solo espacio suficiente para no rozarse directamente con él. Y encima de todo, ¡cómo sabía moverse!

¿De verdad ese sujeto era real?! En casi veinte años de carrera no se había sentido tan intimidado y a la vez estimulado por una situación sobre el escenario, al punto que el puto mundo podría haberse ido a la mierda en ese instante con tal de que Domingo Corona no dejara de subir esa camiseta, enseñándole su dorada piel.

Y como si le leyera la mente, así lo hizo, demorando el instante en que su perfectamente esculpido torso estuvo ahí, casi a su disposición, recibiendo sin palabras en sus manos aquella prenda del hombre que estaba despertando a la velocidad de la luz sus más urgentes y adormecidas necesidades.

Sin embargo el griterío provocado por la completa desnudez del chico a un par de metros lo devolvió violentamente a la realidad, ofreciéndole una inesperada vía de escape, no sin antes apoyar una mano en esos abdominales preciosos para hacer que se apartara y lo dejara pasar hasta el muchacho.

—Bueno, bueno, bueno, aquí tenemos al ganador.

—¡Nooooooooo! ¡Buuuuuuuuuu! ¡Dom, Dom, Dom!

—A ver, a ver, a ver, ¿quién dijo que esto era una democracia? El juego era a cuál hacía el

baile más osado y nuestro amigo lombriz ha cumplido. Es cierto que el patrón está bueno, pero reglas son reglas.

Cuando acabó de hacer beber a su víctima de una sentada un par de tragos largos de lo que sea que le hubieran acercado desde la barra y entregarle una bolsa de tela con su cara estampada simulando un trabajo de *pop art*<sup>[18]</sup>, se volvió para darle las gracias por participar y devolverle su camiseta a Domingo, a quien había ignorado intencionalmente hasta ese momento para poder volver a centrarse y recuperar los papeles, sin embargo él se había marchado, seguramente a ocuparse al fin de sus asuntos y dejar de llevarlo a él al borde del colapso hormonal.

Pero su camiseta no se había separado ni un instante de sus manos.

Terminada su parte del show, subió definitivamente a cambiarse. Necesitaba silencio, espacio y una copa, de preferencia bien cargada.

Ni siquiera Stan estaba por ahí para incordiar, pero aún así revisó hasta en el baño para no toparse con sorpresas. Entonces se dio permiso para lanzar lejos los tacones con los pies, dejarse caer en el sofá y llevarse aquel trofeo pecaminoso hasta los labios, cuidando de no mancharlo con su labial.

—Mmmmm, ¡Dios! Sí que hueles bien, desgraciado...

El “truco”<sup>[19]</sup>, como pocas veces, lo hizo sentir más incómodo que una rana en un microondas, volviendo a reflexionar sobre la idiotez que había sido ponerse ese vestuario en una noche calurosa, infernal, en Miami. Sin embargo eso le había valido para tener la visión en primer plano de aquellos oblicuos increíbles y, ya que Corona no lo había dejado en evidencia, siempre podía hacerse el loco y simular que ahí no había pasado nada.

A regañadientes y aparatosamente se puso de pie, se quitó el tocado, la peluca y el cuello sobredimensionado del vestido, bajando la cremallera al fin para sacárselo. Más aliviado, se retiró las dos medias esferas de silicona que rellenaban su brasier, soltó las amarras del corset, subiéndolo hasta sus axilas para poder meter las manos en las medias e ir quitando los rellenos de esponja que habían modelado sus caderas y gluteos femeninos. Por lo largo del vestido, no se había “armado” los muslos y pantorrillas, afortunadamente, o en esos momentos se estaría cocinando al jugo.

Acto seguido, volvió a deslizar el corset hacia abajo junto con el sostén y más, quitándose las pantaletas de encaje y retirando ordenadamente una por una las pantimedias, los siete pares que se había puesto, hasta quedar al fin solo en su “truquero”<sup>[20]</sup>, bajo el cual había aplicado una generosa cantidad de cinta adhesiva, amén de tener bastante que disimular.

Como era de suponer, se topó con su amiguito muy contento de haber conocido a aquel desvergonzado, que seguramente estaría muy satisfecho consigo mismo por su pequeño espectáculo, pero mañana sería otro día y dos veces no iba a caer en la trampa con el mismo cebo.

Sin tomar en cuenta los reclamos de su entrepiera, ordenó y guardó religiosamente sus pertenencias, como siempre, sin embargo Stan seguía sin aparecer y para esos momentos ya era necesario, porque tan solo le restaba desmaquillarse.

Miró la hora en su celular y le envió un mensaje a su amigo. Estaba cansado, molesto y quería irse.

Y ahí, sobre el tocador, seguía la dichosa camiseta.

En un arranque de entre rabia y rebeldía, agarró la prenda, la hizo una bola y la arrojó hacia el paplero sin dedicarle siquiera otra mirada, pero como los deportes nunca fueron lo suyo, fue a dar directamente al interior del bolso donde guardaba su cosmetiquero, camuflándose con el negro

de la tela del forro.

Bien decían que no había que nombrar (o pensar lujuriosamente) al diablo, porque resultaría inevitable conjurarlo, usando nuevamente su traje.

—Permiso, Mr. B. Te traje una copa...

—Bastante tarde, pero mejor eso que nada.

—Pensé que te quedarías.

—No lo creo, estoy agotado. —aparentando no darle importancia, sacó varias toallitas desmaquillantes de su envoltorio y comenzó a frotarlas a consciencia por su cara, retirando especialmente la pasta con la que alisaba y escondía sus masculinas cejas— Aunque soy de Nueva Orleans, varios años en Nueva York me han hecho perder la costumbre de aguantar este calor y humedad...

—¿Vives en Nueva York?

—Sí. Después del Katrina<sup>[21]</sup> no soportaba ver lo devastada que quedó la ciudad y hace tiempo que algunos amigos me estaban tentando con la idea, así que agarré mis cosas y me mudé a la Gran Manzana<sup>[22]</sup>.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

—No debes. Yo tuve suerte y salí prácticamente indemne.

—Me alegra saberlo.

—¿Y tú de dónde eres, ya que presumes tanto de tu perfecto español?

—En parte americano, por el lado de mi madre, pero mi padre era cubano y en casa se hablaron siempre ambos idiomas en toda ocasión.

—Cubano, ¿eh?

—Sí. ¿Te llama la atención?

—Me hace comprender la soltura para bailar que tienes.

—¿Ah, sí? —nuevamente había un brillo de rojo y péfido fuego en aquellos ojos de oro fundido y canela tostada— ¿Te gustó?

—Le gustó a tu público, que es lo que importa... tal vez debieras considerar hacerte bailarín exótico y hacer show en tus propios locales.

—Prefiero guardarme para presentaciones privadas...

—Bien, —si estaba proponiéndole algo o simplemente queriendo tomarle el pelo, no lo supo, pero tampoco iba a darle la oportunidad— si no te interesan unos dólares extra, es asunto tuyo. ¿Has visto a Stan?

—Estaba abajo, en la fiesta.

—Con razón no me ha respondido los mensajes.

—¿Y por qué no te le unes? Si quieres, puedo ejercer hoy como tu guardaespaldas.

—No podría molestarte con más tareas. De seguro tendrás suficiente hoy haciendo caja.

—El dinero no es mi tema.

—Que lindo ha de ser ganar tanto que puedas delegar esas molestias en otros.

—A Lupe se le dan mejor los números, yo prefiero la atención al cliente y las relaciones públicas.

—El perfecto anfitrión...

—Dime una cosa, B., ¿acaso te molestan mis ingresos económicos?

—¡Qué va! Para nada. Solo estoy haciendo averiguaciones para poder desangrarte lo más posible.



—Entonces... —ufff, estar en una misma habitación con Domingo Corona era el equivalente anímico a nadar en un tambor de aceite con una anguila eléctrica— ...estás directamente tras de mi dinero.

—Mira, niño, para eso tendría que gastar mi tiempo en ti, en hacerte la corte y elogiar tu bonito cuerpo, pero créeme que estoy muy bien solo, para lo que me alcanza perfectamente, es más, me sobra la plata, así que si tus intenciones son distintas a que trabaje en tus escenarios, ya vas listo. A mí no me derriten tan fácil un culo firme y unos dientes parejos, ¿lo vas entendiendo?

—No soy un niño, B.

—Un mocoso en toda la regla, no, pero yo ya no me cuezo al primer hervor y no tengo aspiraciones de ser el papito de nadie, ni andar pasando rabias, menos con alguien acostumbrado a hacerse el lindo con empleados y clientes por igual.

—¿Entonces eso es todo?

—Sí. Es todo.

—De acuerdo... —¡maldito! Estaba sobradamente sonriente y no parecía ni un poco molesto o desanimado con su parada de carros— ¿Quieres que le diga a Stanley que venga o te parece bien si se queda y te consigo un taxi? No me ofrezco a llevarte o dirás que tengo segundas intenciones ocultas...

—El taxi.

—Perfecto. —sin darle tiempo a opinar, tomó su maleta, dejándole el bolso en el que metió enfadado el cosmetiquero a él— Te acompaño hasta la puerta. De seguro sin escolta la gente no te dejará huir como a la Cenicienta.

—Son bastante más de las doce, si no lo habías notado.

—Bueno, cuidaremos entonces de que no comas o te mojes.

—¿Estás comparándome con Los Gremlins<sup>[23]</sup>?

—Jajaja, anda, déjame pasar una, no tienes por qué batearlas todas.

—¿Y por qué mejor no agarras tu bate y...? —¡Mierda! Pensar en su miembro no iba a ser de ninguna ayuda para apaciguarlo y el grandísimo idiota lo sabía, había notado como la vista se le había ido sin querer, pero directamente a su entropierna al soltarle ese sermón— ¡Ufff! Simplemente jódete.

—Ya veremos si alguien resulta jodido, —sin quedarse a escucharlo masticar más insultos, caminó tranquilamente por el pasillo deslizando con un dedo la enorme maleta— por ahora voy a encargarme de que llegues sano y salvo a tu hotel.

—Sí, bien, —el taxi ya esperaba en la salida posterior del club y él subió la maleta a la cajuela como si estuviera vacía, abriéndole luego la puerta— pues muchas gracias.

—No tienes por qué darlas. Gracias a ti por una velada sumamente divertida.

—Hasta mañana entonces, patrón.

—Hasta mañana y que descanses, Mr. B.

## Capítulo 5

¡Mierda! Con aquel sujeto revolviéndole el gallinero mental, no se había fijado dónde había puesto la billetera y aunque el taxista le dijo que la carrera sería cancelada luego por la gente del club, osea Domingo Corona o sus “encargados del sucio dinero”, no pensaba darle pie a decir que le había cargado su cuenta.

Divertido por el desastre de pelucas, vestidos y tacones que estaba dejando en plena acera delante del hotel, y entusiasmado porque el taxímetro no paraba de marcar, el chofer esperó otros cinco minutos a que hurgara en sus bártulos hasta que su propia ética le indicó que permanecer ahí sería un abuso, en especial porque los Corona pagaban siempre bien y dejaban generosas propina.

—Joven, lamento no poder darle más tiempo. Si gusta, puede recoger todo rapidito, dejar acá su maleta, y lo llevo de vuelta al club para que busque su billetera, pero le repito, la carrera será pagada por don Domingo, no se estrese más.

—¡Ni loco que ese pague!

—Bueno, con mayor razón. No es que Dominguito pague, es la señorita Lupe o algún empleado que..

—¡Pufff! ¡¿Dominguito?! El pueblo a merced de los privilegiados, ¿no?

—Yo no sé nada de eso. Me escapé de Cuba precisamente porque no comulgo con las revoluciones. El capitalismo americano me parece de lo más pacífico y conveniente.

—Pues es usted un traidor.

—Si usted lo dice, pero bueno, ¿lo espero o no?

—No, no se preocupe. Llamaré a un amigo para que revise por mí.

—Espero que encuentre su billetera...

—Gracias.

—Pero que conste que igual debo decirle a don Domingo que me tiene que pagar.

—¿Sabe? De acuerdo, ¡que pague el muy idiota! Es su culpa que me haya enfadado y metido todo en cualquier parte, así que al menos que le cueste.

—Es una forma más sana de plantearlo...

—Claro que sí. Buenas noches.

—Buenas noches.

Por fin Stan se había dignado a contestar el celular, la verdad por una especie de milagro, porque el ruido de fondo de la llamada indicaba que la fiesta estaba en pleno apogeo. Y más milagroso aún había sido el hecho de poder sacarlo sin venderle el alma al cola de flecha<sup>[24]</sup> a cambio de que fuera al camarín y revisara, donde había encontrado su billetera a un lado del tocador, sitio al que debió caer al agarrar con furia el bolso del cosmetiquero y colgárselo al hombro...

¡Doble mierda! ¿Habría cerrado bien el pegamento de pelucas o tendría que enfrentar otro desastre por culpa del muy mentado “Dominguito” del demonio?

Afortunadamente el pegamento no se había vaciado entre sus cosméticos, , probablemente porque ya ordenaba y dejaba todo acomodado de forma prácticamente mecánica tras tantos años

en el ruedo, sin embargo al sacar del bolso la caja desplegable para revisar, encontró el polisón que se había colado subrepticamente dentro.

—¡Pero si será cabrón el hijo de su madre!

Por supuesto Domingo ni siquiera había ido más allá que entregarle esa camiseta en sus manos durante el show, pero estaba seguro que existía al menos uno o dos Babalaos<sup>[25]</sup> cubanos entre sus antepasados, que estaban ayudándolo a jugarle bromas más que pesadas por haberse atrevido a posar los ojos aunque fuera sin ninguna intención en su “hijito”.

Aunque, ¡por Dios! Decir que lo había observado sin intenciones impuras era una vulgar y sucia mentira. De haber sido un poco más asequible y menos pagado de sí mismo... ojalá menos inteligente también, pese a que estaba bien solo como había dicho, se lo habría llevado consigo esa noche para darle unas buenas alegrías al cuerpo y al espíritu y luego lo habría enviado de regreso a su casita, con un par nuevo de zapatillas caras, como solían hacer algunos de sus colegas cuando se encaprichaban con un muchacho bonito que les hiciera la pelota para ver qué sacaban.

Bien, si el destino así lo quería, iba a conservar aquella injuriosa camiseta, más aún, ya que Corona era al menos unos quince centímetros más alto (de cerca había notado que lo pasaba por más de lo que pensó en un principio) y notablemente más corpulento, en el mejor de los sentidos, aquel regalito de los hados sería un excelente y holgado pijama al combinarlo con un boxer o una trusa. E iba a estrenarlo esa misma noche.

Decidido esto, dejó para el día siguiente la organización apropiada del desastre en que se había convertido su maleta para sacar una limonada del frigobar, beberla de dos largos tragos y arrojar lejos su pantalón de chandal y su camisa, volviendo a aspirar profundamente el aroma de aquella prenda antes de ponérsela, tardando tan solo unos minutos en conciliar el sueño.

Dormir donde fuera y en cuanto pudiera era un hábito muy útil que había desarrollado, amén de las incontables noches y lugares que había visitado, en buenas y no tan buenas condiciones. Con que apoyara la cabeza en una almohada y cerrara los ojos, ya caía como un tronco.

¡Que todos los demonios se llevaran al hijo de su maldita madre que estaba llamando a la puerta de su habitación a las casi cinco de la mañana! Si Stan se había olvidado o perdido la tarjeta para entrar al cuarto, iba listo.

No iba a levantar el culo de esa cama por ningún motivo, tal vez si acaso se estaba acabando el mundo y la ropa de Paddy O’Brian<sup>[26]</sup> se había evaporado en el aire a causa de la lluvia ácida, corriendo como Dios lo echó al mundo en plena calle, pero tal vez ni así y... ¡Mierda! El idiota de Corona tenía prácticamente el mismo cuerpo, pero con una cara mucho más interesante y unos ojos que podrían derretir el titanio.

—B., por favor... soy yo.

—¡¿Domingo?! —solo Dios sabía lo que podría estar haciendo mefistófeles<sup>[27]</sup> en su hotel a esa hora, salvo que se hubiera visto obligado a llevar consigo a Stanley, o por una borrachera infernal, o porque hubiera sufrido un accidente, última perspectiva que lo tuvo en un segundo abriendo la puerta, pero él estaba allí solo, sin la maldita camiseta— ¿Qué haces aquí?

—Tú tienes algo que me pertenece... —con un dedo apuntó hacia él— ... y lo quiero ahora.

—¿Acaso no podías esperar a mañana, soberano infeliz? —con furia se quitó la ya agotadora prenda y se la arrojó a la cara, pero él la cazó en el aire y la tiró al suelo, dando un paso hacia él —¿Por qué mierda no te largas y me dejas en paz, si ya tienes lo que es tuyo?

—Lo mío es esto. —casi con brusquedad lo agarró por el cuello y lo atrajo para morderle y lamerle la boca, cogiéndolo con la otra mano por el culo para apretarlo contra él y dejarlo sentir

su férrea erección contra el estómago— ¡Besame!

—¡Suéltame!

—No lo haré. Eres mío, B. y voy a hacer contigo lo que se me plazca.

—¡Eso si yo me dejo! —intentó alzar una rodilla para darle directo en la entrepierna, pero Domingo lo cazó por el muslo y lo atrajo aún más, frotándose contra él hasta que ya no pudo disimular la forma en que su propio miembro se había pasado al bando de aquel bruto, ansioso de su contacto— ¡Ya basta!

—Deja de mentirme, B., estás caliente por mí. Te siento duro y deseoso. Me apostaría unos buenos fajos de cién a que si te aparto de mí, tus pezones estarán erectos y suplicando a que los chupe.

—¡Eres un animal!

—Y tú me pones en celo. Déjate de estupideces y bésame ya.

—Ni muerto.

—¡Que me beses te digo!

—¡No!

—Bien, si no lo vas a hacer por las buenas, que sea por las malas...

De dos empujones lo volvió a meter al cuarto y cerró la puerta de una patada, apretándolo contra la cama, dejando caer todo su peso encima hasta casi sacarle el aire.

Como Roy aún esquivaba como podía su boca, decidió cambiar de táctica y coló la mano bajo su pequeña trusa blanca, agarrándolo por la base, recorriendo su longitud con caricias imposibles de resistir hasta que lo hizo gemir y jadear al compás de aquella experta mano que lo masturbaba sin piedad.

—Pero que linda y dura verga tenías escondida en ese feo calzoncillo, ¿cierto, bonito?

—¡Bah! Eres un bruto que ni siquiera sabe hacer una paja como es debido.

—¿Ah, sí? Pues tu rabito me dice que no lo estoy haciendo nada mal, me tienes la mano bastante mojada, así que explícame cómo sería posible algo así si no estuvieras deseando que siga con esa paja tan mal hecha... y no mientas. La excusa agrava la falta.

—Eres un...

—Lo que tú quieras, pero vas a besarme ahora o yo encontraré otra parte de tu anatomía para saborear y ya luego habrás pedido tu oportunidad de que te coja suave y dulcemente.

—Maldito Corona...

Sabía que él no iba a ceder, y en honor a la verdad, ya se había divertido haciéndose de rogar, cuando lo primero que había querido en el instante en que había abierto la puerta era echarse sobre Domingo y comerle esa boca deliciosa en un beso que hiciera arder el hielo en algún lugar recóndito del planeta.

De un empujón certero logró sacárselo de encima para ser él quien se montara a horcajadas suyas esta vez sobre la cama, disfrutando de su mejor sonrisa de tiburón, frotándose adelante y atrás contra su pubis justo antes de inclinarse y...

—¡Bianca!

—¡¿Qué mierda?!

—Hermana, estabas gimiendo y retorciéndote... pensé que estabas teniendo un ataque cardíaco o algo...

—¿Y Domingo?

—No lo sé. Luego de que supuestamente te marchaste, no volví a verlo, aunque me dejó un auto a disposición para cuando quisiera regresar.

—Pero... —el hijo del demonio no estaba ahí, no le había tocado un pelo, ¡todo había sido un estúpido sueño producto de su calenturienta imaginación y por culpa de su olor impregnado en la maldita camiseta de los mil diablos!— Nada, olvídale...

—¿Pero qué?

—Creo que estaba teniendo una pesadilla.

—No habrá estado tan mal, —pese al evidente estado etílico de su amigo, le sonreía burlescamente mientras indicaba una inconfundible mancha húmeda en el lugar preciso en que se había... ¡mierda, mierda y mil veces mierda!— si vas a tener que cambiarte los calzones y tirar al lavado las sábanas.

—¡Que se joda el maldito cabrón!

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú no, perra. Tu queridísimo Dominguito y un camión de mandriles pelándosela.

—¿Estabas soñando con...? Jajajaja, ¡te gusta, hermana! Te tiene loca ese cabroncito. Te ha convertido en un adolescente precoz sin siquiera estar aquí.

—¿Por qué no te vas a la mierda?

—Jajajaja, ay, mi Roy, pero si esto es muy bueno. Llevabas meses, me atrevería decir que bastante más de un año sin siquiera hacerte tú mismo los honores, pero nuestro sexy jefecito te ha vuelto a calentar la sangre... y seguro que el culo.

—Una más y puedes buscar un rincón en la playa para dormir.

—A cambio de esta anécdota lo haría, sin embargo no se te olvide que mi silencio tiene un precio...

—¡Que hijo de puta! Si se te sale una palabra de esto...

—Para nada, sis. Tu pecado se irá conmigo a la tumba, pero me reservo el derecho a subirte al columpio cuantas veces quiera, mientras no revele tu penoso secretito.

—Mmmm, vaya, ¡que alivio!

—Aunque no te des cuenta aún, lo es. No eres Bianca día y noche. Ya era hora de que mi viejo Roy volviera a las pistas y recuperara su vida.

—Entonces demuéstrole y comparte la mitad de la cama.

—¿Y si vuelves a soñar y te imaginas que yo soy Domingo?

—Bueno, supongamos que con solo tocar ese cuerpo flaco, iba a salir en seguida de mi error....

—No lo sé. No quiero arruinar nuestra eterna amistad por un polvo ocasional. Dicen por ahí que la irreverente Bianca tiene un nabo de concurso y que no tiene problemas en usarlo para sacar oro...

—¡Que tarado, Stan! Anda ya, muévete, que necesito dormir.

—Está bien, hermana, pero o hacemos cachete con cachete o nada.

—De acuerdo, payaso, ya te divertiste, ahora quita.

—Pero cámbiate los calzones o podrías dejarme embarazada.

—Una más y te juro que te doy una paliza.

—¿Paliza? Espero que no con el garrote que...

—Te lo advertí. —Roy se quitó la trusa mojada y se la arrojó a la cara, pero nuevamente su puntería había fallado, yendo a dar tras el velador luego de tirar con ella una lámpara— Si es que llevo una noche...

—En el baño te dejé toallitas húmedas y puse tus interiores en el cajón de arriba. Anda, chica, arréglate y a dormir. No querrás que mañana Dominguis te vea ojerosa y paliducha.



—Querido Stan, —pese a los reclamos, acogió obedientemente el consejo, acomodándose trasero contra trasero en la muy amplia cama, igual a la que acababa de dejar inutilizable por el momento— que sepas que más temprano que tarde estas risas te costarán lágrimas de sangre.

—Mientras no te sangre el ya sabes cuando el jefe te dé TU MEREcido.

—No tengo tolerancia a más estupideces... —entonces se dio cuenta que aún llevaba puesto aquel talismán del pecado, pero sin saber la razón y aún con todo lo sucedido, se dejó puesta y volvió a aspirar alegremente el olor de la camiseta— Buenas noches.

—Buenas noches, Roy Corona.

## Capítulo 6

Estaba de suerte. Haber ido temprano a ensayar y probar el equipo lo había salvado de toparse con Domingo por la hora, en especial porque lucía unas ojeras tremendas sin maquillaje y había amanecido con un humor ya no ácido, definitivamente cáustico.

Los empleados que lo habían dejado pasar le habían ofrecido tomar una bebida fría en la terraza superior del club mientras acababan de despejar el escenario, que había quedado ocupado con piezas de escenografía de los números posteriores al suyo de la noche anterior, por lo que, ¿por qué no? Beber una deliciosa limonada con coco mirando el mar obraría milagros en su ánimo.

El lugar era perfecto. Estando el club ubicado estratégicamente en la zona de Ocean Drive, y teniendo tres pisos en vez de cuatro o cinco como los edificios de alrededor, la mayoría hoteles, daba directo hacia la playa y las palmeras altas no tapaban la visual, por lo que con solo arrastrar un poco una reposera y apoyar los pies en la cornisa, quedaba como instalado en la arena, pero sin las evidentes molestias.

Acomodó el respaldo, inclinó un poco un quitasol para que la luz no le diera de lleno y se estiró comodamente, con su gran vaso helado adornado con un aromático trozo de piña y una sombrillita rosa.

Abajo en la costanera, siendo aquella la zona bonita de Miami Beach, la gente con cuerpos de ensueño se paseaba exhibiendo su privilegiada genética haciéndolo pensar que sería buena idea pintarse las uñas de los pies... ¡Ojalá al menos tuvieran callos esos desgraciados!

Estaba felizmente regodeándose en su odio, anotando mentalmente toneladas de nuevo material, cuando por el entarimado que permitía adentrarse en la playa sin ir directamente por la arena apareció quien claramente habría sido a su gusto el miembro mejor dotado y más sexy de la desaparecida “Guardianes de la Bahía<sup>[28]</sup>”, haciendo que su fría limonada se convirtiera prácticamente en una inapropiada taza de té hirviendo. Y encima vestía, ¡o más bien “desvestía” de rojo!

Los sonos de “I just call to say I love you<sup>[29]</sup>” se colaron en su mente de forma inevitable al ver a su semi—cubano Adonis caminando relajadamente hacia el club, probablemente después de nadar o correr, ya que su piel bronceada estaba cubierta de pequeñas gotitas resplandecientes bajo el sol que habría deseado beber una por una.

Domingo no se había percatado de su presencia, así que aprovechó para parapetarse al borde de la cornisa y no perderse un segundo las vistas mientras él rebuscaba en una vieja mochila sus llaves o algo. Sí, seguro eran las llaves, porque cuando no las encontró, alzó la vista protegida por unos sencillos lentes de sol, llevándose los dedos a la boca para emitir un sonoro silbido para llamar la atención de los empleados que ya estarían organizándolo todo para la noche, aunque a esa hora el club estuviera aún cerrado.

A diferencia de las veces en que estaba trabajando, llevaba varios anillos en los dedos y unas cadenas colgadas al cuello que le daban un aspecto de galán rudo muy acordes con la actitud dominante y avasalladora de su sueño la noche anterior, haciendo que su sangre emigrara a la

velocidad de la luz desde la “Gran Manzana” a su “Península de Florida”, descuidando un poco sus actos para seguir de mirón, asomándose más por el murito bajo de la terraza.

Si ese no era un macho alfa, semental purasangre de primera categoría, que le pusieran una peluca rubia, un vestido con vuelos y lo llamaran Ricitos de Oro.

Estaba muy de culo en pompa, asomado al borde de la corniza cuando una gaviota vio su oportunidad de coger el trozo de piña del vaso que aún no soltaba, usando su columna como pista de aterrizaje y posándose cómodamente sobre la cabeza de Roy, que no pudo evitar tirar el vaso muro abajo, espantándolo a los gritos y dando manotazos contra el impertinente pajarraco.

—¿Mr. B?

—...

¡Mierda! Sabía que si contestaba se delataría, pero ya la honrosa retirada era imposible de lograr y quedaría aún peor si se mantenía escondido, acusando sus turbias intenciones. Tal vez su traspie avícola no había sido en vano y el vaso le había dado justo en la mollera a “Dominguis”.

Asegurándose que el ave hab

ía volado lejos, lo suficientemente espantada para no agregar más toques de comedia a su episodio voyeurista, se asomó para ver que el proyectil había errado por centímetros el blanco.

—Sí, soy yo.

—¿Acaso intentas matarme?

—Por favor, Corona, no exageres. A lo sumo podría haberte salido un chichón, pero matarte con un vaso de acrílico con limonada no sería mi estilo. En tal caso, dejarte caer una caja fuerte, a lo Wile E. Coyote<sup>[30]</sup>.

—Claro, muy de la comedia clásica... ¿Y qué haces aquí tan temprano?

—Disfrutando de la playa... igual que tú, veo.

—Espérame, voy a tomar una ducha y te invito otra bebida, ya que perdiste la tuya por figón.

—¡¿Figón, yo?! —Domingo le guiñó un ojo y por fin entró al club, no sin antes escuchar sus excusas baratas a los gritos desde el hall— Me asomé cuando pareció que un indigente silbaba pidiendo una limosna.

Esperarlo o no esperarlo, he ahí el dilema.

Y mientras esperaba, iba imaginando al tiburón desprendiéndose de su masculino bañador rojo para meterse a la ducha y dejar correr el agua por todo ese firme y glorioso cuerpo que tenía a su atormentada y febril imaginación arrastrándose por el valle de la miseria por no pasar de los pensamientos a los hechos.

Un par de minutos después apareció el chico que le había subido la maleta la noche anterior con un melón de carne anaranjada ahuecado y relleno con el más delicioso jugo de frutas que hubiera probado, también decorado con guindas, hojitas, una sombrilla y dos sorbetes de bambú. Sí, ¡dos!

¿Sería eso lo normal, o Lucifer estaría pensando compartir?

Ante la duda, y decidido a no darle más señales de rendición, agarró uno de los sorbetes, lo chupó para vaciarlo y lo arrugó, metiéndoselo al bolsillo un segundo antes de que él saliera a la terraza, resplandeciente como una moneda nueva en unos jeans y camisa hawaiana.

—No te tardaste mucho...

—¿Me estás tomando el tiempo, Mr. B.? ¿O es que me extrañabas tanto que contaste los minutos?

—¡Bah! Lo digo porque quería tener la buena educación de esperarte antes de probar esta delicia, pero no me he podido aguantar.

—Me alegra que disfrutes. Te lo tienes más que ganado. Aunque me suena a mí que algún vudú me echaste para que Lupe decidiera irse temprano y obligarme a mí a hacer caja, por eso te lo digo. El conteo fue eterno y tedioso...

—¡Ay, no! Pobre nene, —Roy compuso una falsa e irónica expresión de remordimiento— no me digas que te hice trabajar, pero de verdad, no solo haciéndote el interesante.

—Ya me gustaría que invirtiéramos papeles un día. Yo me hago el payaso, y tú te dedicas a complacer los a veces indescriptibles requerimientos del público...

—Querido, puedo llegar a reconocer que tu labor es importante, incluso algo cansadora, pero para hacer lo que yo hago en el escenario, hay que tener cuero de rinoceronte reforzado. Insultar a la gente por dinero es una especialidad muy, pero muy larga de obtener y en la cual la mayoría falla estrepitosamente.

—Eso te lo concedo. El público realmente disfruta de que lo hagas bolsa.

—Me alegro que lo reconozcas... —ahora a indagar sobre el misterio de los sorbetes— ¿Y tú no tomas nada?

—Por ahora no, le dije a los chicos que te subieran un jugo de frutas, ya que lo que te habían ofrecido antes era limonada.

—¿Pero no pediste nada?

—No... ¿Por qué lo preguntas?

—Solo me resultó curioso que si venías de ejercitarte, porque supongo que eso hacías, no estés al menos algo sediento.

—¿Quieres saber qué estaba haciendo antes de llegar, B.? Si tienes ganas, solo hace falta que preguntes.

—Solo quería ser amable y hacer conversación, pero después recordé que eso no se me da...

—De acuerdo, no voy a presionarte para que des tu brazo a torcer... Estaba con mi sobrino en la playa. Pocas veces coincidimos en Miami e intento robarle algo de tiempo al negocio para verlo antes de que un día me despierte y ya sea un hombre.

—¿Hijo de Lupe?

—¡No! Jajaja, me atrevería a asegurar que Lupe y los bebés son temas que se mezclan tanto como agua y aceite... De mi hermanita pequeña, Lur. Lourdes. Diego tiene tres años y Lur con su marido José viven aquí, aunque en los suburbios, cerca de mi madre.

—Ah... —imaginar a Domingo corona jugando a hacer castillos en la arena con una pequeña versión tal vez de sí mismo, hizo que algo se contrajera en su estómago— Ha de ser un niño tan dulce y encantador como su tío.

—Aunque no lo creas, lo es. Ese mocoso me tiene cogido de las bolas, hace de mí lo que quiere.

—Que tierna imagen...

¿Tierna? ¡Más tierna la carne de un burro centenario!

No había hecho más que mencionar sus bolas y el infante había desaparecido por arte de magia de sus pensamientos, cambiando el escenario por uno en que, acostado en la tumbona de la azotea, Domingo se acariciaba seductoramente todo lo que se llamaba paquete mientras lo veía a los ojos antes de hacerle un gesto para que se acercara.

¡Mierda! Estaba tan necesitado que comenzaba a tener fantasías despierto con ese pedazo de... ¡No! Pensar en su “pedazo” tampoco era buena idea. Y Domingo lo estaba observando con

expresión divertida mientras reflexionaba toda aquella sarta de marranadas y estupideces.

—Hoy debieras usar un vestido más ligero para tu show.

—¡Ah, vaya! ¿Ahora damos consejos de moda?

—Más bien prácticos. Ayer parecías complicado y algo empaquetado por más bonito que fuera tu vestuario. Hoy ponte algo más cómodo y menos caluroso. Con tu talento podrías salir con un saco y ya.

—¡Claro! Lindo iba a estar yo con un saco... tal vez de papas además. Y mañana el cincuenta por ciento de los memes de la noche bohemia gay iban a ser sobre la pobre Bianca y su imitación de un tamal mal amarrado, si no es que el cien.

—Eres interesante, B., pero tampoco es necesario que armes tanta alaraca por unas bromas...

—¿No me crees entonces? Ya está, en vista de que no sabes de lo que hablas, ¡mira esto! —arrastró el índice por la pantalla de su móvil en un patrón extraño para desbloquearlo, buscando en su whatsapp antes de enseñarle un gif de ella tropezando y cayendo prácticamente sobre su entrepierna, mismo que se repetía una y otra vez hacia abajo en un chat grupal denominado “putas sucias” con diversas leyendas y un colorido número de dibujos, garabatos, expresiones y otros adornos, pero todos en el mismo tono jocosos respecto a Bianca haciéndose la loca para chuparle la pija al jefe— ¿Y ahora qué dices?

—¡Jajajajajajaja! ¡Mándamelos!

—Ya quisieras...

—Anda, no seas grave. Yo sé de sobra que fue un accidente.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque me encanta lo ágil que es tu mente para salvar escollos. Te salió bien lo de aparentar intención y, mal que mal, de ser cierto el contenido de los memes, ¿crees que te habría empujado y me habría puesto a gritar como una virgen ofendida?

—Mmmmm... —hora de indagar discretamente— No creo que a tu novia/o/etc. le guste que andes jugueteando con quien sea, menos con tus empleados.

—Hasta donde sé, yo me mando solito, a quien le guste, bien. Y a quien no, se viste y se va.

—Entonces... —eso podía querer decir que estaba o no con alguien, no afirmaba, ni negaba nada— carecerá de celos.

—No me gusta la gente celosa.

—Ya... —¡el idiota se estaba divirtiendo sin dar pista, sabiendo ya lo que quería averiguar!—

Bueno, bien por ti.

—Y por mi novia/o/etc., ¿no?

—Como sea.

—No tengo novia, B.

—¿Y novio?

—Tampoco.

—Es cómodo estar solo.

—Pero, valga la redundancia, es obviamente solitario.

—Yo estoy muy ocupado para esas cosas...

—¡Que lástima! Tú solo, yo solo, pudimos estar solos juntos para no ponernos fanáticos.

—Ya te lo dije. No cago donde como.

—Pero yo no hablo de cagar, aunque sí podríamos involucrar lo de comer...

—No sé por quién me tomas, Domingo Corona. No es que no aprecie el valor de un polvo ocasional sin compromisos, pero eso está bien para alguien que conozca hoy y que mañana,

cuando partamos a otra ciudad, no tenga que volver a ver, o aguantar.

—Sí, creo que tienes razón.

—Por supuesto.

—Además no darías la talla.

—¡¿Qué?!

—Ya me oíste...

—¡Bah! ¿Y por qué tendría yo interés alguno en dar la talla para ti, mocoso?

—No sé... ideas mías.

Domingo se puso de pie, estiró una mano hacia él, cogió la punta del sorbete que se le había asomado del bolsillo de la camisa y se inclinó como si fuera a por su boca, mirando fijamente sus labios, haciéndolo cerrar por instinto los ojos, pero el muy gañán metió el popote al melón, dio un largo trago que lo dejó medio vacío y se marchó de la terraza, riendo mientras bajaba la escalera sin decir una palabra más.

—Te crees mucho, Corona, ¡pero no eres irresistible!

## Capítulo 7

—¡Por supuesto que Domingo Corona es irresistible! Me hubiera hecho esas insinuaciones a mí y yo le prepararía un pastel, le haría un hijo y le masajearía los pies, en ese orden o en el que él eligiera.

—Ay, hermana, a veces puedes ser tan lisa y básica como un huevo.

—Pero explícame, ¿qué más hace falta, además de que es guapo, disponible, bastante adinerado y te tiene ganas?

—No quiero.

—Pero, ¿por qué? ¡Mierda, Roy! Tienes ahí el premio gordo de la lotería y no lo cobras...

—Piensa. Tiene por lo bajo diez o quince años menos que yo, lo que significa que de compartir gustos, pocas probabilidades. El grandísimo hijo de su santa madre está como quiere, por lo que obviamente existe un séquito de lagartones de todos los géneros tras él, encima siendo divertido y bastante encantador... Y, para colmo, tiene plata. Por lo visto, por montones. ¿Cuánto crees que le va a durar el interés? Hasta que le aparezca alguien que le guste o lo divierta más. Peor aún, una persona que esté dispuesta a inflarle el ego día y noche, lo que sabes que a mí se me daría de pena. ¿Y qué acabaría pasando? Que terminaría estresado espantándole las sangüijuelas, poniéndome pesado y agotándolo. Y encima yo enamorado hasta el tuétano y él, si te he visto, no me acuerdo.

—¡Gallina!

—¡¿Qué?!

—Eres un cobarde, Roy. Vas a dejar pasar al hombre que podría hacerte feliz en todo sentido porque tiene unos años menos y unos dólares más.

—Es que tú lo estás viendo desde el punto de vista romántico, pensando que nuestro Apolo<sup>[31]</sup> latino está prácticamente enamorado perdido de mí, cuando la verdad es que se está divirtiendo con la cacería y la conquista, ¿pero qué va a pasar cuando obtenga lo que sabemos que quiere? O, peor aún, ¿y si lo único que quiere es más publicidad para su negocio?

—Dale un voto de confianza teniendo una relación a escondidas.

—¿En verdad, perra? ¿Crees que soy alguna especie de colegiala septuagenaria que juega a tomarse las manitas a escondidas por debajo de la mesa?

—No, eres un viejo amargo y rancio que no quiere darse un buen festín de filete de primera, ¡tonto! Vas a ver que alguien te va a comer tu pastel y ahí vas a llorar arrepentido de no haberte arriesgado.

—Más vale pajarero en mano, que cien volando.

—¡Eso debieras hacer! Meterle mano al pájaro y ofrecerle nidito.

—¡Que asco de metáfora!

—Anda, sis, por favor. Tendrías el pelo brillante, la piel luminosa, ese sarcasmo de mierda con unos toques de felicidad sería un exitazo inédito...

—¡Ufff! ¡Que no!

—Bueno, conmigo no cuentes. Yo me voy a poner del lado de Dom.



—Ye me ve a pené de lede de Dem... ¡Tarado!

—Sabes que me exaspera cuando me remedas con esa voz de vieja hedionda a orines.

—Y tú sabes qué hacer para que no continúe...

—Te puedes ir a la mierda y molestar todo lo que quieras. Ya elegí mi ficha, ahora veamos quien gana el juego.

—Ahere vemos queen gene el jegue...

Por qué Roy conseguía tocar notas que creía definitivamente olvidadas, ni idea.

Desde hacía años que no era él quien fuera tras alguien, mucho menos un hombre.

Las aventurillas del estilo que había tenido normalmente eran con chicos que, de tanto insistir e insinuarse, había aceptado meter a su cama por un par de días y punto. No es que no tuviera sentimientos, es que el piloto estaba encendido, pero las llamas no llegaban a activarse.

Y aunque sonara trillado y de señoritas, Domingo estaba convencido de que en un lugar existía una mujer especial que le movería el piso y entonces sí que pondría cuerpo y alma en conquistarla, ojalá para toda la vida.

Lo curioso era que aparentemente esa mujer tan especial era un hombre...

Desde que Lupe le había mostrado sus videos antes de contratar a Roy, le había parecido que su humor algo malvado y bastante negro era lo más ingenioso y refrescante que había aparecido en la escena en largo tiempo. De baile, solo un poco. De canto, ¡absolutamente nada, por Dios! Y sin embargo se había quedado largo rato pensando en que él sí se divertiría escuchándolo cantar. Sería del todo insólito e inesperado que semejante dechado de insultos y amargor intentara interpretar alguna dulce tonadita... tal vez cuando cerrara el acuerdo, se lo propondría.

Cuando decidió dejar la universidad y a todos sus pomposos compañeros de ingeniería comercial a meses de graduarse a los veintidos años, su familia pensó que se le había ido el santo al cielo, en especial porque Domingo siempre había tenido la meta en la vida de proveer a su núcleo como lo había hecho su padre, motivo que parecía quedar tambaleando tras su tajante decisión e incomprensible conducta “fiestera”. Eso sin tener en cuenta el supuesto dineral desperdiciado que la familia había gastado en su educación, lo que resultaba poco acertado si se consideraba que él siempre había tomado trabajos de medio tiempo para pagar su universidad, especialmente según su hermana Lupe, que todo lo pensaba y lo procesaba desde su punto de vista cuadrado de contadora.

Sin embargo la razón principal de dar su golpe de timón no era la parranda, como se podría deducir de su intenso peregrinar por bares, discotecas y teatros en esos tiempos. Haciendo el vínculo entre las viejas películas de comedia que siempre había gustado de ver, en las que la gente no solo asistía a un local a comer, a beber o a divertirse como temas separados, sino que buscaban la experiencia completa, y la pobreza y redundancia que el mercado estaba ofreciendo últimamente, vio la oportunidad de emprender en algo que no sería un calvario, como tras el escritorio de alguna gerencia de bancos o empresas. Estaba decidido a dedicarse al negocio del espectáculo y para ello empeñó casi cinco años de su vida en trabajar de sol a sol hasta juntar el capital suficiente para montar su primer local con todo lo que había imaginado, sin una cuchara, un sillón, un sistema de audio o un número exitoso menos.

Entonces por fin había dejado el tema números a cargo de su hermana, volcándose él a las relaciones públicas, a ser una especie de anfitrión, buscando siempre generar en el público una experiencia inolvidable que los hiciera volver una y otra vez a su establecimiento.

Y el plan había sido un rotundo éxito.

Actualmente, a sus treintidos, tenía un par de decenas de sus muy especiales clubes

repartidos por el mundo y estaba enfocado a captar a los mejores artistas para trabajar en su *holding*, diversificando y ampliando su empresa más allá de sus más optimistas expectativas.

Y pronto cerraría acuerdos para abrir un nuevo establecimiento en Tokio, contratando artistas asiáticos también para girar por sus demás locales.

Estaba reunido con Lupe para el estreno con la muy exitosa e hilarante Bianca cuando su hermana había insistido una vez más en querer meterlo más a fondo en las cuentas respecto a la apertura en Japón, cuando alguien la había llamado para hablar con un proveedor que quería ofrecerles sus productos a prueba, dándole la excusa perfecta para escapar de aquella tediosa y reiterativa discusión respecto a los peligros económicos de instalarse en Asia.

Como era temprano aún y no le habían anunciado la llegada del artista, decidió ir directamente a revisar a su camarín para que todo estuviera acorde a sus estándares de calidad y atención para su gente, sin embargo ya había entrado cuando se percató de que Bianca estaba allí y había comenzado a maquillarse, por lo que simuló estar escondiéndose de su hermana, lo que tan mentira no era, permitiéndose unos minutos de charla con la persona que interpretaba a su nueva contratación.

Pese al cargado maquillaje, sus facciones evidentemente latinas le hicieron hablarle en español, pero tras aquel colosal par de pestañas, sus ojos oscuros no parecían comprender ni gota de lo que le decía, haciendo que algo extraño cosquilleara en su pecho, poniéndolo de un ánimo pícaro y jocoso, lo que, con el pasar de los días y los encuentros con Roy, se había convertido en un emocionante juego de tira y afloja con el hombre que, pese a vestirse de mujer para ganarse la vida, algo hacía surgir en él que antes ninguna otra persona había despertado.

Sin duda aquello era decididamente divertido, pero a la vez le generaba bastante ansiedad, ya que normalmente no requería mayor trámite para ligar con alguien que le gustara, pero con Roy comenzaba a sentirse desesperadamente desoso y, aunque sabía a ciencia cierta que él también quería, por más que se hiciera el loco y pusiera excusas tontas para no reconocerlo, bastaba con que diera el paso y no se opondría, pero por alguna razón estaba decidido a que él le concediera su permiso. Que su aceptación fuera inequívoca y entonces se lanzaría sin reparos a experimentar todas las posibilidades que aquel encuentro pudiera ofrecer. Y a la espera de ese momento, cada vez necesitaba más estar con él, compartir un espacio con él, tocarlo, que Roy lo tocara...

¡Dios! Necesitaba probar el sabor de esos labios plenos y besar aquellos hoyuelos tan tentadores de chico travieso, mientras aprendía con las manos la textura de su piel y...

—¡Mierda, Roy! ¿Qué tan caliente quieres tenerme antes de dejarme entrar?

Acababa de bajar de la terraza a su oficina y no podía permanecer sentado, dando vueltas desde el escritorio a la ventana y de vuelta hasta casi cavar una trinchera.

Si las cosas seguían como hasta ahora, o definitivamente desistía y se buscaba alguien más con quien desfogarse, o de una vez asaltaba a Roy y se olvidaba de tanta caballerosa formalidad.

Hacer una cosa a la espera de la otra estaba simplemente descartado. Por alguna razón sabía sin temor a equivocarse, que si su payasito gruñón llegaba a verlo coqueteándole a alguien más, pensaría que no iba en serio, que solo estaba yendo de pesca y lo poco que habían avanzado se desvanecería sin retorno. Y para hacerle honor a la verdad, no solo no había buscado opciones, era tan simple como que no las quería, pero, ¿cuál sería el siguiente paso?

—¿Corona?

—Sí, —entonces él había aparecido en su oficina sin siquiera golpear a la puerta y una sensación mezcla de entusiasmo y calor lo invadió hasta la médula, sabiendo que poco y nada más podría aguantar ese elástico— dime.

—Aunque de verdad me importa un comino tu opinión, tal vez pudieras hacerme el favor de echarle una mirada a los vestidos que traje, a ver si mis gustos y tus recomendaciones pudieran llegar a calzar.

—¿Ahora tomamos consejos de moda?

—Tal vez, aunque puede que no des la talla...

—Jajajaja, vamos. A diferencia tuya, no gozo con hacerme el difícil... para ayudar a alguien.

—Mmmm, ya. Entonces quieres decir que yo...

—No quiero decir nada, B. Te lo estoy diciendo muy claramente.

—¿Entonces tú, mi aún por algún tiempo jefe, quiere algo conmigo y, por alguna razón incomprensible para la inmensa mayoría de seres humanos y algunas otras criaturas poco pensantes de la tierra, yo estoy de difícil por no tirarme al suelo, cual agradecido tapete a cumplirle el capricho al niño, para que tú te des por satisfecho?

—Que frase más llena de la palabra algo y sus derivados... esto no tiene nada de relativo e incierto. Ahora, si me dices que la respuesta es sí, yo me invento la forma de ser todavía más claro y específico, si eso buscas. Tú dirás.

—¡Ufff! Tanto lío para mirar dos vestidos cortos. Máximo tres...

—Si aún no tenía canas, de seguro en estos días comenzarán a salirme.

—¡Ey! Cuidado, que el que se exaspera, pierde.

—La paciencia es lo que voy yo a perder...

—Y cuando eso pase, ¿qué harás?

—Aún no lo tengo claro, pero si sigues por este camino, muy pronto lo averiguarás.

—¡Uy, que miedito!

—Si no tienes miedito, ven.

—Ya, —¡Mierda! Las cosas estaban a punto de salirse de su control y las razones para oponerse no habían cambiado para nada. Y él lo observaba a la espera, por lo que dio algunos pasos hacia Domingo para que le quedara muy claro que sus presiones no iban a intimidarlo, al menos a si mismo quería convencerse de ello— Bien, ¿ahora qué?

—Tú dime... —Domingo dio el paso que faltaba para que ambos se rozaran, viéndolo hacia abajo, pudiendo Roy sentir su calor, su olor, su respiración acelerada a centímetros de su rostro— ¿Y?

—Los vestidos...

—Ok, B., vamos a ver tus vestidos. No voy a insistir, pero lo digo en serio. La siguiente vez tú tendrás que avanzar hacia mí, te doy mi palabra.

—Bien, —¡ufff! Había tenido que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para dejar las manos quietas, en especial al sentir su evidente excitación contra su propio abdomen, teniendo claro que Domingo sabía perfectamente que él también estaba ardiendo y demasiado— te recomiendo que no contengas la respiración esperando...

—No me rindo fácil, Roy, pero mi paciencia no es eterna... y no respondo de lo que pase.

—Entonces responde respecto de los famosos vestidos, ¿puedes?

—...

—¿Sí?

—Vamos.

—¡Al fin! —Roy se dio media vuelta y lo antecedió caminando hacia su camarín, soltando poco a poco el aire que había estado conteniendo— Gracias, querido jefe.

## Capítulo 8

Tal como le había advertido, Domingo no volvió a insinuarle, ni proponerle nada.

Una vez en su camarín de verdad le había dado una opinión objetiva respecto a qué vestido usar antes de retirarse a ver sus propios asuntos. Al igual que la vez anterior, lo acompañó en el *meet and greet*, pero desapareció a la hora del show. Al menos de vista, ya que aunque no sabía desde donde, algo parecido a un sexto sentido le decía que esos ojos de miel estaban mirándolo.

Luego tampoco apareció a incordiar mientras se desmaquillaba. Y en honor a la verdad, ¡había extrañado al muy molesto tiburón!

Cuando la puerta de su camarín se abrió, sintió que una sonrisa se le asomaba a los labios, pero era Stan con las chicas del elenco estable que venían a despedirse y a darle las gracias por los consejos y la ayuda que siempre repartía a los más jóvenes cual vieja y amargada tía solterona, lo pidieran o no.

Aún estaba con el grupo cuando golpearon a la puerta y Stan recibió en plan “esto no es nada” una nueva botella de Luxury con saludos y agradecimientos del *holding* Corona, deseándole buen viaje a su siguiente locación.

—¿Qué trago es ese?

—Se nota que no tienes nada de clase, hermana. Es uno de los vodkas más caros que existen. Seguro no lo habías visto porque nunca te invitan los *VIP*. Y de todas maneras, suelen servirlo en vasos, la botella completa es demasiado lujo... ¡Sí que le rindes a Dom!, ¿verdad, Bianca?

—Él le rinde a ella, querrás decir. —Stanley parecía una madre de concurso pavoneándose por los logros de su pequeña princesita— Buen camarín, buen hotel, vuelos en primera...

—No se puede negar que Corona es bastante generoso.

—¡Bastante delicioso querrás decir!

—¡Dios! ¿Otra más?

—Otras.

—Me sumo.

—Por mí pueden repartírselo. El tipo está bueno, pero de ahí a levantarle un altar y prenderle velitas...

—Es que aún no lo conoces lo suficiente, sis. El jefe es un encanto, un enorme y ardiente osito de peluche.

—¿Estás hablando de Domingo Corona, el Tiburón?

—Ya quisiera cualquiera de las presentes, incluso tú, que semejante escualo le hincara los dientes, pero ya verás. Siempre está preocupado de nosotras, de todo su personal.

—Te podría jurar que no ha pasado una noche en que él esté en Miami que no sea el último en irse, asegurándose que hayamos partido bien y con personas confiables, jamás se ha tardado en pagar, lo que ya es mucho decir, ha inventado un montón de bonos y reconocimientos a quienes simplemente cumplen con su trabajo y sus locales son preciosos, elegantes, bien equipados...

—Es un gusto trabajar para Dom. Y tú no te veías nada molesta ayer cuando te le echaste encima como toda una canibal, Bianca, querida.

—Me tropecé y el hombre me la dejó pasar, eso fue todo.

—Jajajaja, claro. Muy a lo South Park<sup>[32]</sup>: “*me tropecé y mi boca cayó en su pene*”.

—Bien, de acuerdo, el tipo no es un completo desagrado, mucho menos a la vista, y mientras siga pagando bien y proveyendo buen vodka, podría hasta agarrarle cariño.

—Cuidado, chica. Tampoco vayas a por tanto. Me pareció gracioso cuando dijiste lo de que es un tiburón, porque precisamente lo apodamos el tiburón blanco...

—¿Y por qué ese en específico?

—Fácil. Porque no es su estilo, pero cada cierto tiempo, se come a un hombre.

—Bien, lo tendré presente. —Roy abrió el costoso vodka, se sirvió un corto que bebió de un trago y le entregó la botella al resto del elenco— Y ahora me despido, chicas, ha sido un gusto.

—Esperamos tenerte pronto de regreso.

—Nos vemos.

En el siguiente destino del tour, Domingo simplemente no estuvo, pero eso debía ser normal. Su show de humor no era el único número importante que se estaba presentando actualmente en sus clubes y seguro él solía repartir su atención equitativamente dentro del país y en el extranjero.

Llevaba prácticamente dos semanas sin verlo, camino a la tercera, tiempo suficiente para reconocer ante sí mismo que se había portado como un crío caprichoso. Si realmente no hubiera querido tener nada con él, habría sido tajante desde el primer momento, sin embargo hacerse el niño bonito con aquel apetecido ejemplar le había gustado bastante y cuando tuvo el tino de tomarle el peso a lo que estaba jugando, había sido tarde para recular sin quedar efectivamente como un cobarde.

¡Bah! Que Domingo Corona pensara lo que quisiera. Tal como había predicho, probablemente él había perdido el interés cuando sus avances no habían dado frutos y ahora debía estar por allí revolcándose con cualquiera. ¡Mucho mejor entonces que lo había dejado en paz!

Estaba felicitándose a sí mismo por su buen juicio, intentando desenredar una enorme peluca que había quedado convertida literalmente en un gato callejero a causa de los ventiladores que había pedido para un juego, cuando sintió una sensación de frío y calor a la vez recorriéndole la espalda cuando escuchó la inconfundible voz de su “jefe” conversando con alguien por teléfono a unos metros de su camarín, cada vez más cerca.

¡Bien, de acuerdo! Estaba deseoso de verlo, de que su cara de creído, adornada por sus hermosos ojos y su irresistible boca, asomaran por su puerta en cualquier momento, sin embargo el sonido de su voz no se detuvo fuera de su camarín, sino que continuó, alejándose.

Ok, ahora el difícil era él, ¡claro!

Le había dicho que la siguiente vez tendría que ser quien se acercara e iba a cumplirlo, ¡típico de macho arrogante! Pues que se fuera bien derecho a la mi...

—Hola, B.

—Ah, eres tú... —el graznido que se le escapó por más que intentó usar su voz menos interesada y aburrida tuvo no solo el molesto efecto de ponerlo en evidencia, también le sacó una sonrisita divertida a Belzebú<sup>[33]</sup>— Hola.

—Disculpa las molestias, pero tengo que pedirte que bajas ya mismo a probar sonido, ya que esta noche tendremos un *DJ*<sup>[34]</sup> especial y tiene tan solo una hora para dejar todo dispuesto antes de salir y regresar directamente para la apertura.

—Sí, claro, en seguida voy.

—Gracias.

Domingo asintió y como no había dejado cerrada la puerta, en un segundo ya estaba alejándose otra vez, contestando además otra llamada a su móvil, usando un tono suave y cariñoso que le sentó como una jodida patada en los huevos.

—¿Eso era todo? ¡Vaya mierda! Tanta que no logró contenerse.

—¿Ya te vas?

No hubo respuesta. Ni siquiera le había dado la oportunidad de decirle su opinión respecto al tremendo pedazo de asno que era, por lo que, aprovechando que tenía que bajar, tal vez podría saber con quién estaba hablando él de forma tan tiernita.

—Sí, preciosa. Te prometo que tras el fin de semana estaré contigo. La misma madrugada del lunes tomo el avión, ¿quieres?

—¿Dándole explicaciones a la noviecita? —Domingo le hizo un gesto serio para que no continuara hablando y por un segundo a punto estuvo de dedicarle un buen rosario para que supiera que a él nadie lo hacía callar, pero algo había en su expresión que lo mantuvo en silencio hasta que cortó la llamada— Que sea la última vez que te sientas con derecho a hacerme guardar silencio, ¿estamos?

—De verdad lo lamento, B. Normalmente sabes que me fascina tu cháchara, pero mamá no está bien y no quiero que piense que me complica tener que viajar a verla.

—No, Domingo, discúlpame tú. —claro, por eso algo en su rostro había refrenado su metralleta asesina de improperios. Él parecía cansado y tenso, y por un instante estuvo a punto de abrazarlo, pese a que no sabía los pormenores del problema de su madre. Era simplemente el instinto de consolar a su chico especial aflorando de forma espontánea, refrenado en el último segundo— No se me pasó por la cabeza. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Gracias, Roy. —¡Mierda! El asunto estaba difícil. Muy pocas veces lo llamaba Roy y siempre cuando las cosas se ponían muy calientes, o demasiado serias— Por favor, déjame saber si quedas conforme con la prueba de sonido y si requieres cualquier cambio, ¿vale?

—Claro, no te preocupes.

—Nos vemos.

—¡Espera!

—¿Sí?

—Puede que seas un plomo, pero si necesitas hablar...

—Yo... lo siento, no puedo, pero te agradezco la intención.

—Tranquilo. La oferta sigue en pie para cuando quieras.

Domingo le dedicó una poco alegre sonrisa y se volvió para ir probablemente a su oficina. ¡Que lástima! Se notaba que le vendría bien bajar aunque fuera un momento el costal de ladrillos que parecía llevar a cuestas, pero no tenía derecho a presionarlo, por más que quisiera.

A regañadientes se dio la vuelta para bajar hacia el escenario cuando él le tomó la mano, lo jaló contra su amplio pecho y lo retuvo allí menos de un segundo, sin embargo la mirada agradecida y aliviada que le dedicó antes de marcharse valía por una o hasta un millón de eternidades.

Y tras eso, volvió a su reciente rutina.

Sabía ahora a ciencia cierta que presenciaba todo el show desde la caseta del DJ, por lo que aprovechaba cada oportunidad para hacer varios chistes, incluso una parte de su rutina dedicada a él y a otros hombres guapos con aires de irresistible, sin embargo ni con eso había logrado que volvieran a lo suyo.

Muchas veces bajaba a compartir con el público, a obsequiar algunos tragos de cortesía y a

hacer *lobby*<sup>[35]</sup> con la gente del elenco estable en el bar, menos con él, por supuesto, que apenas acababa su presentación, iba directo a su camarín a cambiarse para regresar a su hotel, siempre teniendo la precaución de usar el taxi que Domingo nunca olvidaba de poner a su disposición, en especial las muchas noches en que Stanley prefería quedarse a la fiesta que ir a encuevarse como una anciana.

Aunque intentó no preguntar directamente, mucho menos a los propios hermanos Corona, supo que lo de su madre no pintaba del todo bien. A la señora le habían detectado hace años un cáncer bastante agresivo al que varias veces habían logrado refrenar, pero que obstinadamente resurgía cada tanto, siendo esta última la oportunidad en que habían decidido aplicarle un nuevo tratamiento experimental que resultaba casi tan violento como la enfermedad, por lo que Domingo y Lupe se turnaban para estar con ella, también Lourdes, pero con ella se veían aún más porque vivían muy cerca en Miami.

Se sentía la madre del egoísmo cuando, pese a sentir apretado el corazón, no podía evitar estar algo más tranquilo al toparlo ocasionalmente y notarlo cansado. Por un lado era señal de que su ausencia de algunas fechas del tour seguía siendo a causa de su madre y, por otro, a veces su guardia estaba baja y al mirarlo podía reconocer que lo que había entre ambos seguía allí, aunque agazapado, esperando para saltar.

¡Diablos! ¿Por qué tenía que ser todo tan blanco o negro?

Últimamente lo que Domingo no hacía en la realidad se apresuraba por las noches a concretarlo en sus sueños, tanto y tan amenudo que estaba a punto de comenzar a pedir una habitación separada para Stan, que no paraba de insistirle con lo de que era un estúpido que no aprovechaba la oportunidad que tenía delante y que en cualquier momento la perdería, o de burlarse a causa de su agitación adolescente.

Y entonces, una noche tras una bienvenida apoteósica de regreso a Nueva York, la primera en que él no había estado para el *meet and greet* aún sabiendo que estaba en el club, lo que derechamente le había producido la dolorosa sensación de comenzar a perder la familiaridad ya tangiblemente, Domingo estaba en su camarín, esperándolo.

Bueno, esa era una forma de decir, ya que como estaba era profundamente dormido en el sofá.

Tratando de no hacer ruido, se quitó los tacones en la puerta y se acercó despacio para poder verlo. ¡Dios! Lucía bastante agotado, sin embargo no dejaba por eso de ser una gota menos apetecible, poniendo a prueba toda su fuerza de voluntad para no acercar su mano y acariciar sus mejillas, rozar suavemente sus labios...

Con cuidado, se acercó aún más. Por supuesto que lo había visto beber alguna copa de forma social, pero era claro que su siempre tentador aroma se mezclaba con unas notas de alcohol, probablemente whisky, lo que confirmó al ver el vaso vacío a sus pies, en el suelo.

Eso podía significar o que estaba celebrando algo, o tratando de evadirse.

¡Dios! Que ganas tenía de abrazarlo, de decirle que no tenía por qué cargar con el peso del mundo entero en sus hombros, que no lo quería solo para echarle unos buenos polvos, que también podía estar ahí para él para escucharlo, para tratar de ayudarlo en lo que pudiera y consolarlo si las cosas iban mal, o reír con él si mejoraban...

¡Mierda! Si evitando dar el paso que Domingo exigía para volver a lo que tenían había pensado que iba a librarse, acababa de darse cuenta que iba fresco. Y no podía culparlo, porque siempre había sido muy claro en sus intenciones. Que él estuviera ahí, admirándolo como un tonto, queriendo hacerle mimitos en vez de tan solo sacarle provecho a todo ese magnífico cuerpo, era



exclusivamente su responsabilidad.

Resistirse a Domingo Corona a su cien por ciento había sido un gran desafío del que casi podía jactarse de haber superado, pero muy distinto era ser testigo de que, como cualquier persona, su tiburón también era vulnerable y encima intentaba ocultarlo, yendo a refugiarse directamente a su lado. Vencer lo que aquello le producía era demasiado pedir, incluso para alguien como él.

Y aún quedaba conocer la razón de qué estuviera ahí, aunque sabía que difícilmente habría algo útil que pudiera hacer, para bien o para mal, tan solo estar a su lado, disponible.

Ya que aún el invierno no se había despedido del todo de la Gran Manzana, buscó en su maleta su abrigo y lo cubrió con cuidado. Cada minuto que pudiera descansar era valioso, así que estaba cruzando los dedos para que Stan siguiera abajo en la fiesta con las demás, dándole tiempo a cambiarse y desmaquillarse antes de que él despertara.

Se había alcanzado a quitar el vestido apenas cuando su móvil sonó, cazándolo rápidamente para que no volviera a repicar, saliendo al pasillo a contestarlo aprovechando que el ruido no lo había perturbado, probablemente a causa del licor.

—¿Sis?

—Dime.

—¿Por qué susurras? ¡Estamos en un club!

—Sí, eso no te incumbe... ¿Qué quieres?

—¡No me digas que hoy sí te quedas a la fiesta!

—No lo creo.

—¿Entonces qué haces aquí aún?

—Estaré otro rato. No me he desmaquillado, pero ya me estoy vistiendo.

—¡No uses mi camisa si no has acabado de sacarte el estuco!

—Mierda, Stan, no tengo tiempo para esto ahora. Luego nos vemos. Tal vez nos vayamos juntos al cerrar.

—No lo creo, Bianca. Me acaban de invitar al mejor after party de Manhattan...

—Bueno, haz lo que quieras, pero no vuelvas a llamar.

—¡Uy! ¿Por qué tanto silencio y tanto misterio?

—Domingo está aquí, dormido.

—¡Bien por ti! Aunque me preocupa que lo hayas agotado tan rápido... sería por la eterna espera.

—No, idiota. Estaba dormido ya cuando llegué al camarín. Ha tenido una temporada dura con lo de su madre y, aunque sea un izquierdazo al hígado, me da pena despertarlo y echarlo, seguramente necesita descansar.

—Ya, tú miéntete cuanto quieras, pero se buena y cuida al jefe. Llámame cuando termines de hacerla de hermanita de la caridad y le quites las preocupaciones con un buen ensarte.

—¡Jódete!

—Que te jodan a ti primero, falta que te hace.

## Capítulo 9

¿Qué iba a hacer con él? ¿Por qué estaba precisamente ahí? ¿Querría cobrarle la palabra y hablar?

Fuera lo que fuera, no iba a marcharse hasta estar seguro de ayudarlo si él lo solicitaba, o de al menos asegurarse de que volviera a su hotel sano y salvo, no fuera a cometer la estupidez de conducir bajo la influencia del alcohol.

Sin embargo al volver a entrar al camarín, no tuvo que seguir dándole vueltas al asunto. No sabía si a causa de la llamada o no, pero Domingo había despertado y estaba lavándose la cara en el baño, dejando su abrigo sobre la maleta.

—Perdón por la visita sin anuncio, B.

—No hay cuidado. ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—¿Y tu madre?

—Aparentemente mejor.

—Me alegro mucho, —Roy volvió a sentarse frente al tocador para continuar con su rutina de salida de personaje, quitándose los lentes de contacto grises y guardándolos en su estuche, consciente de que pese a estar ahí, Domingo no parecía inclinado a soltar más información— se nota que ha sido una temporada dura para ustedes.

—Sí.

—Y estabas bebiendo...

—¿Te molesta?

—No es asunto mío, Corona. Me preocupa que vayas a conducir si te tomaste varios de esos... —Roy indicaba el vaso aún en el suelo— No serás de esa clase, ¿no?

—No soy. Y solo tomé cien centímetros cúbicos de whisky por medio kilo de aloe vera y medio de miel de abejas hasta con la cera, lo que lo reduce a... pienso que tal vez unos dos o tres centímetros cúbicos al tercio de vaso, o lo más parecido a tres cucharadas soperas llenas.

—¿Qué mierda es eso?

—Un supuesto secreto de naturaleza que seca el cáncer en quien lo padece, y lo previene en quien no.

—¡Por Dios! —de golpe sintió como que se quedaba sin aire— Domingo, tú...

—¡No, hombre! Para nada. Es tan horriblemente amargo que para que mamá lo tome, le prometí que yo también lo haría.

—Gracias a Dios.

—¡Que dulce! ¿Te preocupaste por mí, Mr. B?

—Como lo haría por cualquiera que firme mis cheques, no te emociones.

—De acuerdo. Siendo así, ya me retiro.

—Aún no me dices por qué estabas aquí.

—Sabes por qué estaba aquí, B. Aunque no debiera... es tu turno.

—Ni la menor idea de lo que hablas.

Justo en ese momento Stan entró tras golpear escandalosamente a la puerta, como previniendo a los ocupantes del camarín para no encontrárselos en una situación comprometedor. Aunque esa no sería la vieja Nancy, así que realmente lo había hecho por joder, incluso para que Domingo la pillara contemplándolo amorosamente.

—Bianca, nos vamos al after con las chicas, el club ya cerró. ¿Te unes o no? Y... ¡mierda! ¿Te estás desmaquillando con mi camisa puesta?

—¿Otra vez con eso?

—¡Pon cuidado con las manchas! Sabes de sobra la batalla que fue ganarla en ese remate de ebay y aún recibo ofertas por ella. No te la presté para que me la maltrates. Perdón por el altercado, Dom. Hola.

—Hola, Stanley.

—De acuerdo, hermana, no es para tanto, ¿sabes? Es una camisa y ya, como cientos de otras camisas feas que tienes.

—¡Dios! Que amarga te pones... —la mirada y el tono delataban la doble intención del comentario— cuando quieres irte a la cama.

—No te preocupes, Stan. Ustedes diviértanse. Personalmente me encargaré de que Bianca llegue sana y salva al hotel.

¡Puff! Ahí estaba otra vez jugando la carta de “Bianca” el muy idiota.

Sabía de sobra que lo hacía con una pequeña nota de insidia, como si al llamarlo por su nombre artístico quisiera criticarle algo parecido a un lado femenino tonto y vanal, casi como tratarlo de manera despectiva de “loca”, desmaquillándose con furia y guardándolo todo en cualquier orden, como jamás antes lo hacía. No al menos hasta conocerlo a ÉL.

Estaba tan molesto que ni siquiera tenía ganas de recordarle que estando en Nueva York, no debía pagarle hotel, que lo lógico sería que se quedara en su propio departamento.

Y para más inri, se le cayó el bolso del cosmetiquero, el mismo que ya antes había confabulado en su contra ocultando la camiseta negra del pecado, revelando esta vez como único contenido una tira de condones de los que había regalado esa noche un auspiciador y que había guardado solo porque sí, pero que obviamente una mente sucia podría darle cualquier otra rebuscada interpretación.

—Bien, amiga, veo que estás preparada y protegida...

—No te preocupes, no me separaré de B. hasta dejarlo cómodo y seguro.

—Eres un ángel, cariño. Confío plenamente en ti. —ojalá Stan dejara de estar obnubilado bajo el encanto de ese sujeto. ¿Acaso no podía entender sus muy lógicas razones para evitarlo? ¡Claro que no! ¿Desde cuándo su amigo podía resistirse al influjo de un cuerpo agraciado y una sonrisa de dientes perfectos? Y encima, estando convencido de que le vendría bien echar una cana al aire al menos con el jefe...— Nos vemos luego, amiga. Por favor, además de los condones, guarda a la perra bien al fondo del bolso. Si es necesario, deja una toalla en la puerta o algo para no molestarte... y se buena con nuestro Dom, ¿quieres?

—E se bene quen nestre Dem, ¿quieres?

—Me encanta lo maduro que eres, B... —pese a que sentía como si le hubieran metido un jalapeño en el culo cuando le susurró al oído mientras Stan y los demás que esperaban afuera salían envueltos en una nube de risas y ánimo festivo, al mismo tiempo un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al sentir el calor de su aliento en el lóbulo de la oreja— Anda, alégrate un poco. Sé que estás cansado, pero qué tal si firmamos la paz por un rato y me acompañas con una copa antes de llevarte a descansar ¿qué dices?

—Pensé que me llamarías un taxi, como siempre.

—¿Y dejar que mi costosa inversión se aventure en la noche en compañía de un desconocido? Ni loco.

—Bien, allá tú si quieres regalar tu negocio entero, pero ya que me malacostumbraste antes, solo aceptaré un *Luxury*.

—Lujuria y condones.... —como ya había terminado de desmaquillarse, tomó la maleta de Bianca y la bajó al bar, totalmente desierto y ya aseado a esa hora, estirándose por sobre la barra para coger una botella de abajo y servir sin demasiada solemnidad, como si nada, dos vasos de un *Luxury* nuevecito con un par de cubos de hielo antes de acercarse para entregarle uno, rozando tan tenuemente sus dedos con los suyos, que lo atribuyó preferentemente a su imaginación más que a alguna retorcida clase de coqueteo de aquel enorme arrogante que había declarado el siguiente paso como cosa suya— Creo que comienzo a descifrarte.

—Piensa lo que quieras, que yo no voy a privarte. — aunque más enojado consigo mismo por lo nervioso que se sentía más que con el propio Domingo por provocarlo, las palabras salieron de su boca sin la menor suavidad y ni gota de diplomacia— Siempre he estado en contra del maltrato animal, los perros con bozal y los zoológicos.

—¡Vaya! Hasta ahora creí que todo este antagonismo y desaires eran parte de “nuestro juego”, pero parece que en serio te estoy fastidiando y no es una farsa que te caigo mal, —Domingo estaba tan cerca que podía percibir el calor de su cuerpo en cada célula y su deliciosamente masculino olor no hacía mucho para ayudarlo a mantener la actitud hostil que su cerebro le dictaba que tenía que adoptar con él, sin embargo unos milímetros más y no se atrevería a fiarse de si mismo con esa boca plena y sensual a su alcance— ¿cierto, estrellita?

—Para caerme mal tendría que notarte y, de verdad, si no estás imponiéndote groseramente como en este momento, rara vez recuerdo que existes.

—Mentiroso...

Y entonces, cuando Domingo asaltó con sus manos su cuerpo, y con su lengua, su boca, reconoció, aunque solo para sus adentros y para su propia sorpresa, que sí existía alguien que pudiera hacerlo callar y dejarlo así. ¡Y que se fuera el mundo entero a la mierda si decían “pío” por estarlo disfrutando!

Disimuladamente se pellizó para comprobar si esta vez aquello era real o estaba teniendo de nuevo un affair imaginario con el jefe, ¡y sí que era verdad!

El hombre más insufriblemente atractivo del planeta lo besaba como si la vida le fuera en ello, mientras sus caricias ígneas encendían un río de lava por su piel, más cuando había metido las manos bajo la rígida tela de su entallada camisa, profiriendo un resoplido de molestia al no tener todo el espacio que quisiera para maniobrar bajo la prenda, haciendo aún más evidente su excitación.

—¿Qué pasa? ¿Que acaso no es infinito el poder del gran Domingo Corona que una humilde camisa no se desvanece en el aire para darle gusto?

—¡Dios! Sí que te fascina irritarme... —sin ninguna solemnidad y dejándolo con la boca abierta, de un tirón hizo saltar la mayoría de los botones de su finísima camisa, manteniéndola abierta con una mano, mientras que con la otra agarró la suya y la puso directamente sobre aquellos gloriosos pectorales, dándole paso a tocarlo a gusto— Ahora, B., vas a compensarme por todos esos estúpidos desaires y por el inagotable repertorio de chistecitos que has hecho a costa mía. Cuento eso como tu paso.

—¿Y si no quiero?

—¿Realmente... —Domingo se echó un paso atrás, dejando su torso tan solo al alcance de la punta de las yemas de sus dedos— no quieres?

—¡Mierda! —sin sutilezas, acortó las distancias, pero esta vez acariciando por sobre el pantalón la monumental y dura verga que la tela era incapaz de disimular— Sabes de sobra que de esto sí quiero. Desde el día uno.

—Entonces quítate la extra cara, genial y ultra a la moda camisa de Stan o juro que te la arranco a jirones, aunque tu colega no me vuelva a hablar, ¡diablos! Quiero poder tocarte como se debe por fin...

—Mmmm... —encantado con la sensación de poder que le daba el que su celestial Adonis estuviera ardiendo de deseo por él, no pudo evitar darle la espalda mientras se desabotonaba exasperantemente lento la muy mentada camisa, observándolo de medio lado—...sí que estás ansioso, ¿verdad?

—Ven, —con ambas manos lo agarró por las caderas y sin más paciencia, apretó su excitada entrepierna, refregándose contra sus nalgas— si quieres alardear de ponerme caliente, al menos compruébalo.

—Pobre de mí, —si eso no era la gloria, no estaba seguro de que existiera algo que fuera más parecido— chico malo, vas a partirme en dos con esa cosa.

—Si te gusta rudo y rápido, claro, aunque también me encantará penetrarte lento y a fondo mientras te acaricio y te beso para que me supliques por más.

Eso era todo. No hubo otro segundo para darle vueltas al tema o hacerse de rogar, ¡lo quería ya contra su piel y a volar las buenas razones!

Apenas notó cuando lo tomó por la cintura y lo sentó sobre uno de los altos banquillos giratorios, dejándolo a la altura perfecta para volver a adueñarse de su boca apenas reclinándose un poco, sellando cada beso ardiente con una tenue dosis de dolor al morderle los labios suavemente, continuando la exploración luego a su barbilla y su garganta, mientras sus manos hábiles se deshacían del brillante cinturón amarillo por el que también había peleado y ganado esa mañana contra Stan al tiempo que Roy lograba desabotonar sus puños para quitarle del todo la camisa arruinada cuando Domingo se tomó un segundo para analizar los extraños broches de su pantalón.

—Ya está, creo que sé cómo van estas cosas, sin embargo no quiero que vayas a acusarme de hacer cualquier movimiento que arruine la experiencia...

—¿Quieres que te explique cómo abrirlos?

—No. —Roy temió caer al piso derretido ante aquella mirada de puro fuego— Pero sí quiero saber si mi exitosa estrella quiere que lo apoye contra la barra para romperle ese pequeño y lindo trasero ya mismo o si, por el contrario, quiere que me arrodille y contemplar mientras el “jefe” puede ser dócil y mamársela hasta hacerlo acabar en su boca. No tengo demasiada experiencia, pero lo compensaría con empeño...

—¡Jamás habría imaginado que tendría la opción de elegir contigo!

—Claro que la tienes. Incluso si quisieras, ya sabes, invertir roles. Sin embargo preferiría que eso fuera en otro momento. No me gustaría entregar aquella... virginidad sin al menos una ducha y algo de lubricante.

—¡No lo creo!

—Bueno, no es que tenga cero experiencia, pero todo ha sido más bien estimulación y...—sin saber cómo continuar sin enfriar el momento, simplemente se alzó de hombros— en fin.

—Me voy a desmayar. ¡Si hasta te has sonrojado!

—Aún hay algo de chico inocente tras este curtido y tacaño empresario, ¿sabes?

—Ven acá. —con las piernas lo rodeó por la cintura para hacer que se acercara, bajando a levantarse sobre el apoyapiés para quedar por primera vez por unos centímetros por encima de Dom y ser él quien se adueñara ahora de su boca— Sabes que no eres tacaño, pero tienes razón, sí que me caes bastante mal, de boca para afuera, como ya te habrás dado cuenta y conviene aclarar antes de tenerte dentro, pero sí que te creo. Y si en un rato, unos días y unas cuantas citas después, seguimos sin odiarnos, si en verdad se te antoja, me encantaría hacer jardinería contigo, mi florecillo.

—Bien, ya que estamos siendo honestos, sí se me antoja. Puedes fanfarronear que eres el primer hombre con el que me apetece además.

—¡Ya basta! Si sigues voy a terminar pensando incluso que eres un muchacho dulce, enchapado a la antigua, encerrado en ese magnífico cuerpo de perverso pecador.

—¡Para nada! Ven aquí. —en un solo movimiento, acomodó su brazo para jalarlo sobre él y que no fuera a hacerse daño, apoyado boca abajo contra la barra principal, demostrando con hechos que había comprendido cómo abrir los broches de sus pantalones, bajándolos acto seguido junto con la ropa interior solo lo justo y necesario para dejar a la vista sus nalgas— Pero que lindo culito tenemos aquí... ¿Cómico?

—Como en una maldita nube...

—Bien.—con una sonrisa pagada de sí mismo, metió la mano en el bolso de Roy que estaba sobre la barra y sacó la anteriormente inoportuna tira de condones con expresión angelical— Sabía que eras todo un goloso y que ibas a acabarte estos en un santiamén.

—¡Idiota! Si cuentas, verás que no he usado ninguno. Los regalaron esta noche...

—Y yo que creí que no sentías ninguna necesidad de darme explicaciones... —Roy le enseñó la lengua y le quitó la mirada, al menos hasta que él posó la mano y acarició sus nalgas con gesto tan... sí, ardientemente perversa era la expresión que se podía decir que tenía, como si estuviera jugando al billar y hubiera descifrado la forma de meter en un tiro difícil la bola certeramente a la buchaca— Es verdad, aún no los usas, pero me alegro, porque hoy van a hacernos falta.

—¿Todos? —la expresión asombrada de Roy no hizo más que avivar las llamas gemelas que bailaban en sus pupilas de oro fundido — ¿Los tres?

—No te preocupes por eso.

—¡Ah! Ya decía yo...

—De camino al hotel podemos pasar por algunos más.

—Y unas compresas frías, hombre. Eso si quiero volver a sentarme esta semana.

—Mí lindo payasito, es mi turno de poner una sonrisa... y tal vez algo más en esa boquita habladora.

## Capítulo 10

Roy se sujetó del borde de la barra cuando lo sintió separándole las nalgas, listo para penetrarlo, aprontándose para lo que se venía.

Ya había notado al palparlo con su mano y al sentirlo refregarse antes contra su trasero lo grande y duro que estaba y, aunque sabía que al principio iba a doler, amén de que hace rato no estaba con nadie y que salvo que se pusieran a buscar anticlimáticamente su crema desmaquillante, no contaban con el apropiado lubricante, al rato conseguiría adaptarse a su tamaño y tal vez hasta tendría la suerte de disfrutar aquella primera vez con él.

Estaba gozando de la forma tan posesiva que le amasaba las nalgas con sus grandes y vigorosas manos, sumergido en sus reflexiones pre—sexuales, cuando aquellos labios con los que tanto había soñado y esa lengua curiosa que había reconocido en sus besos cada rincón de su boca, se confabularon para ponerlo a gemir de inesperado y tortuoso placer al adueñarse también de aquella intimidad.

Aunque Domingo pudiera no ser un experto en cuanto a mamar una verga, como había declarado, sin duda tenía sobrada experiencia en lo que estaba haciendo, acariciando los bordes de su entrada con los pulgares a la vez que lo lamía y le clavaba la lengua con un ritmo lento, pero intenso y profundo, arrancándole los más eróticos y sensuales gruñidos que hubiera escuchado salir alguna vez de su boca.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmm...

—¿Te gusta esto, B.?

—¡Dios, sí! Uffff... de haberlo sabido, no me hubiera... hecho tanto de rogar, Corona...

—No te preocupes, bonito, —mientras hablaba, con sus dedos sustituía el trabajo que realizaba con la boca— te dije que me lo compensarías, ¿recuerdas?

—...

—¿Lo recuerdas, B.? —intencionalmente presionó con los dedos el punto exacto en el que sabía que lo haría vibrar de placer— ¿Qué dices?

—Mmmmmmmggggghhhhhhhhh... Eres... un hijo de su madre, pero... ¡que bueno!

—Te lo advierto, Roy. No voy a liberarte hasta que me supliques que te penetre.

—Sueñas si crees que... ¡Dios! —Domingo había vuelto a clavarlo duro con los dedos, esta vez más separados para colar su lengua entre ellos—Mmmmmmmmmmmhhhhhhhh...

Si hubiera llegado algo de sangre a su cerebro en esos momentos, habría hecho algún chiste respecto a cambiarle el apodo de tiburón a oso hormiguero a causa de esa lengua tan sumamente talentosa, sin embargo echando mano a las últimas gotas de cordura que le quedaban, no iba a suplicarle, al menos aún no, para que no dejara nunca de hacer eso, y encima con los labios ejercía una suave y húmeda presión que estaba a punto de noquearlo.

¡Mierda! Por supuesto sus gemidos no podían mentir y el muy ladino había encontrado el ritmo y la cadencia perfecta con los dedos para hacerlo hervir sin llevarlo hasta la cima, ampliando su área de tortura al darle largos y lentos lametones desde atrás a sus muy sensibles testículos.

Aquello era demasiado. O le daba en el gusto, o iba a acabar desmayado antes de haberlo



tenido tan solo una vez dentro, y en honor a la verdad, ahora estaba mojado y listo, a punto para gozar a concho su magnífico sable hasta la empuñadura.

—Uffff, vale ya... ¡Diablos! Me estás matando...

—Di las palabras mágicas, B.

—Vamos mmmmmghhhhhhhhhhhhh, no seas... rencoroso....

—Te escucho...

—Porgggghhhhhhhhhmmmmmmmmfff....

—¿Decías? —Domingo detuvo todo movimiento, sin embargo sus dedos no aflojaban la presión, apenas rotándolos sobre el eje mismo de su placer— ¿Sí?

—¡Métemela... ya, mmmmmmmhhhhh... por Dios!

—Te falta algo.

—Te... lo... suplico....

—¿Ves? Hablando se entiende la gente...

Roy echó un vistazo hacia atrás al sentirlo abrir con los dientes el sobre del preservativo y desenrollarlo con algo de dificultad por su miembro, dando a la vez gracias por los dones concedidos y porque él lo hubiera preparado a conciencia, porque lo que estaba a punto de servirse no era para nada un agradable bocadillo, sino que un extraordinario y opíparo banquete.

Domingo ensalivó su mano, humedeciendo su propia piel con ella y apuntando el grueso glande enrojecido de anticipación diestramente, sujetándolo con una mano no por las caderas, como haría la mayoría, sino del hueco entre su cuello y su hombro, acariciándolo afectuosamente, inclinándose para besar su cuello y sus orejas justo antes de comenzar a presionar.

—Bésame.

Roy giró un poco la parte superior de su cuerpo, facilitando la diferencia de estatura entre ambos a que Domingo se apoderara vorazmente de su boca al tiempo que su verga hacía lo propio en su trasero, adueñándose centímetro a centímetro de su ansioso interior hasta liberar un ronco y recio gemido de placer y satisfacción al sentir su pubis chocando contra sus nalgas.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmhhhhhhhhhhhh, ¡sí! —sin salir ni un milímetro, se alzó para observar como todo su miembro era ceñido y estrujado deliciosamente por aquel pequeño y apretado trasero, volviendo a inclinarse para cubrir sus hombros y sus mejillas de cientos de pequeños besos— No sabes cuántas veces había imaginado esto, B.

—¿Ah... sí? —esa mirada de oro convertido en líquido dorado de tantísimo calor estaba a punto de hacerlo evaporarse en el aire, sin embargo aquello sería imposible. Estaba anclado a él, colmado y extasiado con su tamaño, pero en especial con el ímpetu y la necesidad con los que Domingo lo poseía— ¿Y te vas mmmmmmmhhhhh, a quedar... quieto?

—¿Estás ansioso, payasito?

—Estoy temiendo y deseando a la vez que me hagas pedazos con eso...

—A tus órdenes entonces, nene.

Lenta y cadenciosamente comenzó a entrar y salir casi por completo de él, haciendo que gozara de ida y vuelta de ese mastil que se alojaba a fondo en su cuerpo, haciéndolo gruñir y jadear de placer a cada intensa estocada, animándolo a coger cada vez mayor velocidad y empuje, llevándolo poco a poco al borde de un potente orgasmo que comenzaba a fraguarse, haciéndolo temblar, más aún cuando Domingo lo rodeó con un brazo para acercarlo y a la vez protegerlo de la dureza de la barra y así hacer espacio para agarrar su miembro y masturbarlo al mismo ritmo que imprimía al cogérselo.

—Mmmmmmmmmmmmm, sí.... más fuerte, Domingo, así.... Mmmmmmmggggghhhhhhhhhhh....

más.... eso, nene.... uffffffff.... dame con todo, sí....

Cuando lo sintió a punto, envolvió el glande en su palma para que Roy acabara en su mano, agradeciendo el haberse esforzado para voltearse a verlo en el momento en que se llevó los dedos a la boca, lamiéndolos para probar su sabor. Si no hubiera acabado de eyacular como no lo hacía hace meses, la sola visión de aquello lo habría puesto duro e hirviente otra vez.

Entonces sí que lo tomó por las caderas, empalándolo rápido y a fondo sin detenerse, gimiendo su nombre de forma exquisita, sin apartar sus ojos de su mirada, salvo en el momento de alcanzar el climax y derramarse en un jadeo largo y embriagador mientras Roy lo exprimía deliciosamente.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh... Roy....

—Eso... ha sido... bueno...

—¿Bueno y... ya?

—Está bien... excelente.

—Exquisito...

—Sí, no estuvo mal. Tienes un garrote impresionante, Corona, pero lo mejor es que sabes bien cómo usarlo.

—Agregaré que me encantó como gemías y me apretabas como si no fuera a haber un mañana, B.

—Sí, —Roy lo sujetó a la altura del borde del preservativo y se separó lenta y cuidadosamente de él, robándole una sonrisa divertida cuando enrolló de vuelta y le quitó el condón, anudándolo y dejándolo sobre su empaque en la barra antes de pasarle un dedo por la punta y llevárselo también a la boca, haciendo gestos como si estuviera en una degustación de canapés— tamaño, grosor, textura... y sabor aprobados.

—Me imagino que te lo dirán hasta el agotamiento, pero que divertido eres.

—No muchas veces en el presente contexto.

—Eso espero.

—¿Y eso qué significa?

—Bien, —él se había sonrojado por lo que iba a decir, lo que le resultó extremadamente encantador y tierno teniendo en cuenta que acababa de brindarle uno de los mejores polvos de su vida— espero que no te molestes con lo que diré...

—Ya, —la sonrisa que tenía tuvo que mantenerla apretando los dientes para que no se diera cuenta que la espera ante la excusa era más dañina que la excusa misma que iba a inventarle— me imagino lo que viene.

—Quiero que sigas a mi lado. Que te quedes conmigo.

—¿Qué?!

—Sé que vives en Nueva York, Roy, pero me gustaría que vinieras conmigo al hotel en el que me hospedo y...

—¿Eso ibas a decir? —él no estaba dándole las gracias por la cogida y la patada, inventándose algún cuento. Tampoco parecía estar diciendo que quería aprovechar solo lo que quedaba de la noche, que en realidad no sería mucho, incluso probablemente fuera del club ya estaría amaneciendo, sino que de alguna forma quería que estuviera con él por un tiempo indefinido— ¿Quieres que me quede contigo?

—¿El sexo te produce problemas de sordera, B.?

—Muy gracioso... ese es mi trabajo.

—Es lo que iba a decir, discúlpame la ironía, señor amo del sarcasmo. Ahora es tarde y sería

bueno irnos a descansar, pero mañana puedo llevarte a casa a recoger lo que quieras.

—¿Y por cuánto tiempo sería esto de pernoctar contigo? Como para saber qué cosas tengo que llevar...

—No lo sé. ¿Lo que nos soportemos sin sacarnos los ojos?

—Yo, por semejante servicio al cliente, —Roy miró deliberadamente en dirección a la bragueta que Domingo acababa apenas de cerrarse, haciéndolo reír— puedo tener bastante paciencia. Lo que sí te advierto, no me gusta dar tema a la gente para que hable, así que en caso de aceptar, me gustaría que fuéramos discretos y mantuvieramos... lo que sea que esto sea en reserva.

—¿Te doy vergüenza?

—Demasiada... —sabía que estaba de broma, pero igualmente merecía alguna explicación más allá de lo que pudiera parecer evidente ante el hecho de que jefe y empleado se acostaran— La verdad es que he hablado tanto... más bien criticado tanto a los que se buscan un papito que los mantenga, que aunque tú y yo sabemos que no es el caso, no quisiera que el resto se crea con derecho a opinar a razón de que les parezca que me estoy pisando mi propia cola.

—En ese caso el papito serías tú. ¿Qué edad tienes?

—Bien, listillo, por supuesto que soy mayor que tú, la pregunta es cuánto.

—No sabía que existieran las preguntas cuando las respuestas no tenían importancia. —Domingo volvió a tomarlo por la cintura y a sentarlo en uno de los bancos como si nada, inclinándose para besarlo una vez más— Si tú quieres decirme tu edad, me interesa, pero no por la diferencia, B.

—¿Te conformarás si te digo que cuarenta y siempre?

—Me conformo si me dejas lamer esos lindos hoyuelos que te aparecen cuando sonríes. —lo que hizo sin esperar su consentimiento cuando la sola mención lo hizo sonreír— Mmmmm, deliciosos.

—Eres muy coqueto tú, ¿no es cierto, guapo?

—Si te agrada, me declaro culpable.

—Y bastante astuto, para mi infinito infortunio.

—Vamos, B., no seas amargo tan de madrugada. Vámonos a dormir... o quién sabe si un rapidín matutino antes de eso y el desayuno en la cama.

—Pero, ¿aceptarás el mantener esto en secreto?

—Acepto y estoy de acuerdo en ciertos aspectos. No me interesa estar avivando los rumores de gente ociosa.

—Está bien, —si Stan estaba en lo cierto, entonces el tema de que lo buscara por publicidad estaba sanjado, punto a favor del tiburón—hormiguero— entonces vamos. Lo de ese rapidín suena encantador, pero no creo que mi viejo trasero lo resista hasta dentro de unas horas, sin embargo sí te acepto el desayuno en la cama. Muero de hambre.

—Bien, —Domingo cogió su maleta y le tendió la mano, entrelazando sus dedos hasta llegar a la puerta del club—por la hora no creo que nadie vaya a vernos marchar juntos, pero por hoy se podría decir que estuvimos discutiendo detalles del tour y que ofrecí llevarte a tu casa.

—Tampoco vamos a estar dando explicaciones y mirando por sobre el hombro todo el tiempo.

—De acuerdo, —Domingo sacó una llave del bolsillo de sus pantalones y apretó un botón, respondiendo a unos pasos un Audi deportivo azul acerado— sube, pondré tus cosas en el maletero.

—Lo dicho. Un buen servicio al cliente.

—Y aún no has probado todas las prestaciones... —Domingo subió al auto y estiró la mano

hacia la guantera, no sin rozarle con aire inocente la cara interna de un muslo al sacar un estuche y ponerse unas gafas ópticas que lo hacían lucir como una nueva e inesperada variante del protagonista de sus sueños eróticos de los últimos tiempos— ¿qué te parece?

—Me parece que tomaré un ibuprofeno ahora mismo y, tal vez después del desayuno en la cama, sí podemos pensar en un rapidín mañanero.

—¡Ese es el B. que me gusta!

Y sin más demora, condujo del todo sonriente hasta un elegante, aunque pequeño hotel cercano al Museo Metropolitano<sup>[36]</sup>.

## Capítulo 11

Abrió los ojos, sobresaltado al no reconocer el lugar, mucho más cuando al intentar pararse no pudo a causa del peso de algo que lo rodeaba y mantenía sujeto. Aquello tenía aire a pesadilla de las más espantosas, salvo por un detalle: no sentía ningún miedo.

Y claro, al frotarse los ojos y notar que lo que lo sujetaba a la cama era un brazo de músculos elegantemente marcados, adornado con un par de tatuajes, adherido a un cuerpo grande y tibio que se acoplaba al suyo como un guante a la mano de su dueño, con cuidado se volteó para encontrarse con la mirada divertida del tiburón que llevaba un rato acechándolo mientras dormía.

—Buenos días, B. Bueno, más bien buenas tardes...

—¿Estabas despierto?

—Desde hace un rato.

—¿Y por qué no te levantaste?

—¿Por qué lo haría? Estaba de lo más cómodo y a gusto, deleitándome con el ronroneo de tus ronquidos.

—¡Yo no ronco!

—¿Ah, no? Pues debo haberlo soñado entonces... sí, un estruendoso y rítmico sueño.

—Bueno, si yo ronco, tu te echas gases.

—Puede ser... —¡Condenado Lucifer! Lo estaba disfrutando sin dar señal alguna de vergüenza o arrepentimiento— Como y tengo tripas, por ende lo más probable es que no se me haya escapado solo uno, en especial porque dormí muy, pero muy a gusto abrazándote.

—Debo reconocer que eres bueno en eso...

—¿Sí? —Una mano grandota lo cogió por las nalgas y lo acecó más para rodearlo también con un cálido y desnudo muslo, buscando su boca, manteniéndolo quieto para que no consiguiera evitarlo— ¿Crees que puedes escapar de mí, pequeñín?

—No me he lavado los dientes.

—Estás sensacional, deja de estar preocupándote por tonterías y bésame.

—No se me antoja.

—Mentirosillo... ¿crees que no sé que la tienes durita ya?

—¿Pero qué te has imaginado, mocososo?!

—Uy, —por más que Roy se retorciera, Domingo consiguió dejarlo quieto, lamiendo y mordisqueando sus labios hasta que por fin se rindió, dándole paso— ¿mi papito dulce amaneció gruñoncito?

—Gruñoncita tu abuela, no te creas que te las sabes todas por un polvo de mediana intensidad...

—¿Y ese cuál fue? El del club no, ya reconociste que estuvo excelente. Tampoco podrás quejarte del de después de desayunar, porque no parabas de pedirme que te la metiera toda hasta sentirla en la garganta... y el de la ducha, que ni yo me lo esperaba de un viejito enclenque y agotado, ese ha sido a petición tuya, tras el cual te dormiste como un dulce lirón, satisfecho y sonriente, hasta ahora.

—¿Sabes? Eres un gran hijo de... —Domingo le alzó una ceja con falso enojo, aguantando la risa— ¡Está bien, diablos! Follas maravilloso, me está encantando tenerte dentro y las ganas de repetir me atacan muy seguido, pero en serio que hay que darnos un respiro o tendré que poner una tina fría y sentarme allí un par de días a remojar... las barbas.

—No te preocupes, nene, no pienso abusar de ti ahora por más ganas que te tenga. Es hora de que comamos algo y nos pongamos en movimiento. Ya sabes lo complicado que puede ser el público neoyorquino y eso nos obliga a ambos a tener que pensar en algo más que disfrutarnos mutuamente.

—¿Entonces aún tienes ganas de más?

—Ten, —Domingo le tomó una mano y con ella lo hizo rodear su notable erección— ¿tú qué opinas?

—¿Alguno de tus padres tuvo un antepasado que se haya cruzado con un conejo o algo así?

—Pues si así fuera, no mencionaron ese indecoroso secreto.

—Quiero verla.

—¿Qué cosa?

—¿Qué crees? Tu rabito esponjoso de conejo... ¡Tu verga, Dios Santo!

—Jajajaja, pero si ya la has visto.

—No de cerca.

—Bien, si eso quieres... —Domingo cogió la orilla de las mantas, descubriéndolos a ambos completamente desnudos a plena luz del atardecer, tumbándose Roy boca abajo para contemplarlo a centímetros de distancia, con expresión interesada, casi reflexiva— Agasájate.

—¡Vaya, chico! ¿Algún especialista te ha visto eso?

—¿Qué? —Domingo se alzó, echándose un vistazo como pudo con la cabeza de Roy interponiéndose— ¿Qué tengo?

—Mmmm, es algo... no lo sé...

—¡Mierda, Roy! ¿Estás hablando en serio?

—Claro que sí. Si quieres puedo buscar yo a alguien...

—Pero...

—Verás que no te va a doler, —Domingo había pasado de divertido a alarmado, viéndolo y viéndosela alternativamente— ni nada parecido.

—Estás comenzando a asustarme...

—Y deberías... —bien, había caído y se lo merecía por creído— si le sacan un molde a eso para hacer consoladores para saciar el hambre de los desposeídos de chorizo del planeta, ojalá las ninfómanas y adictos al sexo del mundo no te reconozcan o vas a tener que contrarar guardaespaldas. Tal vez te sirva aprender a firmar autógrafos con la pija.

—¡Que idiota eres, Mr. B.! —sí que tenía una sonrisa preciosa el muy odioso, esquivando por un pelo el cojinazo que le lanzó y que probablemente habría podido aturdirlo— Pensé que tenía algo raro y que nadie antes se había atrevido a decírmelo.

—Algo raro si tienes, al menos escaso, porque si el ojo no me engaña, y rara vez lo hace, veinticuatro o algo así centímetros de carne en barra es como para meter el nabo a un concurso.

—Jejeje, muy gracioso. No vaya a ser que me de tanta risa que por equivocación te siembre el nabo entre esas bonitas mejillas posteriores.

—Mmmm...

—¿Te lo estás pensando?

—...

—B., si en serio lo estás pensando, tendremos que pedir otra tira de condones.

—Es tan difícil rechazar otro plato de eso, pero tienes razón. Debimos pasar a la farmacia y comprar unos de tu medida. Que nos sirva para esperarlo con más ganas al menos.

—De acuerdo entonces. Me voy a duchar. No te invito a que me acompañes o no respondo de tu honestidad.

—¡Eres incorregible, Corona!

—¿Quieres pedir algo para comer o compramos camino al club?

—Lo que necesito son calzoncillos limpios.

—En el armario está mi maleta. Sírvete el que gustes.

—Sabes que me vendrán grandes.

—Puede ser, pero imaginar ese lindo culito tuyo enfundado en mis bóxer me suena demasiado estimulante... y tal vez al ser elásticos, al menos no creo que se te vayan cayendo. Prometo que pasaremos esta noche por tus cosas a tu casa.

—¿Es decir que volverás a traerme aquí?

—Sí no te gusta este lugar, conozco otros...

—¡No! Aquí se está muy bien, me refería a...

—Roy, te quiero conmigo ahora, te quiero conmigo esta noche y te quiero conmigo en adelante. No sé cuánto dure, pero lo que sea, mientras ambos lo disfrutemos, me parece genial y no quisiera ponerle fecha de caducidad.

—De acuerdo, eso suena a plan. Anda, métete de una vez a la ducha, que ya te indico yo un buen lugar para los mejores sandwiches de pastrami vegetal que hayas probado en la vida... porque yo no consumo carne roja, pero tal vez tú sí, ¿cierto?

—Yo supongo, ya que me he estado sirviendo un lindo y gracioso corderito...

—¿Sabes? Estás muy divertido tú, ¿no has pensado dedicarte a la comedia?

—Prefiero dedicarme a fornicar con mi comediente estrella, creo que en la miel, todo se pega.

—Gracias por el voto de confianza, jefe. Anda, muévete de una vez o el hambre, cualquiera de sus versiones, me hará desajustar todo tu horario para lo que queda del día.

—Bien, pero aprovecha de ponerte algo de cremita, nene, porque de esta noche no pasa...

—¡Ahora! O no respondo.

—Ok, papí, ya voy.

Tal como se lo había prometido, el pastrami vegetariano de aquel pequeño negocio cerca del Carnegie Hall<sup>[37]</sup> estaba increíble, prácticamente idéntico al real, aceptando también probar una rebanada de pastel de queso de cerezas, del cual había quedado tan prendado que había decidido comprar dos completos para llevarlos al club para el personal.

Por supuesto que conocía bien la ciudad y prácticamente todos sus puntos neurales, sin embargo escuchar las anécdotas y secretos de los rincones que Roy le contaba, adornándolo con su particular sentido del humor era un deleite que seguramente no muchos habrían disfrutado.

Y el plus del brillo divertido en sus ojos oscuros y sus lindos hoyuelos, característica clásicamente infantil que podría resultar un detalle incongruente en el rostro de un hombre maduro y tan inteligente, a él le parecían de lo más sensuales, tanto que no podía dejar de mirarlo fascinado, sorprendido de sí mismo ante lo mucho que le gustaba, en todo sentido.

—¿Puedes imaginar a semejante bestia, con un tupé hecho con siete enormes pelucas rubias, quien no necesita que le prueben los vestidos, sino que bastaría con rodear un refrigerador con tela y coserle un cierre, pueda haber posado como Alicia en la estatua del Central Park<sup>[38]</sup> a plena



luz del día?

Simplemente no pudo resistirse más, se echó a un lado de la calle para detenerse, con el consiguiente coro de bocinazos que evidentemente le dieron igual, agarró su cara sorprendida por la maniobra entre sus manos y le plantó un beso furioso en la boca, quedándose muy contento antes de conducir directamente hasta el club.

—¿Qué fue eso?

—Se me antojó.

—¿Para que me callara?

—Al contrario, porque me encanta cuando te entusiasmas y no paras de hablar, B. Y porque aquí aún estamos lejos de ojos curiosos.

—Bueno... —¿Qué estaba tratando de decirle? ¿Acaso que no había podido resistirse sin besarlo otra vez antes de llegar? Al menos eso parecía...— Si te gusta, probablemente se repita seguido.

—¡Perfecto! —por el horario no podían estacionarse frente al club, por lo que bajó la maleta de Roy y le entregó las llaves al chico que se encargaba de su auto hasta la salida— Bien, sano y salvo, amigo. Yo debo ver algunos temas en mi oficina, pero más tarde te veo, ¿sí?

—¿Amigo?

—Más vale que lo parezcamos, ¿o no? Ya sabes, por eso de no levantar sospechas...

—Al que hay que mantener con la boca cerrada es a Stan, aunque estando aquí, al menos tengo la esperanza de que se vaya a su casa un rato.

—Tenemos varias semanas en Nueva York, así que por ese lado estamos bien.

—Pero a él no puedo mentirle y hacer como que no pasa nada, es mi mejor amigo y se va a dar cuenta...

—No lo hagas, sería una pérdida de tiempo y energía tratar de engañarlo, porque de la puerta de tu camarín hacia adentro, nada de que somos amigos, nene. Si nos ve, me vale. Allí eres mío.

—Por ahora.

—El tiempo que sea.

—¡Ok, está bien!

—No hagas enojar al jefe, chuiquitín.

—Estás muy contento con eso, ¿cierto?

—¿Se me nota mucho?

—Tanto como tus tres corridas de colmillos.

—Anda, sube al camarín y en cinco minutos te alcanzo. Ahí te voy a mostrar los dientes, mi pequeño bocadillo.

—No soy pequeño. No es que sea un mamut como tú, pero...

—Y tienes las canillas flacas, pero me gustas así, B. Si no hubiera que guardar la compostura, en este mismo momento te comía a besos.

—Te espero en cinco en el camarín, echa el cerrojo al entrar.

—Puedes contar con ello.

¿Era cierto todo aquello o su mente comenzaba a jugarle malas pasadas?

Aunque todo apuntaba a que, aunque se le hiciera difícil, incluso hasta enojoso creerlo por sentirse un adolescente iluso, Domingo Corona estaba total y absolutamente prendado de su delgado y amargo cuerpecito.

A cada rato se lo encontraba mirándolo como si fuera la octava maravilla del mundo, con todo lo normalito que él mismo se sentía, al menos físicamente.

Y aunque las palabras y las miradas pudieran engañar, siempre estaba a punto de echársele encima, duro y caliente, ansioso de tocarlo, de saborearlo, algo difícil de fingir, ¡menos con la cantidad de sangre que requería ese ariete para ponerse firme!

Y para mayor confusión suya, él se portaba tan lindo y dulce que lo traía por las cuerdas.

¡Cuántos casos no había visto a la inversa! Las dragqueen, con lo complicado que lo tenían para encontrar pareja, una vez que alguien se volvía siquiera un poco permanente, se aferraban y enamoraban como mocosas necias, poniendo lo que tuvieran a disposición del galancete de turno, los que normalmente solían aprovechar de exprimirles todo lo que pudieran antes de pasar a otra o, simplemente, daban por concluida la farsa, sin importarles las consecuencias.

Muy por el contrario, su muchacho era un hombre ciertamente trabajador, tenía mucho más efectivo que él, era guapo, encantador, y aunque sí había jugado agresivamente sus cartas hasta convencerlo de ceder, no lo había mandado a ver si llovía en la esquina una vez que había conseguido lo que quería, no. ¡Quería más! Y lo quería por “tiempo indefinido”, “sin fecha de caducidad”.

Bien. Si algo tenía ser un tazón de ironía y sarcasmo era saber aprovechar las oportunidades y verle a todo el lado práctico. Estaba siendo mimado como hace tiempo no le sucedía, bien follado sin ninguna duda y, le gustara o no, esa constante pugna que era “lo suyo” lo mantenía estimulado y entretenido, animado y más contento que en una rebaja de pelucas de buena calidad.

Desde ese mismo minuto decidió dejar de cuestionarse y disfrutar a fondo a su semental latino. Nunca había tenido problemas de autoestima y no iba a comenzar ahora. Si le había tocado uno bueno en la repartija cósmica, ¿quién era él para reclamar?

Y andar de miraditas fugaces y roces discretos era demasiado divertido. Es más, estaba pérfidamente decidido a ponerlo a hervir en momentos incómodos para ver cómo salía de esas tan espléndido y admirado por todos como siempre, el elegante señor Corona...

Estaba pensando en eso cuando la puerta se abrió.

## Capítulo 12

—Perra, pudiste dar alguna señal de que seguías con vida, ¿sabes?

—¿No lo hice? —claro que no, si se había pasado desde la última vez que lo vio follando, comiendo y retozando con Dominguis— Habría jurado que te envié un whatsapp...

—Eres una mentirosa muy mala, hermana. —Stan se dejó caer en el sofá, con una Cosmopolitan<sup>[39]</sup> en las manos, listo para unas horas de relajó— Me pasé por tu departamento hace rato y no estabas. ¿Por qué te ha dado con venir tan temprano a trabajar?

—Permiso... ¿Qué tal, Stanley?

—Ahhhh, claro, por eso... Que oasis ver a un hombre guapo y bien educado, Dom... Aquí, criando canas verdes con tu inconsciente empleado. ¿Puedes creer que no fue capaz de avisarme anoche cuando llegó a casa? Con esos amigos... ¡Y yo tan preocupada que estaba!

—Cierto... lo siento.

—Gracias, Dom, pero, ¿tú? ¿Por qué?

Bien, él había llegado, por lo que muy pronto su amigo se iba a enterar de las razones para olvidarse del mundo entero las pasadas al menos dieciseis horas.

Se volteó para darle la versión oficial, dejando de fingir que buscaba algo en su maleta, cuando Domingo lo tomó por la cintura, lo sentó sobre el tocador y cortó de cuajo cualquier explicación descafeínada de los hechos cuando se adueñó de su boca en un beso ardiente, para luego poner una bendita cara de inocente, sonriéndole a Stan con sus ojos castaños plagados de diversión.

—Ha sido mi culpa. —el rostro de su amigo era todo un poema— Lo he seducido vilmente y me lo he raptado, bloqueándole cualquier posibilidad de comunicación o escape. Es que lo quería solito para mí después de todo lo que se hizo de rogar, ¿me perdonas?

—Yo... sí, obvio... ¡Mierda! ¡Ustedes han estado follando sin parar! Se les ve en las caras...

—Eso no es de tu incumbencia, Stan—ley.

—Ah, en eso estás muy equivocada, sis. Yo lo siento mucho, Dom, pero no tienen derecho a escatimar ni siquiera en los detalles. ¡Quiero saberlo todo!

—Lo primero, perra, es que esto es secreto de estado. No queremos rumores... ya sabes, así que guárdate lo que sepas aquí como te guardas el pito y las bolas cuando te pones un mini bikini.

—Ni un milagro te habría quitado lo amargosa, amiga... pero a ti, cariño, te veo muy contento. ¿Te ha tratado bien esta vieja zorra ácida?

—Ha sido un grano en el culo bastante molesto por un tiempo, pero una vez que dejó de hacerse el desentendido y aceptó que le gusto, ha sido de lo más cariñoso y dulce, aunque no me lo creas.

—¿Bianca cariñosa y dulce? ¡Eso tendría que verlo!

—Como ya te dijo Roy, lo verás solo entre estas cuatro paredes, o si alguna vez salimos. Por el momento, en el trabajo, esto queda en reserva.

—Cada una a su manera... si yo me echara semejante espécimen al pecho, te aseguro que lo publicaría en primera plana a la primera oportunidad.

—Favorablemente no es el caso, reina. Pero, ¿te ha quedado claro?

—Ok, está bien.

—Chicos, los dejo un momento. B., después de tu ensayo, me encantaría enseñarte algo en mi oficina...

—¡Yo sé lo que eso significa, parcito! No es necesario que me hagan el cuento, ni que esperen... yo me voy a dar una vuelta al parque.

—Ya te tardas, perra.

—Bueno, Dom, te me portas bien, ¿sí? Y... —Stanley metió la mano en su bolso y sacó una tira idéntica de condones, aunque con uno menos, de los que habían regalado la noche anterior, cazándolos Domingo en el aire cuando se los arrojó— Ahora sí, mi misión aquí está cumplida.

—Le quedan chicos, ¿sabes?

—¡Hija de tu madre! ¿No sabes que es malo contar dinero delante de los pobres?

—Tan pobre no has estado, si anoche usaste un globo romántico...

—¡Bah! Un desperdicio de forro. Después te cuento, ahora disfruten y echen un polvo a mi salud. Nos vemos.

—Gracias, Stanley.

—Aprovéchalo, Bianca. Este chico es de los buenos.

—Adiós.

Domingo lo abrazó aún sobre el tocador, tranquilos porque Stan había dejado la puerta cerrada con pestillo, cogiéndolo por la barbilla para acariciar sus hoyuelos con el pulgar antes de inclinarse a besarlo lentamente, rozando con sus dedos la piel de su espalda a la vez que Roy lo rodeaba por la cintura.

—Estoy muy contento de que por fin me dejes hacer esto...

—Y yo de dejarte. Es muy agradable.

—¿Y qué más te gusta, B.?

—¿De tocarme dices?

—Sí.

—No lo sé. De todo un poco, supongo...

—¿Me vas a decir que un sujeto atractivo de cuarenta y siempre no sabe cómo le gusta que lo acaricien?

—Si estás tan versado respecto a saber, ¿por qué no me dices tú cómo y dónde quieres que te toque?

—Dame la mano... —Roy tomó la mano que Domingo le tendía y él la llevó a su propia cara

— Me gustaría sentir tus manos en mi rostro cuando te beso. No necesariamente todo el tiempo, pero de vez en cuando se siente bien.

—Que comienzo tan inocente...

—¿Sabes? Muchas de las caricias que más me gustan sí son inocentes. No sé por qué las personas no lo hacen, siendo que no necesitan ser pareja o amantes para brindarse afecto.

—Eres un sujeto bastante particular, señor Corona... No lo sé. Tal vez quieren hacer las cosas a prisa y llegar a sus objetivos lo más pronto posible.

—Pero se pierden lo mejor del viaje por llegar apurados a destino.

—Pero, piensa. Por ejemplo tú y yo. Dentro de un rato estaremos cada cual ocupados en nuestros asuntos y si quisiéramos... bueno, tú sabes, no podríamos tomarnos mucho rato en los juegos previos.

—¿No estás disfrutando esto?

—Al contrario, me parece genial.

—¿Entonces?

—Pensé que íbamos a... eso.

—¿Por qué te cohibes? Hablas de hacer eso y de ya sabes... Es tener sexo, en un buen caso, y hacer el amor, en el mejor de ellos. Y eso último lleva tiempo y dedicación, no es quitarse la ropa, frotarse uno con otro y eyacular en plan carrera.

—Bueno, pero también es satisfactorio un rapidín.

—No te lo niego, Roy, pero rapidines ya los hemos probado y yo estoy teniendo ganas de hacerte el amor. Seducirte muy lento, disfrutarnos con toda la calma del mundo y hasta que no podamos más que abrazarnos y que te duermas conmigo, satisfechos, pero no solo del cuerpo.

—¡Wow! ¿En serio eso quieres? —increíble, no habría imaginado aquello del atractivo intruso que se coló la primera vez en su camarín— ¿O me estás tratando de tomar el pelo?

—No. Y te lo voy a demostrar. Por supuesto, no ahora, pero esta noche intentaremos escaparnos tras tu show, ¿te parece?

—Ahora voy a desear tanto que pase la hora rápido que el tiempo se hará eterno...

—No te apures, nene. Parte de la belleza está en desearnos, en ansiar estar juntos y a solas.

—No me cabe duda, pero es que... ya sabes.

—¿Ya sé qué? Te lo he dicho, hablando se entiende la gente.

—Que estoy caliente ahora, ¡diablos!

—Mmmm, eso me parece muy bien porque es mi turno de verte a ti.

—¿Dices...?

—¿Digo qué, a ver?

—Que estás diciendo que quieres verme.

—¿Sí...?

—El pene... ¡Mierda! Me has hecho decir esa palabra horrenda y sin ninguna gracia.

—No es mi palabra favorita para nombrarlo, pero sí la tiene si se dice de la forma apropiada...

—¡Bah!

—Roy, voy a abrir ahora tu pantalón y a quitar mi bóxer de tu lindo culito para que me dejes ver de cerca tu pene. —Domingo tomó asiento en la silla del tocador, instalándola entre sus piernas, llevando a cabo paso a paso lo que iba diciendo—Y no solo eso. Como estás caliente y ansioso y no quiero que mi chico esté estresado, voy a echarme tu pene a la boca y te lo voy a chupar hasta que eyacules en mi lengua y mis labios. Así, además de relajarte, puedes darme una primera lección de cómo debo hacerlo para que lo disfrutes lo más que se pueda.

—Niño, ¿acaso pretendes matarme de un infarto? —Domingo le sonrió y sujetó su miembro firmemente por el tronco para masturbarlo despacio, evidentemente encantado de tenerlo así de excitado— ¿Qué te puedo decir? Yo lo que hago es abrir la boca, metérmelo dentro, succionar un poco, batir la lengua...

—Despacio, soy prácticamente nuevo en esto y no quiero hacerlo mal. Y no te pongas ansioso por darme instrucciones. Si no te apetece hablar, enreda mi pelo entre tus dedos e indícame el ritmo, cuando quieres que entre más, ese tipo de cosas ¿sí?

—Sería más fácil que yo te la chupe primero...

—Lo sería, ¿pero viste que contigo no me dí por vencido y valió la pena? El camino difícil puede ser más satisfactorio...

—De acuerdo, Sócrates, dejemos la filosofía y sujétame firme con tu mano y con los labios desnuda la punta y lámela suave hasta que comience a lubricar. —¡Dios! Su chico nivel sueño erótico lo tenía agarrado y estaba a punto de tomarlo en su boca, haciendo que su corazón latiera desbocado, sintiendo como si una corriente eléctrica le recorriera la espina en el instante en que él había apretado sus labios sobre el capullo para desnudarlo y pasar la lengua justo por la pequeña abertura, succionando despacito para estimularlo— Mmmmmm, sí, así, guapo, rodea toda la cabeza con esa lengua maravillosa... así... mmmmmghhhhhh... uffff, Domingo, no digas nada, pero no creo que dure mucho. Verte mamándomela es demasiado placer mental... —él solo le sonrió con una mirada páfida, acelerando el ritmo con el que su lengua repasaba el glande suave y sensible— Eso es, no te pares... mmmmmmm sí, ¡que bueno, nene... más rápido, por favor... tócame los huevos.... Eso.... Ufffff..... Chupa el tronco.... Ahora más adentro, pero no te vayas a atorar, pon la mano... eso, así, muévela y chupa.... ¡Dios! Por lo que más quieras, dale, no te pares... mmmmmmmggghhhhhh, sí, fuerte.... Me corroooooo mmmmmmmghhhhhhhhhhh.....

—Mmmmmmmmmmmmmmm.....

—Ufff, Dom....

—¿Te gustó?

—¿Acaso... no... se nota...?

—Que bueno.—¡Ay! Esa sonrisa radiante, como si hacerlo acabar fuera todo un premio, iba a derretirlo sobre el tocador— Quería hacerlo bien para ti.

—Un día me vas... a explicar... por qué eres tan dulce... conmigo... —Domingo le sonrió y se alzó de hombros— ¿Y a ti? ¿Te ha... gustado?

—Mucho, B. Es como lo que dijiste de verme. A mí, verte a ti gozando me pone a hervir, más porque sé que yo lo estoy provocando.

—Sí, eso es muy sexy.

—Y tu pene sabe muy bien, ¿ves que no suena tan mal?, me habría pasado la noche entera saboreándolo.

—Pero, veamos, ¿lo habías o no lo habías hecho antes?

—Lo había intentado.

—¿Cómo intentas chupar una pija y no lo logras? Bueno, salvo que su dueño no te deje...

—No, el problema fue mío. Estaba con un chico con el que me acosté algunas veces. Era agradable y me consta que me deseaba. Lo que se me viniera a la cabeza, él permitía que lo hiciera.

—¿Entonces?

—Quería corresponderle, traté de hacerlo, pero no sé por qué, no me apetecía, e intentarlo fue desagradable.

—¿Y qué fue distinto conmigo?

—Contigo sí quería hacerlo. De hecho, me moría por probarte y no me equivocaba, nada más sentir tu sabor en mi lengua, quería más de él.

—¡Vaya! —¿cómo resistirse a dejar caer una de sus frasesitas?— Debe ser que el pito me sabe a pastel o algo que comimos...

—No seas bobo, Roy. Claro que lo que comes influye, pero no tan pronto. Sabes un poquito salado, muy agradable. Pero lo mejor de todo era percibir la textura con mi lengua, sentirte duro por la sangre fluyendo, dibujar y seguir el trazado de las venas hinchadas con mis labios... y no voy a seguir o voy a acabar abusando de ti en este momento.

—Estás bastante loco, Domingo Corona. Me gusta como hablas y como piensas, pero no acabo

de entender en qué mundo vives. Nunca he reparado en esas cosas con un garrote en la boca y vaya que yo he probado varios más que tú.

—Bueno, pequeñín, no tengo ningunas ganas, pero debo dejarte. Aunque llegamos temprano, se nos ha ido la hora y tendremos que darnos prisa para el *meet and greet*, aunque ha valido del todo la pena.

—Como sea me acomodo para que podamos irnos después de mi show.

—Cruza los dedos entonces para que Guadalupe no haya llegado con ganas de incordiar y nos arruine la fiesta. Me tiene ya un poco jodido con tanta oposición respecto al club de Tokio. Yo estoy seguro de que será un éxito, pero ella, como siempre, quiere que vea hasta el más mínimo contra antes de siquiera abrir.

—Tal vez es tu cable a tierra, nene. Me da a mí que eres un poquito soñador y alguien debe aterrizarte a la mundana realidad.

—Sí, en eso tienes razón, pero mi primer club fue también el primero que Lupe dijo que sería un tiradero de plata...

—A lo mejor es eso. Para que te vaya bien, la cávala es que tu hermana trate de hacerte ver la hecatombe.

—¡Vaya! No había pensado en eso y, así a la rápida, creo que es cierto, que muchas veces calza.

—Ahí tienes.

—Gracias.

—Nada de gracias, no existen los vaticinios gratuitos.

—¿Y qué pides a cambio?

—Ven aquí...

Domingo se acercó nuevamente y Roy lo hizo inclinarse a besarlo, susurrándole al oído.

—El precio es que igual que yo no puedo esperar hasta que nos vayamos, tú estés cada uno de esos minutos igual de caliente y deseoso por mí. Cuando estés en el *meet and greet* quiero saber que la tienes dura y que te mueres por volver a metérmela, ¿sí? Y cuando estés en la caseta del DJ espero que me veas y no dejes de pensar en que luego yo quiero tener esa tremenda verga tuya metida hasta mi garganta... Eso era, bonito, ya puedes irte.

—¡Mierda, Roy, eso ha sido malvado!

—¿Por qué? — Roy bajó del tocador y lo empujó, abriendo la puerta, rozando apenas sus labios a la vez que su mano frotaba la zona comprometida, dura como una roca— Pensé que hablando se entendía la gente... Nos vemos.

Y sin más, cerró la puerta entre risas.

## Capítulo 13

—¡Cuéntame hasta el último detalle, zorra!

—Pero que de mal gusto es eso...

—Déjate de estupideces, Bianca. Quiero saber qué te hizo, cuántas veces, dónde y, en especial, CON QUÉ.

—Mmmm...

—Ya, está bien, no me des los detalles más personales, pero al menos lánzame un hueso. ¿De verdad los condones le quedaban chicos?

—¿Te has puesto alguna vez un calcetín tan chico que el resto de la pierna se ve gorda por lo apretado del elástico?

—¡Me estás tomando el pelo! —los ojos celestes super abiertos de impresión de Stan lo hacían ver como una verdadera caricatura— ¿Dieciocho?

—Más...

—¿Veinte?

—Otro poco...

—¡Maldita perra suertuda! Dime cuánto...

—Veamos... —Roy simuló como que agarraba el miembro de Domingo por la base con una mano, luego ponía la otra al lado y después cambiaba la de la base hacia la punta, sumando tal vez unos dedos más— Algo así.

—¿Estás loca?! ¡Esos son como treinta centímetros!

—Mis manos no son tan grandes. Yo diría que unos veinticuatro o veinticinco...

—¿Y dónde?

—Abajo en la barra... la primera vez.

—Beber una copa aquí nunca volverá a ser lo mismo... ¡¿Pero cómo diablos lo hicieron?! Es decir, que yo sepa, no andabas con un frasco de lubricante para caballos a cuestas y llevabas un buen tiempo sin uso... ¡¿Cómo puedes sentarte, desgraciada?!

—Ah, es que eso ha sido lo mejor de todo... No voy a decir ni una palabra más tras esto, pero como tiene una tranca impresionante el señor Corona, tiene una lengua realmente talentosa e infatigable.

—¡En verdad te odio! ¿Por qué no le he gustado yo? Soy más simpática, mucho más bonita y no tengo ese genio de mierda tuyo, además de que no me habría hecho tanto la difícil.

—¿Sabes? Tampoco lo entiendo... no que me prefiriera a mí sobre tu escuálido trasero. Simplemente es un hombre que puede tener a quien quiera y él me quiere a mí.

—¿Qué acaso se te declaró también?

—No seas estúpida, perra. No estoy diciendo que esté locamente enamorado de mí, pero por alguna razón, sí parece que le soy irresistible.

—Pues aprovecha.

—Sí, eso haré. Lo que dure esto, voy a tomarlo de la mejor forma posible. Lo que me recuerda que estaré muy poco por casa en estos días. ¿Sería mucho pedir que riegues mis plantas?



—Pensé que te quedaban al menos seis semanas en Nueva York.

—Así es, pero Domingo quiere que me quede con él en su hotel. Está cerca del museo, al costado del Central Park.

—¡Wow! Los hoteles de ese sector son preciosos y caros.

—Lo mejor para la mejor, perra.

—Jajajajaja, sis, cuidadito con esos humos, no sea que se te pinche el globo si te pones en plan princesa consentida.

—Eso no es lo mío, hermana. Y no me gusta estar de ociosa, así que ya veré en qué entretenerme en las horas muertas.

—Con veinticuatro centímetros de verga a tu disposición, ¿te cabe alguna duda de lo que puedes hacer?

—Si estuviera día y noche empalada con eso, voy a necesitar un trasplante de culo en menos de dos semanas, así que aunque me diera la energía, olvídale. Habrá que buscar algo más que hacer. No creo que vaya a estar llevando la máquina de coser y metros de tela de lentejuelas a nuestro elegante nidito de amor.

—¿Quién sabe? Tal vez puedas coserle a él algo lindo. Aquí te lo digo y aquí te lo niego, pero no solo los vestidos se te dan bien. La ropa de hombre te queda regia y tienes buen gusto. Si no te conociera, de lejos diría que de civil eres un tipazo bastante varonil y exóticamente atractivo.

—Debe ser la primavera que se acerca y mi flor está llena de polen, que todos los moscardones andan zumbando a mi alrededor.

—¿Ves? No se te puede decir algo lindo sin que te burles. A lo mejor lo que le gusta a Domingo es el maltrato.

—¡Perra, no! No sé tampoco lo que a mí me sucede, pero tu Dominguis me gusta tanto para los placeres del cuerpo, como para la sana y amorosa convivencia, algo que no suele ser de mis situaciones selectas, no por ser poco deseables, sino porque ya sabes, la gente quiere hacerlo y dormirse. O, peor aún, hacerlo y que te largues. Pero él no. A este chico le gusta acurrucarse y le fascinan los mimos.

—Ahora es tu Dominguis, Bianca. —Stan le sonrió y lo abrazó cariñosamente, como pocas veces hacían, siempre en momentos importantes y especiales— Estoy feliz por ti, amigo. Parece que el jefe es un hombre, además de muy decente y bien dotado, cariñoso y tierno contigo. De cualquiera se me habría pasado por la cabeza, menos de ti. No es que no lo merezcas, es que ni siquiera te había visto buscando, o reconociendo el valor de algo así.

—Porque no lo andaba buscando, como tampoco voy por el parque buscando tréboles de cuatro hojas. Solo se dio y ya.

—Ay, que emoción. Es como una novela romántica...

—¡Ya, no te pongas con esas tonterías! No creo que esto vaya a dar para cuento de hadas y un “felices para siempre”. Es algo bueno a lo que voy a exprimírle el jugo hasta la última gota y a agradecerlo.

—Cierto. No se te ocurra ponerte en plan fatalista y aprovecha lo que sea que deba ser.

—Amén a eso, hermana.

¡Wow! Le había dicho a Domingo que contaría cada segundo, igual que él, para quedarse nuevamente a solas, declarando que estaría caliente y duro por él a la hora del *meet and greet*, en lo que había tenido absoluta razón, tanto que había tenido que sentarse él a anotar los correos electrónicos para enviar las fotos y cubrir bajo la mesa su hinchada entrepierna de los ojos de los demás, pero Roy sabía lo que allí se escondía y eso era lo importante.

Con lo que no había contado era que él también ardería lentamente viéndolo sonreírle pérfidamente cada vez que uno de sus fans salía para que pasara el siguiente, vestido con su usual traje impecable, pero esta vez en lugar de camisa más clara, se había puesto una tan negra como su ropa, abiertos los primeros botones, sin corbata, elevando el efecto al usar aquellas odiosas y super sensuales gafas ópticas.

El hombre tenía de sobra y encima nadie podría acusarlo de no saber sacarse el máximo partido. Su truquero a punto de explotar podía dar fe de ello, en especial porque aquel vestido le permitía obviar la cinta adhesiva, pero si pensaba que iba a librarla así de simple, estaba perdido. ¡¿Dónde tenía el estúpido móvil?!

Iba a mandarle un mensaje que le subiera la temperatura al horno, cuando notó la señal parpadeante de que tenía un nuevo whatsapp. Abrió la aplicación y, por supuesto, el mensaje era de Domingo.

“Tenías razón. Estuve duro y caliente todo el *meet and greet*. Esta vez veré el show desde el costado del escenario, donde ya te estoy esperando.”

Y a eso lo acompañaba una *selfie*<sup>[40]</sup> de él instalado precisamente junto al escenario captada en el espejo lateral del mismo, pero el muy malvado había cortado el ángulo de visión justo bajo el cinturón.

Faltaba al menos una hora para el show. ¿Pensaría estar todo ese tiempo allí o era alguna indirecta para que fuera hasta allá en esos momentos y...? ¡Mierda! No iba a esperar para averiguarlo. Se quitó a prisa el vestido y la peluca, se vistió con un chandal, subiéndose la capucha y bajó lo más discretamente posible hasta detrás del escenario. Todo mundo estaba a full preparándose para el espectáculo, por lo que nadie notó su presencia allí en esos momentos.

La cortina de boca seguía cerrada y el escenario estaba completamente desierto, iluminado apenas por unas pequeñas luces para guiar a los encargados de mover las escenografías en unos veinte minutos más.

¿Dónde estaba Domingo?

Lo buscó en el lugar donde había capturado la foto, y nada. Fue hasta el otro costado, cuidando de no tropezar con los cables y tampoco. Era muy poco probable que se hubiera escondido delante de la caja que habían puesto para que saliera de dentro la transformista del primer número de esa noche, sin embargo se apoyó en ella para ver, pero nada.

—Shhh, no hagas ruido y pon las manos al frente...

Domingo estaba justo tras él.

Haciendo que mantuviera el ángulo, apoyado medio cuerpo sobre la caja, con el pie le puso el freno a las ruedas y apretó su prominente erección contra él, sintiendo el roce de su verga a pesar del truco contra la suya. Aquello era peligrosamente exhibicionista y engorroso, pero, ¡que excitante y perverso!

De un tirón con ambas manos le bajó el chandal y todas las pantimedias por detrás, llevándose con ellas los rellenos de esponja, dejando solo el truquero entre ambos, volviendo a frotar, esta vez su miembro desnudo separado del de Roy solo por aquella pieza de tela reforzada.

Imposibilitado de resistirlo más, llevó como pudo una mano hasta las gruesas cintas que sujetaban la prenda y las desató con algo de dificultad, dejando por fin libre acceso para que Domingo pudiera tocarlo directamente.

Sin embargo magrearlo un poco y ya no eran sus intenciones.

Tras un sonido sordo de algo desgarrándose, pudo sentir un líquido tibio y correoso en sus

dedos justo antes de que le clavara dos de ellos sin más preámbulos, pero sin ninguna dificultad, hasta encontrar su próstata y masajearla firmemente, aumentando aún más su necesidad y excitación, haciéndolo mordirse los maquilladísimos labios para no jadear. ¡Lubricante! Ese había sido el ruido y lo que tenía en esos dedos que se movían sin parar para volverlo loco de deseo.

Frente al telón de boca estaba al menos la décima parte de la comunidad gay de Manhattan y todos sus asiduos intermedios, riendo y bailando, ajenos a lo que allí sucedía, agregándole niveles estratosféricos de morbo a la situación.

Entonces lo sintió acomodando con su mano la punta a la entrada, presionando hasta que su estrecho anillo le dio paso y se ajustó alrededor del grueso e hinchado glande, justo antes de darle una sonora nalgada que aflojó involuntariamente sus músculos tensos por la situación, empujando con fuerza para empalarlo hasta la raíz de aquella enorme tranca de una sola embestida.

Si alguien había escuchado aquel sonido, o el gemido que apenas logró amortiguar la música, no lo supo. Estaba literalmente en otro mundo, mezcla del placer, el morbo y la no tan pequeña dosis de dolor de alojar en una estocada semejante ariete en su cuerpo.

—Ahora intenta estar calladito, ¿o quieres delatarnos? —Domingo se inclinó y lo besó en la nuca mientras le acariciaba el trasero, susurrándole con su voz totalmente enronquecida al oído, haciéndolo temblar de puro deleite— Porque te voy a dar duro y firme hasta que me ordeñes los huevos con ese precioso culito tuyo, pequeñín, mientras froto tu linda y sabrosa pija para que te corras conmigo.

—¡Ya cállate y hazlo de una puta vez, diablos!

—Jajaja, a tus órdenes, cariño.

Domingo lo sujetó firmemente con su mano apoyada casi al centro de su encorsetada espalda, clavándolo a un ritmo duro y consistente, sin detenerse, aumentando la intensidad hasta hacerle imposible evitar que algunos jadeos se le escaparan.

Aquello era tan descabelladamente retorcido y exquisito que no les tomó mucho tiempo estar al límite, exprimiéndolo con fuerza en su interior para gozarlo y estimularlo al máximo, mientras la mano en su miembro no daba tregua, llevándolo directo a la cima, empapando los dedos de Domingo y el respaldo de la caja en el mismo instante en que sintió como la verga en su interior palpitaba y se hinchaba aún más justo antes del orgasmo.

—¡Dios, pequeñín! Eso ha sido...

—Mmmmmmmmm, lo sé... ¡Ufff!

—Anda, muévete. Yo me encargo aquí.

—Sí, —a punto estuvo de agarrarlo del cuello y besarlo, pero además de acabar de arruinarse el maquillaje, lo habría dejado a él como paleta de paisajista— gracias, grandote. Eso ha sido... no tengo palabras.

—¡Milagro! —una vez más verlo lamerse los dedos resultaba devastadoramente erótico, claro que también debió sacar un pañuelo y repasar la caja con cara de falso fastidio, guiñándole un ojo — Ya vete.

—Sí.

No alcanzó a dar un paso, subiéndose los pantalones, cuando Domingo lo agarró por la cintura, se agachó a su lado y le dio un beso en cada nalga entre risas de ambos. Sabía claramente lo que significaba, pero nada habría evitado que aún riera al llegar de vuelta al camarín. ¡Claro! No había podido besarle la boca, pero que no se dijera que no había al menos brindado aquel gesto dulce a sus “mejillas”.

¡Dios! Apenas podía reconocerse.

No es que normalmente no disfrutara del sexo, al contrario, pero con Roy todo alcanzaba niveles insospechados, no solamente de placer, estaba fascinado por la forma en que parecían complementarse perfectamente.

Minutos atrás, cuando había pensado mandarle aquella foto para vengarse de la forma en que no podía dejar un segundo de pensar en él y en sus insidiosas palabras para mantenerlo hirviendo, había planeado encontrarse con Roy en el sector del escenario y dejarlo igual de ansioso al agarrarle la mano y que lo tocara un rato, o tal vez, si no resultaba demasiado complicado, untarse un dedo en algún lubricante y jugar por su entrada para desesperarlo o algo así.

Entusiasmado por su ocurrencia, buscó uno de los sobres de gel que tenía para cuando se pasaba en el gimnasio y necesitaba algo de alivio en las rodillas, echándoselo al bolsillo junto con uno de los condones de Stan, solo por si las dudas, y un par de pañuelos desechables para secarlo luego, bajando muy sonriente, disfrutando de antemano su perverso plan.

Sin embargo al verlo buscándolo por el escenario en aquella ridículamente andrógina pinta, cayendo en la cuenta que poco podrían hacer con Roy maquillado y truqueado, la llama que traía se había vuelto un incendio incontrolable, especialmente cuando había dejado en pompa su pequeño trasero super relleno para dar la ilusión de caderas femeninas.

Como fuera iba a poseerlo en ese instante, si bien se viniera el mundo abajo, le daba igual. Ese era el efecto que Roy tenía sobre él, que lo había recibido entero de una sola estocada y lo había estrujado hasta robarle el aliento mientras sentía su miembro duro resbalar por su mano, deseando ser alguna clase de contorsionista para poder masturbarlo, follarlo, chuparlo e incluso que Roy también lo poseyera, todo a la vez.

Y como si semejante polvo al borde del desastre que sería que alguien por error se hubiera pasado por allí y dejado subir el telón, avivando la hoguera aún más con la sensación de riesgo inminente, no fuera suficiente, al acabar era tal su necesidad de besar a su odiosa e irresistible tentación, que había tenido que hacerlo en una de las pocas zonas libres de rellenos, maquillaje u otros menesteres, aunque no pensaba quejarse, ¡adoraba ese dulce par de encantadoras y coquetas nalgas! Y verlo reír era simplemente perfecto.

Siendo más precisos, adoraba todo de Roy.

## Capítulo 14

No solo había tenido que retocarse el maquillaje, por culpa de su ardiente tiburón tuvo que reacomodar todos los estúpidos rellenos que traía desparramados. Casi le había dado un soponcio al verse al espejo y notar que tenía una teta casi en el hombro y la otra justo sobre el ombligo, como si fuera un bendito cuadro de Picasso<sup>[41]</sup>.

Si se hubiera topado con cualquiera de regreso al camarín habría pensado que, o bien estaba borracha, o alguien se la había beneficiado a la rápida en algún baño... incluso que la habían asaltado. Y sí, había sido atacada, pero por un ejército de un hombre con una monumental lanza como única arma.

Estaba atrasado y estresado, sin embargo no podía dejar de sonreír como un bobo, no solo por el polvazo sideral que acaban de echarse, el cual podía catalogar en su diario de vida como el más adrenalínico, engorroso y estrafalariamente situado de su vida, sino porque Domingo Corona lo ponía contento y ya, sin más trasfondo que buscarle.

¿Como no iba a resultar genial que si quería a toda costa besarle tras follarlo y no encontraba otra parte menos artificial o pintarrajeada, le hubiera apretado sus sensuales y hábiles labios contra las nalgas? Es decir, además de exóticamente romántico, resultaba la mar de divertido y esa misma noche lo iba a mencionar en su show, por alguna parte tenía que poder meter esa fantástica anécdota.

Y no debía olvidar que una vez acabado dicho show, tendría que cambiarse lo más rápido posible y estar listo para emprender juntos la fuga. Estaba ahí, aguardando, la declaración de que quería no solo follarlo con él esa noche, sino hacerle el amor lenta y dulcemente.

¡Wow! Estaba impresionado de su propia resistencia, teniendo en cuenta que ya llevaba cinco orgasmos en menos de veinticuatro horas, cuatro con la feroz garrocha de Domingo clavada en su interior y una follándole él su linda y deliciosa boquita de macho alfa. Y ya que estaban en eso, además quedaba pendiente estrenar ese apetecible y virginal trasero...

Usualmente no solía tomar el rol de *top*<sup>[42]</sup>, pero tal y como Stan había mencionado hace algunas semanas, no era un papel que no se le diera y que no le agradara. La gracia estaba en encontrar la correcta motivación. Mejor dicho, el correcto *bottom*<sup>[43]</sup>, ¿y qué mejor estímulo que desflorar a su lindo jefecito?

Por un segundo tuvo la imagen mental de una pequeña comadreja con hoyuelos follando a toda velocidad a un musculoso y brillante toro negro, haciéndolo atragantarse con el agua que se había servido para supuestamente pasar un poco el sofoco de tanto y tanto sexo.

—¿Bianca? —una de las chicas del elenco estable le avisaba que ya estaba cerca su turno—  
Te toca en cinco, cariño.

—Gracias, bajo en seguida.

No había oportunidad en que no sintiera un segundo de nervios antes de salir a escena, pese a sus más de veinte años sobre las tablas, pero considerando que a un costado del escenario seguía la caja sobre la cual hace menos de una hora Domingo le había dado unas feroces puñaladas con su ardiente sable y, para más inri, el muy desgraciado estaba sentado justo encima de la misma,

con las piernas cruzadas a lo indio, mirándolo con su carita de falsa inocencia, ya no con su super traje de empresario, sino con unos jeans que debió subirse con vaselina y una camiseta como la que aún usaba secretamente de pijama, tragó en seco, se encomendó a todos los santos, y entró al perímetro del seguidor luminoso, explotando el público en aplausos y gritos.

—Te espero en tu camarín... —él no había alzado la voz, y de poco habría servido con la ovación que estaba recibiendo al culminar su espectáculo, sino que había leído las palabras de sus labios y sus gestos, sin perderse el brillo pícaro en la mirada de su depredador favorito— ¡Date prisa!

Roy solo le guiñó un ojo, hizo una segunda muy insolente reverencia al público y, micrófono en mano, presentó al elenco estable, soltando un par extra de chistes antes de poner pies en polvorosa tras apenas tomadas las fotos oficiales de la noche para el instagram del club.

Nada más entrar a la carrera, Domingo había aparecido desde el costado que la puerta abierta había estado ocultando, poniendo el pestillo antes de echarse encima, bajando el cierre del vestido y las pantimedias con los rellenos, desatándole el corset al tiempo que Roy se quitaba la peluca y las pestañas, agarrando como pudo el paquete de toallas desmaquillantes, quitándose apenas algo de labial antes de que Domingo se adueñara de su boca.

—Te deseo, Roy.

—Y yo...

—Date prisa, pequeñín, o voy a agarrarte y a cogerte aquí mismo en el camarín, me da igual que entre Stanley o la madre Teresa.

—Cualquiera diría que te tenían amarrado, Corona.

—Amarrado no, payasito, pero tú me pones como una locomotora.

—Se bueno y dame unos minutos. No puedo dejar todo tirado aquí porque el señorito anda en brama<sup>[44]</sup>.

—Está bien. Seré bueno y me sentaré en silencio a esperar, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Mmmmm, no lo sé... ¡Ya lo tengo!

—Miedo me das...

—Quiero que me reveles una fantasía que hayas tenido y que nunca hayas materializado.

—¡Ni loco!

—Entonces voy a desordenar todas tus cosas. —Domingo abrió la maleta de Roy y comenzó a hurgar y a revolver sus pertenencias con mirada divertida— Mmmm, creo que me voy a probar estos tacones...

—¡Deja eso, condenado! —ya Domingo se había quitado uno de sus zapatos y simulaba que metía el pie en aquella bastante delicada y pequeña sandalia de tacón, lanzándose Roy sobre su regazo para arrebatarlo entre risas— Tienes unas pezuñas gigantescas y me los vas a romper.

—¿Pezuñas? ¿Me estás llamando bestia, mariposita?

—Te voy a dar yo a ti mariposita, tremendo pedazo de bruto... —como no alcanzaba a agarrar la sandalia que Domingo tenía alzada a todo lo largo de su brazo, sujetándolo contra su entrepierna con el otro, aplicó la siempre efectiva técnica de las cosquillas que solía usar con su hermano, sin que esta vez le fallara tampoco— ¿Te gusta? ¿Crees que puedes conmigo, Goliat? Pero David también tiene sus trucos...

—Jajajaja, ¡déjame!

—Para nada. Dame ese zapato o te juro que haré que te mees hasta el cuello de la risa.

—Jajajaja, ¡eres una mariposita tramposa!

—Mariposita... Ya veremos qué dices tú, avispón, cuando esta mariposita te haga el culo.

—¡Wow! —pese a que aún no podía parar de reír, una chispa había ardido en sus ojos, mezcla de excitación y una pizca de miedo, perdiendo un poco el norte de la refriega, alcanzando Roy a coger su zapato y quitárselo, escondiéndolo junto con su par en el bolsillo con clave de la maleta para que no pudiera volver a agarrarlos— ¿Hablas en serio, pequeñín?

—¿De qué?

—¿Vas a follarme?

—Mmmm, sí, creo que sí.

—Pero, ¿sí o no? No es algo que quiera ignorar hasta el último minuto, ¿sabes?

—Jajajaja, ¿ahora tú tienes miedito?

—No, miedo no, pero... tienes un buen pedazo de verga ahí, muchacho. Supongo que sin parecer una señorita remilgosa, puedo solicitarte que seas... ¿gentil?

—En serio te asusta, ¿verdad, nene?

—La verdad es que yo tampoco creo cocerme ya al primer hervor.

—Jajajaja, no seas tonto, si estás del todo comestible.

—Tal vez habría sido más práctico intentar esto en la adolescencia, como la mayoría, pero no me había apetecido con nadie...

—Chico, no te voy a engañar. El asunto duele al principio, así que estás a tiempo de arrepentirte.

—Pero quiero hacerlo... contigo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—Mira, hagamos una cosa bien hecha. Antes lo hice con novatos, pero nunca he estrenado a alguien, aunque tengo muy clara la teoría y décadas de experiencia. Sé que puedo hacerlo generándote el menor dolor posible, así que no te asustes. Pero para ello sería bueno que contáramos con algún dilatador y que te vaya preparando poco a poco, jamás a lo loco y de una vez.

—¿No te importa?

—¿A qué te refieres?

—Que si acaso no te incomoda tener que tomarte todas esas molestias... Estoy seguro que se suele hacer sin mucha ceremonia. Es más, no creo que la mayoría sea demasiado precavido o suave para esto...

—Por supuesto que no me importa, Domingo. Mírame... —Roy volvió a sentarse sobre su regazo y lo besó, llevando las manos a su rostro y acariciándolo cariñosamente, tal como él le había pedido que lo hiciera— Me gustas, chico, y quiero que disfrutes toda la experiencia, no que sufras simplemente por darme en el gusto en algo que pienses que quiero hacer ya mismo. Será mucho más excitante hacerte mío poco a poco hasta que estés tan preparado que tú mismo hagas que te penetre, antes que follarte sin el menor cuidado y que sufras algún desgarró o algo. Además ten presente que en cualquier momento podrás dar pie atrás, no hagas tal de pasar por algo que no te guste pensando en no ofenderme. Sería lo peor enterarme luego de que no querías, y te lo juro, me daré cuenta. Esos bonitos ojos de miel son muy expresivos...

—Ahí tienes tu razón.

—¿Mi razón de qué?

—Dijiste que alguna vez te debería decir por qué soy dulce contigo y la razón es esa. Me nace

serlo porque tú me ves y no piensas que soy invulnerable o que las cosas no me afectan. Aunque soy menor que tú, es evidente que soy más grande físicamente, pero eso no te intimida. Tú me cuidas y me doy cuenta que no es una pose, que sí te importa lo que siento...

—¡Mierda, chico! —Roy lo abrazó con fuerza y lo acarició, preso de una dulce y a la vez dolorosa emoción que hizo que no pudiera contener las lágrimas— ¿Nadie lo ha hecho antes?

—Me han dado cariño, Roy...

—¿Entonces? ¿Por qué pareciera que sientes que no mereces que sean cuidadosos y protectores contigo?

—No es eso... no sé si puedo seguir hablando de esto...

—Creo saber lo que pasa, y no respondas si no quieres, pero debes soltar algo de peso, cariño... Has tenido que ser el hombre fuerte y valiente en casa, ¿verdad?

—¿Quién si no?

—¿Y tu papá?

—Falleció hace muchos años.

—Ya veo... Y dejó a mi niño a cargo de tres mujeres cuando aún no estaba listo para ello, ¿me equivoco?

—...

—No temas dejar caer la coraza cuando estés preparado, nene. Yo no voy a presionarte, ni a juzgarte, mucho menos a reprocharte nada. Aquí lo diré y aquí lo negaré, Corona, pero pareces un buen chico, todo mundo lo dice y, ¿sabes? Me da la idea de que también yo lo creo. Mereces descansar la carga en más hombros y, si miraras a tu alrededor en vez de tratar de alzar la cabeza por los demás, te darías cuenta que no tienes por que llevarla solo, que muchos estamos dispuestos no solo a ayudarte, también a protegerte.

—Roy... —él lo estrechó más, sabiendo que aún era demasiado pronto para que Domingo se sintiera cómodo para llorar delante de él, pero aunque fuera escondido contra su hombro, le haría muy bien y eso era lo importante— Gracias.

—Shhh, tranquilo, cariño. No hay nada que agradecer.

Lo mantuvo al menos otros diez minutos estrechamente abrazado, acariciando su espalda, besando sus mejillas, asombrado de haber sido testigo de como alguien que a la vista parecía tan perfecto y exitoso, guardara íntimas penas y pudiera sentir temor. Y que fuera su Domingo, lo sobrecogía profundamente.

—Lo siento, Roy.

—No tienes por qué, Domingo. —¡Dios! ¿Era posible que ese hombre fuera tan atractivo que aún tras su momento sensible, con los ojos y la nariz algo enrojecidos, estuviera tan guapo?— No me asusta que dejes salir tus emociones. Ni que fueras superman para no tener algunas debilidades.

—Espero no haber arruinado la noche.

—¿Estás loco? No sabes cuánto me has hecho reír intentando meter esa lancha con dedos en mis lindos zapatitos.

—Ya sabes lo que dicen de los hombres de pie grande... aunque, ¿qué sucede contigo? Tienes piececitos de princesa y un garrote de cuidado.

—¿Eso crees?

—Ni siquiera logro imaginar cómo escondes todo eso efectivamente.

—Si quieres, puedo mostrarte.

—¡¿En verdad?!



—Seguro.

—Mmmm, veamos... —Domingo le tendió la mano desde el sofá para que se acercara y lo hizo ponerse de pie frente a él, descendiendo el cierre de su pantalón azul marino de vestir, aprovechando la elasticidad de su propio bóxer para sacar su miembro ya medianamente endurecido, que reaccionó en seguida al tacto de su mano— ¿Lo ves? Esto no debe ser nada fácil de ocultar...

—Debes separar las bolas y llevar la pija hacia atrás entre ellas, pegando y alisando todo, o usando el truquero, pero no se puede hacer con el pito duro.

—¡Vaya! —pese a conversarle como si se tratara de cualquier detalle del proceso de montar a su personaje, aparentemente no tenía la menor intención de soltar su miembro, abarcando cariñosamente su grosor con la mano, frotando arriba y abajo, pero sin dejar de verlo a los ojos— Intentaré no molestarte mientras te estás preparando para tus shows entonces.

—¿Qué haces?

—¿De qué?

—No te hagas el tonto, niño. ¿Qué piensas hacer conmigo aún en tu mano?

—¿Qué quieres que haga? Pide lo que quieras e intentaré complacerte...

—Se me vienen varias ideas a la cabeza, pero me gustaría que aprovechemos lo más que podamos la noche estando tranquilos y a solas. En cualquier momento comenzará el desfile de gente por aquí para invitar a un trago o para cotorrear de algo y lo que me apetece es estar juntos en una cama.

—Aunque te aseguro que no quiero devolverte esto, —el muy perverso no pudo evitar pasarle la lengua con carita de “yo no fui”, a sabiendas de que esa boca suya lo volvía loco en todo sentido, antes de subirle el bóxer y cerrarle con algo de dificultad los pantalones— está bien, vamos.

—Sí, vamos, porque lo primero que haré cuando llegemos será comerte ese rabo de campeonato hasta hacerte suplicar de puro gusto. Ya me lo vienes debiendo...

—¿Y puedo mirarte hacerlo?

—Eres bastante pervertido, ¿cierto, señor Corona?

—¿Te molesta?

—No, me encanta.

—Entonces que sepas que no quiero perderme el menor detalle.

—Bueno, te voy a dar material de sobra para esa mente sucia y esas manos grandes, para cuando tengas que ir a trabajar lejos y no quieras pasar frío sin mí... Y no te atrevas a decir nada más, o no saldremos de aquí por lo pronto.

—Vale, sí. Vamos ya.

Con uno de los guardias de la puerta dejaron un mensaje para Stan, y de paso para todo el gallinero de cotillas, que Domingo dejaría segura a Bianca en su departamento de camino a su hotel. Quien quisiera molestarse en sacar otras conclusiones, problema suyo.

## Capítulo 15

—¿Vives en *Hell's Kitchen*<sup>[45]</sup>?

—Sí, ¿algo que objetar?

—Al contrario, me parece una zona con una mística genial, muy de superhéroes de comics.

—Apuesto a que creíste que tendría un nido de maripositas en el *West Village*<sup>[46]</sup>...

—Para nada, B. Solo me gusta picarte con lo de mariposita. Eres todo un tipazo.

—Deja de tomarme el pelo, niño...

—En serio. De acuerdo con que no eres el “guapo tradicional”, pero tienes tantas cosas atractivas que no sabría ni por dónde comenzar a enumerarlas.

—De verdad, Corona, ¿de qué nave te escapaste?

—Si no te ves con mis ojos, ¿qué ves en el espejo cuando te miras?

—Un sujeto común y corriente.

—Que espejo más soso... ¿O lo que estás buscando es que te malcríe con halagos?

—Ni una cosa, ni la otra. Solo me cuesta entender qué hay en esa linda cabecita tuya, que por cierto, sí corresponde al “guapo tradicional”.

—Bien, prometo que te diré cada una de las cosas que he descubierto que me resultan irresistibles de ti, pero cuando estemos en el hotel, o si no, no respondo de mí.

—¿Así tanto te revoluciona las hormonas? Jajaja, ¡ay, niño! Bien, será interesante saber cómo ven esos preciosos ojos marrones tuyos toda mi bufona realidad...

—Ok, trato hecho, pero por cada cosa que diga, tendrás que pagar un precio...

—Mmmm, ¿tendré que venderte el alma por unas cuantas caricias a mi ego, Lucifer?

—El alma, no, pero a cada cosa que te diga, te quitarás una prenda de tu ropa, muy simple, un juego de lo más tradicional...

—No recuerdo haber jugado a eso, será que han pasado milenios desde mi adolescencia.

—Pues te conservas espléndidamente, como un buen vino.

—Y dele con que las gallinas mean<sup>[47]</sup>...

—Estamos ya en la zona, ¿por aquí?

—Sí. Dobla a la derecha... ahora otra vez... Llegamos. Aquí puedes estacionar a esta hora.

¿Me esperas?

—¿No voy?

—¿Quieres venir?

—Desde luego.

—No te puedo jurar que el lugar esté en condiciones... hace más de un mes que no paro en casa.

—Bueno, si aparece una rata, puedo ayudarte a cazarla.

—¡Que simpático! Si aparece una rata de las de las cloacas de esta parte de la ciudad, tengo una granada de emergencia pegada en la puerta. Nos cubrimos tras lanzarla dentro y esperamos a que con eso baste...

—¡Exagerado! Ven aquí... —Domingo lo abrazó y le robó unos besos que Roy fingía intentar

evitar entre risas mientras subían las escaleras— Bien, ¿es aquí?

—Sí, —giró la llave en la cerradura, abrió una rendija de la puerta y echó un vistazo dentro antes de dejarlo pasar— el lugar no está en su máximo esplendor, pero tampoco está hecho un desastre. De hecho, cuando encuentre algo con más espacio, tengo planeado mudarme...

Impresionaba la forma en que su pequeño y acogedor apartamento de un ambiente parecía una cajita de fósforos siendo habitado por Domingo Corona, sin embargo él no se veía para nada incómodo o con alguna sensación de agobio a falta de más espacio. Se había dirigido directamente a su cama y, quitándose los zapatos, se había tumbado en ella, acomodando los almohadones a su antojo para observarlo empacar.

—Me alivia ver que estés a gusto...

—¿Por qué no habría de estarlo? Esta cama está muy cómoda y me da un montón de buena vibra de cierto pequeñín que de vez en cuando la usa, además del olor de su loción, ¿qué más podría pedir?

—Bueno, disfrútala entonces mientras preparo una maleta.

—¿Tienes mucha prisa?

—No...

—Entonces deja eso un momento y ven aquí, ¿quieres?

—De acuerdo, —Roy se acercó a la cama y Domingo lo cogió por la cintura para acostarlo de frente a él, sonriéndole de forma tan encantadora que su prodigiosa mente pareció quedarse simplemente en blanco— ¿qué quieres ahora, “Dominguis”?

—Cuéntame algo de tu vida...

—¿Cómo qué?

—No lo sé, lo que tú quieras.

—Bueno, ¿y por qué mejor no me cuentas tú algo?

—Está bien. Me llamo Domingo Antonio Corona Faulkner, tengo treintaidos años, soy empresario teatral, algo así como sin residencia fija, casi graduado como ingeniero, pero deserté...

—Eres un aburrido, niño. —¿Aburrido? Se habría pasado días escuchándolo hablar de su vida, pero no pensaba poner cara de embeleso, ni revelar todo su interés tan pronto— Aunque me has brindado dos o tres datos interesantes que desconocía de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Al menos no me siento un asaltacunas porque ahora ya sé cuántos años menos tienes.

—¿Y no me lo dirás?

—No.

—¿Y pensabas que eran más o menos?

—Es extraño. Antes de saber pensé que eran más. Ahora que sé que son menos, me parece curiosamente razonable.

—¿Y razonable es bueno?

—Creo que sí.

—Me alegro. —Domingo lo estrechó más contra su cuerpo y besó por enésima vez sus mejillas, justo donde se marcaban sus hoyuelos— Para que lo sepas, aunque no me digas cuánto es cuarenta y siempre, yo también pensé que eras menor, no habría adivinado que pasas los cuarenta.

—¡Ja! Es que desde que te estrujo el bolsillo descaradamente, he estado comprando muy buenas cremas.

—¿Sí? —con una mirada divertida, le desabotonó y quitó la camisa, haciéndolo quedar boca

abajo para acomodarse entre sus piernas y besar sus hombros desnudos lentamente, haciéndolo temblar— Pues se ve que me sacas hasta lo que no tengo, porque tienes una piel muy suave y tentadora.

—¡Dios, nene! Tienes unos labios tan condenadamente cálidos y se sienten... ¡Ufff!

—Creo que esta noche no llegaremos al hotel...

—¿No te molesta?

—¿Tienes comida?

—Hay algunas cenas congeladas y galletas, creo. Y tal vez quede una botella de vino barato...

—Entonces por mí suena perfecto. Comienza el juego de las penitencias...

—¡Ey! Tramposo, ya me quitaste la camisa.

—Sí, pero te lo voy a compensar... voltéate. —Domingo se alzó lo justo para que Roy pudiera rodarse y tumbarse boca arriba— No solo tienes una piel suave, totalmente acariciable y besable... su tono es hermoso y sexy.

Dicho eso, se inclinó para volver a besar sus hombros, llegando de uno al otro sin separar sus labios de su piel, lamiendo lentamente sus clavículas, deteniéndose en medio para besar y morder su garganta, donde una sombra oscura delataba el crecimiento de la barba, repasando con la lengua el pequeño espacio bajo la nuez.

—¿Continúo?

—Niño, esa boca... ¡Dios! Continúa o haz lo que quieras, estoy seguro que acabaré derretido hoy entre tus manos.

—Tu boca también me fascina.

—Será que te gusta el sabor de la silicona.

—No seas bobo, B. No soy ciego para no darme cuenta que has rellenado aquí y allá un poco, pero el color natural de tus labios y la textura de su piel son deliciosos, a veces tengo que pensar en mi abuelita para no lanzarme a comerte la boca cuando estamos en asuntos de trabajo...

—¡Wow! Y yo que pensé que me pasaba rollos contigo...

—Jajajaja, ¿sí?

—Pufff, me tenías tan tonto con esa tensión sexual entre nosotros que pensé que estaba teniendo una segunda y más vergonzosa etapa adolescente.

—No tenías por qué avergonzarte de nada, Roy. A mí me traías ardiendo desde que me pusiste esa carita de enfado tras darme una buena repasada visual la primera noche en el camarín, ¿recuerdas?

—Porque parecías todo lo pagado de ti mismo que eres, señor Corona. Aunque tienes los dones necesarios para ser un creído, eso te lo reconozco.

—Mmmm... —Domingo se deslizó por la cama hacia abajo y sin apartar su mirada de la de Roy, le quitó los calcetines, arrodillándose entre sus piernas, masajeando primero uno de sus pies, aún algo adoloridos por los tacones de esa noche, antes de repetir lo mismo con el otro— ¿Te molesta si los beso?

—¿Eso quieres?

—Mucho. Para que veas que pese a que te parezco un creído, —si con su mirada pudiera realmente quemarlo, con aquella solo habría quedado un mísero puñado de cenizas de Roy sobre la cama cuando él posó sus labios en lo alto del empeine, acariciándolo con ellos como jamás nadie antes había hecho— puedo ser tan humilde como para besar cada centímetro de tus pequeños pies...

—Domingo, definitivamente quieres hacer que me dé algo...

—Sigamos... —sin dejar de besarlo, continuó hablando con su voz tan profunda y ronca por el calor, que aquella noche sería apropiado que lo llamara tiburón—tigre, porque además de gruñir y ronronear, parecía decidido a devorarlo entero— aunque ya te lo he dicho mucho, tus hoyuelos son tan lindos que me vuelve loco hacerte reír para que afloren en su máxima expresión. Sí, justo así.

—Bien por mí que te gusten entonces...

—Quítate el cinturón, paga la penitencia.

—¿Y tú no te desnudas?

—Luego. Antes quiero conocer íntimamente cada trocito de mi guapo pequeñín.

—¡No soy pequeñín! —Roy se soltó y quitó el cinturón, usando uno de sus extremos para darle un leve azote en un muslo a Domingo, que lo quedó viendo entre asombrado y extasiado— ¿Ves lo que te ganas por hacerme enojar?

—¿Y qué harás si sigo? ¿Ponerme sobre tus rodillas y darme unas nalgadas?

—Podría ser... esas lindas mejillas parecerían unas jugosas manzanas con uno o dos tonos más de rojo.

—¡Ja! Antes tendrías que atraparme, PEQUEÑÍN, y no te va a resultar nada fácil. Pero no trates de distraerme ahora. Veamos, para hacer que te bajes los pantalones, el halago tiene que ser bueno...

—Mínimo, sí.

—Aún cuando llevas kilos de maquillaje y rellenos encima, tacones, vestido, hasta tetas, no puedo para de pensar en todo eso que tu truquero oculta y me muero de hambre... pero de eso ya te diste cuenta.

—Igual lo que hiciste en el escenario del club... esa cogida... te ganaste al menos que me quite los pantalones por el polvo más adrenalínico de mi vida, niño.

—Nuestro polvo más adrenalínico... —Domingo le guiño un ojo, sonriendo al pensar en ardientes futuras promesas y posibilidades— ...hasta ahora.

—Sí, hasta ahora...

—Hazlo entonces.

—Voy, voy, —Roy se desabotonó y descendió la cremallera, instante en el que Domingo no quiso extender más la espera, bajándole y quitándole los pantalones, que arrojó sobre su maleta, junto con el bóxer— ¡cuánta ansiedad! Si hasta te pone tramposo...

—Hablamos de tus prendas, nene. Ese bóxer es mío, así que no cuenta.

—Eres tremendo sinvergüenzas, Dom.

—Es que tengo tremendas ganas de acariciarte de pies a cabeza, Roy...

—Hazlo, Domingo, ¡tócame!

Como si se tratara de una orden, en un segundo estuvo nuevamente tumbado boca abajo mientras Domingo cubría toda su piel de sus besos, partiendo desde la nuca, sin dejar un solo rincón de su espalda ajeno a su calor, colando las manos bajo su cuerpo, a la altura de su estómago para alzarlo y rendirle culto a su cintura y luego a sus nalgas, ardiendo claramente, pero aún así conteniendo el fuego lo suficiente para hacerlo quemarse poco a poco, a cada poro, desesperado ya al sentir sus labios en la parte posterior de sus rodillas, volteándose cuando acababa de besar la última de las yemas de sus pies.

—Domingo...

—Dime, nene.

—Ufff, no sé... me vuelves loco. Ven, quiero disfrutar de esa boca aquí de cerca ahora mismo.

—¿Acaso no puedes aguantarte, pequeñín? No dejaré que me metas prisas. Te lo advertí, y el que advierte, no es traidor.

—¡Oh, vamos! Un beso...

—¿Y acaso no es lo que estoy haciendo?

—No seas desgraciado, niño. En la boca...

—De acuerdo, todo lo que mi pequeñín quiera.

—Si me vuelves a decir pequeñín en lo que resta de la noche, te voy a agarrar desprevenido, te voy a esposar al respaldo de la cama y te voy a torturar como tú lo estás haciendo, pero sin descanso, ¡el que advierte no traiciona!

—¡Mierda! Como me encanta cuando te pones mandón... allá voy.

Sí que valió la pena el regalarlo con su mejor puchero y rodada de ojos, porque cuando se giró para enfrentarlo, Domingo se había lanzado no a besar simplemente, sino a asaltar su boca, impidiendo que el más mínimo rincón le fuera negado, lamiendo sus dientes, hundiendo su lengua hasta cortarle el aliento, jugando con ella, instando a que Roy hiciera lo mismo, disfrutando de morder sus labios y lamer su barbilla, sintiendo como su cuidada barba cosquilleaba y clavaba a la vez.

Iba a por su masculina garganta cuando él cazó sus manos y las llevó hasta el cabecero para que se estuviera quieto, jugando a hacer como que mordería su mandíbula hasta que simplemente lo hizo, bajando con la lengua por su torso para rodear un pequeño y endurecido pezón, viéndolo a los ojos antes de tomarlo con los dientes con extremo cuidado y soltar, mamándolo suavemente, repasándolo con fuerza y presión con toda la amplitud de su pecaminosa y talentosa lengua, haciéndolo jadear y retorcerse de necesidad.

—¿Esto pensabas hacer, pequeñín? Atraparme y... ¿cómo dijiste?

—Torturarte.

—Ah, sí... —una vez más atrapó el pezón sensibilizado por sus caricias entre sus perfectos dientes y esta vez lo mordió casi con fuerzas antes de chupar lenta y golosamente— Te salió el tiro por la culata, guapo.

—Me da igual, sigue... ¡Dios mío! Esta boca tuya es un peligro...

—¿Te gusta, nene?

—Me encanta.

—Dime un lugar secreto donde quieras que mi boca te dé placer.

—...

—Hazlo, Roy, o te juro que vas a conocer lentamente el significado real de la palabra tortura... —¡Mierda! Esos ojos marrones parecían dos pozos de lava ambarina, seguro de que cumpliría con sus amenazas si no le daba en el gusto, aunque si la tortura era así, feliz habría muerto esa misma noche martirizado hasta el fin por Domingo Corona— ¡Dime!

—Es una estupidez...

—Suena irresistible, ¡dilo ya!

—¡Eres un hijo de... tu madre!

—Te lo advierto, nene...

—¡Bien, diablos! Las axilas...

—¿En serio?

—Te dije que era una estupidez y... —estaba equivocado si pensaba que su asombro era eco de algún tipo de desagrado o extrañeza, no si la forma en que se apropió de aquel rincón normalmente olvidado era indicativo de lo que aquella idea le había producido, pues en un

segundo Domingo se había abocado a lamer y mordisquear sin tregua, haciéndolo gemir sin posibilidad de controlarse por lo intenso de las sensaciones, cambiando cada par de minutos de lado, repasándolo tantas veces que la cama se sentía mojada bajo su cuerpo— ¡Dios! Nene... ¡para! Me voy a correr si no te detienes... y no quiero que acabe aún...

—Eres un muchacho muy goloso, B. Debiera darte tu merecido ahora y lamerte más hasta que no aguantes, pero por esta vez seré bueno y voy a darte una tregua, con una condición...

—¡Tú y tus condiciones! Escúpela ya...

—Repite conmigo: Yo, Mr. B...

—Yo, Mr. B...

—Soy el lindo pequeñín de Domingo Corona.

—Que te de por el culo una manada de gorilas.

—Jajajajaja, ¡ay! Eres un encanto, nene. Vale... —Domingo le soltó las manos, las cuales Roy llevó directamente a quitarle la camiseta, ansioso ya por saborear los placeres del cuerpo de su escualo—felino— tómatelo con calma, muchacho. Tenemos toda la noche para esto.

—¿Estás demente? Llevo horas sin sacarme tu garrote de la cabeza, así que ahora vas a hacerle caso a tus mayores, a estarte quietecito y calladito, salvo para demostrar tu agrado, y te voy a chupar el PENE como un helado hasta que literalmente se te derrita en mi boca.

—Rencoroso... —pese a su tono de voz de reproche, el tamaño y rigidez que presentaba su verga, además del brillo perverso y radiante en su mirada delataban por completo las ganas que tenía de que materializara de inmediato sus palabras— Enséñame entonces cómo se hace, ¿no dijiste eso?

—Si luego crees que puedas imitarme, bienvenido seas, pero ahora ésta, —para darle énfasis a sus palabras, lo agarró con total propiedad de la zona media del tronco, tirando de él para que alzara las caderas y colarle un cojín justo por debajo, separándole las piernas, exponiendo todo aquel ariete para la batalla, dejándolo completamente a su disposición— es mía.

## Capítulo 16

—¡Dios...Roy! No puedo... más...

—¿Ah, sí? No me seas nenita y aguántate, niño.

—Te prometo... que no te diré...

—Repítelo y te vuelvo a dejar con las ganas, cabroncito.

—¡No!... seré bueno... en serio y mmmmggghhhhhhhhh.....

Roy llevaba al menos una hora lamiéndolo y magreándolo, haciéndolo llegar a los límites del placer y la cordura justo antes de agarrarlo firme y presionar con sus dedos en el perineo con fuerza para impedir que acabara, haciendo que una perlada capa de sudor bañara todo su cuerpo, agotado y rendido a lo que él quisiera hacerle.

Por supuesto que antes le habían dado sexo oral, más veces de las que recordaba, con diversos niveles de experiencia y satisfacción, pero lo de Roy era algo fuera de sus más optimistas, es más, de sus más fantasiosas expectativas.

Pese a haber comenzado tímidamente, apenas lamiendo desde la base hasta el borde del glande, acariciando y rozando algunas veces sus testículos, simplemente ver a Roy con sus labios tan cerca lo hacía temblar, en especial porque el malvado pequeñín no apartaba ni un segundo la mirada de la suya, atento hasta la más mínima de sus reacciones, sonriendo cada vez que Domingo contenía la respiración cuando simulaba que iba a morderlo o a echárselo de una vez a la boca.

Una vez que lo tuvo brillando, completamente mojado, volvió a cogerlo en su mano, frotando arriba y abajo muy lentamente, esparciendo aquella humedad, haciéndolo retorcerse de ansiedad y frustración, momento en que decidió que estaba bien de atormentarlo para ponerse al fin serio, aplicando su lengua a repasar el frenillo cada vez más rápido hasta buscar la sensible abertura y anclarse ahí por largos segundos, disfrutando de la increíble suavidad de aquel rinconcito caliente que no paraba de lubricar.

—Mmmm, mejor que el mejor helado de chocolate de la vida...

—Uffff, nene, me vas a derretir en serio con esa lengua exquisita...

—Ah, señor Corona, —un escalofrío recorrió toda su espalda al ver la mirada pícaro y algo perversa de Roy mientras le hablaba, sin dejar de mover su mano en su verga mientras lo hacía, asegurándose de que lo viera muy bien cuando se chupó los dedos de la otra mano, que llevó justo tras sus testículos, rozando apenas aquel lugarcito escondido antes de deslizarlos hasta su estrecho agujero— aún no tienes idea de lo que voy a hacer contigo...

—No te pases de listo, pequeñín...

—Jajajajaja ¡Ya verás! Me las vas a pagar por cada vez que me has llamado así...

—No seas rencoroso y... Mmmmmmmggghhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh.....¡Dios!

—Mmmmmmmmm delicioso, tal como lo imaginaba...—Roy se había posicionado estratégicamente para poder acomodar su cuello y, aunque pareciera casi imposible, echárselo entero a la boca, haciendo que penetrara a fondo su garganta, produciéndole una increíble sensación de calor y compresión al mover la lengua y succionarlo de salida que casi lo deja con la mirada en blanco— ¿Ves que no soy ningún pequeñín? Si no, ¿cómo iba a tragarme todo este



enorme pestillo de cárcel?

—¡Wow! Eso... te lo concedo...

—Tú no me concedes nada, niño. Yo soy quien manda en esta mamada y me voy a dar el gustazo de mi vida con tu pija, ya verás.

—Sí, por favor, hazlo...

—Recuerda que tú lo pediste. Y “por favor”.

¡En serio Domingo no tenía idea en lo que se había metido! No solo iba a hacerlo sollozar de placer, iba a hacer que se la pensara dos veces antes de volver a llamarlo por aquel apodo, que en verdad no le molestaba en lo absoluto, incluso le resultaba tierno, pero no iba a darle todo masticado en la boca al arrogante tiburón, no. Iba a aprender el costo de ponerse creído con él, pero de la manera más enloquecedoramente lenta y placentera que había estado habitando su mente durante noches y noches de fantasear con su “jefe”.

Domingo volvió a sentirse preso de un intenso escalofrío cuando Roy al fin tomó todo el glande en su boca, lamiendo aquella carne suave al contacto con su lengua que ocultaba la dura punta del diamante en que estaba convertida aquella larga y gruesa garrocha, disfrutando como su inusual y guapísimo amante gemía su nombre sin poder contenerse de posar sus grandes manos a los costados de su rostro, sabiendo que seguramente quería agarrarlo firme por el pelo y marcar el ritmo con el que quería follarle la boca.

—Nada de eso, Dominguis, aunque muy erótico y tentador lo que intentas hacer, no te lo permitiré esta vez. Vas a pasar por esta mamada haciendo gala de esa humildad que dijiste poseer, así que o te quedas quieto y llevas tus manos al cabecero por las buenas mientras no te indique lo contrario, o te juro que te amarro.

—...

—Ya, —¡Wow! Las chispas en sus ojos dorados habían subido varios grados de temperatura ante sus palabras— obviamente te gusta esa idea, ¿cierto, muchachito perverso?

—No te mentaré...

—Tranquilo, si quieres en otra oportunidad lo probamos, pero hoy te toca comportarte y obedecer, dominando tú mismo tus impulsos.

—Pero es que...

—Shhhh, calladito. Acordamos que solo abrirías esa boquita para dejar escapar los sonidos que provengan del placer, no para opinar o reclamar. Ni siquiera para suplicar...

—...

—Eso es. Nene, no sabes lo hermoso que estás así excitado y a mi completa disposición... — pese a que Roy le sonreía, con aquellos hoyuelos que lo volvían loco asomando en su máxima expresión, el brillo de sus ojos oscuros era tan primitivamente sexual que a punto estuvo de hacerlo acabar con la sola mirada con la que recorrió todo su cuerpo— Ahora yo te voy a enseñar un jueguito. Se llamará... “no vas a acabar hasta que a mí se me antoje”. ¡Vamos a ello!

Al menos podía contar cuatro o cinco veces en que Roy no había parado de lamerlo, chuparlo y succionarlo a todo gas, o torturarlo con lentas y deliciosas lamidas, sumado a un experto y peligrosamente cercano masaje con aquellos dedos húmedos por zonas casi inexploradas que lo llevaban al límite del cielo hasta que el muy perverso pequeño sentía como sus huevos se refugiaban y endurecían al borde del orgasmo, instante en el que aplicaba sus técnicas de duendecillo maléfico para dejarlo a punto, casi sollozando entre el placer y el deseo insatisfecho de llegar al máximo, desacelerando los movimientos de sus manos y los mimos de su boca, aún sin quitarle un ojo de encima, agotando cualquier capacidad de oposición al no poder distinguir ya

dónde quedaba el arriba y dónde el abajo.

—¿Ya te sientes verdaderamente humilde, niño?

—Sí... mucho.... —Roy una vez más lo tenía en la cima y, pese a la insoportable y a la vez maravillosa tortura, en un instante decidió que ya se había divertido bastante y que dos podían jugar juegos similares— mmmmmmmmmhhhhhhhhhhh...

—Lo siento, nene, esto es tan exquisito que apenas me puedo resistir...

—Roy.... Por favor...

—Así me encantas, bien educadito, señor Corona.

—Nene... mmmggghhhhhhhhhhhhhhh...

—¿Sí?

—Acércate...

—Dime.

—Ven... —apenas consiguió indicarle con un gesto que necesitaba hablarle al oído, cayendo Roy en la trampa sin paliativos, tomándolo Domingo por la cintura y sujetándolo boca abajo contra la cama— Ahora sí, Roy, veremos quién acaba suplicando...

—¡Tramposo! Eres un... —con todo lo húmedo que estaba, había alcanzado el último de los condones en su bolsillo, tirando de la pierna de su pantalón y se lo había puesto sin dificultad por efecto de la abundante lubricación. Lamió una vez más su mano para acomodarse y presionar sin prisa, pero sin reparo hasta sentir como aquel pequeño y dulce trasero se abría para devorarlo por completo, mientras que con una de sus manos tomaba la de Roy y la llevaba junto con la suya a aferrarse al cabecero, alzándolo lo justo para poder follarlo a buen ritmo y a la vez dejar libre su otra mano para acariciar su cuerpo— ¡Uffff!, sí, Domingo... Mmmmmmmmmmmmmmmhhhh, nene, estás hirviendo...

—Así me tienes, pequeñín...

—¡Pero serás insolente! —Roy lo estrujó con todas sus fuerzas, haciéndolo tragar en seco y morderse los labios antes de devolverle el apretón con una vigorosa estocada— Mmmmmmmmmmmhhhhhhhhh.... sí, insolente, pero te perdono si haces eso otra vez...

—¿Quieres que te perfore duro, nene? —Domingo acarició con calma el pecho de Roy, sin salir un milímetro de su interior, besando y lamiendo su cuello, dándole algunas mordidas por la espalda mientras descendía con su mano, abarcando su estómago, rozando con las yemas de los dedos su cintura hasta hacerlo hincar una rodilla en el colchón para penetrarlo a fondo mientras le amasaba amorosamente una nalga — Claro que sí, eso es lo que le gusta a este culito goloso...

—Mmmmmmmhhhhhhhhhhhhhhhhhhh sí, sí, me encanta, Domingo, así...

—Estoy a tus órdenes, Roy...

—¡Clávamela toda, Dom! No pares, por favor....

—Toda para este traserito tan dulce, pero quiero besarte y tocarte a la vez...

Domingo se movió hacia atrás, apartándose por un segundo de Roy, dándole la vuelta para dejarlo boca arriba, abriéndole las piernas, que de inmediato se abrazaron a su cintura, para volver a hundirse de una sola embestida, acariciándolo desde la garganta hacia abajo hasta detenerse sobre su miembro, envolviéndolo firmemente con su mano para masturbarlo lo mejor que podía preso entre sus cuerpos, apretando y soltando al mismo ritmo al que arremetía contra Roy, inclinándose para besarlo apasionadamente mientras no paraban de gemir y acariciarse hasta que la fricción y el calor fueron tan exquisitos que ambos se corrieron a la vez, jadeando sus nombres en los labios del otro en un beso dulce y a la vez ansioso, cargado de deseo, pero no solo eso, de verdadero afecto, girándose para quedar frente a frente en la cama, sin decir nada,

recuperando el aliento y mirándose extasiados, acariciándose suavemente, nada más.

Cuando al fin volvían a respirar normalmente, Roy hizo que Domingo se tumbara boca arriba y, tras volver a besarlo en los labios, alcanzó un par de toallas húmedas de su bolso y repasó lentamente su torso sudado y manchado de su propia corrida, quitándole el condón y rozándolo con la mayor delicadeza para no irritar aquella zona hiper sensible, más en esos momentos.

Iba a limpiarse él mismo cuando Domingo le quitó la toalla y lo hizo tumbarse, repitiendo lo que él había hecho en su pecho y estómago, aunque agarrando casi con ternura su miembro, se inclinó y lo lamió suavemente, haciéndolo temblar por lo intenso e íntimo de la sensación, más aún cuando luego de eso se acomodó entre sus piernas, apoyándose de costado sobre su estómago, acariciando su cintura.

¡Dios! Lo de echar unos polvos siderales estaba bien, incluso haber hecho tan apasionadamente el amor, pero realmente necesitaba ayuda o una señal para comprender por qué ese hombre magnífico era además tan increíblemente tierno y dulce con él.

Domingo le había dicho ya, o más bien él había dilucidado, que al tener que ser siempre el pilar inquebrantable de su familia desde muy joven, seguramente más por la enfermedad de su madre, se había relegado a sí mismo, ocupándose principalmente de ellas, pero, ¿cómo era posible que con tanta gente alrededor pudiendo admirar su belleza o reconocer lo encantador de su personalidad, incluso por sentir atracción a su notable inteligencia, no fueran capaces de notar que, como todo el resto, también tenía necesidades, también sufría penas, pero sobre todo, también podía despertar ternura y afecto?

¿Por qué nadie había tenido la inteligencia o la suerte de aferrarse a ese hombre para siempre y hacerlo feliz? Ni siquiera sería un gran esfuerzo, ya que Domingo Corona, salvo que estuviera muy desorientado, mal de la cabeza, o que de alguna extraña forma le estuviera vendiendo aquella imagen, era inmensamente dulce.

Pese a que se había puesto como premisa el disfrutar lo que hubiera entre ellos por el tiempo que pudiera durar sin hacer planes de ningún tipo, mucho menos a largo plazo, resultaba casi ingrato no reconocer la suerte que había tenido de que lo eligiera a él para volcar aquella maravillosa capacidad de hacerlo sentir infinitamente especial.

Sin poder contenerse, dejó aflorar también lo que solo Domingo le generaba, llevando las manos hasta su cabeza para acariciarlo muy suavemente.

—Y yo solo te limpié con esa tonta toalla, niño...

—Claro, tú sabes a delicioso Roy. Yo debo tener gusto a espermicida o a látex, no lo sé.

—Eres tan raro...

—¿Pero te gusto?

—Mmmmm... —sin poder disimularlo, se le escapó un suspiro que intentó que pareciera resignado— Más de lo que me conviene, creo.

—¿Entonces me esperarás?

—¿Esperarte?

—Para escapar hoy tuve que venderle el trasero a mi hermana... mañana por la noche partiré a Miami para acompañar a mamá y desde allí debo irme a Japón.

—¿Por cuánto tiempo?

—Solo un par de semanas.

—¿Es demasiado! No, mejor te vas ahora y de paso le avisas a todo el resto de la fila de mis fogosos amantes que dejas libre el lugar, ¿vale?

—¿Quieres decir a tu modo que sí te quedas conmigo?

—Sí, niño. Pero también tengo pensado buscar otro departamento. Este estaba bien mientras trabajaba como loco haciendo vestuario de teatro por el día y show para cinco borrachos por la noche. Quisiera comprar algo propio...

—¿Por qué no aprovechas mi habitación del hotel mientras? Puedes llevar tus cosas hasta allá, es más, preparemos todo para el traslado cuando nos levantemos y puedes ver lo que hay. Aún nos quedan casi seis semanas en Nueva York.

—¿En serio?

—Claro, Roy. Yo solo tengo allí una maleta. Y si encuentras que el espacio es poco, puedes dejar algunas cosas en el club. Solo tú y yo tenemos llaves de tu camarín.

—¿Sabes? Es apresurado, pero suena bien. Tengo un amigo que necesita un apartamento y quiere éste a toda costa. Aprovecharé y hablaré con el dueño para que traspase mi arriendo, yo lo avalo.

—Eres un gran sujeto, Roy. Me alegra que tengas buenos amigos. Stanley te quiere un montón y, por suerte, podré dejarlo a cargo de cuidar a mi estrella mientras me ausento.

—¡No te atrevas a decirle algo semejante a ese idiota!

—Bah, no es asunto tuyo, pequeñín. Es mi derecho hacerlo.

—Ok, haz lo que quieras, pero si se vuelve en mi contra, que sepas que contigo me vengaré...

—Si resulta igual de interesante que tu venganza por decirte pequeñín, me apunto.

—Llegará el momento en que se te congele esa sonrisa de creído, Domingo Corona, y voy a disfrutarlo mucho.

—Lo que yo no puedo esperar es a disfrutar una deliciosa cena congelada. Me usas sin parar y ni siquiera me alimentas...

—Jefe, eres un niño mimado insoportable... —con el dedo le indicó la cocina americana, el refrigerador y el microondas sucesivamente— Aprende algo nuevo y calienta tú la comida, ¿sí? No es muy difícil si lees con atención y detenidamente las no tan extensas, ni confusas instrucciones. Aquí te espero.

—De acuerdo, lo haré. No le vayan a doler sus lindas rodillas a mi dulce abuelito tras tanto esfuerzo.

—¿Abuelito?! —Domingo le sacó la lengua y esquivó la almohada que le había lanzado sin el menor problema— Ven aquí que te voy a dar yo abuelito, ¡mocosos de mierda!

—Jajajaja, ya te lo dije, para eso tendrás que atraparme primero, PEQUEÑÍN.

## Capítulo 17

¡Al fin Domingo había vuelto!

Su saboteador interno estaba que echaba chispas reprochándole lo idiota que parecía por no poder bajarle a la sonrisa simplemente porque el tipo que lo estaba follando había regresado tras apenas míseras dos semanas lejos, pero no pensaba hacerle el menor caso.

Había pasado todos esos días en la habitación del hotel de Domingo, feliz de la vida disfrutando de aquella hermosa zona de la ciudad, que poco a poco comenzaba a vestirse de primavera, y de las comodidades que ofrecía tener todo a la distancia de un click o una llamada.

Dos semanas atrás se habían levantado pasado el mediodía, debía reconocer que sobre todo él mismo muy a regañadientes de dejar esos cálidos brazos, pero luego de ayudarlo a empacar sus cosas (afortunadamente el departamento lo arrendaba amoblado, así que tanto no habría que mover), Domingo lo había llevado a instalarse y luego a almorzar a un lindo restaurante en Brooklyn con una fenomenal vista del horizonte de Manhattan, casi bajo el puente, atravesando el East River, divisando a lo lejos incluso la Estatua de la Libertad, dando un paseo entre risas al salir, ya que el lugar exigía el uso de chaqueta, corbata y zapatos “adecuados”, haciendo Roy varios chistes respecto a buscar unos tacones ajustados a su número en el Harlem para la próxima vez.

Sí, lo admitiera o no su lado más amargo, lo pasaba genial junto a su señor Corona y lo había extrañado a rabiar, por lo que una vez más se sintió como un verdadero idiota por haber aceptado participar precisamente esa noche en un show privado, pero las razones eran demasiado importantes para negarse, por más que lo único que llenara su mente fuera el regreso de Domingo.

Roy había sufrido la pérdida de muchos amigos a lo largo de los años a causa del VIH<sup>[48]</sup> y, mientras pudiera, siempre podían contar con él para reunir fondos para cualquier institución que ayudara a paliar o prevenir los efectos de aquella maldita enfermedad.

Si estaba yéndole tan bien y recibiendo generosamente con una mano, lo lógico era que con la otra tuviera que dar.

El problema era la zona de la ciudad en la que les habían prestado un recinto para llevar a cabo la actividad, el South Bronx<sup>[49]</sup>, y como no podrían faltar, los borrachos odiosos que habían llegado tan solo a incordiar, sin embargo a costa de esa clase de gente, siempre que le dijeran una estupidez o trataran de insultarlo, Bianca sacaba sus mejores y más ácidas respuestas de su “archivo de odiosidades” para hacer estallar al público en carcajadas y apoteósicas ovaciones, sabiendo que quien se lo tomara a la personal y se enojara, sería quien acababa perdiendo, normalmente humillado y escondido casi bajo la mesa tras la metralla de cáusticas y certeras observaciones de la boca de su irónico personaje.

Cada noche de esas eternas dos semanas, Domingo lo había llamado para contarle las novedades respecto al club de Tokio, pasando bajo la mesa la propuesta de que en la primera oportunidad que tuvieran, le gustaría que fuera con él y se presentara en el lugar, que ya estaba terminado y, según sus entusiasmadas palabras, era la más loca, excéntrica y luminosa creación de algún genio del otaku<sup>[50]</sup>.

Respecto al tema de su madre, sin embargo, como siempre había sido muy escueto y, si él no se sentía cómodo para hablar, no sería Roy quien lo presionara con preguntas y consejos que nadie le hubiera solicitado como toda una vieja metiche, por más tentado que se sintiera. Su apoyo había sido ofrecido y Domingo lo sabía, así que en ese sentido, la pelota estaba rebotando en su cancha.

Pese a estar más que distraído a causa del whatsapp que Domingo le había enviado alrededor de una hora antes avisándole de que ya había llegado al hotel, acompañado de una sugestiva selfie, no tuvo reparos en dejar de vuelta y media a un grupo de idiotas, en especial a uno, que trataron de sacarlo de sus casillas criticando respecto a la justicia de que un “marica” sin relevancia tuviera la posibilidad de agarrar un micrófono y repartir mierda a la gente “decente”, a lo que Bianca había respondido con un florido tapiz de reflexiones y velados insultos que había hecho a los imbéciles salir al poco de acabado su número para no seguir siendo el hazmerreír de toda la concurrencia.

Una vez acabado su show, fue a prisa a cambiarse a los camarines, arreglando todo para que un Uber<sup>[51]</sup> lo recogiera en breve, avisándole a la gente de la puerta para que le dijeran cuándo salir, pero aparentemente la señal de su móvil estaba muy baja y no le quedó más que salir del sector del bar para poder conseguir cobertura y por fin largarse a ver a Domingo.

Caminaba viendo a todos lados, consciente de que no era una zona para pasear a solas, peor aún porque nadie había podido acompañarlo al retirarse a mitad de la velada, por lo que se sobresaltó al escuchar sonar su móvil.

—Hola, payasito.

—¡Señor Corona!

—¿Estás bien? —su voz sonaba a la vez preocupada, pero claramente adormecida— Me tenías preocupado...

—Ya voy de salida. Estoy caminando hasta donde me recogerá el Uber.

—¿Y estás solo?

—Ya soy grande para eso, ¿sabes?

—No me gusta nada que andes solo por esos barrios. Yo debería ir a recogerte, *B*.

—Ni lo pienses. Acabas de volar más de quince horas seguidas y sin dormir, luego de correr y trabajar como loco las pasadas dos semanas. Vas a ser un buen chico y vas a esperarme en el hotel entibiándome la cama, ¿bueno? El Uber ya está por llegar, así que aprovecha de descansar porque una vez que esté allí, tal vez no me compadezca de ti y te use repetidas veces para mi solo y egoísta placer.

—¡Dios, Roy! Estoy contando con ello.

—Pórtate bien y no te estés probando mi ropa en lo que llevo.

—Jajajajaja, tú lo que temes es que te rompa algunos tacones, di la verdad. Pero no te preocupes, sé que tus pies son pequeños y delicados como para que yo me pruebe tus zapatos.

—No lo olvides, guapo, porque así es. Tus piesotes me hacen ver como una delicada señorita asiática, pero son apropiados y bien proporcionados al resto de ti... si no fuera así, el peso de tú delicioso y enorme ya sabes qué, alias pene, haría que te fueras de bruces.

—Jajaja, no es para tanto. Sentí como si estuvieras hablando literalmente de un burro.

—Mucho no te falta, guapo, pero serás bueno y me vas a esperar acostadito. Verás que máximo en media hora estoy por allá.

—Te haré caso, pero que conste que es en contra de mi voluntad.

—Si te portas bien, voy a vendarte los ojos y a hacerte cosas realmente malvadas y en contra

de tu voluntad que vas a disfrutar como loco.

—¿Es una promesa?

—Así es, pero ya corta y duérmete.

—Vale. Media hora, Roy, ¿estamos?

—De acuerdo.

En el momento que cortó la llamada, recibió una notificación de Uber anunciando que el conductor había cancelado el viaje, excusándose en atención a la zona de la ciudad.

Nervioso, volvió a abrir la aplicación y solicitó un nuevo conductor, tardando varios minutos en encontrar a alguien que estuviera dispuesto a recoger pasajeros en ese lugar. Al menos esta vez sí llegaría el auto en unos quince minutos.

No acababa de guardar el teléfono cuando sintió unas manos que lo cogían rudamente por cintura, haciéndolo girarse para encontrarse con el fulano al que más duro le había dado con sus insultos en el bar.

—Me alegra volver a verte, nenita...

—¡Vaya! —el feo sujeto estaba aún más borracho que antes, pero al menos los demás subnormales de su grupo no parecían estar cerca— Pensé que te pateaba el hígado ver a un marica con derecho a usar un micrófono...

—Me molesta que cierta clase de gente...indigna crea que puede decir y hacer lo que quiera porque se pongan un vestido, una peluca y la hagan de payasos.

—No entiendo entonces qué haces aún aquí.

—Tenía ganas de volver a verte, mariquita.

—Tú sí que tienes las cosas claras en la vida, ¿verdad, machote?

—¿Me estás tratando de insultar otra vez, rarito?

—Solo digo que si te molestan los raros como yo, ¿por qué llevas tanto rato aquí, esperándome?

—Yo hago lo que quiera, mariposita, no serás tú quien me mande... —el sujeto le dio la espalda y se bajó los pantalones, enseñando un par de nalgas fofas, radioactivamente blancas, plagadas de marcas de acné— ¡Bésame el culo, marica!

—¡Hoy no, Satanás, —claramente la referencia y demostración lo hicieron pensar en las pocas ganas que tenía de seguir soportando las idioteces de aquel neanderthal subdesarrollado cuando su guapísimo gladiador romano, con el mejor culo del mundo, estaba esperándolo en la cama— no, gracias!

—¿Qué te has creído despreciándome, asqueroso travesti?! —la cosa comenzaba a pintar para mal cuando el tipo decidió volver a agarrarlo contra su feo y maloliente cuerpo, buscando subir el nivel de la provocación— ¿Qué acaso eres la gran cosa que no vienes y me pides que te deje chupármela?

—Bien, —Roy se retorció hasta conseguir soltarse y apartarse un poco— como que a Brad Pitt no te pareces, ¿no crees?

—¡Ya verás, zorra!

¡Él y su estúpida e incontrolable bocota! Si sabía que el tipo era un pobre estúpido con deseos reprimidos de verga que no pensaba cumplirle, ¿por qué no se quedaba callado y ya? Pero no, la irreverente Bianca tenía que hacer acto de presencia para cantarle sus brutales verdades a Pedro, Juan y Diego...

Aunque disimuladamente había intentado alejarse unos metros con su maleta, el maldito Uber estaba supuestamente a un minuto de llegar y, para entonces, estaría camino al hotel, a acurrucarse

con Domingo. Si lo había esperado casi una hora, no iba a perderlo ahora por culpa de un mamarracho con complejos de closet.

Sin embargo en uno de esos pasos avanzados de espaldas, las ruedas de la maleta se habían enredado en una rejilla, bloqueándole el camino, instante preciso en que el tipo aquel se le había echado encima para obligarlo a ponerse de rodillas.

—¿Lo ves, perra? Ahora te vas a tragar todo mi rabo y no finjas que no quieres.

—¡Suéltame!

—¡Abre, mierda! —por más que el sujeto fuera un imbécil, pesaba casi el doble, lo superaba en fuerza y en esa posición, además de quedar en desventaja física, no podía evitar que el tipo se refregara violentamente contra su cara— Sabes que lo quieres, maricón.

—¿Maricón, yo? Tú quieres tener sexo con un hombre y a la fuerza.

—¡Hija de puta! —en un segundo ya no estaba de rodillas en el suelo, sino tirado de espaldas sobre su propia maleta tras ser levantado del cuello de la camisa y recibido un fuerte golpe de puño que le había dado en el pómulo— Ningún puto maricón tragasables va a venir a hacerse el valiente conmigo. ¡Ahora si te voy a moler a patadas!

—¡Ayuda! —como buenamente pudo, se puso de pié intentando correr, sintiendo a cierta distancia la seca frenada de un vehículo— ¡Ayuda, por favor!

De un tirón, al fin logró zafarse y escapar. El tipo corrió tras él y en el instante en que aquel energúmeno intentó agarrarlo de la chaqueta para volver a golpearlo, una fuerza implacable lo giró en la dirección opuesta, estampando un puño de considerables proporciones contra el ya de por sí poco agraciado rostro del sujeto, que cayó totalmente alelado y con la nariz evidentemente rota al suelo, dejando libre su campo visual para encontrarse con la expresión entre furiosa y preocupada de Domingo.

—Roy, ¿estás bien?

A poco estuvo de echarse a llorar cuando él lo levantó en sus brazos y lo sentó sobre el capot de su Audi cruzado en plena calle a unos cuantos metros para revisar su pómulo magullado, pero no por lo que había sucedido. Por supuesto que eso no había sido su primer round con un idiota que intentara pasarse de listo o hacerse el gracioso frente a sus amigotes a costa suya.

La razón de que una vez más Domingo Corona lo dejara sin palabras era porque pese a que sabía que estaba agotado, probablemente hasta medio dormido por su voz al teléfono rato atrás, que estuviera allí no tenía otra explicación de que su tardanza lo había preocupado al grado de ir a buscarlo. Y ni hablar de no haber dudado en defenderlo.

Por cierto que lucía sexy en pantalón de pijama y una camiseta suya que le quedaba tan ajustada como una segunda capa de piel, prueba de que no había estado dándole vueltas a la idea de ir allí, ni tomándose el tiempo de buscar algo para su talla, simplemente se había puesto la primera cosa que encontró a mano y había partido a buscarlo.

—Mi pobre nene. Que agradezca ese pedazo de mierda que llegué a tiempo.

—¿A tiempo de romperle la cara? El tipo no es ningún Stephen Hokins, ni otro erudito de brillante inteligencia, pero no creo que esté feliz con eso...

—Ah, pero sí que debe estar agradecido, cariño. — Satisfecho con la revisión que le hizo, comprobando que más allá de lo que saltaba a la vista, no había alcanzado a dañarlo, con el pulgar acarició su labio inferior antes de adueñarse de su boca por un tenue, pero delicioso instante— Si me hubiera tardado unos minutos más y te hubiera herido en serio, simplemente me lo hubiera cargado.

Pensó en replicar. Incluso en dejar deslizarse un comentario gracioso para superar la tensión



del momento, sin embargo el brillo genuinamente asesino en aquellos ojos dorados no dejaban lugar a duda de que no estaba fanfarroneando.

—Como sabrás, estas cosas suelen suceder en el ambiente, no es que las avale...

—Lo sé, Roy, sin embargo si está en mis manos, ningún hijo de su madre va a propasarse con mi gente.

—Gracias, —aunque sabía que no era solamente la protección de su inversión lo que había presenciado, no podía dejar de proferir solapadamente una observación ácida— jefe.

—Anda, no seas tan quisquilloso. Es cierto que defendería a mis empleados si lo requieren, en especial si no han estado instigando a alguien para llegar a la violencia física, sin embargo, y como podrás notar porque se podría decir que me medio vestí con los ojos cerrados, por otro habría mandado a mis guardias, pero como mi estrellita se tardaba y no llamaba...

—Domingo Corona, ¿estás queriendo decirme que soy especial para ti?

—¡Vaya! Si a estas alturas no lo habías notado, es que estás perdiendo el toque, *Mr. B.*

—Solo estoy planteando un hecho evidente, señor Corona... —Domingo alzó una ceja ante la repetición de su propia frase— Además que molestarte me divierte muchísimo. Te ves irresistible con el ceño fruncido y me encanta cuando nos reconciliamos.

—¿Y ya estás satisfecho con los resultados?

—De momento no, —él compuso una mueca falsamente molesta que hizo que Roy lo abrazara por el cuello para borrar la expresión de descontento de sus labios robándole un rápido beso— pero pienso estarlo y mucho, si es que no tienes planeado quedarte a patear al imbécil ese en el suelo y prefieres que ya nos vayamos.

—Tus deseos son órdenes, nene.

Domingo presionó el botón de apertura automática del auto y fue a recoger su maleta mientras él subía al asiento del acompañante, dándole una mirada en el momento justo en que falsamente sin querer, le había dado una más despectiva que dañina patada al fulano aquel antes de acomodar el equipaje en el maletero, encender la radio, y ponerse en marcha.

Posiblemente había decidido tomar otra ruta para poder relajarse antes de llegar al hotel, por lo que no se extrañó cuando en vez de continuar por *Broadway* hacia *Time Square*, para dar su tradicional rodeo a la altura de Columbus Circle<sup>[52]</sup>, había doblado aproximadamente por la sesenta y dos con rumbo al Parque. Sin embargo a metros de *Central Park West* se estacionó y bajó del auto, rodeándolo para bajar su maleta, abrirle la puerta y tenderle la mano.

—Hasta donde yo sé, nuestro hotel no queda por aquí. La verdad, creo que en esta zona no está ni el nuestro, ni ningún otro que yo conozca, pero se entiende, porque por lo general el presupuesto no da, no es que me esté quejando del presente acuerdo de negocios...

—Porque no vamos a ningún hotel. —Estaban frente a una preciosa casa de cuatro plantas del Uper East Side<sup>[53]</sup> cuya azotea tenía vista bastante directa al Parque— Si no te molesta, en adelante nos quedaremos aquí.

—Si no le importa al dueño querrás decir...

—Para nada. —Dom se volteó y le sonrió mientras sacaba unas llaves y abría la puerta— Es un placer tenerte aquí.

—¿Estás diciendo...?

—Bienvenido a mi casa, *Mr. B.*

## Capítulo 18

—Creí que dijiste que no tenías residencia fija.

—Es que no suelo venir aquí...

—Y ese de allí en la esquina es...

—Sí, era el apartamento de John Lennon.

—¡Mierda! Quiero ya mismo un aumento de sueldo, ¡si estás forrado!

—Lo pensaré, — Domingo le sonrió con falsa expresión de resignación, tomando su mano para llevarsela a los labios, besando cada nudillo primero antes de dejar que el índice se colara entre ellos para acariciarlo con su lengua— pero mientras tanto estás autorizado a tomar un bono en especies...

—No digas eso ante alguien como yo, guapo, que por ascendencia además de un buen armamento y cero crédito, tengo tendencias a tomar lo que no me pertenece.

—No me refería a los bienes muebles, pero echa una mirada por si algo te gusta. La verdad todo fue elegido por una decoradora que contrató Lupe, ya la conoces. Salvo al contenido de mi oficina en el último piso, no me siento ligado a ninguna de estas cosas.

—¡Vaya! ¿Acaso no aprecias este palacio como para no acomodarlo a tu gusto?

—Reconozco que la casa la elegí yo. Sentí potencial en ella...

—¿Y entonces?

—El trabajo, nene. Incluso estando en la ciudad, muchas veces prefiero quedarme en un hotel, donde todo siempre está listo y dispuesto. Comprar esta casa fue algo impulsivo, no lo sé... Podría asegurar que tal vez no haya nada en el enorme cubo gris que hay en la cocina. A propósito, ven. —Dom lo tomó de la mano y lo llevó hasta una lujosa cocina, tomó un paño limpio de un estante y sacó hielo del efectivamente casi vacío refrigerador, envolviéndolo para aplicarlo en el pómulo de Roy con extremo cuidado— Ya está algo rojizo, lo siento.

—Olvídate de eso, no ha sido tu culpa y con kilos de maquillaje se cubre fácil, así que volvamos al tema... Este refrigerador es la prueba tangible del calvario de los empresarios. Ganan y ganan plata, pero no la disfrutan porque solo viven para sus negocios.

—En estos momentos me estoy tomando mi tiempo para disfrutar, —la mano que abarcó cariñosamente una de sus nalgas casi lo hace perder el hilo de la conversación, con esos ojos de miel viéndolo llenos de diversión y promesas de materializar aquello del disfrute— ¿no crees?

—Es un comienzo, pero podría apostar a que no te has tomado vacaciones en un par de años.

—Mmmm...

—¿Cinco años?

—...

—¡Domingo!

—No es cosa de dejar todo tirado y largarme a la playa, *B*. Si bien no necesito, ni me interesa ganar más de lo que ya gano, toda la gente que trabaja para mí depende de lo que hago y te aseguro que muchos y muchas merecen los beneficios que el crecimiento que hemos tenido les ha dado. También así hemos podido ofrecer más puestos de trabajo y apoyar iniciativas de caridad. Sin ir

más lejos, si te interesa seguir trabajando conmigo, ya hemos pensado en subir tu comisión.

—¿Y si en vez de eso, me regalas el día de mañana sin trabajar?

—¿Eso en vez de unos buenos fajos de billetes.?

—Aunque te parezca difícil de creer, —a él mismo comenzaban a zumbarle los oídos por la supuesta falta de costumbre— y posiblemente sea a causa de un ataque que tuve en los ochentas, sí. Tómallo como que compraré tu tiempo igual que un *boy escort*<sup>[54]</sup>.

—Mis servicios están a tu disposición gratuitamente.

—Bien, entonces hazme un regalo, ¿es posible? No se va a caer a pedazos el mundo si te tomas un día libre. Y será lunes. ¿Cómo no vas a aprovechar la ventaja sobre el común de los mortales que tienes de poder dejar de trabajar un lunes, como buen hijo privilegiado de esta nación?

—¿De verdad te importa?

—Si a estas alturas no lo habías notado, es que estás perdiendo el toque, señor Corona.

—Está bien, *touché*<sup>[55]</sup>. Ve a curiosear por allí mientras mando algunos correos y muevo unas citas. Ya te alcanzo.

—¿Y puedo abrir los cajones y armarios?

—Anda, agasájate. Y pide algo para cenar además. Ya sé que es casi de madrugada, pero entre el cambio de hora con Japón y nuestro estilo nocturno... Por suerte estamos en la ciudad que nunca duerme.

—¡Cuánto peligro! Voy a pedir langosta y exquisiteces acorde al anfitrión.

—Adelante, no te cortes.

Domingo fue hacia la estancia, a la escalera para subir a su oficina, pero intempestivamente decidió volver, se acercó con la mirada cargada de una desconocida emoción y acarició con apenas un roce el pómulo levemente amoratado de Roy sin decir una palabra, besándolo antes de subir.

Con una curiosa sensación de regocijo anidada en el estómago, llamó a su *delivery*<sup>[56]</sup> favorito, aceptando pagar una escandalosamente alta propina por enviar a la zona “bonita” de la ciudad a su horrenda y destartalada moto a esas horas, antes de darse a si mismo un tour por la realmente preciosa e inusualmente espaciosa casa.

Y como bien le había dicho Domingo, el lugar tenía potencial, pero prácticamente todo lo que contenía no decía nada de él. Lo que le hacía falta a ese castillo era dedicación y cariño... como a su dueño. Una fachada demasiado hermosa a la que, por razones aún no llegaba a comprender del todo, nadie le daba suficiente amor. Pero esta vez, tras su heroico rescate, había determinado que si el resto de la humanidad se había vuelto ciega y estúpida, él no iba a imitarla.

Aunque Roy había decidido hace tiempo disfrutar y aprovechar su momento de fama, sin haberlo planeado o esperado, las cosas fluían de modo tan cómodo y natural con Domingo que resultara o no lo suyo, quería tener ese día para ambos, para que él se relajara, descansara, y que tal vez entrara un poco más que los demás en su mundo.

—¿B.?

—Dime.

—¡Dios, huele delicioso! ¿Bajo ya?

—Ehhhh, no, aún no he lamido todos los platos que quiero solo para mí, pero...

—¡Voy!

Por el ruido, había bajado a las zancadas, abarcando un par de peldaños cada vez, frenando de

golpe al ver los preparativos de la cena dispuestos sobre la seguramente carísima alfombra de la sala de estar, con expresión tan atónita que temió haber metido la pata al dejarse llevar por su lado creativo, pero por la sonrisa entusiasmada que se dibujó en su rostro, supo que había acertado. Y sin que la invitara, una sensación de felicidad lo invadió por el solo hecho de regalarle un momento especial a él.

¡Mierda! ¿Qué acaso había perdido el norte?

Pasarla bien y disfrutar un tiempo de todo eso estaba bien, pero no pensaba ni por nada del mundo estar jugando a la casita y armando nido, haciendo planes a largo plazo con un hombre que, además de su jefe, era demasiado atractivo como para desgastarse estando pendiente de que cualquier ofrecido u ofrecida quisiera meterse bajo sus pantalones, no importaba si era el chico más increíblemente dulce y protector del mundo, porque para colmo de males, sabía a ciencia cierta y era algo de público conocimiento que a Domingo cualquier género le venía bien. A no olvidar aquello del “tiburón blanco”.

Ya había presenciado como diversas personas, entre clientes y empleados se le insinuaban sin disimulo y, pese a que él poco o nada de atención les prestaba, siempre ocupado en sus cosas, o portándose más amable que coqueto para cumplir con los estándares básicos de “diplomacia” que requería ser un empresario del espectáculo, hacerse de la carga de espantar a los intrusos al tener algo serio con alguien así resultaría simplemente agotador y una tarea que no quería asumir.

Y encima de eso, con todo ese arraigado instinto familiar, lo más probable es que Domingo no tuviera ni la menor intención de comprometerse en exclusiva con otro hombre, lo que por un lado resultaba perfecto, pero por otro, ¿quería tener algo casual con él? ¿Se sentiría satisfecho con pasar un buen rato de vez en cuando, pero podría tomarse bien el verlo en otro momento con otra persona? ¿Con una mujer?

Definitivamente no quería hacerse de esa clase de complicaciones que no iban a traerle ningún beneficio.

El problema radicaba en que, tal como ya había notado y acababa de reflexionar, estar con él le encantaba y hacerlo feliz, lo hacía feliz.

—¿Qué pasa, B.? De un segundo a otro te pusiste serio...

—¿Eh?

—Me gustan mucho más esos hoyuelos coquetos cuando te ríes que esta línea enojona... — suavemente con su pulgar masajeó entre sus cejas hasta desaparecer su expresión de entre molestia y preocupación— ... así está mejor.

—No hagas caso, estaba pensando en tonterías...

—Bien, porque la cena huele deliciosa y has armado un interesante día de campo aquí, así que disfrutemos y ya.

—Es cierto. —mucho más en relación a sus reflexiones que a la cena, decidió aplicar lo dicho por Domingo— No voy a pensar y voy a disfrutar.

Claramente había exagerado con la cantidad de comida que había pedido, o al menos eso pensó hasta que buen rato después de que hubiera quedado más que satisfecho, Domingo seguía haciéndole honores a su picnic hasta que solo habían quedado algunas migajas por aquí y por allá.

—¡Vaya! Me tendrás que decir tu secreto para mantener ese cuerpo espléndido comiendo como un hipopótamo en temporada de abundancia...

—Lo siento, nene, ¿querías más?

—No, para nada, estoy redondo. Miento, quedé redondo hace unos diez minutos.

—Esto estaba demasiado bueno. Debemos repetirlo pronto.

—...

—¿Qué pasa? ¿A ti no te gustó?

—Sí, todo estaba rico, mi duda es respecto a repetirlo... ¿Aquí en tu casa dices?

—Si no te molesta...

—¿Piensas dejar el hotel entonces?

—Siempre y cuando tú accedas a venir. No sería igual de divertido sin mi lindo payasito.

—¿Y mis cosas que están en el hotel? Porque aún no he encontrado un lugar como el que quiero, pero tampoco pretendo estar abusando de tu hospitalidad y...

—Traigámoslas.

—Pero sería solo mientras busco algo.

—Por supuesto. Es más, ¿ya viste el piso de las habitaciones?

—Sí.

—Elige una e instala tus cosas ahí. Eres bienvenido aquí todo el tiempo que quieras y que necesites.

—No sé si deba aceptar eso...

—No estás aceptando nada, muchacho, ni tampoco me estás “vendiendo el alma”, como dijiste. Necesitas un lugar y está éste totalmente disponible, ¿para qué te vas a complicar?

—Pero no quiero incomodarte en tu espacio.

—Roy, no me incomodas en lo absoluto. Es más, te parecerá tonto, pero nunca antes me interesó permanecer en esta casa, hasta que tú estuviste en ella. Por primera vez se siente más que ladrillos y potencial. Contigo aquí se asemeja a un hogar.

Un hogar. Con Domingo Corona.

¡Mierda! A la vez tenía ganas de gritar, de reír y de llorar, sin saber a ciencia cierta la razón.

Por supuesto que aquello solo sería convivencia ligera y no algo definitivo. Debía buscar con más empeño un departamento a su gusto para que las cosas no se pusieran raras e incómodas, pero aunque fueran a ser por un rato una especie de roomies<sup>[57]</sup> con derecho a roce, la sola propuesta de vivir en casa de Domingo le hacía dar vueltas la cabeza.

—¡Ey, nene! —Domingo le sonrió y le acarició una mejilla— Te has puesto verde, ¡respira!

—Lo siento, niño, creo que comí demasiado.

—Si te incomoda la idea, puedes mantener tus cosas en el hotel, no te preocupes.

—Si quiero comprar el departamento, no puedo permitirme ese gasto en estos momentos.

—¿Y quién ha dicho nada de plata?

—Ah, no, señor. No pienses que voy a permitir que estés manteniéndome. Tengo dos manos y una boca sin filtro para ganar mi propio dinero, gracias.

—No seas quisquilloso, pequeñín. A mí no me influye. El hotel, me quede o no, está pagado por todo lo que resta de este año. Deja tus cosas allí si quieres, pero duerme aquí, conmigo.

¿Cómo iba a rechazarlo?! Tenía un montón de implicaciones que no quería siquiera analizar y que de seguro iban en contra de la más necio de los razonamientos, pero era innegable el hecho de que, desde que Domingo lo había mencionado, su corazón había dado un alegre vuelco de felicidad y, al igual que el del Grinch<sup>[58]</sup>, esa noche había aumentado varias tallas.

—Solo será por el tiempo que me tome encontrar algo.

—Como tú quieras, nene, pero ten en cuenta que no hay ninguna prisa... —y de pronto su mirada se había vuelto más fría— y tampoco obligaciones.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que puedes permanecer aquí incluso si no quieres estar conmigo.

—No me parece.

—¿No te quedarás?

—Me quedaré, pero siempre que incluya el derecho a usarte.

—Si quieres, —¡Dios! No iba a interpretar lo que había vuelto a encontrar en su mirada en esos momentos, ni el eco que producía en su pecho, era demasiado peligro— te lo firmo.

—¡Uy! Cuidadito, niño, no vaya a explotarte para mi propio y egoísta placer.

—Nene, te lo dije. Estoy contando con ello.

—Aunque tras semejante festín, lamento informarte que solo estoy en condiciones de algunos arrumacos y luego a dormir, ¡vaya inicio más aburrido para nuestro contubernio!

—¿Estás loco?— Domingo lo alzó en sus brazos y volvió a besarlo antes de llevarlo, así tal cual, como si de una ruborosa novia en su noche de bodas se tratara hasta el cuarto principal, depositándolo sobre la cama— Moría por tenerte a mi lado y poder besar esos lindos hoyuelos, pequeñín. Y debo reconocer además que no me viene mal. Aún estoy un poco cansado. Tal vez habría quedado en vergüenza.

—Jajajaja, ¡mentiroso! Salvo que traigas un rifle en el cinturón, se sintió como que sí podrías cumplirme.

—¡Bah! No hagas caso y regálame un rato de mimos antes de dormirnos.

—¿En verdad? Porque podría prepararme de todos modos...

—No, solo caricias inocentes.

—De acuerdo, gatito mimoso, ven aquí.

Y aunque sabía claramente que era cosa suya el avivar las llamas o mantener las brazas, tras solo unos minutos de abrazarlo y acariciar suavemente su pelo, su respiración regular le indicó que efectivamente Domingo se había dormido profundamente con una sonrisa casi angelical en sus provocativos labios.

—Buenas noches, mi joven caballero de brillante armadura. Descansa. —aunque su lado más lógico le habría dado un enérgico sermón, Roy también estaba casi dormido— Te quiero.

## Capítulo 19

Al despertar esta vez Domingo no estaba a su lado en la cama, pero sí había una nota: “*Estoy en el gimnasio en la planta inferior, pequeñín. Si te animas, ven a hacer taichi<sup>[59]</sup> conmigo. Si te parece muy suave, también entrenaré un poco de aikido<sup>[60]</sup>.*”

Obviamente no se sentía muy atraído a hacer deporte, pero un cuento muy distinto era ejercitar la pupila viendo a su tiburón—samurai brindarle semejante espectáculo físico, por lo que se puso a la rápida la bata que tenía para cuando se daba una ducha después de sus shows y bajó intentando no hacer ruido para no distraerlo, en parte porque seguramente él, como la mayoría de los practicantes de artes marciales, se tomaba muy en serio su entrenamiento, y en parte para poder espiarlo sin que se diera cuenta, felicitándose a sí mismo por su astucia.

Además del sector bien iluminado donde tenía varias máquinas de pesas y una trotadora tamaño industrial, había una sala aparte con las típicas puertas deslizables japonesas con paneles de papel de arroz, paredes negras, luz cálida y tenue, y piso de madera pulida, de la que provenía una suave música de evidente influencia asiática. El honorable *dojo*<sup>[61]</sup> de Tiburón—San.

¡W—O—W!

Con razón la noche anterior le había dicho que había llegado justo a tiempo, porque visto lo visto, sin duda ese hombre tenía la capacidad, sin demasiado esfuerzo, de romperle el cuello a imbéciles como el que lo había golpeado.

Evidentemente se había perdido la tranquila y suave parte del *taichi*, del que más o menos sabía algo por cultura general y por dejar corriendo el Discovery Channel<sup>[62]</sup>, así que aquello tenía que ser *aikido*, porque Domingo empuñaba una vara de madera de algo más de un metro de largo, haciéndola girar entre sus dedos, usando las manos y las muñecas con hipnótica habilidad, llevando el bastón contra su cuerpo, pero sin golpearse, sino acompañando los movimientos del arma para que girara por su cuello, sus hombros, su espalda y su torso en una especie de malabares ultra masculinos que le hicieron contener el aliento, más al darse cuenta que era tal su nivel de concentración que estaba haciendo aquello con los ojos cerrados.

¡Dios! Si no temiera llevarse un feroz bastonazo que le partiera la crisma, se le habría echado encima con más hambre que un caracol pegado a un espejo.

No era un fanático acérrimo de la ciencia ficción, pero con su pantalón tradicional, negro y holgado, no fue difícil imaginarlo como una especie de erótico Jedi con su sable láser, listo para acabar con el lado oscuro de la Fuerza.

—¿Me estás espiando, pequeñín?

—No tienes remedio... —claro, si podía dominar esa vara con los ojos cerrados, seguro tenía algo así como un sexto sentido, ¿o sería que había hecho más ruido del que había pensado al saborearse ante semejante manjar?—¿Cuándo vas a entender que no soy ningún pequeñín?

—Eres MÍ pequeñín.

—Claro, te crees la gran cosa porque eres una especie de ninja...

—¡Jamás un ninja<sup>[63]</sup>!

—¿Y eso?

—Los mercenarios no tienen honor.

—¿Ah, sí? —Roy se acercó y dibujó con sus dedos una H de honor sobre la zona de su pecho donde latía agitado su corazón, húmeda la piel por el duro entrenamiento— Y tú eres un caballero muy honorable, ¿verdad, señor Corona?

—Eso intento... —Domingo tomó su mano y se llevó los dedos de Roy a la boca, lamiéndolos lentamente, sin apartar un segundo la mirada de sus ojos oscuros, continuando con sus labios hasta alcanzar su palma y lamerla despacio, dibujando cada línea con esmero, bajando más para raspar con sus dientes la cara interna de la muñeca antes de repararla con una lenta lamida desde allí hasta la piel sensible del interior del codo, robándole un suave jadeo de puro éxtasis— Aunque a veces las tentaciones son realmente difíciles de evitar, te visitan en los lugares menos esperados.

—Pobrecito mío... —Roy volvió a recorrer su torso con los dedos, pero esta vez sin sutilezas, yendo directamente a acariciar uno de aquellos hermosos y tentadores pezones que se endureció de inmediato a su contacto, poniéndole una sonrisa satisfecha y golosa en los labios antes de bajar por aquella verdadera tableta de chocolate de sus abdominales y más, tirando un poco de las cintas de su pantalón para soltarlo y colar la mano dentro, agarrándolo con firmeza— Si es que no tienen vergüenza esas horribles tentaciones para estar instigando a mi honorable Domingo—san a hacer cosas tan calientes y pecaminosas.

—Te deseo, Roy.

—Y yo te deseo a ti, Domingo.

—Ven.

A un lado de la sala había un delgado futón<sup>[64]</sup> que seguramente usaba para descansar tras el entrenamiento, pero que en esos momentos le venía como mano a un guante.

—Shhh, quietecito con las manos, grandote. Esta vez es mi turno.

—¿Quién dice?

—Lo digo yo, y como honorable *samurai*<sup>[65]</sup>, respetarás lo que mandan tus mayores, ¿o no?

—Bien, estimado sensei<sup>[66]</sup>, —¡Ufff! Sí que estaba impresionantemente deseable así, descalzo, y tan alto al estar Roy también descalzo, con aquel sexy pantalón de artes marciales, su piel bronceada aún húmeda por el esfuerzo, parado ante él con las manos unidas a la espalda, verdaderamente como una especie de soldado en posición de espera— estoy a tus órdenes entonces.

—De acuerdo. —Roy lo rodeó, apreciando la vista desde todos los ángulos hasta ubicarse nuevamente frente a él, acariciando su barbilla con el índice antes de deslizarlo justo por el centro de su torso y abdomen, colándolo bajo la pretina de su pantalón para tirar y soltar— Desnúdate.

Tal como si se tratara de una verdadera orden, Domingo terminó de soltar las cintas que sujetaban su *hakama*<sup>[67]</sup>, tomando Roy sus manos para que simplemente lo dejara caer, indicándole que volviera a unir las a su espalda, descendiendo él su ajustado bóxer negro, retirando ambas prendas para dejarlas a un lado, aprovechando esos segundos para recobrar el aliento perdido ante tan perfecta exhibición de belleza masculina en su máximo esplendor.

Perfectamente se habría podido pasar horas simplemente viéndolo, pero había pensado ya en varias cosas para hacer ese día que se iba a tomar libre, por lo que tras un par de minutos le indicó que se tumbara en el futón boca abajo, montándose a horcajadas sobre su cintura para magrear y besar su espalda, recorriendo con las manos sus fuertes brazos, tomándose el tiempo de lamer y morder suavemente sus orejas, disfrutando de la forma en que su respiración se aceleraba



notoriamente al contacto de su lengua y sus labios, poniéndolo a ronronear como ya había dicho, como un imponente tigre convertido en un mimoso gato grande.

—Mmmm, me gusta cómo sabes...

—Roy... te deseo mucho, nene...

—Ah, ¿sí?

—Demasiado... te quiero ahora mismo.

—¡Que muchacho más impaciente!

—Por favor...

—Aunque siempre bien educado, está bien... —Roy se alzó para permitirle darse la vuelta, volviendo a montarlo, esta vez sintiendo su dura verga rozarse con la suya— Mmmmm, sí que estás bien caliente, bonito.

—Tú me hacer hervir.

—Como debe ser, grandote, como me gusta que estés cuando vas a rendirme honores con ese monumento a la verga.

—¡Que lenguaje más sucio, pequeñín!

—Y lo mucho que a ti te gusta, niñito perverso.

—Sí, me fascina.

—Entonces voy a hacer algo... —Roy usó ambas manos para unir sus miembros y masturbarlos al unísono, lo que Domingo acompañó alzando las caderas para aumentar más aún la fricción, sintiendo aún más intenso el roce cuando Roy apoyaba las rodillas para hacer presión en contra, elevando aún más los grados de la fragua, moviéndose rítmicamente para liberar sus manos y agarrarse ahora de los hombros de Domingo para besarlos sin el menor recato— Mmmmmmmmmhlllllll, sí, nene, así, ¡más fuerte!

—Sí, Roy... mmmmmmmmmggghllllllllll.... muévete así... no pares....

—Sí, Dom.... así... más... másssss.....

—Mmmmmmmmmmmmmmm... ¡Dios! Extrañaba esto....

—Y yo.... Uffff, nene, no aguanto más....

—Mmmmmmmhllllllmmmmmm... —Domingo alzó las rodillas, creando una especie de respaldo hacia el cual empujó a Roy, agarrando él esta vez cada miembro en una mano, jalando y empujando fuerte, viéndolo a los ojos en el instante mismo en que cada cual se derramó sobre el pecho y el vientre del otro, gimiendo y jadeando, con apenas un hilo de voz, tomando sus manos y entrelazando sus dedos para sujetarlo y que no fuera a caer— mmmmmmmmmmmmmhllllllllll ... eso ha estado bien...

—Más... que bien, bonito...

—Y además trajiste el desayuno, pequeñín ... —Domingo se alzó y repasó con un dedo su propio torso, llevándose a la boca— Me gusta como sabes, Roy.

—Mira que al fin voy a poder probarte sin aditivos... —Roy tomó la mano de Domingo, haciendo que deslizara los dedos por su propio pecho antes de lamérselos uno por uno, lentamente, componiendo su mejor cara de póquer— Mmmm...

—¿Y qué tal?

—No estoy seguro... —sin previo aviso, se puso de pie, le separó las piernas y fue a probarlo directamente a la fuente, haciéndolo jadear por la potente sensación tras acabar de correrse— Huevos, leche y una magnífica y contundente salchicha, el mejor desayuno en cuanto a proteínas, ¡que rico!

—Pensé que no comías carne...

—Ningún animal resultó dañado en esta degustación... al menos ningún cuadrúpedo. Y el bípedo pareció disfrutarlo...

—Voy a pasarte ésta por alto por ahora, pequeñín, pero ya te la cobraré.

—Mientras levantes tu bonito culo de aquí y vayamos de una vez a vestirnos para comenzar tu día libre a la luz del sol, tal vez luego me sienta generoso para pagar...

—Ya veremos.

—Sí, nene, menos amenazas y más ponte en marcha, —Roy le arreó una sonora nalgada cuando Domingo recogía su ropa, corriendo escaleras arriba como alma que lleva el diablo entre risas— vaya que eres lento para ser... y tantos años menor.

—Nunca pensé que un caballero mayor pudiera correr tan rápido.

—Con que caballero mayor, ¿eh? —sin dar tregua, Roy volvió a acercarse, esta vez toalla en mano, la que enrolló y le soltó un fuerte y certero azote en pleno trasero— Te voy a dar yo tu merecido, mocososo insolente.

—¡Para ya! Te voy a agarrar y te voy a... ¡mierda!

—¿Quieres más, grandote? —Sorprendido de si mismo, le había acertado tres veces más al hilo a sus lindas y ahora rosadas nalgas— ¿No que muy amenazador? Te dije que unos tonos de rojo le vendrían maravillosos a esas lindas mejillas...

—Te voy a agarrar y te voy a... ¡diablos, Roy! Esa mierda duele, ¿sabes?

—¡Ja! Claro que lo sé, el idiota de mi hermano me lo hacía todo el tiempo y eso que es el menor, aunque al igual que tú, se aprovecha de ser más alto.

—Pobre mío, ¿cómo abusan de un chiquitín tan adorable?!

—¡Ya basta! Lo de pequeñín te lo paso y en privado, pero “chiquitín” es absolutamente denigrante.

—¿No te gusta dar toallazos, CHIQUITÍN? Ahora aguanta...

—No, aguanta tú...

—¡Auuuuuuuu! ¡Roy!

—Jajajajaja, ¡creo que al fin encontré mi deporte! Cacería de tiburones a toallazos...

—No seas malvado y mejor dame un beso.

—Como si no supiera yo que eso es una trampa.

—Tienes dos opciones: confiar en mí y que te dé el beso que he aguardado ansioso estas dos semanas, o no confiar, seguir con lo de la toalla y, cuando te atrape, te voy a dejar ese lindo culito como manzana acaramelada.

—Bien, bien, bien, creo que optaré por la uno, pero por si las dudas dejaré mi arma a mano.

—Ven.

—Sí.

Roy aún llevaba la bata abierta. Domingo se inclinó un poco para verlo a los ojos, tomando su rostro entre sus grandes y afectuosas manos, acariciando con los pulgares sus mejillas y con las yemas de sus dedos rozando la piel de pelo cortísimo en su nuca.

¡Dios! Esa mirada... No pudo evitar morderse el labio inferior a la expectativa, detalle que no se le escapó a Domingo, regalándolo con una pícaro sonrisa torcida antes de que fueran sus labios los que se adueñaran del suyo, dándole pequeños besos de una comisura a la otra, arriba y abajo, llevando las manos para rodear ahora su cuello antes de recorrer el mismo camino con la punta de su lengua hasta que Roy no pudo resistirse más y fue a su encuentro.

Abrazó a Domingo por el cuello en un intento de tenerlo más cerca y poder profundizar el beso, a lo que él respondió sonriendo otra vez contra su boca y tomándolo por la cintura para

levantarlo, rodeándolo Roy con sus piernas. Entonces sí que se tuvieron del todo al alcance.

Domingo atrapó suavemente la lengua de Roy entre sus labios, succionando despacio, rozándola con la suya de forma tan ligera que desbordó su ansiedad, yendo a por sus labios para morderlos y lamerlos ya sin reservas.

Asegurándose de sujetarlo firmemente con un brazo, con la otra mano terminó de quitarle la bata sin dejar ni por un instante su boca.

Domingo llevó a Roy hasta el baño de la habitación principal y bajó con él a una imponente tina escalonada en semicírculo, dispuesta de tal forma contra el muro que podía simular una cascada, accionando el botón que encendía el dispensador superior de agua, que cayó tibia y gentilmente sobre ambos.

—Mmghhhhhhhhh...

Roy gruñó descontento cuando Domingo se separó de sus labios, sin embargo la sensación de sus dientes y su lengua recorriendo hambrientos su mandíbula fue feroz, apretándolo más entre sus piernas, ansioso de sentirlo por todo su cuerpo, volviendo a emitir un quejido disconforme cuando él lo hizo descender y apoyar los pies en el suelo de la tina, haciéndolo girarse y darle la espalda, apoyando las manos en la pared para no caer.

Iba a hacerlo saber de su fastidio con alguna frase irónica cuando escuchó el inconfundible sonido ya de Domingo abriendo el sobre del preservativo con los dientes antes de descender lamiendo la línea de su columna de forma tan exquisita que apenas pudo evitar que sus rodillas colapsaran, separando sin disimulo sus nalgas para repararlo profundamente con la lengua, haciéndolo temblar, repitiendo aquello varias veces, cada una más profunda e intensa antes de sentir cómo se alzaba contra su cuerpo, sujetando una de sus piernas por la rodilla para levantarla y hacer que apoyara ese pie en el escalón superior antes de inclinarse lo suficiente para penetrarlo limpiamente, de un solo movimiento.

—Ahhhhhhhhhh....

—¿Todo bien, pequeñín?

—Sí, mmmmmmmggghhhhhhhhh.... ¡Más que bien!

—Te dije que confiaras en mí, ¿ves?

—El beso estuvo genial... ambos besos...

—Me alegra saber que te hayan gustado. —despacio, comenzó a moverse desde abajo hacia arriba y de regreso, adentro y afuera, repartiendo más besos por los hombros y el cuello de Roy, incrementando el placer de sus lentas estocadas al tiempo que la tina iba llenándose de agua— No podía dejar de pensar en tenerte pronto conmigo para poder besarte entero.

—Mmmmmmmm, niño, esa boquita tuya... me vuelve del revés...

—¿Del revés? Buena idea...

Ya con suficiente agua en la tina, salió por un segundo para voltear a Roy y sentarlo sobre el primer peldaño que quedaba bajo el agua, apoyando él su mano en el azulejo para protegerlo de la esquina, sujetando con la otra uno de sus tobillos para alzarlo hasta apoyarlo en su hombro antes de volver a clavarse a tope, arrancándole un delicioso gemido que atrapó contra sus labios, besándolo nuevamente.

—Mmmmmmmmmmm, nene, creo que puedo sentirte revolviendo mis pensamientos...

—Jajajaja.... Mmmhhhhhhhh... ¡que... exagerado eres, pequeñín!

—Me da igual... déjame en coma si quieres, pero clávame tu ariete hasta hacerme trizas... así, ¡Dios! Que gusto...

—Mmmmmhhhhhhhhhh.... Estás tan suave.... Tan exquisitamente apretado...

—Más.... Dom.... Sí, así... mmmmmmgggghhhhhhh....

— Sí.... así...

—Siento que estás... a punto....

—Mmmmmmmmmmmmmmmmgggghhhhhhhhh....

—¡Córrete, nene!

—Mmmmmmmhhhhhhh Roy.... Ggghhhhhhhhhhh....

—Así, —intencionalmente Roy lo exprimió con fuerza, sujetándolo para que no perdiera el equilibrio, soltándolo suavemente para que se deslizara dentro del agua, reteniéndolo por debajo de sus brazos, disfrutando de su expresión extasiada— eso es...

—Mmmmmmmhhhhhh....

—Que chico tan bueno... —Roy lo tomó por la barbilla y lo acercó más, masturbándose con su otra mano, haciendo que Domingo, aún en éxtasis, lo rozara con sus labios antes de entrar— mmmmmmmmmhhhhhhhh, esa boquita.... Así, Dom... me vuelve loco follarte la boca...

—Mmmmmmmmmmmmmmm....

—Ufffff, cariño... —Domingo había abierto los ojos y lo veía de forma tan ardiente y ansiosa que estuvo a punto de incendiarlo, sabiendo lo que quería— ¿seguro?

La forma en que lo succionó mientras le sonreía no dejaba duda de su consentimiento.

—De acuerdo, relaja tu cuello y déjame hacerlo, solo no dejes de respirar por tu nariz, ¿sí?

Nuevamente el escalofrío que le produjo su mirada hirviendo no daba pie a entender otra cosa, tomándolo Roy por los costados de su rostro para ayudarlo a encontrar la posición correcta antes de empujar con sus caderas y entrar lento, pero a fondo, hasta sentir su pubis contra aquellos maravillosos labios, aguantando unos pocos segundos allí para ayudarlo a adaptarse antes de salir despacio, sin hacer movimientos bruscos para los que Domingo aún no estaba preparado, pero fue él quien lo retuvo, se abrazó a su cintura y esta vez hizo que volviera a clavarse en su garganta.

—Mmmmmmmmmmmmmmmhhhhhhhhhh.... despacio, nene... no quiero que te vayas a hacer daño y... ¡Dios! Mmmmmmgggghhhhhhhhh....

Solo hizo falta una estocada más y Roy no pudo resistir ante el placer no solo físico, sino el estímulo de sentir como su verga había conquistado aquel rincón inexplorado del cuerpo de su hermosísimo Domingo, marcándolo al derramarse profundamente en él, obligándose a reaccionar y retirarse con cuidado para dejarlo respirar libremente, deslizándose también dentro del agua para apoderarse de su boca con pasión.

## Capítulo 20

—Creo que esta casa cada vez me gusta más contigo aquí.

—Nene...

—¿Sí, pequeñín?

—¿Sabes que estás loco?

—¿Por ti? Sí, ya me di cuenta...

—Tienes que tener más cuidado, niño. —Domingo lo había abrazado y se había volteado con él en el agua, dejándolo a Roy sobre su cuerpo, quien se acomodó para besar su frente y acariciarle el pelo mojado— No quiero que te vayas a lastimar por ansioso.

—Estoy perfectamente bien contigo junto a mí.

—Y yo estoy en la gloria, más después de lo que hiciste, pero que sepas que no tienes que sentirte obligado a intentar cosas impulsivas solo para agradarme.

—Yo quería hacerlo... y fue increíble. Sentirte a fondo, como latías antes de acabar... tu calor justo en mi garganta...

—Vale, está bien, pero prométeme que serás sensato, por favor.

—Soy yo quien quiere saber ahora por qué eres tan bueno conmigo...

—No sé de qué hablas. Soy el mismo cascarrabias amargo de siempre.

—Mentiroso. Mientes igual que la primera vez, cuando dijiste que no pensabas en mí, salvo al imponerte “groseramente” mi presencia.

—Tu presencia actualmente no me disgusta... tanto.

—Mmmm...

—Ok, está bien... no lo sé, Domingo. Tú me haces sentir cosas raras que no conocía de mí. Podría intentar explicarlas, pero ni yo las comprendo y no quiero hacerme un lío.

—Pero cuando sepas, ¿me dirás?

—Todo depende. Justo ahora estás arruinando mis planes con todo tu cuento sexual, lo que no te suma puntos...

—Ah, sí, claro. ¡Pobre pequeñín! Que malo Domingo que no para de darle molestias... Jajajaja, veremos si te gustaría que me pasase el día comportándome como todo un puritano contigo.

—Bien, estamos en Nueva York, así que no nos vendrá mal que te gobiernes un poco estando en público para que no toda la costa este se entere que Bianca y Corona se traen algo...

—Y si se enteraran, ¿qué?

—Acordamos ser discretos...

—Es cierto, pero acepté esos términos cuando pensé que podía guardar la compostura contigo... ahora, revisando esa decisión y atendiendo a los hechos, no sé si logre parecer indiferente.

—¿Quieres que lo hagamos público entonces?

—Mmmm... —algo en su mirada divertida de un momento atrás, súbitamente había cambiado  
— Aún no.

—Entonces vas a tener que saber disimular delante del resto.

—Es desagradable e inconveniente, y quiero que sepas que no me apetece, pero sí es lo más sensato que aún no lo contemos.

—Bien, —¿Qué acababa de pasar? No lo sabía, pero en un rinconcito muy oscuro de su mente, una pequeñísima chispa había sembrado una sensación que en esos momentos era demasiado vaga para definirla— como te dije, será mejor evitar los comentarios.

—Entonces vamos ya a vestirnos, ¿sí, pequeñín?

—Sí, vamos.

La primera parada del día, que realmente había comenzado más bien cerca de las tres de la tarde, fue comprar unos sandwiches para almorzar e ir a comerlos al Bryant Park<sup>[68]</sup>.

Roy había preparado su bolso, normalmente traicionero, con una manta y algunas otras cosas que necesitarían, por lo que se apropiaron de unos metros cuadrados para extenderla y tumbarse cómodamente, disfrutando de observar a la concurrencia y de soltar Roy crudas observaciones al estilo Bianca, haciéndolo reír tanto que en un momento sintió subir por su nariz la gaseosa que estaba bebiendo, lo que hizo que la pérfida Bianca volcara toda su comedia más ácida en él y en los chicos guapos y musculosos, pero invertebradamente estúpidos que no podían beber y pensar a la vez.

De ahí, y antes de que refrescara, tomaron el metro hasta llegar a Coney Island<sup>[69]</sup>, aprovechando que era la primera semana por cambio de estación en la que abrían todos los días, partiendo por dar un pequeño paseo por la playa antes de subir a la montaña rusa de madera del Luna Park y acabar en la clásica rueda de la fortuna, a la que Roy subió con cierta reticencia, muy acertada por cierto, ya que al verlo aferrarse a la barra del carrito ante un movimiento involuntario, Domingo hizo pérfidamente que se balanceara más, al punto que Roy debió aferrarse a él para no ponerse a gritar asustado y que dejara de moverse, aprovechando el punto superior del recorrido para robarle un beso veloz mientras nadie podía verlos.

Justo antes de que el sol se pusiera, llegaron al observatorio superior del Empire State<sup>[70]</sup> para ver el atardecer. Como era lunes, hacía bastante frío, y el precio era mayor a esa altura, estaban prácticamente a solas, salvo por un par de grupos de turistas, uno de japoneses y el otro de alemanes, que no le prestaron mayor atención a la pareja que se abrazaba en una esquina mientras el sol se perdía en el horizonte al tiempo que las luces de la ciudad titilaban alegremente.

En el instante mismo en que el último cachito anaranjado se hundió a lo lejos, Domingo lo tomó por la barbilla y le dio un suave y romántico beso antes de volver a estrecharlo contra su pecho para refugiarlo del viento, apagando Roy el sonido de un suspiro escondido justo sobre su corazón.

Domingo lo había quedado mirando durante el trayecto en el metro, alzando exageradamente una ceja, pero Roy no había soltado prenda respecto a la intempestiva fuga que había protagonizado por eternos diez minutos mientras él lo esperaba junto al andén, sujetando alegremente su bolso al regreso. Algo se traía el pequeñín y buscaría el modo de averiguarlo, pero antes de eso, ya estaban necesitando tomar un refrigerio...

Como de costumbre, Roy exageró en la cantidad y variedad de cannolis<sup>[71]</sup> que compraron en la pastelería más famosa de Little Italy<sup>[72]</sup>, pero una vez más Domingo lo sorprendió engullendo como niño en una dulcería hasta la última migaja mientras veían pasar a la gente que se tomaba fotos con actores disfrazados de diversos personajes populares de las historietas y algunas

réplicas humanas de la Estatua de la Libertad, sentados en las escaleras rojas de Time Square<sup>[73]</sup>, escondiendo a la vista de los curiosos sus manos tomadas dentro del amplio bolsillo de la chaqueta de Dom, en especial porque estaban bastante cerca de la zona del club.

—Que bueno que practicas artes marciales, o si no estarías igual de redondo que el tapón de tu linda bañera, Corona.

—Sí, bueno, yo creo que gracias al deporte que estamos haciendo juntos a la señorita Bianca le seguirán haciendo falta esponjas para rellenar ese trasero prominente, porque también te has estado llenando el buche a conciencia, nene.

—¡Cuanta insolencia!

—Vámonos a casa y castígame.

—Imposible, aún nos queda una parada antes de ir a encuevarnos y no fue barato el *groupon*<sup>[74]</sup> que usé para pagarla, así que mueve el culo y vamos, tenemos que llegar antes de las diez.

—Vale, pero en vistas de eso, yo seré quien cobre esta noche, ¿te queda claro, pequeñín?

—Eso está por verse, Capone<sup>[75]</sup>, ¡ahora arrea!

Tras unos diez minutos en taxi llegaron a un estudio de pintura en un viejo edificio de ladrillos cerca de la antigua Casa de Aduana, edificio en el que habían simulado que estaba el museo de Arte de Nueva York en Los Cazafantasmas II.

—Muy bien, chicos, hoy vamos a degustar una buena selección de vinos tintos y a pintar un bello ramo de rosas, ¿qué les parece?

Una chica con bastante pinta de hippie les entregó una tela a cada uno de los presentes, unas veinte personas, y una foto de un ramo de rosas, recorriendo el salón para dar consejos sobre técnica al pintar con acrílicos y, por supuesto y muy importante, ir sirviendo el vino.

—Creo que definitivamente soy de ciencias, nene. Esto me está quedando fatal...

—No te desanimes, niño. —las rosas blanco cremoso con orilla carmesí que estaba pintando Roy estaban simplemente hermosas— Todo ese talento que tienes para el *aikido* y para los negocios, trata de volcarlo en pequeños detalles al pintar. Observa la foto y fíjate en los contornos de los pétalos, trata de copiar su delicadeza y movimiento.

—Si no te importa, prefiero verte y escucharte a ti mientras bebo este vino. Estás super guapo, todo concentrado y motivado con los colores... si las rosas de la foto son solo rojas, ¿por qué elegiste esos tonos que les estás dando?

—Tengo debilidad por ellas.

—Pues luce como que son importantes para ti, por lo tanto, quiero saber los detalles.

—Es una tontería...

—Cuéntame, ¿sí?

—Está bien, solo para que dejes de incordiar. Creo que el vino se te está subiendo un poco a la cabeza, señor Corona.

—Puede ser el vino... o que me embriaga mirarte y escuchar tus historias.

—Hace muchos años, incluso antes de hacer drag, comencé a confeccionar vestuario para las obras escolares y luego para el ballet y la ópera en Nueva Orleans. Mi entorno me animó a participar en un concurso con los trajes de una de las producciones en las que estaba trabajando, ganando inesperadamente en seis de las categorías...

—A mí no me parece algo inesperado. Sé que tú has elaborado por largo tiempo tu vestuario, salvo excepciones, y creo que hacer de Bianca es solo uno de tus muchos extraordinarios talentos, Roy.

—Trabajé tanto y tan duro en esa producción, que el día del concurso mis manos estaban hechas un desastre, apenas podía sentir las, al punto que no me di cuenta cuando las espinas del ramo de rosas color crema que me dieron junto con los premios se me clavaron, y al tocar sus pétalos, los bordes se mancharon de rojo.

—¡Dios, nene! —instintivamente Domingo le quitó el pincel y la paleta de las manos y los dejó a un lado para besárselas dedo por dedo, como si aún estuvieran heridas y que sus besos pudieran curarlas— Es una historia hermosa, pero muy fuerte a la vez. Si estuviera en mis posibilidades, nuca dejaría que sufras, Roy.

—Domingo...

—¿Te parece bien si nos vamos?

—Sí, vamos.

Domingo dejó una tarjeta personal suya a la chica hippie para que le enviara a su dirección la pintura de Roy y pidió un taxi que los llevó hasta la puerta de su casa.

Durante el trayecto no había dejado un momento de abrazarlo y acariciarlo. Realmente odiaba tener esa clase de arranques de vulnerabilidad, pero por suerte, si tenía que suceder, con quien menos lamentaba que pasara era con Domingo. No sabía cómo, o por qué, pero sentía de algún modo inexplicable que a ese hombre podía confiarle su vida.

—Lo siento, Dom, estaba siendo un día espectacular a tu lado...

—Éste no ha parado un segundo de ser un día espectacular, nene. Estoy con el chico que me fascina, que me obligó a darme la primera jornada de asueto que me tomo en años, nos divertimos, comimos como unos verdaderos ogros, nos acurrucamos por allí algunas veces para mimarnos y ahora te voy a llevar a la cama y te voy a besar de pies a cabeza, pero si te sigues preocupando y no sonríes ahora mismo para mostrarme esos hoyuelos que me vuelan la cabeza, te juro que voy a aplicar tu técnica de las cosquillas y yo sí que no tendré compasión hasta hacer que te mees hasta los zapatos a carcajadas, pequeñín.

—¡No te atrevas!

—Enfréntame, lindo chiquitín, anda.

—¡No me llames chiquitín, pedazo de burro! Y no me refiero a tu vergota.

—Chuiquitñin, chiquitín, ¡CHUIQUITÍN!

—Ahora verás...

¡Dios! Habría aguantado con gusto que le dejara el trasero en carne viva con su maléfica toalla con tal de volver a verlo sonreír así, pero en vez de eso lo había acorralado astutamente hasta hacerlo tropezar de espaldas con el sofá y caer en él, echándose encima para hacerle cosquillas. Por supuesto Roy pesaba por lo menos veinte kilos menos que él, por lo que tenerlo sobre su cuerpo, más que un agobio, era todo un deleite, sabiendo que bastaría con atrapar sus manos para reclamar la victoria en esa contienda, pero lucía tan divertido y complacido de tenerlo cazado, que decidió seguirle un poco más el juego, al menos hasta que tantas cosquillas no lo llevaran de verdad a desesperarse.

—Jajajaja, vale, ¡me rindo!

—No hasta que jures que no volverás a llamarme chiquitín.

—Jajajaja... ¡no!

—Hazlo, Corona, o te prometo que te haré suplicar.

—Jajajajajajajaja ¡ufffff! Que... ¡no!

—Domingo, —con el mismo acto de hacerle cosquillas por un solo costado, lo hizo alzarse y quedar apoyado contra el respaldo del sofá, de rodillas sobre el asiento— última oportunidad.



—Jajajaja... ¡nunca, chiquitín!

—Recuerda que tú así lo quisiste y ahora te voy a dar tu castigo...

## Capítulo 21

—¿Y quién dice que voy a aceptar eso másamente?

—Lo digo yo, y tú vas a estarte muy quietecito ahí, como acabo de dejarte... No, miento, no así, —Roy se acercó, dándole palmadas en las manos cuando trató de agarrarlo, ubicándose por detrás de Domingo para abrazarlo por la cintura y desabrochar sus jeans, bajándoselos junto con el bóxer todo lo que aquella posición permitía— así está mejor.

—¡Ey! Al menos antes invítame un café o algo, ¿no?

—¡Ja! Muy gracioso, nene. ¿No querías saber a qué había ido cuando te dejé en el metro? Ahora verás... te compré un pequeño regalo. Bueno, pequeño, no tan pequeño, mediano, más grande... y así.

—¿Qué clase de regalo es ese?

—Espera y verás... —roy sacó de su bolso un paquete semejante al que contendría una linterna de emergencias, pero lo que emergió del envoltorio sin duda no producía luces— ¿Sabes lo que es?

—No había visto uno así, —Roy sostenía en su mano un gancho de silicona negro al que se adhería una bola bastante prominente, seguida hacia abajo de varias más, cada una más pequeña que la anterior hasta llegar a la de la punta, semejante a una canica, pero con un ángulo curvo— pero es un dilatador, ¿cierto?

—Precisamente. El modelo más nuevo, cómodo y travieso... eso decía el anuncio.

—¿Entonces hoy...?

—Depende cómo nos vaya con esto. Ya te lo he dicho, no quiero que te apresures, ni mucho menos que te vayas a lastimar por ansioso.

—No sé qué tanto pueda cooperar en eso. La sola idea de lo que implica tu regalo ya me tiene por las cuerdas...

—Por lo mismo, nene. En este asunto yo estoy al mando y harás caso. Si me doy cuenta que no piensas con la cabeza... de arriba, también traje otra cosa.

—¿Qué sería...?

—Éstas... —Roy tenía colgando de su índice un par de esposas forradas en peluche rosa con manchas simulando la piel de un dalmata, el juguete sexual más feo y cursi inventado por el hombre— Así que ya sabes.

—Eso es prácticamente denigrante.

—Tú lo has dicho, así que si no quieres usar los brazaletes de la vergüenza, te portarás bien, ¿estamos de acuerdo?

—Lo que tú digas, B. No me haré el experto en un campo que simplemente no conozco, salvo como ya te dije, por alguna leve estimulación.

—Perfecto... —Roy se inclinó y besó su cuello y sus orejas antes de susurrarle en un tono profundo y grave, que lo hizo temblar a la expectativa de lo que venía— me calienta demasiado pensar que seré el primero en probar ese trasero tan guapo de macho alfa y voy a jugarme entero por hacerte gozarlo, niño.



¿Lo rico que se siente?

— Sí...

— Y será aún mejor, lo prometo, solo relájate, nene. Ahora usaré mis dedos y luego probaremos con el dilatador. Por favor, si sientes cualquier molestia, dímelo, solo hará falta más estimulación y lubricación, no vayas a callártelo pensando que si me dices algo me vaya a arrepentir, confía en mí.

— Confío en ti, Roy.

Sin dejar de acariciarlo con una mano, con el índice de la otra fue aplicando bastante lubricante antes de hacer más presión, sintiéndolo tensarse cuando al fin su dedo había cruzado el umbral, manteniéndose quieto y susurrándole dulces palabras en un tono profundo y sensual, aguardando a que se sintiera cómodo para continuar, lo que no tardó en suceder, comenzando a mover lentamente su dedo de forma circular primero antes de empujar y retroceder rítmicamente, esperando el momento apropiado para entrar hasta hallar aquella pequeña y rugosa nuez que lo haría experimentar todo un universo nuevo de placer.

—¡Dios, Roy! Mmmmmmmhshhhhhh... ¿Eso es...?

—Claro que lo es, cariño... ¿Te gusta?

—¡Wow! Es... intenso.

—Voy a usar otro dedo, ¿sí?

—Sí...

Roy usó más lubricante para volver a entrar con dos dedos esta vez, notando como poco a poco la rigidez iba cediendo, reemplazada por la excitación, disfrutando al máximo la forma en que Domingo reaccionaba a sus caricias, jadeando de anticipación y deseo cada vez que aflojaba la presión y gimiendo de gusto cuando volvía a masajear diestramente esa zona.

—Creo que mi niño bonito está disfrutando esto, ¿cierto?

—Mmmmmmmmmmm... mucho...

—Ya es tiempo de invitar a este amiguito... —Roy tomó el dilatador e iba a aplicarle lubricante cuando Domingo le cogió la mano con el juguete para detenerlo— ¿No quieres, nene?

—Sí, pero... llámame tonto, no sé, pero quisiera que fuéramos a la cama...

—¿Tonto? —¡Dios! No era tonto, sino inesperadamente romántico. Domingo quería que estuvieran en su cama para aquel momento que sin duda era importante— Me parece encantador, niño. Te llevaría en mis brazos como haces tú, pero...

—Ni lo pienses, pequeñín. Me muerdo porque me folles, pero no me sentiría yo mismo si además me cargas.

—¡Gracias a Dios! Además de que no creo dar esa talla, herniarme una vértebra no sería nada erótico.

—Vamos.

Roy tomó los implementos necesarios y aceptó la mano que Domingo le tendía, entrelazando sus dedos antes de subir hasta el dormitorio.

—Quiero tener el suficiente espacio para poder acariciarte, Dom, así que si te apoyaras boca abajo con las rodillas sobre la cama... eso, así es precisamente, nene.

—Solo una cosa...

—Dime.

—Cuando vayas a hacerlo, quiero poder verte.

—¿Verme follándote dices?

—Eso me gusta, pero lo que quiero es poder verte a ti... ver tus ojos... —entonces él esquivó

su mirada con las mejillas encendidas, mordiéndose los labios para intentar no decir más— Lo siento si estoy siendo un incordio, pero...

—¡Basta, Domingo! —Roy lo hizo sentarse en la cama y se acomodó sobre su regazo, abrazándolo y besándolo repetidas veces, haciendo que lo viera a los ojos— No eres un incordio, ni un tonto, ni nada de eso. Es tan simple y tan dulce lo que me estás pidiendo que estoy a punto de derretirme de ternura, y créeme que es algo que yo no suelo hacer. Quieres una conexión real y no simplemente sexo de mete y saca y eso es lógico, cariño. Es tu primera vez en esto y yo también quiero que sea especial, no vuelvas a sentirte avergonzado por eso.

—Roy...

—Anda, niño, bésame, ¿sí?

Domingo le sonrió y lo besó sin dejar de abrazarlo, llenándolo de una sensación de alegría al verlo contento que pese a todo su humor, no le era familiar antes, pero que a cada segundo al lado de su señor Corona lo envolvía más. Y aunque al principio había tratado de evitar sentirla, no estaba teniendo reparos, ni solicitando su permiso para extenderse y ocupar todo el espacio de su pecho.

—Bien, nene, acomódate, vamos a hacer esto y a hacerlo bien, porque si te soy sincero, ya no me aguanto las ganas que te tengo.

—Ni yo.

Las primeras dos bolas del dilatador entraron sin ningún problema, incluso la tercera con solo un poquito de presión, justo la cantidad necesaria para alcanzar nuevamente su próstata con el juguete, presionando el encendido para que comenzara a vibrar muy suavemente, estimulándolo a relajarse.

—Mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmhhhhhhhhhhhh...

—Eso, bonito, disfrútalo y relájate.

—Roy... por favor...

—Ya casi, chico, —subiendo un par de niveles la vibración, aplicó más lubricante y presionó lentamente, colando despacio el juguete hasta el mango, dándole un momento para adaptarse al tamaño— ya está todo en este lindo trasero.

—Hhhmmmmmmmmmm... nene...

—Tranquilo, guapo, —girando despacio el juguete desde el gancho, fue sacándolo y volviendo a meterlo, aplicando cada vez algo más de lubricante hasta que estuvo listo para recibirlo, haciendo que un escalofrío de pura excitación ante el momento lo recorriera de pies a cabeza— ya estás, dame un segundo.

Roy abrió y desenrolló un condón sobre su hinchado miembro, ávido ante lo que le esperaba, retirando con cuidado el dilatador antes de que Domingo se tumbara boca arriba al borde de la cama, separando las piernas y tendiéndole las manos a Roy para que lo abrazara.

—Domingo, —lo besó nuevamente, sintiéndolo temblar mezcla de ansiedad y deseo— ¿estás seguro de esto?

—Completamente, Roy.

—Entonces hagámoslo...

Aplicando más lubricante, se acomodó rozando con la punta su entrada, usando una mano como guía y entrelazando los dedos de la otra con los de Domingo para darle confianza, pero sobre todo para demostrarle su afecto y lo importante que era también para él ese momento.

Poco a poco fue presionando más, sintiendo como toda aquella previa daba frutos a medida que conseguía avanzar, reclinándose para seguir besando y lamiendo sinuosamente la garganta de

domingo, haciéndolo que apoyara un pie en el borde de la cama para facilitar la entrada, hasta que en un momento en el que deslizaba los dientes por su cuello, simplemente el glande traspasó toda resistencia.

Se alzó para preguntarle si estaba bien y lo encontró con los ojos cerrados y un músculo tenso marcando más la varonil cuadratura de su mandíbula, deteniendo por un segundo su corazón.

—No te asustes, nene, —Domingo abrió los ojos y lo miró de forma tan... ¡Dios! No sabía si no podía definir con sus propias palabras aquella mirada porque temía entenderla y aceptarla o porque deseaba con todas sus fuerzas no equivocarse y creérselo— no quiero que se me olvide esta sensación...

—Pero, ¿estás bien?

—No te mentaré, duele un poco, pero a la vez es... —Domingo solo suspiró y le sonrió— Por favor, más. Te quiero completo dentro de mí.

—Sí.

Esta vez lentamente, pero sin pausa fue empujando hasta sentir como sus testículos chocaban con aquel culo firme y varonil que tanto le gustaba, llevando la mano que mantenía libre a acariciar el costado de una de sus nalgas, colando los dedos por debajo para comprobar no solo con la sensación de su verga siendo afectuosamente estrujada hasta la raíz, sino con el tacto que en verdad acababa de ser él quien había poseído a Domingo.

—¿Aún te duele?

—Apenas...

—Reconozco que te salvaste de los brazaletes de la vergüenza. Me alegra ver que hayas podido ser paciente y juicioso.

—¿Vas a darme una lección de prevención de riesgos ahora, pequeñín? Tengo tu verga metida a tope y lo que quiero es que me folles, no que te portes como mi abuela, Roy.

—Ah, ¿sí? —Roy se deslizó unos centímetros hacia fuera y volvió a clavarlo a fondo de un solo golpe de cadera— ¿Qué tal eso?

—Mmmmmmmh... curioso... interesante... ¡otra vez!

—Mira tú con el señor Corona... bien, chico, veamos, —esta vez volvió a retroceder, pero hasta salir casi del todo, volviendo a hundirse a tope, sintiendo él mismo un enorme deleite al frotar su miembro de ida y vuelta en aquella estrecha funda—¿qué tal?

—Bien... muy bien...

—Espero que esto te guste, niño, —ya completamente adaptado a él, comenzó a entrar y salir rítmicamente, reclinándose ahora sí completamente sobre domingo, empujándolo para que se subiera bien a la cama para poder penetrarlo en el ángulo correcto en el que sabía que conseguiría hacer realidad sus palabras— porque aquí dentro se está demasiado bien y estoy seguro que querré repetirlo.

—Hhhhhhhmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm, —él lo miraba con sus ojos dorados llenos de sorpresa y evidente placer, poniendo una sonrisa arrogante en sus labios, mientras que de los de Domingo no paraban de escapar exquisitos gemidos— ¿Qué estás haciéndome, Roy?

—Esto es lo mismo que siempre me haces, ¿ves por qué me fascina?

—Mmmmmmmggghhhhhhhhhhhhhh...

—Así, bonito, eso es... quiero que lo disfrutes.

—Mmmhhhhhhhhhhmmmm...

—¡Dios! Sí que estás apretado, guapo... no sé si resista mucho...

—Quiero... mmmmmmmmmh... sentirte corriéndote...

—Uffffff, ¡sí! Pero tú vienes conmigo...

Sin desenlazar nunca su mano con la de Domingo, quien se había alzado lo que pudo con su codo para ver, Roy coló la otra entre sus cuerpos, acomodándola de tal forma de masturbarlo enérgicamente al tiempo que se hundía una y otra vez, redoblando la intensidad del placer, buscando los labios de Domingo con los suyos en el instante en que sabía que ambos llegarían al climax.

—Royyyyyyyyyyy mmmmmmmhshhhhhhhhh.....

—Ahora, nene.... Mmmmmmmmmmm sí, Dom.....

Domingo se dejó caer sobre la cama, apoyando ambos pies a los costados de Roy para que empujara aún más, arqueándose y sujetándolo por el cuello, atrayéndolo para besarlo en el momento mismo en que sintió los latidos y el intenso calor tanto en su verga como en su interior, aprisionando el miembro aún más hinchado hasta exprimir la última gota de leche de sus huevos, apenas notando que la propia se derramaba por su pecho e incluso el de Roy, que quedó absolutamente rendido sobre él.

—Gracias, Roy. —Casi a regañadientes soltó al fin su mano, pero tan solo para acomodarlo bien sobre su cuerpo para poder besarlo—Ha sido muy lindo y especial.

—No me las des, Domingo, —¡Dios! Esos ojazos adormilados viéndolo... nunca se había mentido a si mismo, y aunque su mente había intentado hasta el último lograrlo, tampoco iba a comenzar ahora que el corazón se lo gritaba sin cesar. Estaba totalmente perdido, enamorado hasta los huesos de su dulce señor Corona— fue todo un placer.

## Capítulo 22

—Mmmmmhhmmmmmm... —¿Acaso podía estar aún más en las nubes que encima, abrazado y acariciado por aquel enorme y perfecto muñeco de felpa que le ponía una sonrisa estúpida en los labios?— Que cómodo se está así...

—Eso sí ha estado bien, pequeñín...

—Mmm, sí, bueno...

—¡Oye! Ten más respeto. Aún te tengo dentro.

—Jajajaja, está bien, mocososo petulante... —Roy sujetó el borde del condón y se deslizó fuera para poder quitárselo, atándolo y arrojándolo a un lado, obviamente gracias a su pésima puntería yendo a dar junto con las gafas ópticas de Domingo dentro de la cartuchera sobre la mesa de noche, antes de volver a tumbarse en la misma posición que estaba— Estuvo increíble. Me daba la impresión que me gustaría, pero gustar se queda corto.

—También me gustó mucho, nene.

—¿Y ahora? ¿Quieres cambiar papeles? Tendré que dar vuelta la cama para poder darte vuelta a ti, ¿o qué?

—Me ha encantado. Tienes una recia y confiable herramienta, pequeñín, sin embargo no voy a abandonar la dicha de partirte ese lindo culito, me gusta demasiado... creo que debemos negociar un porcentaje.

—¿Y lo justo no sería el cincuenta y cincuenta?

—Por temporadas, puede ser, pero creo que más realista sería un setenta—treinta...

—Supongo que el setenta es tú activo y yo pasivo, como se dice, ¿no?

—¿Te suena bien?

—Me suena a coro celestial, niño. ¿Dónde firmo?

Domingo tomó su mano e iba a señalar directo a su corazón, estaba tan seguro que el suyo propio estaba a punto de escapar de su pecho de la forma en que latía cuando lo vio palidecer al sonar su celular a esa hora, habiéndolo dejado activo solo para llamadas desde Miami.

—¿Alo? Sí, soy Domingo Corona...

¡Mierda! Algo no andaba bien, porque Domingo se había parado de la cama y claramente parecía estar buscando su ropa, sin recordar que había quedado regada abajo, en la sala, indicándole por señas que bajaría él a traérsela, a lo que apenas había prestado atención.

Al volver él ya había cortado la llamada y buscaba con dedos nerviosos algo en su celular.

—¿Todo bien, Dom?

—Sí... no... —Domingo se detuvo un momento, pasándose una mano por la frente con gesto apesadumbrado mientras seguía pasando páginas de internet con su pulgar— Tendré que viajar mañana temprano a Miami.

—¿Estás buscando un vuelo?

—Sí, es solo que esta cosa parece no funcionar como se debe y...

—Dámelo, —Roy le cogió el teléfono de las manos y buscó él mismo en su página usual los vuelos desde Nueva York a Miami disponibles al día siguiente— ¿a qué hora quieres partir?



—Lo más temprano posible.

—Todo está copado hasta las ocho.

—¿Seguro?

—No hay nada en ninguna aerolínea.

—Está bien, de todas maneras me necesitan al medio día...

—¿Te importa si te pregunto para qué?

—Soy el único hijo compatible con mamá para donarle médula y el trasplante que necesita tras el tratamiento experimental al que se ha sometido debe hacerse sí o sí este jueves. ¡Mierda! Si hubiera estado en Miami, podrían haberlo adelantado casi un día...

—Entiendo, pero por algo no habrás estado allá, no de casualidad, ¿no?

—No, Roy... —en ese momento Domingo alzó la mirada y se dio cuenta de lo que estaba pensando, tendiéndole la mano para que se sentara en su regazo— lo siento, nene. Por favor, no vayas a pensar que tienes algo que ver con esto. Mamá insistió en no permitirnos tomar muestras para el examen de compatibilidad hasta comprobar que el tratamiento diera resultados positivos...

—Bueno, entonces todo está bien, —por la expresión de Domingo, casi temía preguntar— ¿cierto?

—Tenemos dos posibilidades. Que todo esté bien y resulte, o que nos hayamos quedado sin más opciones...

—Verás que todo va a estar bien, —ahondar en el tema que Domingo siempre intentaba esquivar no sería la mejor idea en esos momentos. Lo mejor era concentrarse en algo en lo que sí se estaba dejando ayudar— ahora compremos tu boleto, ¿sí?

—Sí, gracias.

Cuando Domingo sacó su billetera para darle su tarjeta de crédito, sus dedos estaban muy fríos producto de la tensión.

Mientras hacía la compra, alzó la vista para notar que él se estaba vistiendo con la ropa que le había subido, pensando por un segundo en preguntarle si quería que lo acompañara, pero por supuesto no era el momento para plantearle más complicaciones, por lo que al marcar la cantidad de pasajeros, cliqueó el uno y le dio a continuar, pese a que por su cabeza estaban pasando locas ideas de comprar boletos para el siguiente vuelo e ir tras él tan solo para saber que no estaba solo en eso.

¡Tonto! Por supuesto que no estaría solo. Probablemente Lupe viajaría también y en Miami además vivía Lourdes y su familia. ¡¿Qué monos iba a pintar él allá?!

—Listo. Tomé el asiento con espacio más amplio que quedaba y dejé hecho tu *check in*<sup>[76]</sup>. Ya solo falta que te presentes en La Guardia<sup>[77]</sup> mañana cerca de las siete.

—Gracias.

—¿Te puedo ayudar en algo más?

—No.

—Si quieres estar en privado...

—...

—Estaré en la habitación de junto, ¿sí?

—Roy...

—Dime, nene.

—Por favor, —Domingo se levantó y lo abrazó, casi apretándolo demasiado— quédate conmigo.

—Claro que sí, niño.

—En serio, no solo ahora, —Domingo buscó en sus pantalones y desprendió una llave de su llavero, ofreciéndosela— quédate en casa mientras esté en Miami, sabes que eres bienvenido aquí. Trae tus cosas.

—Está bien, —un torrente de inconvenientes y reparos se vino a su mente, pero se mordió la lengua y no dijo nada. En esos momentos Domingo necesitaba una roca a la cual sujetarse, aunque no supiera pedirlo, y Roy estaba decidido a facilitarle las cosas. Ya lo discutirían apropiadamente cuando regresara— lo que me importa ahora es que estés bien, ¿sí?

—...

—Ven conmigo.

Roy lo tomó de la mano y lo llevó con él al baño, poniendo a llenarse rápidamente la tina mientras le quitaba la ropa nuevamente.

En completo silencio lo hizo entrar al agua, cogiendo el jabón para llenarse las manos de espuma y repartirla por su cuerpo, haciéndolo sentarse dos escalones por debajo de él para lavarle el pelo.

Aún tras el agua templada, sus manos habían vuelto al instante a estar frías, señal evidente de lo nervioso y probablemente asustado que estaba.

Teniendo en cuenta lo que poco rato antes había sucedido en su cama, dejándola por completo deshecha, tras secarse lo llevó hasta la habitación contigua, la que había escogido para instalarse momentáneamente, abrazándolo antes de susurrarle que se acostara, entrando a la cama con él para abrazarlo desde atrás.

—Son apenas cerca de las dos, Dom, debieras descansar unas horas antes de partir.

—No creo que pueda dormir, nene, pero tú no te apures y hazlo. Ha sido un día muy largo y debes estar agotado.

—Igual tú, niño. Anda, no reclames y relájate. Cierra los ojos, eso es...—Roy lo hizo darse la vuelta hacia él y recorrió con las yemas de los dedos apenas rozando cada una de sus facciones, masajeando suavemente las líneas de tensión en su frente y entre sus cejas, colando un brazo por debajo de su cuello para acercarlo más y acunarlo contra él— Aunque no duermas, al menos voy a hacer lo posible porque te sientas a gusto. Y si quieres hablar, ya sabes, aquí estoy.

—...

—Verás que todo va a salir bien, Domingo. Te prometo que tengo esa sensación y la mayoría te dirá que soy una bruja, así que seguro llevo razón.

—Tengo tanto miedo, Roy...

—Es lógico, cariño. Es tu mamá.

—No solo por mamá... ella es muy fuerte, pese a la lucha que le ha dado su cuerpo, ni te imaginas.

—Bueno, se requiere una chica fuerte para haber criado al acorazado que es tu hermana y a un niño travieso como tú. Esperemos al menos que Lur sea un remanso de calma, aunque sospecho que no...

—Y no te equivocas, aunque ahora es la más ordenada y con la vida más tradicional de los tres.

—Seguro la señora Corona está orgullosa de todos ustedes. Mi madre lo está de nosotros, y mira que tiene un payaso ácido y travesti entre su camada...

—Tú no eres eso, Roy, o sí, pero no de esa forma tan simplona con la que te gusta expresarlo. Espero que alguna vez me cuentes cómo llegaste a hacer lo que haces hoy, pero la base de ello es

que eres un hombre sumamente inteligente, atractivo y talentoso, que ha logrado desarrollar y pulir un estilo propio de comedia y estética que lo hace único.

—¡Bah! —Si más de una vez había querido robarse algún espejo en el que su reflejo fuera especialmente halagador, ninguno como los ojos con los que lo veía Domingo, simplemente el más increíble de los filtros, haciéndolo lucir de forma deslumbrantemente brillante, como nunca había pensado verse a si mismo— Como siempre con tus problemas a la vista, nene. Vas a tener que revisar la efectividad de tus gafas...

—Veo perfectamente...

¡Dios! Él había acercado la mano a su mejilla para acariciarlo y, al notar la diferencia entre ambos, en seguida había intentado apartarla, pero Roy la había atrapado y vuelto a llevar a su rostro cálido, pese a que realmente parecía un trozo de hielo.

—Lo siento.

—No hay por qué. Está bien para bajar el sonrojo de tus exagerados piropos. Lo que sí quisiera es que tú puedas relajarte un poco, nene, estás tenso como un arco. Ven, apriétate más conmigo.

—Sí.

—Así me gusta. No debes tener miedo, cariño. Imagínate, vas a darle una parte de ti a tu mamá para sanar. Seguro ese trocito de mi dulce nene va a mejorar todo dentro de ella.

—No quiero que me deje, Roy. Es verdad que tengo a mis hermanas, pero aunque las adoro, no es igual, ellas tienen sus propias vidas... he intentado no llevarle tampoco a mamá mis problemas, pero ella sabe, me conoce. Me abraza y sin palabras, me hace sentir que todo tiene arreglo.

—Y esta vez no será diferente, niño. Seguro en cuanto la veas te darás cuenta que nuevamente las cosas se van a solucionar.

—Ojalá tengas razón.

—Y además, aunque sea un hígado, también me tienes a mí.

—Gracias, pequeñín. En verdad estoy muy contento de tenerte aquí, conmigo. Esta casa siempre me llamaba, pero solo contigo de la mano ha logrado que me quede y la sienta acogedora. Extrañaré este lugar cuando tengamos que partir a otras locaciones.

—Pero un hogar no lo hacen solo paredes y techo, Dom. Puedes llevarlo a todas partes si lo importante va contigo. Míranos a Stanley y a mí. Llevamos más de un año de aquí para allá, pero cuando contamos el uno con el otro, donde estemos, nos sentimos en casa.

—Si no los conociera, prácticamente me pondría celoso...

—Claro, salvo que envidies que a él le peine las pelucas, escuche su infernal voz al cantar, o beber vodka barato hasta las cejas, no tienes nada que celar de esa vieja arpía.

—Por suerte, porque aunque siempre me sentí muy liberal, a ti no pienso compartirte.

—¿Acaso soy de tu propiedad, guapo?

—No propiedad como una cosa sin alma, ni decisiones propias, pero sí. Ahora eres mío y no veo que vayas a dejar de serlo en el futuro inmediato.

—¿Estás haciendo serio lo que tenemos, niño?

—No pongamos etiquetas... —tenía claro que Roy estaba acostumbrado a ser libre y que estaba haciendo grandes concesiones en sus planes al estar a su lado, por lo que debía tener sumo cuidado de no tirar demasiado, que la cuerda pudiera cortarse— Estamos juntos ahora, por mi parte, en total exclusiva, me gustaría que de la tuya fuera igual, si te parece bien.

—Ah, ¿sí? Es decir que tengo derecho a espantar a todo el séquito de babosos y arrastradas

que se derriten por ti, señor Corona?

—Jajajajaja, ¿en verdad tengo un “séquito”?

—Mírate al espejo y tú dime... eres bastante insoportable, pero estás bueno como para remojarse unos cuantos kilos de pan y chuparse luego los dedos.

—¡Y el exagerado soy yo! Te otorgo derecho a lo que quieras, nene. Como tú eres mío, yo soy tuyo.

—De acuerdo.

—Y tal vez, si tú quieres, cuando regrese podamos pensar en dejar que el resto se entere. No creo ser capaz en adelante de evitar besarte cuando a veces es lo único que hay en mi cabeza.

—Mmmmm, —sí, que todos supieran que Domingo Corona era suyo y que iba a dejarlos calvos si se atrevían a mirarlo más que para recrear el ojo, porque egoísta sí que no era, y tanta belleza merecía verse— ya veremos.

—Gracias por estar aquí esta noche, Roy.

—No hay otro sitio en el que quisiera estar en estos momentos, Dom.

Domingo lo abrazó por la cintura y le robó un beso, sintiendo encantado como sus manos se habían entibiado, haciéndolo cerrar los ojos para cubrirle todo el rostro de pequeños y tiernos besos que apenas rozaban su piel.

Durante el resto de la noche no dejaron de mimarse y contarse algunas anécdotas de su vida, levantándose algo más de dos horas antes del vuelo, en las que Roy lo ayudó a elegir ropa para llenar una pequeña maleta de mano y decidió irrevocablemente que lo acompañaría hasta el aeropuerto para que no volviera a sentirse nervioso o demasiado preocupado antes de tomar el avión, distrayéndolo con más historias o caricias, lo que mejor funcionara.

—Bueno, B., mi vuelo está a poco de abordar...

—Sí, prométeme que estarás tranquilo y que vas a cuidar mucho de mi propiedad que es ese lindo cuerpo tuyo, ¿estamos?

—Sí, yo además de solicitarte lo mismo, le enviaré mensajes a Stanley para que esté atento a mi chico especial.

—¡Uffff! No le digas nada a ese o no parará de incordiar. He estado tan en calma estos días sin su incesante blablá.

—Lo siento, es lo que necesito para marcharme tranquilo y eso quieres, ¿verdad?

—¡Tramposo!

—Como tú digas, pequeñín, pero ya sabes, dejo ojos y oídos atentos y, por favor, ni por nada se te vaya a ocurrir volver a ir solo a hacer show, me da igual que el motivo sea la paz mundial, ¿bueno?

—¡Vaya! No sé yo si valga la pena aguantar tanta posesividad por algunos besos sin demasiada gracia...

—Ah, ¿sí? —Domingo soltó la maleta, lo estrechó contra su cuerpo y poco le faltó para quedarse con su alma con el beso deliciosamente posesivo y ardiente que le dio antes de pasar seguridad, haciéndole señas con su mano libre mientras Roy se pasaba los dedos por los labios, incrédulo de que existiera una clase más de besos de los tantísimos que ya se habían dado— Volveré lo antes posible.

—Ya estoy ansioso esperándote, —cuando ya estaba donde no podía escucharlo, dejó escapar el aire, sintiendo como el corazón le latía angustiado en el pecho por dejarlo ir solo— mi amor.

## Capítulo 23

¡Mierda! Si pretendía volver lo más pronto posible a Nueva York tras el procedimiento, debía desistirse de usar anestesia y le habían advertido que el dolor podría ser, según las mesuradas palabras del médico, simplemente espantoso, sin embargo no se lo pensó dos veces y firmó el consentimiento informado.

Lur le había prometido que en cuanto partiera, no se despegaría un segundo del lado de su madre y le avisaría de cualquier cambio respecto a su situación, para bien o para mal, además de que Lupe llegaría a Miami el sábado para turnarse con él en los asuntos del holding, por lo que ya el viernes podría estar de regreso en Manhattan, luego de asegurarse del estado en que se encontraría ella al salir de la anestesia.

Tonto. Debería al menos haber tanteado el terreno para ver cómo reaccionaba Roy ante la idea de acompañarlo y no solo evitar la pregunta. Pudo incluso habérselo planteado como unos días de relajo antes de un fin de semana de trabajo intenso, pero la verdad la cabeza no le había dado para más en esos momentos en que lo que más la ocupaban era incertidumbre y preocupación.

No, las cosas estaban demasiado frescas aún para ponerlo en esa situación. Si hubiera aceptado acompañarlo, esos días eran principalmente para estar con su madre, por lo que hasta podría haberse sentido incómodo por dejarlo tanto tiempo solo. Y pasarse tres días metido en una clínica no era descanso atractivo para nadie.

Estaba más que acostumbrado a esa habitación de hotel, a igual distancia de la clínica y de su club, sin embargo esta vez le resultaba asfixiantemente impersonal, en especial sin algunas pertenencias de su pequeñín repartidas por aquí y por allá.

Sin darle más vueltas al asunto, se cambió de ropa por algo más fresco, amén de las temperaturas y la humedad de Miami, escogiendo una camisa de mezclilla que Roy había insistido que llevara para poder usarla de mañana y tarde, incluso con una camiseta debajo, sin llevar más abrigo y con la que no sentiría pesado el calor... ¡Otra vez Mr. B. inmiscuyéndose en sus pensamientos!

—Hola, preciosa, ¿me extrañaste?

—¡Domingo! —pese a su delicado estado de salud, la mirada de la mujer se ilumina con la presencia de su hijo— Llegaste más temprano de lo esperado.

—No veía las horas de estar con la chica más guapa del mundo.

—¡Bah! Tú es que tienes problemas con las gafas, cariño... —¡Wow!, otra vez pensando en Roy, que siempre le decía eso cuando le echaba algún piropo. Ya parecía un adolescente embobado— Aunque estás... ¡Dios! Claramente siempre has sido un niño bonito y un hombre muy guapo, pero tienes algo...

—Lo que tengo son varios kilos extra. Un... amigo me ha recomendado un delivery extraordinario, y fíjate que es vegetariano.

—Mmmm... bueno. Si tú lo dices, aunque a mí no me engañas con tus excusas de adulto, cariño, soy mamá, ¿recuerdas?

—Tú no te preocupes por nada, preciosa, —su madre le hizo un gesto para que se sentara

junto a ella en la cama y le tomó las manos con expresión pensativa. Era una mujer excepcionalmente guapa, pero se la veía tan delgada y pálida que a veces parecía solo una sombra de sí misma y eso le dolía en el alma, fallando siempre al intentar ocultarlo— debes descansar y reponerte pronto, nada más.

—Hijo, no creas que no sé cómo te sientes. No solo por mí. Has sido el hombre de la casa incluso desde antes que papá muriera y aunque a veces no comprendí tus decisiones, siempre fueron acertadas, con una madurez mucho mayor a tu edad.

—Lo que he hecho bien lo he hecho por como me has criado.

—No, amor. Es más que eso. Tú eres mucho más que lo que aprendiste de nosotros. Eres un hombre bueno, atento, preocupado siempre de tus seres queridos, de que no nos falte nada, pero no me refiero únicamente a cosas materiales. Tu cariño nunca lo has escatimado, sin embargo te has descuidado de ti, corazón. Y con esto yo no pude más que permitirlo, pero ya es suficiente.

—No comprendo lo que dices...

—Pase lo que pase a partir de hoy, quiero que seas feliz, Domingo. No quiero que tu razón solo seamos nosotros. Quiero que tú busques y encuentres tu propio motivo para vivir contento, más allá del éxito que has tenido con tus clubes.

—Mamá, no hables así.

—Así, ¿cómo?

—No lo sé, pareciera que creyeras que no vamos a volver a hacerlo...

—Mi amor, es que debemos asumir que puede ser así y aunque todo salga bien, prefiero aprovechar cada momento, pero no te sientas mal por eso, al contrario, aprovechemos juntos nuestro tiempo, sea poco o mucho.

—Está bien, tienes razón. ¿Sabes? —La imagen de Roy riendo a su lado, con esos lindos hoyuelos irresistibles y su voz de gruñón, sacándole la lengua tras alguna broma con sus ojos oscuros brillando de astuta diversión se coló de inmediato en su mente. ¡Dios! ¡Adoraba ver reír a ese hombre!— Creo que eso de buscar mi propio motivo de felicidad ya va en camino...

—¡Lo sabía! Sé que has tenido tus cosas, pero últimamente había visto algo en esos lindos ojos adormilados tuyos que me llenaba de emoción y no me he equivocado. Hay alguien realmente especial.

—Se ve que me conoces bien...

—¿Y está aquí contigo?

—No precisamente...

—¿Por qué no vienen a verme esta tarde, antes de aplicarme los medicamentos? Quisiera conocer a quien tiene tan ilusionado a mi niño bonito.

—Bueno...

¿Cómo iba a hacer llegar a Roy de Nueva York a Florida en menos de cuatro horas y sin previo aviso? ¿Y él querría acompañarlo en eso? Una cosa era estar con él y apoyarlo en privado, pero tal vez no estaría dispuesto a que lo llevara así nada más ante su madre... Más aún, ¡presentarle a ella a otro hombre!

En ningún caso iba a ser grosera o a demostrarle rechazo, pero no quería ponerla nerviosa, ni generarle ansiedad alguna antes de las etapas finales del tratamiento médico, que ya de por sí era difícil, además de doloroso.

Y tampoco quería hacer sentir poco menos que obligado a Roy. Tal vez más adelante, si lo notaba cómodo con la idea...

Entonces decidió echar mano a su as bajo la manga.

—Mamá, dame un segundo que hago una llamada y te digo si eso es posible, ¿te parece bien?  
—Claro, amor. Y aprovechas de darle las gracias por hacer feliz a mi bebé, ¿sí?  
—De acuerdo, preciosa. Solo un momento... —Domingo salió al pasillo y resintiéndolo pasar de largo el contacto que ponía "Mr. B.", marcó de memoria el número— ¿Alo? Hola...  
—Hola.  
—Estoy en Miami. ¿Puedes venir?  
—Por supuesto.  
—Es un asunto complicado, sabes lo de mi madre...  
—Lo sé. Mándame tu ubicación. En un par de horas estoy contigo, ¿está bien?  
—Sí, pero...  
—Dime.  
—Las cosas pueden ponerse muy serias.  
—Da igual. Lo que haga falta, cuenta con ello.  
—Perfecto. Te debo una grande.  
—No me debes nada, Dom. Tú has hecho lo mismo y más por mí.  
—Gracias.  
—¿Se puede saber dónde diablos estás, perra?  
—Hola, Stan... ley, que gusto escucharte, vieja arpía.  
—Claro, ahora que la señora tiene quien le arregle el jardín, se olvida de las amigas...  
—¡Uffff! ¿Vas a cobrarme sentimientos tan temprano? Porque no estoy de humor...  
—¡Vaya! Yo pensé que veinticuatro centímetros y tú estaban flotando en el séptimo cielo.  
—Probablemente a estas horas él ya haya descendido al suelo... en Miami.  
—¡¿Miami?! ¿Y tú dónde estás entonces, sis?  
—En su casa.  
—Su casa, ¿dónde?  
—¿Piensas dejarte caer si te digo?  
—Y si no me dices, lo haré igual, y ya sabes que no soy nada sutil para hacer averiguaciones, así que tú verás...  
—Mmmm...  
— Quiero saber las novedades y me parece sumamente interesante conocer tu futura residencia, porque estoy en el hotel del que me diste la dirección y me dicen que avisaste que te llevarías tus cosas.  
—De acuerdo, perra, te envío un whatsapp ahora con la ubicación... ¿Lo recibiste?  
—Sí, déjame ver... ¡Asquerosa suertuda! ¿Y es su casa, casa, o están quedándose en ese sector?  
—Ya hablaremos aquí y no andes comentando más de la cuenta, ¿sí?  
—Mmmm, de acuerdo, pero tú pagas el Uber.  
—Ok, está bien. Nos vemos luego.  
—En menos de lo que insultas a Trump<sup>[78]</sup> estoy allá.

Lo del mal humor era cierto. Llevaba un rato pensando en que había sido un tonto y que debía haberle dicho a Domingo que lo acompañaba y ya. Conociéndolo estaría poniendo a todo mundo antes de a si mismo, sin tener en cuenta que no iba a quitarse una curita vieja, iban a clavar una aguja tamaño arpón en su cadera después de taladrarle un hoyo en el hueso... y mejor no seguía pensando o se iba a desmayar.

Le vendría bien cacarear un rato con Stan. Pese a todas sus locuras, su viejo amigo sabía escuchar o callar cuando era necesario.

Y para mayor alivio, en esos momentos su alarma de whatsapp había sonado, avisándole de la recepción de un mensaje con foto.

- *“Hola, pequeñín. Disculpa la tardanza en avisar. Llegué bien y, mira, llevo la camisa que insististe que usara por el calor.”*
- *“¿Lo ves? Así estás fresco... y muy sexy, así que no estés luciéndote mucho por ahí.”*
- *“Para nadie más que para ti.”*
- *“Y vuelve pronto.”*
- *“Cuenta con ello ;) (güiño) hablamos esta noche.”*
- *“Estaré esperando tu llamada.”*

El sonido reiterativo del timbre solo podía indicar el arribo de Stan, quien interpretó una exagerada reverencia y diversas expresiones de asombro al abrirle la puerta y dejarlo pasar.

—¿Es en serio, hermana?

—En serio, ¿qué?

—Lo dicho, tu marido es el premio gordo, pero no rellenito, el obeso más mórbido, desgraciada, ¡mira esta casa!

—Es muy bonita y amplia, considerando el barrio, pero, ¿sabes? Hasta en una choza...

—¡Por Dios, Roy! Estás totalmente perdido por el jefe.

—Lo sé, ¡mierda! Se me fue de las manos todo, no he podido aplicarle nada de mente fría.

—Bueno, con veinticuatro centímetros de garrote, mijita... Seguro te habrá causado algo de daño cerebral.

—Eso es un bono, aunque no el más importante. No sabes... no creo que ni él sepa lo dulce que es.

—¡Ay, amigo, me alegro tanto por ti! Dicen que hasta la mermelada más ácida se arregla con el dulce apropiado... ¿Y él?

—Si me baso en cómo actúa y las cosas que me dice, de seguro va hacia el mismo lado.

—¡Maravilloso! Me fascinan las bodas... ¿Te casarías de gay o de queen?

—Casarme dice... para eso estamos muy lejos aún. Piensa que se ha ido a Miami a donarle médula ósea a su madre y ni él me ha pedido que vaya, ni yo me he atrevido a decirle que lo acompañaba.

—¿Y eso?

—No sé si su madre sepa que su principito se gasta parejo, ni lo que le vaya a parecer.

—Bueno, si la vieja estira la pata...

—¡Eso no lo digas ni en broma! No sé cómo será la señora, pero mi muchacho la adora, se me vendría abajo y no quiero que sufra.

—Claro, es cierto. Bueno, si todo les resulta bien, tarde o temprano va a enterarse. No sé si contarle en la adolescencia o a los treinta y...

—Dos.

—A los treinta y dos resulte más digerible, aunque las madres siempre lo saben.

—Lo saben cuando curiosamente nunca te ven con chicas y te gusta ponerte vestidos y maquillaje, pero en el caso de Domingo, no creo que haya dado ninguna señal, además de que es



sabido que se ha acostado con muchas y muy pocos.

—Mira, al menos si la mujer quiere ser abuela, el hijo tiene para pagar una de esas madres de arriendo... ¡Oye! Nunca te he preguntado si quieres tener hijos...

—Yo ya estoy bueno para abuela, aunque los niños suelen simpatizarme.

—Jajajaja, ya lo puedo imaginar, un pequeño monstruo jugando con tu maquillaje y vomitando en tus pelucas.

—¿Por qué diablos un niño querría vomitar en cajas con pelucas?!

—O una niña, para vestirla de princesa... ya te veo, llevándola a ballet y a concursos de belleza infantil, maquillándola como mapache, igual que a Bianca.

—Bueno, ya fue suficiente de esas locas ideas tuyas.

—Pero, ¿te gustaría?

—Ya sabes que no me gusta pisarme la cola, así que no diré de esta agua no beberé, pero de ahí a algo así, hay años luz de distancia.

—Nunca se sabe, hermana. Al menos casa familiar ya tienes. ¿Acaso les gusta jugar a las escondidas en pelotas para encontrarse aquí?

—¡Ridícula! Vamos, —Roy tomó a Stan del brazo, llevándolo hacia las escaleras— deja que te haga un tour y luego podemos pedir el almuerzo, ¿quieres?

—¿Hay que pagar cuota?

—Me estoy ahorrando el arriendo en estos momentos, así que yo invito.

—Lo dicho, ¡el premio más gordo!

—Espero no haberte generado muchas complicaciones por venir...

—¡Estás loco?! Para ti, lo que haga falta, Domingo. ¿Cómo está tu madre?

—Delicada... en un par de días le harán un trasplante de médula tras un tratamiento experimental que la tiene muy débil, pero que de resultar, debiera ser la solución definitiva para que el cáncer remita de una vez.

—¿Ya tienen donante?

—Yo soy compatible.

—Por supuesto, no me extraña... Todo va a salir bien, ya verás.

—Gracias. Y por esto. Quiero que mamá esté lo más tranquila posible respecto a mí.

—¿Y tus hermanas qué tal?

—Lur bien, feliz con su marido y su niño. Lupe, por su lado, no para de incordiar e intentar dirigir la vida y la billetera del resto, así que a su modo, está bien también. Solo nos hace falta sacar adelante a esta chica y todos podremos respirar tranquilos.

—Entonces me imagino que tú estás bien, ¿no?

—Muy bien...

—¿Y esa sonrisa? ¡Domingo Corona, no me digas! ¡Por fin, muchacho! Cuéntamelo todo...

—Espera, trajiste un intruso contigo...

—¿Dónde?

—El que se está haciendo el tonto, viendo aquel kiosco de revistas.

—Cierto... ¡Mierda! Y anda con cámara... Ahora tendré que buscarme a alguien más, en especial si tú haces pública tu relación... ¿te importaría ayudarme una última vez?

—Hoy probablemente deba pedirte en matrimonio delante de mi madre, así que sírvete y no te cortes.

—Dejemos que tome unas cuantas fotos y ya. Luego si pasamos al hotel para cambiarme y nos vamos a ver a tu mamá, atarán cabos y con eso me dejarán en paz un par de semanas... Extrañaré

lo nuestro, ¿o es algo pasajero?

—Espero que no.

—¡Chica afortunada!

—Chico.

—¡Vaya! ¿Y es lindo?

—Es lo más guapo del mundo, seguro hasta lo ubicas. Ya te cuento luego, no vaya a haber más oídos en las paredes.

—Que nuestro próximo encuentro sea para que me lo presentes, ¿de acuerdo? Tengo que cantarle unas cuantas reglas respecto a hacer feliz a MI novio y posible prometido.

—Ya me hace muy feliz. Me la he pasado todo el día pensando en él...

—Mmmmmmm, ¿enamorado entonces?

—No lo sé, no había sentido nada así antes.

—Porque solo trabajas y te ocupas del resto. Ya era hora que alguien estuviera a cargo de ti y te moviera el piso.

—Al volver a Manhattan veremos cómo resultan las cosas, pero algo me dice que sí, que todo nos va a salir bien.

—Así será, ya verás. Y ahora vamos.

—Sí, vamos.

## Capítulo 24

Al fin, tras darle suficiente material al *paparazzi* <sup>[79]</sup>, habían llegado a la clínica justo antes de que le administraran la última dosis de químicos a Mary previos al transplante, momento para el cual habían decidido sedarla y así minimizar los duros efectos secundarios en su frágil condición.

—Hola, belleza. He vuelto... ¿Cómo estás?

—Esperándolos con ansias.

—Buenas tardes...

—Pasa, cariño... Mamá, esta chica guapa es Angélica.

—Mucho gusto... Mary, ¿cierto?

—Cierto... —su madre observaba detenidamente a Angélica, dirigiéndole una breve sonrisa

— Disculpa si no estoy muy conversadora, querida. No me gusta esto de borrarme del mundo por horas para recibir mi medicina, menos cuando en breve los doctores estarán clavando agujas en mi hijo. Te agradezco que estés aquí para acompañar a Domingo.

—No faltaría más. Me gusta estar para él y aprovechamos de dar un paseo antes de venir que me sacó un rato de algunas tediosas obligaciones.

—Que bueno. ¿Lo pasaron bien?

—Sí, pero no es novedad. Junto a tu hijo las cosas siempre se tornan interesantes.

—Que bien. Me alegro. Domingo...

—¿Sí?

—Avísale por favor a la enfermera jefe que ya estoy lista, ¿puedes?

—¿No quieres que nos quedemos un poco más contigo mientras duermes, preciosa?

—No, amor. En breve no seré más que otra pieza de mobiliario en esta habitación hasta que despierte el jueves. Tu hermana ya trajo a mi nieto y hablé con Lupe justo antes de que ustedes llegaran. Con saber que no estarás solo, ya me quedo tranquila.

—Está bien, aunque de verdad que no me importa quedarme.

—No, amor. En serio. Hoy te harán un par de exámenes más de rutina y luego, si todo va bien, el jueves temprano, cuando ya todas las células cancerosas hayan muerto... bueno, esas y alguna sana que aún quede perdida por allí, será momento de que te lo tomes con calma, mientras tanto aprovechen de, no sé, recorrer más y lo que sea que les guste, ya me contarán.

—Mamá, ¿estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, creí... —por supuesto, había pensado que su madre iba a ser mucho más efusiva con su supuesta novia, al punto que si hubiera parecido apropiado, iban a anunciarle su falso compromiso, una mentira blanca que no dañaría a nadie y que a ella le daría la tranquilidad de saber que su hijo no estaba solo ante lo que le tocaría enfrentar, incluso si las cosas marchaban mal...— no importa, lo único que tienes que hacer en estos momentos es poner toda tu energía en recuperarte. Ya habrá tiempo para que estemos todos juntos y que ustedes dos se conozcan más.

—Sé que estás bien encaminado para ser feliz, amor, eso es todo lo que me importa. Angélica, muchas gracias por lo que a ti te toca en ello.

—No tienes por qué darlas. Tu hijo ha hecho mucho más por mí, te lo aseguro.

—Te creo... a veces ni siquiera piensa lo que hace con tal de aliviar a otras personas, —a Domingo le quedó una incómoda sensación a causa de esas palabras, pero su madre lo había mirado con tanto amor al decir las, que decidió no buscar segundas lecturas en ellas, abrazándola con un nudo en el estómago— pero bueno, chicos, ahora denme un beso y hasta el jueves por la tarde.

¡Ay, Domingo!

Desde siempre su hermano había encontrado el modo de complicar las cosas que estaban marchando bien y en orden.

Claro que podía reconocer que la mayoría de esas veces había logrado salirse con la suya y convertir un desastre inminente en éxito seguro, pero como alguien que no creía en estupideces como la casualidad, el destino y los golpes de suerte, sabía que llegaría el día en que metiera la pata y en vez de sacarla con la otra, acabaría hundiéndose hasta el cuello. Y la prueba estaba ante sus ojos.

Con el ir y venir visitando a su madre y las preocupaciones propias de tener a un miembro de la familia sufriendo un grave problema de salud, sumado a la tozuda necesidad de Domingo con respecto a desatender sus advertencias en cuanto al nuevo club de Tokio, Guadalupe había desviado un poco su ojo avisador de los asuntos cotidianos del holding que no fueran imprescindibles, lo mismo en cuanto a los temas familiares que no estuvieran directamente relacionados con salud, pero en vez de dejarse ganar por los nervios en esos momentos vitales respecto al trasplante de su madre y la donación de su hermano, ni hablar por ahora de aquel horror—otaku o la cabeza le estallaría, se había impuesto hacer una exhaustiva inspección de todo lo que había dejado de lado.

Lourdes no paraba de publicar fotos e historias del niño en la playa, entre sus juguetes, con su perro, con ellos, etcétera, todo bien. Lo mismo respecto a sus etiquetas, estaban ella y todas sus amigas en sintonía de madres jóvenes, con más imágenes de chicas con niños y niñas o embarazadas... mejor escapar, sin novedades.

Domingo, como siempre, dejaba su instagram en manos de los publicistas del holding, subiendo solo anuncios y fotos de relaciones públicas. Estaba en plena revisión cuando alguien lo había etiquetado en sus historias.

¡Con que esa era la misteriosa novia! Muy guapa, como era de esperarse. Echó un ojo al instagram de la chica y, cómo no, a su facebook, comprobando lo que desde hace tiempo sabía, pese a que su hermano insistiera en mantenerlo en reserva, supuestamente por conveniencia mutua.

Y las fotos eran de esa tarde... leyó el artículo de la revista digital que había publicado las imágenes y una sonrisa algo sarcástica subió torcida a sus labios. El niño de mami seguro había pensado que sería buena idea presentarle la noviecita a la mujer en un momento así. En fin. Amaba locamente a su hermano, pero de seguro nunca lograría entenderlo. Mejor se enfocaba en el negocio.

Aliviada porque las cuentas marchaban relativamente bien, decidió revisar algunas cámaras del club de Nueva York a causa de una botella de vodka *Kauffman Vintage Luxury* faltante en los registros, que llamó su atención debido a su precio realmente significativo.

Últimamente su hermano había estado indicando que había dispuesto de algunas de las existencias de ese licor, sin embargo no quería enterarse de que alguien más estuviera aprovechando aquella fijación por el exclusivo vodka para hacer desaparecer misteriosamente su propia dosis.

Lo dicho: ¡ay, Domingo!

Lo menos importante es que hubiera olvidado avisar que él había tomado la botella de vodka... Y sacando cuentas, las demás que sí había registrado, todas tenían que ver con lo mismo: Bianca.

Normalmente él nunca mezclaba el negocio con sus asuntos personales, aunque muchos de sus ligues nacieran en los clubs. Lógico, el sujeto no sabía hacer otra cosa que abrir boliches y ser una especie de gallina clueca con los miembros de la familia, incluso con sus trabajadores, pero no para tener relaciones más... íntimas con ellos.

Lo que era de extrañarse había sido su elección. No porque no se tratara de una chica, ni siquiera porque tuviera una relación permanente en paralelo, sino porque había elegido precisamente a quien menos habría esperado y que podría complicarlo todo.

Lo del carísimo vodka derrochado a destajo era solo una señal, pero una notablemente decidora en sus términos.

Tenía sí o sí que averiguar lo que estaba pasando y resolverlo. No era el momento para un escándalo, mucho menos para prescindir de Bianca, que según sus cuentas estaba logrando amortiguar el posible golpe que sería la loca idea de ese estrambótico local en Japón.

Debía aprovechar precisamente que Domingo estuviera en Miami y Bianca en Nueva York para poner las cosas en claro.

Buscó en los registros y a falta de información de la actual residencia de su número estrella, recibiendo como respuesta de sus allegados de confianza que últimamente su hermano y Bianca coincidían en la mayoría de las locaciones y solían pasar bastante tiempo juntos, incluso a solas, pensó que tal vez en la oficina personal de su hermano pudiera hallar algún dato. Aquello no era un tema para discutir por teléfono y no quería poner a nadie sobre aviso, por lo que cogió la copia de la llave de Domingo del cajón de su escritorio en el club y paró un taxi para dirigirse al *Uper East Side*.

Acababa de regresar de hacer unas compras luego de almorzar con Stan y ponerse al día de los cuchicheso de camarín para distraerse aunque fuera un poco de la tensión de estar lejos de su señor Corona en aquellos momentos, cuando estuvo a punto de coger un fino y frío candelabro de cristal de la mesa de arrimo del recibidor para defenderse al notar que la puerta apenas tenía una vuelta de seguro, la de cerrar sin echar llave, pese a que él le había dado todos los giros que el mecanismo permitía antes de salir. Había olvidado preguntarle a Domingo cómo activar la alarma y no quería molestarlo en esos momentos con ese tipo de cosas, pero afortunadamente no fue necesario utilizar como arma el costoso e insulzo adorno. Nada más entrar, Lupe había aparecido por las escaleras, seguro al escuchar que alguien abría no estando su hermano en Nueva York.

—¡Dios! Hola, pensé que alguien se había metido y no dejé tan cerrada la puerta.

—Y yo pensaba que habían entrado, justo por lo mismo, porque estaba así apenas cerrado. Hola.

No era que considerara que Guadalupe no tuviera derecho a entrar en casa de su hermano sin tener que avisarle a él, menos si no tenía idea de que estaba ahí y de la relación cada vez más comprometida y profunda que existía entre ambos, pero habérsela encontrado de improviso tampoco se le hacía indiferente.

De algún modo, algo parecía estar mal con eso y el aire estaba denso, de cortarlo con cuchillo.

—Tú y Domingo parecen llevarse muy bien, ¿cierto? Es decir, para que tengas llaves de su casa...

—Sí. Hemos congeniado últimamente.

—¿Solo eso? —la mujer no estaba preguntando, estaba indagando respecto a algo que probablemente ya sabía, o al menos sospechaba— Porque la gente dice que pasan mucho tiempo juntos, a solas...

—Me da la impresión a mí de que ya sabes la respuesta a eso.

—No de primera fuente.

—Y si fuera más que congeniar, ¿sería eso un problema?

—Bianca, cariño... Quisiera encontrar un modo mejor para decirte esto, pero no hay forma suave de romper las ilusiones de alguien. Domingo es mi hermano y lo adoro, pero no es el hombre para ti. No estoy segura de por qué se ha encaprichado últimamente contigo, tal vez porque eres inteligente como él, pero esto de la bisexualidad es una etapa cíclica que no le dura. Cada cierto tiempo le gusta levantarse a algún chico, se divierte unos días y luego pierde el interés y los deja. Tú eres un hombre hecho y derecho, hasta bastante mayor que el propio Dom y además eres, de cierta forma, nuestro empleado, por lo que menos me gusta que esté jugando contigo.

—Aguarda, Lupe, yo no creo que...

—De verdad espero que no te hayas enamorado de él. —la hermana de Domingo estaba haciéndolo sentir realmente como la mierda, pero no con el afán de causarle daño o humillarlo, ni tampoco a causa de la homofobia. Estaba siendo seca, sí, pero así era ella. Y bastante sincera y directa— No me gustaría verte pasándolo mal.

—Lo nuestro no es un juego...

—No quería tener que llegar a esto, pero más temprano que tarde me lo agradecerás... —Guadalupe sacó su celular y buscó el Instagram de una chica llamada Angélica, realmente preciosa, pero que no significaba nada para él— ¿Lo ves?

—Veo a una mujer bonita y ya.

—Espera...

Al pasar las primeras fotos, entendió a lo que Lupe se refería, mientras la sangre se le iba al piso. Al menos los siguientes cuatro o cinco posts eran fotos de la mentada Angélica, pero abrazando o besando directamente a Domingo, claramente en Miami. La prueba irrefutable era que horas antes él mismo le había mandado una foto vestido exactamente igual, con la camisa que él le había escogido.

—Angélica es la prometida de Dom.

—Pero no puede ser...

—Hasta hace unos días solo era su novia, pero ahora que han ido juntos a visitar a nuestra madre, seguramente lo harán oficial.

—Yo lo siento, —nunca había estado tan cerca de echarse a llorar como un niño pequeño, no por un hombre, pero Domingo era tan dulce, tan encantador y se había encargado de despertar sentimientos en él de los que ni siquiera se sabía capaz... Habiendo intentado tanto resistirse, atender a sus muy lógicas razones para no quererlo, el desgraciado había hecho todo para derribar sus barreras, por lo que inconscientemente instaló una impenetrable cortina de hierro, mezcla de furia y desilusión que le impedía darle cualquier beneficio de la duda. Dolía hasta lo indescriptible pensar que todo era mentira, que lo tenía a su lado tal vez como una curiosa diversión, un juego intenso y gracioso para pasar el tiempo en que estaba lejos de esa mujer y nada más— no lo sabía.

—No es tu culpa, querido. Es él quien debió habértelo dicho. Su relación era bastante relajada y libre, sin celos, ni esas cosas, pero sí muy real y duradera. Llevan al menos unos cinco años juntos, aunque no van por ahí comentándolo, ya que a ambos les resulta más rentable parecer

solteros. Ella es modelo.

—Se nota.

—De verdad que lo lamento, Bianca. Si me hubiera dado cuenta antes, te lo habría dicho, pero como he estado preocupada por mamá... Por favor, solo prométeme que esto no va a afectar nuestro acuerdo laboral.

—Claro que no, no te preocupes. —tenía que armarse de valor al menos unos minutos más, los suficientes para estar lejos y que la tierra se partiera si quería y se lo tragara, pero no en ese lugar, no delante de la hermana del maldito. Y antes de derrumbarse, iba a llevarse un pedazo de su corazón frío y falso, para que al menos probara un bocado de lo que él estaba sintiendo— Mucho menos tras la renegociación que hicimos del contrato.

—¿Qué renegociación?

—Es mejor que eso lo discutas con tu hermano, querida. —lo que menos quería en la vida era permanecer un minuto más en esa casa, hablando de trabajo con la hermana del jodido cabrón que no había tenido ningún reparo en engatusarlo a sabiendas de que no pensaba ofrecerle ningún futuro juntos, como hace pocos días le había mentido, y que lo miraba llena de lástima— Yo debo ir ya al club a prepararme para el próximo show.

—Gracias por entender y no dejar que los temas se mezclen.

—Soy un profesional, niña. Admito que me tropecé al meterme con tu hermano, pero todo el mundo tiene derecho a un desliz y no por eso voy a renunciar a las comodidades y el dinero que gano con ustedes. Domingo solo fue buen sexo, eso se acabó, pero seguirá siendo un buen negocio.

—Es buena política que te lo tomes así, si no queda de otra...

—Bien, ya todo está claro. Nos vemos pronto.

—Mierda, mierda con tu show.

—Será todo un éxito. Uno que no se esperan...

---

## Capítulo 25

Tras varios exámenes le habían inyectado unos principios activos que estimularían a su médula para que liberara células madre a su torrente sanguíneo y así poder recolectarlas al conectarlo al día siguiente por varias horas a una máquina en un intento de filtrar las suficientes para prescindir de la extracción ósea, en especial para evitar aquello de no usar anestesia general que Domingo había decidido, pero el resultado de la cosecha celular sería incierto hasta no hacerla y ya entonces determinarían si igualmente tuvieran que entrar a los huesos.

Estaba nervioso, mucho más tras la partida de Angélica, momento a partir del cual no hubo fuerza divina que fuera capaz de hacerlo salir de la habitación donde su madre ya había sido inducida a un suave, aunque profundo estado de coma.

¿Qué pensaría ella cuando se enterara de que lo de Angélica no era cierto?

Tal vez, teniendo en cuenta su reacción ante ella, no le resultaría demasiado importante, pero, ¿por qué? Parecía tan feliz por él y tan ansiosa de conocer a su pareja que su respuesta apenas tibia había resultado demasiado confusa.

¿Acaso la chica no le había parecido buena para él? ¿Se habría percatado que no se la pasaba abrazándola y besándola, como hacía cuando era Roy quien estaba a su lado?

Posiblemente había pensado que quien estaba enamorado era él y que la joven no le correspondía como ella habría esperado o algo así, porque cuando su madre apreciaba a alguien, era notorio, no quedaba lugar a dudas.

—Lo siento, preciosa. No quise mentirte, es que... ¿Sabes? Sí existe esa persona tan especial y lo quiero... ni siquiera logro entender cuánto. Siempre quiero estar con él y... sí, es un chico. Bueno, no un chico, es todo un hombre, guapo, inteligente, siempre huele tan rico y no te imaginas lo gentil y cariñoso que es conmigo, cómo me cuida y me apoya...

Domingo se puso de pie y acomodó las mantas de la cama de Mary, tomando su mano y sentándose nuevamente en la silla a su lado.

—Se llama Roy, está trabajando con nosotros y es famoso, ¿te imaginas eso? Y sin embargo siempre tiene un momento para sus admiradores, sin que tengan que pagarle por una foto o unas palabras, como otros artistas engreídos. Al contrario, sus fans lo adoran, es paciente con sus peticiones y nunca es arrogante con ellos, salvo que sepa que vayan a disfrutarlo, porque se dedica a la comedia, muy ácida, debo decirlo. ¡Me encanta! Siempre me hace reír, yo sé que te va a agradar...

Como si en verdad estuviera conversando con su madre, lo siguiente que iba a decirle lo hizo sentir nervioso, pero conocía a la mujer y sabía la clase de persona que era, así que estaba seguro de que cuando se hubiera recuperado, lo entendería.

—Su personaje es muy particular, algo malvado y cruel, insultante es poco decir, pero demasiado gracioso. Se llama Bianca, porque Roy es transformista... ya sabes, actúa un papel de chica. Aunque él mismo dice que es lo menos femenino que hay, que su realidad es de un bufón maquillado como travesti y un montón más de frases odiosas, como parte de su acto. No sé si es porque yo lo veo desde lo que siento por él, pero a Bianca la considero también muy guapa a su



modo particular. Roy diseña y confecciona su vestuario, ha trabajado años en teatros y en eso también es excelente. Es un verdadero baúl de sorpresas y talentos... lo sé, lo sé, estás pensando que veo todo con lentes color de rosa, pero ya lo comprobarás tú misma. Te va a encantar mi pequeñín. A mí me tiene besando el suelo que pisa, pero lo hago feliz de la vida. Y vamos a renovar la casa a nuestro gusto, ¿recuerdas que te entusiasmaba mucho que tuviera un lugar propio donde llegar de vez en cuando? Con él me fascina estar en casa porque se siente realmente como un hogar, te hará gracia, pero en especial cuando traen esa rica comida de la que te hablé... hasta puede que me haga vegetariano, como él.

Domingo acarició suavemente los delicados dedos de la mano de su madre y la besó en el dorso, sintiéndose liviano ante todo lo que había dicho, decidido a que muy pronto lo repetiría con ella plenamente consciente, sintiendo que todo saldría bien y que su salud al fin mejoraría.

—Espero que pronto despiertes para contártelo todo con detalles, incluso que... bueno, me da un poquito de vergüenza admitirlo tan viejo, pero igual que te lo conté cuando era un adolescente y estuve por primera vez con una chica, con Roy... él... ¿entiendes? —siempre había tenido ese nivel de confianza con su madre, por lo que podía imaginarla abrazándolo y preguntándole si Roy había sido amable— Lo fue. Fue muy especial, mamá, me hizo sentir muy protegido y mimado. Fue hermoso. Espero hacerlo yo al menos una parte de lo feliz que él me hace. Por eso me corre prisa por volver, por favor, no te molestes por lo que haré si llegas a enterarte. Va a doler, pero ese dolor no me da miedo. Es que no quiero que estando lejos se asuste por lo que está sintiendo y... ¡No! No quiero estar sin él, no puedo, así que voy a esforzarme al máximo por conquistarlo hasta que tampoco quiera estar ya sin mí.

Aunque en un momento estuvo a punto de llamar a Stanley, pensar en lo que iba a decirle y cómo se lo tomaría él le resultaba incluso más vergonzoso y humillante que haberse enterado de la verdad por Guadalupe Corona. Por supuesto su amigo se pondría de su lado, prácticamente decidido a ir por un par de galones de combustible para prenderle fuego al club, de preferencia con el maldito dentro, pero tal como estaba de acuerdo con la furia que le provocaría, no podía soportar la idea de ser compadecido.

Y fuera como fuera, siempre resultaría penoso, al borde de lo patético, ver a una *queen* de mediana edad habiendo sido engañada por un joven y apuesto patán, peor aún, uno del que había dicho tantas cosas bonitas a su amigo sin saber en verdad una mierda de lo desgraciado que Domingo Corona era.

Que tuviera pareja no era lo peor, aunque en su propio código ya eso resultaba imperdonable. Lo que lo había transformado de su dulce príncipe azul al más canalla de los miserables era haberse mostrado ante él como alguien tan deseoso y merecedor de amor no recibido, cuando en verdad de seguro tenía todo lo que quería y más, simplemente por vanidad, por ego, exprimiendo hasta la sangre a las piedras, buscando trofeos bizarros como el de apropiarse de su curtido corazón y manosearlo hasta hacerlo blando y dócil, casi sin voluntad propia.

¡No! Nadie debía enterarse, ¡nunca! Sería el hazmerreir de toda la comunidad. Claro, la odiosa e irónica Bianca, que tenía toneladas de críticas e insultos para repartir a otras tontas que no se cansaban de ser usadas por mocosos aprovechadores, ahora era la abanderada del club de las estúpidas, dejándose engañar nada menos que por su jefe comprometido para tener una aventurilla divertida antes de casarse.

Nunca había sentido realmente que fuera una situación para reír. Decir las verdades que todos pensaban, pero que nadie se atrevía a expresar, usando su inteligencia para darles un giro

divertido, intentando incluso repartir algo de sabiduría de la vida, era una cosa. Que le pareciera bien algo así cada vez que se lo habían hecho a alguien que apreciara, no, ¡no en absoluto! Más de una vez le habría partido la cara a esa clase de miserables que solían pulular como sangüijuelas en una laguna de aguas estancadas alrededor de personas que probablemente se sentían tan encandiladas ante un poco de atención, que no sabían diferenciar la fantasía de la realidad.

Pero fuera como fuera el resto, algunas tropezando una y otra vez con la misma piedra de frente, incluso con los ojos bien abiertos, nunca habría pensado que él caería en esa trampa, salvo fueran las diferencias. Lo que Domingo Corona no le había exprimido de la billetera, se lo había arrancado a jirones del corazón, que en esos momentos estaba tan confundido entre el amor y el odio, que ni siquiera le había dejado el alivio de unas lágrimas.

Había salido de la casa del *Uper East Side* sin nada más que su celular y su billetera, sin mirar atrás, antes de que Guadalupe incluso se fuera, caminando sin rumbo por el Central Park.

Debía pensar en algo, recuperar sus cosas, buscar un lugar para quedarse...

No se dio cuenta de dónde estaba hasta que un auto le tocó la bocina de forma estridente cuando estuvo a punto de atropellarlo al cruzar la avenida setenta y nueve que atravesaba transversalmente el parque.

—¡Cuidado, idiota! ¿Acaso quieres que te pase un auto encima?

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Que te parta entonces, ¡imbécil!

—¡Y que te joda a ti primero, perra!

No quería que un auto le pasara por encima. No era necesario. Sentía como si una montaña hubiera caído sobre sus hombros y que se estuviera tomando su tiempo para aplastarlo lentamente como una insignificante hormiga.

Sin aliento, se sentó en una banca sucia, lejos de miradas curiosas, para poder respirar y acallar un segundo el barullo de gritos en su mente, que no paraban de repetirle frases como “te lo dije”, “eres un pobre ingenuo”, “solo era cosa de tiempo”, “¿creíste que eras especial para él?”, o su favorita hasta el momento: “era lo que merecías”.

¡No, mierda! Nadie merecía algo así, pero la vida no era justa, ni color de rosa, y el rayo siempre debía buscar un conductor para llegar a la tierra. La fatalidad se había acumulado y alimentado esperando su momento, igual que una tormenta, y había sido a él a quien había atrapado débil a causa de los engaños de Domingo Corona para dejarse caer con todas sus fuerzas y hundirlo en la miseria.

¡El muy maldito! ¡¿Cómo podía ser tan desgraciado?!

No solo lo había seducido buscando una sórdida experiencia sexual con un espécimen curioso que dejara satisfecho su morbo. Además había exigido la experiencia completa, haciéndolo salir por gusto de su armadura labrada cuidadosamente por años para intentar protegerse, dejándolo vulnerable y desnudo antes de tejer sus venenosas redes e ir envolviéndolo con mentiras y cuentos para arrancarle de un tirón el corazón y rompérselo en pedazos.

Asustado, se llevó una mano al pecho. Aquel dolor agresivo y punzante no podía ser simplemente el efecto de que Domingo hubiera jugado con él.

A sus cuarenta y cuatro años era un tipo relativamente sano, si bien no deportista, no fumaba, no se drogaba, ni consumía comida basura o carnes rojas. Tampoco tenía antecedentes familiares de ataques cardíacos, pero ese dolor aplastante que estaba a punto de hacerlo caer al piso no podía... no debía ser normal... y cuando el instinto de supervivencia le indicó que era más importante pedir auxilio que rescatar su pisoteada dignidad, verse a sí mismo en aquella

deplorable condición hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas que brotaron sin control entre lastimeros gemidos, aprendiendo de la peor forma cómo se sentía en verdad cuando la angustia era tan grande que el corazón se partía metafóricamente.

Al menos no iba a morir solo en el parque... lamentablemente no iba a morir solo en el parque.

Era la quinta vez que llamaba a Roy sin obtener respuesta, comenzando a preocuparse en serio a la tercera, tanto que había abierto su computador para ver las opciones de vuelos a Nueva York para después de llamar a Stanley y en el caso que tampoco respondiera o no supiera acerca de su paradero.

—Lo siento, estaba tomando un baño.

—¡Nene, por Dios! Me asustaste.

—No exageres como siempre.

—Lo importante es que estás bien.

—Sí, gracias. Estaba a punto de dormirme.

—Ahhh, bueno. Quería saber cómo estuvo tu día y desearte buenas noches.

—Estuvo bien, pero de verdad, Domingo, muero de sueño...

—Bueno...

—Sí, bien. Luego hablamos.

—Cariño, ¿estás bien?

—De verdad solo quiero dormir.

—De acuerdo. Cierto que anoche no dormimos nada, pero es que todo lo de hoy...

—Ya me contarás. Buenas noches.

Roy había cortado la llamada sin darle tiempo siquiera a despedirse. Por la voz que tenía probablemente ya estuviera más dormido que despierto, por lo que dejó de darle vueltas al asunto y se metió a la cama. Específicamente los doctores le habían indicado descanso y esa era su misión más importante en esos momentos, ya seguro de que su pequeñín estaba acostado, en casa. Aún así una extraña sensación lo hizo dar vueltas largo rato en la cama, deseando haber insistido más en quedarse en un improvisado catre junto a la cama de su madre en la clínica, que allí solo.

Pero la voz enronquecida de Roy nada tenía que ver con el sueño, sino más bien con aquella pesadilla en la que llevaba incontables horas sin poder parar de llorar.

Había contestado el celular solo porque presentía que si no, Corona llamaría a Stan y su amigo no dudaría en insistir hasta localizarlo.

Con el poco efectivo que andaba trayendo en la billetera había tomado un taxi desde el parque hasta el hotel cerca del museo, donde afortunadamente aún estaban la mayoría de sus cosas, solicitando su traslado a una habitación del piso inferior, dando expresas instrucciones de no dar razón a nadie de su ubicación, en especial a los miembros de la familia Corona.

Por largo rato había pensado simplemente desaparecerse de la vida de Domingo para siempre, sin darle ninguna explicación, sin embargo ya no contaba con los beneficios del total anonimato en su rutina, por lo que sería mejor idea buscar la forma de desvincularse del holding completo, porque encima tener que enfrentar una demanda por incumplimiento sería mucho pedir para las pocas fuerzas que le quedaban, además de dejar expuesta su indecorosa situación.

Pero como le había advertido a Guadalupe, estaba comenzando a formarse en su mente el plan para darles una función que no olvidarían.

Si Domingo había tenido a bien usar todos los trucos del libro para engañarlo y hacerlo caer

en su juego como a un pobre estúpido, ya encontraría la forma más corrosiva de darle en donde le doliera de veras, ya fuera en su billetera, en sus negocios o en su maldito ego de macho.

Su saboteador interno estaba de fiesta, gritando y regodeándose en los detalles más sombríos de lo sucedido, burlándose a cada segundo de lo crédulo e idiota que había sido al pensar que Domingo Corona, con toda su estampa de semental conquistador, ocultaba a un muchacho sensible y necesitado de cariño que había visto en él algo especial, haciéndolo caer justamente con el mejor cebo, el de empatizar con una historia que le resultaba familiar y a la que no podría resistirse, poniéndose a su completa disposición para ser engañado como si acabara de salir al mundo, sin conocer de sus miserias.

Era tal su escándalo que ni siquiera conseguía escuchar una débil vocecita en el más oscuro rincón de su mente, que pese a ser ignorada no cesaba de repetir una sola frase que no llegaba a ser atendida, cubierta por el sonido angustiado de su llanto: Domingo sí te quiere, Domingo sí te quiere, Domingo sí te quiere.

Agotado además tras casi dos días completos sin dormir, cuando ya la profundidad de la noche era tan oscura que no quedaba más que comenzar a amanecer, había caído rendido, tan profundo que afortunadamente no había llegado a soñar.

—¡Roy!

Domingo había despertado al alba, extremadamente angustiado. Aunque no conseguía recordarlos, claramente sus sueños habían sido turbulentos, probablemente producto de las tensiones de aquellos cruciales momentos, haciendo que el nombre de Roy se viniera a sus labios casi en un gemido doloroso.

Era demasiado temprano para llamarlo y, considerando lo cansado que sonaba la noche anterior, lo más sensato sería dejarlo seguir durmiendo, sin embargo pese a faltar al menos tres horas para que debiera presentarse en la clínica, él no consiguió volver a cerrar los ojos y aprovechar ese tiempo para que su cuerpo descansara, ayudando al proceso de liberación celular en su sangre periférica.

Pensó en esperar a que Roy lo llamara, pero estaban a punto de conectarlo ya a la máquina que filtraría una y otra vez su sangre durante casi todo el día y aún no recibía noticias de su pequeñín.

Por una parte eso era bueno. Posiblemente aún estaba descansando y lo que más le habría gustado en el mundo era poder abrazarse a él y dormir a su lado, sintiendo aquel suave ronroneo de sus pequeños ronquidos que más que molestarlo, le brindaban una sensación de absoluta tranquilidad, pero por otra no le permitirían estar estresado, pendiente del teléfono, por lo que debía mantenerlo apagado o simplemente dejarlo fuera de la sala de procedimientos. Definitivamente no lo despertaría, pero le habría gustado tener noticias suyas antes de entrar.

Por si acaso, le dejaría un mensaje, así tampoco se preocuparía si luego era él quien lo llamaba y no pudiera contestar.

- *"Buenos días, pequeñín (o buenas tardes, depende de a qué hora despiertes). Espero que hayas conseguido descansar mucho. Te escribo para saber de ti y para avisarte que me tendrán sin celular por varias horas para que no te preocupes si me llamas y no contesto. En cuanto me lo permitan, te respondo o te llamo, ¿sí?. Estoy contando las horas para volver a tu lado, nene. Espero que ya te hayas instalado en casa e invita a Stan a ir de compras. En mi escritorio arriba hay un par de tarjetas, úsalas para invitarlo a almorzar, compren lo que gusten y pasen un buen rato. Hasta más tarde, cariño."*

Antes de dormirse había instalado la aplicación que evitaba que otras personas supieran si había revisado o no sus mensajes de whatsapp, evitando que los dos tickets se pusieran azules, por lo que el desgraciado mentiroso no iba a darse cuenta que había recibido el mensaje en ese mismo momento.

No había dormido lo suficiente, mucho menos tenía un aspecto siquiera decente como para pensar en salir a buscar otro hotel o un lugar donde Domingo no fuera a encontrarlo, pero ese día se armaría de valor y no derramaría una sola lágrima más por un canalla que no lo merecía. Se lo repetiría a si mismo tantas veces como fueran necesarias hasta que le saliera bien incluso en modo automático.

¿Para qué se tomaba tantas molestias inventándole frasesitas tontas por whatsapp? ¿Acaso no estaba seguro ya de poder hacer lo que quisiera con él? O tal vez era tan miserable que no pensaba soltar su diversión como haría un gato jugando con un ratón hasta decidirse a partirle el cuello de una mordida...

Encima por su culpa no tenía ahora un sitio fijo donde vivir que pudiera considerar como suyo y había dejado algunas cosas queridas en su casa. Su maleta bastaría con pedirle amablemente a Guadalupe que se la regresara para poder sacar adelante el show del viernes. Esa con tal de no perder un centavo, era capaz de ir por si misma a alcanzarle sus cosas, pero de ahí a pedirle algunas chucherías tontas, sin valor para el resto, que estaban en uno de los veladores del cuarto de Domingo era revelar demasiado de su intimidad.

¿Y qué iban a hacerle que durara tantas horas? ¿Iria todo bien? Por más que el hijo fuera una bestia, la madre tal vez no y ojalá que sus asuntos de salud se resolvieran. No sería igual de grato joderle la existencia a Corona si no estaba al cien por ciento. Si el canalla no tenía honor, cosa suya. Pese a todo, Roy siempre mantendría sus códigos y valores por sobre la mezquindad de gente como él.

Y por un segundo la débil vocecilla que aún intentaba ser escuchada pudo colarse entre la desilusión y el deseo de venganza.

“Domingo sí te quiere, ¡escúchame!”

—Buenas tardes, dime, ¿cómo te has sentido?

—Salvo por las agujas en mis brazos, todo bien.

—Hemos revisado la sangre y aunque es buena, no será suficiente. Temo decirte que la extracción por punción sigue siendo necesaria si queremos contar con suficiente tejido para darle a tu madre un sistema hematopoyético sano y funcional.

—Bien, nadie dijo que esto iba a ser fácil...

—Aunque has firmado el consentimiento para hacer la donación usando solo anestesia local, Domingo, es mi obligación advertirte una vez más que el dolor será muy intenso. Estamos hablando apenas de un par de días descansando, ¿por qué no te lo piensas?

—Lo siento, doctor. Espero no provocarle muchos dolores de cabeza, pero le aseguro que no causaré problemas, solo necesito volver a Manhattan lo más pronto posible.

—Bien. Si mañana cuando la aguja toque el hueso, si escucho siquiera un “ay”, te pondremos a dormir, ¿está claro? Porque si te movieras y llegamos a tocar un nervio o algo que no corresponde, produciendo una lesión invalidante o dolor crónico, para eso no hay vuelta atrás, ¿entendido?

—De acuerdo, tenemos un trato.

Contento con el acuerdo que había dejado más tranquilo al médico y a él seguro de estar de regreso en Manhattan para el viernes, tomó su teléfono y lo encendió, abriendo ansioso el chat de

whatsapp con Roy que indicaba que le había respondido.

- *“Hola, Domingo. Sí, he dormido hasta tarde y tengo cosas que hace durante todo el día, así que no insistas si no contesto, lo mismo que mañana. Suerte con lo de la donación y espero que tu madre se recupere. Por cualquier cosa, nos vemos cuando regreses.”*

Domingo acababa de ver su mensaje, pero la aplicación no indicaba que estuviera respondiendo. Tal vez había sido demasiado seco y él se había dado cuenta. Eso no era nada bueno, menos si le pedía una videollamada y aún tenía los ojos tan hinchados por llorar que le costaba y molestaba para abrirlos por completo.

Iba a suavizar las cosas agregando alguna frase tonta o un guiño cuando se dio cuenta que él escribía.

- *“Está bien, cariño, no te preocupes. Ya estaremos juntos e igual que tú lo hiciste conmigo, te obligaré a descansar. Será genial, nos pasaremos el día entero sin hacer nada, solo abrazándonos. Igual avísame que llegas bien de regreso a casa, ¿sí? Que descanses esta noche. Mañana hablamos.”*
- *“Gracias, igual tú”*

Una vez más la noche no fue de paz, ni descanso.

Por más que se había prometido a si mismo no llorar, ¿cómo no hacerlo cuando no podía sacarse a Domingo un segundo de la cabeza, mucho menos del corazón?

Sabía que el día siguiente sería decisivo, que en un mundo sin mentiras, ni traiciones, donde su papel en la vida de Domingo realmente hubiera tenido valor, habría pasado la noche junto a él en Miami, acariciándolo y hablándole de cosas graciosas para que estuviera lo más relajado posible, considerando el momento crucial para la salud de su madre, pero en vez de eso estaba solo en una habitación de hotel en Manhattan, sabiendo que cuando él volviera las cosas cambiarían para siempre.

Ya había decidido lo que haría y estaba juntando coraje para no flaquear, pero haber pasado esos meses con Domingo en su vida, habiéndole mostrado un mundo irreal que ahora no podía dejar de añorar, tenía un precio demasiado alto, tal vez imposible de pagar.

Recordaba como él le regalaba una sonrisa desdeñosa desde la caseta del DJ cuando hacía alguna broma a costa suya que hacía estallar al público en carcajadas, que luego se cobraba haciéndolo repetir su nombre una y otra vez al ritmo de las embestidas de su glorioso cuerpo contra el suyo, suplicando en un juego sensual su perdón, el que siempre le otorgaba después de un beso apasionado y delicioso.

O la forma en que lo observaba en silencio con una sonrisa arrogante cuando algún fanático bien parecido intentaba hacerse el interesante en el *meet and greet* sin saber que Bianca tenía ya material de primera con quien saciar cualquier apetito tentador.

Extrañaría sus juegos, ese estimulante tira y afloja de la conquista, pero por sobre todo, al niño grande y dulce que había inventado, no sabía si la mente retorcida de Domingo intentando derribar sus barreras, o la suya propia, ansiosa de creer que aquello era verdad.

Pese a que lo peor que podía hacer en esos momentos era darle vueltas al asunto una y mil veces a cientos de kilómetros de distancia, Domingo no conseguía sacarse aquella opresiva sensación del pecho.

Una vez más había palpado en su bolsillo el pequeño objeto que habían recepcionado para él en el lobby del hotel pensando en lo que Roy diría al verlo.

Era una opción arriesgada, pero teniendo en cuenta como habían marchado las cosas, si lo

planteaba con algo de tacto y sin dobleces, por mucho que él no aceptara, no sería tampoco razón para que lo descartara, solo haría falta ir poco a poco hasta que Roy comprendiera que no quería atarlo, que no pensaba interponerse entre él y su libertad, solo le gustaría que probara a ver si se sentía cómodo y... bueno, mejor no adelantarse a los hechos.

Antes de que se hiciera demasiado tarde y volviera a encontrarlo casi dormido, tomó el teléfono y marcó su número, sonriendo ante la foto de Roy que aparecía al llamarlo y que le había tomado tras un rato intentando sacarlo de sus casillas cuando aún ni siquiera lo había besado.

—Hola, nene.

—Hola.

—¿Qué tal estuvo tu día?

—Mejor que el de ayer.

—Que bueno, pequeñín. Anoche sonabas mucho más cansado.

—Seguramente. ¿Tu madre está bien?

—Sigue dormida. El viernes temprano, tras en transplante de mañana en la noche y unas horas de asentamiento, la despertarán poco a poco.

—Espero que todo salga bien.

—Así va a ser, B. Y entonces podré volver a Manhattan, porque ya no me aguanto las ganas de verte.

—Ni yo... —sí que quería verlo, pero para acabar con aquel juego retorcido de una vez y para siempre, doliera lo que doliera— ¿A qué hora llegas el viernes?

—Espero que a tiempo para antes del *meet and greet*, mi vuelo es el viernes en la tarde.

—Entonces te estaré esperando.

—Roy, —otra vez sentía algo extraño en su voz, que ya no podía adjudicarle al cansancio— ¿todo está bien?

—Sí, claro. Debe ser que estás nervioso. Tómatelo con calma, porque mañana debes rendir del todo, no lo olvides.

—Tienes razón, ha de ser eso...

—Bueno, entonces nos vemos el viernes.

—¿No quieres que te llame mañana?

—Preferiría que no. Estaré moviendo lo que falta de mis cosas y puede que no te escuche, además de que tal vez tome un trago con Stan para no estar tenso.

—No te preocupes por mí, cariño, —claro, el pequeñín estaba nervioso y no quería ponerlo igual a él, por eso esquivaba hablar del tema— pero me alegro que Stanley te acompañe.

—Seguro.

—Hasta el viernes entonces, Roy.

—Hasta el viernes, Domingo.

## Capítulo 26

Tal como había prometido, no había emitido siquiera un quejido, ni movido un solo músculo mientras la gruesa aguja atravesaba su piel y llegaba fácilmente al hueso. Tampoco lo había hecho cuando la habían girado a un lado y al otro para perforar el tejido óseo, aunque más que luchar contra el dolor, había debido hacer uso hasta la última gota de su resistencia para no perjudicar el avance, mucho menos que fueran a anestesiarlo al desmayarse, sujeto con fuerza al barandal de la cama hasta sentir dolor en los nudillos y sus propias uñas arañando sus palmas aún con el fierro de por medio, redoblado al cambiar esa aguja por la de la biopsia que también tenían que recolectar.

—He de reconocer que no creí que fueras a resistirlo, Domingo... —el doctor había pedido a la arsenalera una toalla para secarle el sudor de la frente con expresión asombrada— La única vez que hice este procedimiento antes sin anestesia, porque el donante era alérgico, medio hospital se paralizó a causa de los gritos.

—¿Ya acabó?

—¡Por Dios, sí!

—¿Y podré viajar mañana?

—Ahora te voy a poner hasta las cejas de analgésicos, —el doctor le dio una señal a una de las enfermeras, que le inyectó la dosis máxima recomendada de un fuerte medicamento para el dolor— para que mañana te vayas en las mejores condiciones posibles.

—Mmmmmmm, se siente bien. Gracias...

—Debe ser un motivo muy importante el que te ha hecho pasar por esto, amigo, así que cuenta con ello, aunque si alguien te acompaña hasta tu hotel... o puedes pasar la noche aquí si quieres. No es cualquier cosa lo que acabas de resistir, pero ojo con lo que hablas antes de dormirte en unos tres minutos, porque, o comienzas a soltar incoherencias ahora, o las verdades más profundas de la vida...

—¿Y podría quedarme con mamá?

—Debería decir que no, pero haré los arreglos.

—Entonces bienvenidos sean esos analgésicos y, por favor, al próximo idiota que decida hacer esto, dile que no, ¡Dios Santo!, salvo que como yo, esté así de enamorado...

—¿Lo ves? Antes no me contaste por qué era tan importante volver a Nueva York, pero con esa inyección podrías cantar como un canario en celo sin siquiera saberlo, ni recordarlo... jajajaja, amigo, igualmente supongo que entre todo el listado posible para hecer una estupidez como ésta, ese es el mejor motivo.

—El mejor. Mi Roy es el mejor, lo amo mucho, mucho, mucho...

—Espero que tu Roy te merezca entonces, chico, —lástima, había tenido por un segundo la loca idea de que el guapísimo hijo de su paciente podría tener interés en él, pero ese tal Roy debía ser demasiado importante para Domingo, y extremadamente afortunado también. Sí, pensó mientras le acariciaba distraídamente una mejilla, ojalá realmente valiera la pena— ahora duerme, campeón.



Roy apretó el botón lateral de su celular, apareciendo en la pantalla el reloj. Las cuatro y media de la tarde, hora en que Domingo sería sometido al procedimiento para transplantar a su madre.

Pese a todo, se había pasado las últimas horas viendo cada cinco minutos el reloj.

¿Estaría bien? ¿Se habría puesto nervioso? ¿Le habría dolido?

Estaba tan alterado que podía sentir otra vez aquella sensación punzante en su pecho que no era otra cosa que un ataque de angustia.

¿Acaso había estado odiándolo tanto que había reunido suficientes malas vibras para que le sucediera algo?

¡Dios, no!

Malo o bueno, Domingo Corona era un ser humano, o eso aparentaba, y solo por ese motivo él no era quién para desear que le pasara algo... y porque lo amaba, le gustara o no.

Su tarea ahora sería cerrar ese capítulo, aprender la lección y seguir adelante. Simplemente el show debía continuar.

Aunque le había dicho que no lo llamara, ni le escribiera, no tener noticias suyas estaba siendo aún peor, recordando que el propio Domingo le había sugerido que no se preocupara por él, pensando seguramente que su actitud fría era por eso, para no transmitirle su propia angustia.

¿Qué diablos era ese hombre? ¿Un ángel o un demonio? ¿Acaso sería que el universo le estaba pasando la cuenta por cada cosa horrible que alguna vez había dicho, escudado en un falso sentido del humor que él y solo él había creído que era mejor que dejar que la gente se engañara a sí misma como lo había hecho él con Domingo Corona?

Sinceramente la incertidumbre estaba a punto de enloquecerlo y ni siquiera tenía idea de a quién preguntarle por él sin exponerse a hacer el ridículo.

¡Maldito Domingo Corona! Ni siquiera lo dejaba odiarlo en paz, sintiendo como cada minuto se estiraba lánguidamente, haciéndose eterno, trayendo consigo la noche más espantosa y larga de su vida, peor aún que las anteriores, haciéndolo masticar el rencor y el miedo una y otra vez hasta que simplemente agarró sus cosas a la hora que sabía que ya habría alguien en el club y fue instalarse desde ese mismo momento al camarín, al que Guadalupe había hecho llegar solícitamente su maleta.

¡Al fin!

Aún algo atontado por el sinfín de calmantes que le habían administrado, apenas despertó se encontró con los ojos azules de su madre que le sonreía contenta.

—¿Cómo está mi niño precioso?

—Mmm... ¿estoy en tu cuarto?

—Así es. Esta mañana pasó por aquí el doctor Randall y te dejó muchos saludos.

—¿Randall?

—Sí, mi médico... el que dice que el transplante fue todo un éxito.

—¡Por Dios!

Domingo intentó ponerse de pie de un salto, pero calmantes o no, un dolor que casi lo hizo dejar escapar un grito de dolor lo obligó a moverse con muchísima más cautela.

—¿Estás bien, amor?

—Sí, bien. Lo siento, olvidé que debo tomármelo con calma por unos días, pero, ¡mirate! ¿Cómo te sientes?

—Comparado a los últimos meses, como si pudiera correr una carrera hasta Los Ángeles de ida y vuelta.

—¿De verdad?

—Te lo juro, cariño.

—¡Ay, mamita! —ni siquiera prestó atención a la ridícula especie de camisa de dormir que llevaba puesta y que dejaba totalmente al descubierto su trasero por atrás para abrazar feliz a su madre— Gracias a Dios.

—Y gracias a ti, mi bebé.

—Veo que ya despertó el bello durmiente... —el mentado doctor Randall le sonreía desde la puerta, contento de haber aparecido en el momento apropiado para agasajarse con una buena perspectiva de la retaguardia de Domingo casi al aire, muy distinta a la visión de la tarde anterior cubierto de telas quirúrgicas para mantener un perímetro estéril alrededor de la cresta posterior de su cadera— ¿Cómo amaneciste?

—Bien, ¡muy bien! —sin que su madre se percatara, le hizo una seña de que guardara silencio para que no fuera a comentarle el modo en que habían llevado adelante la recolección de médula y que se preocupara por ello— Te agradezco en el alma lo que has hecho por mi madre y por todos nosotros. Por supuesto que sigue flaquita y pálida, ¡pero mira su ánimo! De verdad gracias, doctor Randall.

—Scott.

—Gracias, Scott, —Domingo, aún sin prestarle atención a su aspecto, le dio una buena muestra de lo que la mínima bata ocultaba al abrazarlo contra su atractivo cuerpo— eres nuestro ángel.

—¿Y tu Roy? —Scott le había susurrado casi al oído, a sabiendas de que probablemente lo que le había comentado tras los fuertes analgésicos no lo había dicho voluntariamente— ¿Ya te vas a verlo?

—¡¿Cómo sabes eso?!

—¿Cómo sabe qué, amor?

—Nada, Mary, no te preocupes. Tu hijo suele hacer confesiones mientras está sedado, ¿sabes? Pero no te preocupes, se portó muy encantador, así que puedes traerlo cuando quieras contigo a los controles. Espero que no sea la última vez que te vea... aunque no te vea así, Domingo.

—¡Mierda! —por primera vez reparó en el aire frío que sentía por la zona trasera, tirando del feo camión para cubrirse el culo, marcando notoriamente otros sectores de su agraciada anatomía — Lo siento.

—Yo no, ha sido un lindo detalle como bono por atender a tu preciosa madre. Y ya que los veo bien, los dejo. Me imagino que estás ansioso por llegar ya a Manhattan.

—Así es. No veo las horas de volver a casa con mi pareja. Mamita, Scott, si no les importa, ya debo marcharme para que Lupe pueda venir a verte también.

—Igual yo. Ha sido un gusto y te mantendré al tanto de todo respecto a esta muñeca, ¿sí?

—De nuevo, Scott, muchas gracias.

Tratando de no hacer movimientos muy bruscos, se vistió a prisa y recogió sus cosas, volviendo a besar feliz a su madre antes de partir. Roy había tenido razón y todo había salido estupendamente. Lo que quedaba por saber era cómo se tomaría lo de su regalo...

Ansioso, pero muy entusiasmado, apenas pudo estarse quieto durante el vuelo, pensando en llegar a sorprender a su pequeñín, decidiendo que ya podría cambiarse luego en el club, lo único que le faltaba eran rosas... rosas color crema con bordes carmesí.

La hermana de Domingo andaba de aquí para allá repartiendo instrucciones, como siempre. Si ella estaba tan campante como para preocuparse de tragos y luces, de seguro no había sido

llamada de urgencia durante la noche para despedirse de su hermano agonizante, por lo que aquella pequeña ventana de tregua había terminado. De un momento a otro esa función final en la comedia de su historia con Domingo Corona daría inicio.

Se sentó frente al tocador y casi como un autómatas comenzó su proceso de transformación cerca de una hora antes del *meet and greet*, cuando de pronto sintió su voz, y el alivio y la furia mezclados hicieron estragos en su interior, como si la tenue palidez en su rostro al asomarse por la puerta fuera, al contrario de su obvio significado, una capa roja de resentimiento agitada ante sus ojos, provocando el ataque.

—Hola, B., —el muy hipócrita le sonreía como si fueran navidades y traía en sus manos flores y un regalo. Probablemente Guadalupe ya le había dicho que le había contado la verdad y, como solían hacer los hombres mentirosos y desleales, pretendía que todo fuera perdonado y olvidado con el más cliché de los sobornos. Seguro el estuche era una joya fea y cara— No sabes cuánto extrañé esa expresión ácida estos días. ¿Estamos solos?

—No, —mentira, pero no iba a darle más cancha para seguir con sus juegos— Stan está en el baño, así que te rogaría que guardes la compostura y moderes las familiaridades...

—¿Qué sucede, Roy? —¡Que buen actor sería! Con esa carita de sorpresa y expresión preocupada, dejando las flores y la caja a un lado para acercarse e intentar besarlo, pero con el labial que iba a ponerse en ese momento se armó como de una amenazadora navaja— ¡Ey!

—¿No ves que estoy ocupado preparándome para el show?

—Ya lo veo, pero no es necesario que te pongas así. Solo quería saludarte. Te extrañé mucho, pequeñín.

—Bien, ya saludaste. Ahora te puedes dar la media vuelta y salir por donde llegaste. Es tu club, así que conocerás de sobra el camino...

—Anda, nene, por favor, ya estuvo bien de esta broma...

—Ninguna broma, Domingo. Mira, —viéndolo apenas a través del espejo, sin dejar de darle retoques a su maquillaje, debió hacer uso de todas sus fuerzas para cantarle con claridad lo que había ensayado decirle y mantener lo más en alto posible su dignidad— La verdad es que lo pasamos bien, fue divertido y hasta emocionante, pero lo pensé en estos días que estuviste en Miami y creo que ya topamos techo, así que esto queda hasta aquí. Te agradezco la hospitalidad y todo, pero como te lo dije en repetidas oportunidades, no tengo tiempo ni interés para relaciones más largas. Y ahora, si no te importa, quiero terminar de arreglarme y hacer mi trabajo.

—Pero...

¡Dios! ¿Acaso iba a insistir? No se creía con la energía y la fuerza suficiente para poder resistir, menos con la expresión triste y desconcertada que el muy embustero estaba interpretando con sinigual maestría. Si no hubiera hablado con Lupe y no hubiera visto las fotos, probablemente hubiera podido darle vuelta y hacerlo seguir cayendo en sus engaños, pero afortunadamente la hermana de Corona era bastante más correcta que él, pese a tener el tacto y la delicadeza de un rinoceronte ciego.

—Pero nada, no te preocupes. Todo bien entre nosotros. Volvemos a lo de jefe y empleado y, por supuesto, acepto ese aumento de mi comisión del que hablaste. Es más, eso sí me gustaría que lo acordemos en seguida.

—Sabes que es Lupe quien se encarga del dinero...

—¡Por favor! —Domingo lucía tan apagado que no parecía él mismo, pero ya lo encendería tocándole la billetera o su precioso negocio, eso seguro— En atención a todos esos geniales polvazos que echamos, ponte los pantalones y discute un acuerdo justo conmigo, ¿no crees que es

lo mínimo que puedes hacer?

—Está bien.

—Actualmente yo llevo el quince por ciento de la venta de entradas más un fijo de tres mil dólares por función, pero es increíble cuánto venden con el local lleno y la mayoría es gracias a mí, sin menospreciar a la gente del elenco estable, claro, pero la cosa es como es...

—¿Y cuánto te parece justo?

—El ochenta por ciento de las entradas, ya sin el fijo, tampoco se trata de abusar. Y es tómallo o déjalo. Como sabes, pese a que no sea tu fuerte la administración, —había encontrado la vía perfecta para salir de ese compromiso contractual con la frente bien alta y alejarse de Domingo a causa de sus propias decisiones. Pedir el ochenta por ciento era absurdo, completamente ridículo, si no era Cher o Madonna, obligándolo a terminar su relación contractual— tengo el derecho a solicitar cambio de contrato en atención a los resultados de los shows, así que es eso o me busco alguien más que pague lo que valgo.

—Está bien.

—Claro.

—Puedes tomar ese porcentaje.

—¡¿Qué?! Pensé que... ¿Estás seguro? —¡Mierda! Con eso sí que no contaba. Y la verdad, el dinero le importaba muy poco con tal de no seguir viéndolo, de no llegar a enfrentar que Domingo había estado jugando con sus sentimientos, tocando la tecla del chico dulce y cariñoso, cuando todo era incluso, por sobre el engaño, un simple capricho. Y de pie ahí, con esa carita falsa de derrota, ¡que ganas tenía de partírsela! Pero no iba a darle el gusto de hacerlo saber que le había hecho polvo el corazón— ¿Crees que tu hermana esté de acuerdo? Porque no quiero tener problemas con ella...

—No lo estará, pero ésta no es una sociedad y yo me haré cargo.

—Bien... —por el espejo pudo ver que había puesto las flores en el basurero, pero el estuche lo había guardado con una expresión más que sombría en su bolsillo. Claro, si el soborno no le había funcionado, no iba a regalarle lo más preciado de la vida que era su puto dinero y lo que compraba con él— Es todo entonces. Prepara los papeles para firmarlos. Espero que el nuevo acuerdo corra desde esta noche, ¿bien?

—Sí.

—Ah, nunca llevé mis cosas a tu casa, así que por supuesto quiero que vuelvas a reservarme buenos hoteles, como en los que te alojas tú... es el problema de malacostumbrar a los empleados con tratos especiales... Pero, eso sí, de preferencia no quedemos en el mismo, no me gustaría recaer en tentaciones, ya que innegablemente en la cama sí me gustan así como tú de vez en cuando...

—Puedes elegir el hotel que gustes.

—¡Todo solucionado! Entonces te veo luego. —Por un segundo estuvo a punto de ceder, pensando que si solo le importaba la plata, no habría aceptado que prácticamente lo estuviera estafando, pero aquel sujeto era tan hábil que debía ser una estrategia para ganar tiempo mientras intentaba convencerlo, ¡y de eso, nada!— Necesito cambiarme y sería bastante incómodo que sigas aquí ahora.

—Tienes razón. —por el rabillo del ojo no se le escapó la mueca de dolor que apareció en su cara al girarse hacia la puerta— Lo siento. Adiós.

Aunque su show había causado la misma algarabía de siempre en su público, sabía que sus risas habían sido fingidas, que su ánimo era completamente falso, y esta vez más que irónico,

derechamente sombrío.

El desgraciado de Corona iba a pasar de convertirlo de un maestro del sarcasmo a una persona realmente amargada, algo que no pensaba permitir.

Y al entrar al camarín, no pudo evitar que su mirada se dirigiera al cubo de la basura.

No quería ver las malditas flores. Allí estaban perfectas, donde debiera estar también el desgraciado que las había traído... Y eran rosas crema con el borde carmín, al menos dos docenas, su debilidad...

¡En serio tenía ganas de darle un buen puñetazo! Recordaba cada detalle de sus conversaciones para manipularlo el muy infeliz. Y las putas rosas no se iban a doblar solas para no asomar por la boca del basurero.

Decidió agarrar el cubo y dejarlo fuera, en el pasillo, cuando notó que entre las flores había una pequeña tarjeta. ¡Debía romperla! Hacerla añicos y no leer lo que decía, y sin embargo no pudo evitarlo.

*“Al fin voy a ver a mi pequeñín. Te extrañé como loco cada segundo que no estuve a tu lado. Aunque me duele un poquito, nada podría quitarme esta sonrisa boba de la cara ahora que voy estar con mi Roy. ¿Me abrazarás esta noche para dormir? Te quiere, tu D.”*

¡Bah! Sí que había encontrado la forma de congelarle la sonrisita, como alguna vez le había dicho, y se lo tenía bien merecido. Y si le dolía, ¡que se jodiera!

Y en vez de estar satisfecho con eso, como un completo idiota se sintió angustiado, preocupado por él, porque le había hecho completa la pantomima de sentirse herido y rechazado injustamente, encima sabiendo que había pasado por lo de la donación de médula para su madre, que aunque no fuera peligroso, seguramente podía llegar a doler mucho, pese al uso de calmantes... ¡Por Dios! Si se había estado haciendo la víctima con eso, sería como para reventarlo a palos... ¡Que manipulador podía ser ese hombre!

No, ¡lo que le había dicho no era suficiente! Menos si el muy maldito había llegado al punto de aceptar sus ilógicas exigencias con tal de mantenerlo prácticamente atado de manos, sin poder alejarse.

Como fuera, recuperaría su libertad y su dignidad, ¡y lo haría en ese mismo instante!

## Capítulo 27

Seguro estaría en su oficina sacando cuentas para vadear el tiempo que pensaba pagarle lo que habían acordado, por más que según él no le gustara el tema del dinero. ¡Mentiroso! ¿Qué otra razón iba a tener para retenerlo con plata?

Entró sin golpear, casi deseando que al abrir violentamente la puerta, la misma se dañara. Que todo su puto club se cayera a pedazos como había sucedido con todas las ilusiones que Domingo Corona le había hecho tener con sus mentiras.

Sin embargo en la oficina no había nadie. A punto estuvo de devolverse, cuando sintió su voz por el pasillo, seguida de la de su hermana, que gritaba molesta.

No quería que ella lo viera. No iba a demostrar ante nadie el dolor que estaba sintiendo, salvo ante Domingo, pero convertido en ira. Y tampoco ese lo vería llorar, ¡no! Para Corona iba a ser una maldita lanza en el costado. Si quería joderlo, ¡que se jodiera él primero!

Esperando que la discusión entre los hermanos fuera corta y que salieran pronto de allí, se escondió en el baño. Ya no era plan enfrentarlo en esos momentos. No iba a hacer el tonto, dejándolo darse cuenta que se había escondido como un niño asustado, como si fuera él quien hubiera actuado mal.

Nunca había sido una persona rencorosa, pero por primera vez estaba deseando que algo sucediera que le hiciera una suerte de justicia divina, que aquel desgraciado lo pasara mal por su estúpido negocio, que alguien le robara lo que más quería, como lo había hecho con él...

Esperaba con ansias saber el problema que tenía para regodearse, y de paso tal vez pudiera escuchar algo que le fuera útil para salirse de ese nudo de horca de una buena vez y para siempre.

—¿Acaso estás loco?! El ochenta porciento de las entradas implica todo el porcentaje de ganancias por tener a Bianca. Entiendo que hayas estado mal por lo de mamá, incluso la estupidez que cometiste de no usar anestesia para regresar a prisa te tenga adolorido y confundido, pero eso no te da derecho a convertirte en un imbécil de la noche a la mañana.

—Me da igual.

—Pero, hermano, nadie puede exigir esa suma. En ese caso más vale que se vaya y conseguiremos a alguien más...

—¡No! Es Roy o nadie.

—¡Vaya que te encaprichaste con él!, ¿no?

—Eso no es asunto tuyo, Guadalupe, te lo advierto...

—Está bien que ésta sea tu empresa, pero yo también he invertido sangre, sudor y lágrimas en tu negocio y no porque Bianca te caliente la bragueta, además de burlarse a tus costillas con nuestro público, voy a quedarme callada porque te ha gustado darle por el culo.

—¡Ya basta! Pensé que lo teníamos bien guardado, pero veo que de algún modo te has enterado de mi relación con Roy y me doy cuenta de que no te gusta. ¿Acaso todo esto es porque es hombre?

—No se te olvide que tenemos instaladas cámaras que sugerí poner por todas partes para vigilar, especialmente en las cajas, las barras y los escenarios... —¿Habría sido desde la primera

vez en la barra o desde aquella vez en el escenario que los había espiado? Como fuera, Lupe lo sabía y se lo había estado callando— A mí me importa un bledo si te van las mujeres, los hombres, los marcianos o los cerdos, lo que no voy a permitir es que, por más simpática y exitosa que sea tu Bianca, se aproveche de que te tiene danzando en sus manos, cogido de las pelotas para sacarte hasta el último peso. No me imaginé nunca que fuera de esa calaña, pero visto lo visto, que bueno que le puse las cartas sobre la mesa. Que no venga a decir ahora que este extraño cambio de contrato no es a causa de que me di cuenta de su jueguito.

—¿Cuál jueguito?

—Metérsete por los ojos para ver qué podía sacar a cambio de unos revolcones con aires de peligro y quién sabe qué más...

—¡No te permito que te metas en eso!

—Eres mi hermano menor, mi deber es protegerte y bien a tiempo hice lo correcto al alejarte de ese sujeto...

¿Sería eso cierto? ¿Acaso Roy lo habría estado engañando hasta volverse indispensable en su vida, para tener en sus manos su corazón, listo para hacerlo pedazos simplemente por dinero? Peor aún, ¿por diversión?

Agotado, se dejó caer en el sofá, sujetándose la cabeza entre las manos, tratando de alejar de ella esos horribles pensamientos, haciendo caso omiso al agudo dolor físico que le produjo su falta de cuidado. Solo podía atender al de su pecho.

¡No! Él no era así.

No se habrían pasado horas hablando y riendo juntos, ni siquiera habría sido igual el nivel de confianza e intimidad al que habían llegado. A nadie más le habría contado de sus penas y temores. No podría haberlo abrazado y acariciado la noche entera para darle valor antes de partir a Miami, solo fingiendo que le importaba...

¡No! Sería espantoso, realmente maquiavélico. Aceptar que aquello era verdad lo rebajaría al nivel del más estúpido de los ingenuos y si así era, el plan le había salido a la perfección, porque necesitaba tanto estar con él que si la llave para conseguirlo era el dinero, estaba dispuesto a usarlo todo, hasta el último centavo.

—Yo quiero estar con él...

—Por favor, no seas un niño caprichoso, Domingo. Ya estás grande para estas cosas.

—¡No es un capricho, Guadalupe! No porque antes no le haya dado espacio a tener a alguien importante en mi vida, no tengo derecho a hacerlo. ¿Qué acaso no te das cuenta que no quiero que se vaya? —de pronto un pequeño haz de luz se abrió en su mente— Dijiste que tú lo habías alejado... ¡Dime qué has hecho!

—Fue por tu bien, Dom. Por el de toda la familia. Incluso por el de Bianca, porque no va a salir ileso quien se atreva a maltratar a mi hermanito, así que más le vale correr a perderse y a prisa.

—Por el mío no. Tú no sabes lo que yo siento por Roy, ni lo que estoy seguro que él comenzaba a sentir por mí...

—Por eso mismo. Porque iba a terminar haciéndote daño si seguían adelante. Incluso si sus intenciones son derechas, tú lo has dañado a él.

—¡Yo jamás le haría daño a Roy!

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué no le contaste de lo tuyo con Angélica?

—¿Lo mío con...? ¡Mierda! ¿Eso es lo que pasa? —por primera vez en toda aquella sombría discusión, Domingo pareció volver a ser él mismo, con aquella chispa en su mirada— Maldita

sea, Lupe, ¡ahora sí que la cagaste!

—Eso te parece ahora, pero cuando Roy se vaya y ustedes vuelvan a la normalidad...

—¡Porque no existe, ni nunca existió lo mío con Angélica! ¡¿Qué acaso no te das cuenta?! Si a veces estábamos juntos era simplemente por conveniencia. Conmigo ella mantenía a raya a toda clase de aprovechados de la industria y yo tenía tranquila a mamá, pudiendo decirle que no estaba solo para que no estuviera preocupada por mí y así no afectar sus tratamientos... Se nota que estabas al tanto, pero, ¿acaso no te diste cuenta nunca de que no nos queremos? O no así, solo somos amigos.

—Pero, —¡mierda! Ahora que cada pieza encajaba en su lugar, sí que lo había jodido todo, pero en grande— ¿por qué no me lo dijiste? Y lo que publicaron... las fotos besándose.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

—¡Están por todo el internet, idiota!

—Es lo que te estoy diciendo, Guadalupe, ¡por Dios! Es falso, ¡es una maldita pantalla!

—Bueno, como se lo dije yo a Bianca, cualquiera pudo hacerlo o verlo ella misma, ¿acaso eso no se te ocurrió? O mejor aún, ¿no pensaste en habérmelo advertido a mí, a tu hermana?

—No lo hice por lo mismo que no te hablé de mi relación con Roy, porque eres incapáz de no meterte en las cosas ajenas, no aceptas un no por respuesta, y no tienes la discreción para guardar un secreto. Se lo habrías acabado contando a mamá y encima se habría preocupado más al saber que no era cierto que no estaba solo. Y ponerte al tanto de lo nuestro, ¡ni hablar! Mira lo que ha pasado sin decirte nada...

—Ya, sí, en eso puede que tengas razón, ¡lo siento, mierda! Pero reconoce que tú también la cagaste en toda la regla. Tú mismo pudiste haberle contado antes la verdad a Bianca y ahorrarnos todo el problema. Estoy segura que lo habría entendido, aunque no fuera algo grato.

—Es verdad. Soy todo el imbécil que Roy piensa y que habría querido que me dijera que soy, porque habría preferido que me hubiera partido la cara en vez de esa actitud tan fría... Lo de Angélica siempre fue cómodo y con todo lo que se venía por delante, no me di cuenta o más bien no pensé que ahora podía tener consecuencias, solo intentaba no poner a mamá en una situación complicada justo ahora, pero a quien hubiera querido presentarle y a quien quería tener a mi lado en esos momentos era a Roy... ¿Cuándo se lo dijiste?

—Hace unos pocos días, menos de una semana, cuando te fuiste a Miami.

—¡Dios! No me mencionó nada, pero yo sabía que había algo extraño en su voz al teléfono... Y lo de hoy... Ha de estar muy herido para soltar las cosas que dijo...

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Pagarle y darle todo lo que pida. El doble, o el triple si es necesario. Y no te preocupes por el negocio, eso lo asumiré yo directamente.

—¡Pero es demasiado! Te vas a arruinar si comienzas a actuar así después de todo lo que has trabajado y sacrificado...

—Da igual. Me importa una mierda el estúpido dinero o si tengo que volver a comenzar de cero. Solo quiero tenerlo cerca, que me escuche y poder recuperarlo, me cueste lo que me cueste. Necesito esa oportunidad. Yo sé que tampoco a él le importa la plata, lo que sucede es que está dolido con justa razón y quiere darme donde piensa que tengo puesto el corazón, pero se equivoca. ¡Dios! Realmente no tiene idea...

—¿Y vas a perdonarle así nada más lo que te está haciendo?

—Si puedo perdonarte a ti, y te juro que me está costando, no por mí, por lo que lo has hecho sufrir, con mayor razón a él... ¡porque Roy es el amor de mi vida!



—¡Domingo! —¡Dios! Si permanecía un solo segundo más dejándolo sufrir, el canalla sin corazón sería él, por lo que salió del baño aún sin desmaquillarse, abrazándolo con todas sus fuerzas, como si ello pudiera espantar de golpe toda la pena y el temor que había sentido al creer que no volvería a hacerlo— Es verdad, no me importa, no quiero dinero, ni hoteles, ni nada de esas estupideces, ¡solo te quiero a ti, señor Corona!

—¿De verdad, nene? —Domingo lo abrazó y le cubrió el rostro de besos, aún saturado de capas de denso maquillaje. Si alguna vez Roy había pensado que tenía los ojos más hermosos del mundo, llenos de anhelo y sorprendida emoción eran como dos estrellas refulgentes y perfectas donde ahora sabía a ciencia cierta que solo existía espacio para él— ¿Aún me quieres a tu lado?

—Eres un niño idiota, Domingo. Pero eres mi idiota.

—Lo que tú digas, *B.*, siempre que no vayas a irte de mi lado. Sentí que moría de pena cuando creí que te había perdido, cuando ni siquiera querías mirarme...

—Permiso, chicos... —Lupe tuvo al fin el buen tino de irse, sin embargo no era como que alguno de ellos le estuviera prestando algo de atención en esos momentos— ya hablaremos luego, pero yo me retiro.

—Perdóname tú, cariño. Fui un imbécil, especialmente sabiendo cómo eres... No entiendo cómo pude dudar de ti. Vi a esa mujer abrazándote... besándote y mi mente se apagó. Debí haber hablado contigo, haberte dicho lo que pasaba y escuchado tus explicaciones, pero es que no podía soportar pensar que todo lo que había entre nosotros no había sido real... ¡Mierda! Debieras darme una paliza. Pese a todo lo que te dije, no perdiste la fe en mí, pero yo enloquecí por unas estúpidas fotos... es que no quiero compartirte con nadie, ni un poco... ¡Ay, Domingo! Lo siento, nene, por favor...

—Ha sido un horrible malentendido, pero no ha sido en vano y me ha terminado de abrir los ojos. Con toda la calma y tacto que sean necesarios, hablaré con mamá y se lo contaré.

—No te preocupes de esas cosas, cariño... solo dime, ¿tú estás bien? —sin pedir permiso, le levantó la camiseta y le abrió los pantalones para ver el parche sobre su cadera, sintiendo que el corazón se le apretaba, besándolo suavemente— Escuché a Lupe decir que no usaste anestesia... ¡¿Por qué hiciste algo así?! ¿Acaso estás loco, niño?

—Quería poder volver en seguida contigo y los sedantes fuertes me hubieran retenido al menos un par de días en Miami.

—¡Mierda, Domingo! ¡¿Cómo haces esas cosas?! —¡Dios! Mientras él había estado odiándolo, su chico guapo se había expuesto a un horrible dolor solo para volver antes a su lado... en verdad, ¿cómo iba a merecerlo después de la forma en que había actuado?— Debieras darme al menos un buen puñetazo... Fui una perra tan desgraciada contigo justo cuando necesitabas que te cuidara y te ofreciera mi apoyo en vez de... Lo lamento tanto, grandote. Ni siquiera sé qué hacer para demostrarte lo arrepentido que estoy... Pero yo no importo ahora, cariño... ¿Te duele?

—Apenas, no te preocupes. Fue solo un pinchazo fuerte que me dejó algo magullado.

—No mientas. Sin drogas, clavar un hueso duro y macizo debe ser horrible... No debiste hacerlo, menos por mí, no merezco lo maravilloso que eres, Domingo, debieras huir de mí ahora mismo. Yo debiera alejarme...

—Me mereces, Roy, —Domingo le tomó las manos y se las besó, aterrado ante sus palabras— te ruego que no lo dudes, que no me alejes o ese dolor sí que no hay droga que lo calme.

—¡Ay, mi niño! No, tienes razón, no es así como enmendaré mi estupidez, causándote más pena. Voy a comenzar por llevarte ahora mismo a descansar y a darte tratamiento mejor que el de

estrella.

—Solo ven conmigo a casa, cariño, es todo lo que quiero.

—No voy a discutirlo más, pero te compensaré, te lo juro... Y ahora dime, ¿tu mamá está bien?

—Mucho mejor. Su médico tienen bastantes esperanzas de que esta vez sea la buena. Y por como lucía cuando la dejé, parece que va a tener razón. Tú tenías razón.

—¿Ves? Eso es lo importante. Que se recupere y ya le contaremos más adelante, no le demos esta preocupación ahora.

—No, Roy. No quiero permanecer lejos de ella en estos momentos cruciales y tapoco voy a fingir. Si tú estás de acuerdo, quisiera que vinieras conmigo en unos días y poder presentarte como mi novio.

—¿Tu novio?

—Bueno, —verlo sonrojarse ante la idea era más maravilloso que cualquier amanecer u ocaso de perfecta belleza, barriendo de golpe cualquier rastro de pena— novio es solo una etiqueta, si no te gusta, simplemente le diré que eres mi amor, el dueño absoluto de mi corazón.

—¡Dios, Dom! —pese a todo lo mal que lo había pasado, en ese momento se dio cuenta que gracias a lo sucedido Domingo le expresaba ahora no solo con detalles, sino con palabras todo lo que su corazón había intuído que sentía por él. Y sabía sin dudas que era recíproco, aunque le hubiera costado todas las lágrimas lloradas el reconocerlo— Novio o lo que quieras está bien, no quiero que preocupes a tu madre. Puedes decir que somos amigos e incluso puedes seguir con lo de esa tal Angélica por ella.

—No, Roy. Menos tras lo sucedido. Por nada y por nadie voy a transar lo que hay entre tú y yo. Al que le guste, muy bien, y al que no, que se joda. Yo sé que mamá tal vez se lleve una sorpresa al principio, pero no tardará en ver lo feliz que me haces y va a amarte. No tanto como yo, claro, pero...

—¿Entonces tú me amas, guapo?

—Sí a estas alturas no lo habías notado, es que estás perdiendo el toque, *Mr. B.*

—Sí, muy listo y gracioso con tu frase de batalla, pero quiero que me lo digas. Quiero escuchar cada palabra saliendo de esa deliciosa y arrogante boca tuya, Domingo Corona.

—¿Y tú?

—Yo soy una estrella, guapo, así que según qué tan bien evalúe tu desempeño, puede que te corresponda con alguna respuesta...

—Sigues siendo un molesto dolor de muelas.

—¿Y lo de Bianca ya no me lo dices?

—No entiendo...

—Cuando te pones pesado, siempre me llamas Bianca, porque sabes que me jode.

—¡Dios, no! ¿Eso pensabas?

—¿No era así?

—Para nada. Bianca para mí es tu personaje. Solo te llamo así cuando estás trabajando, caracterizado. Lo hago por respeto a tu arte.

—¡Mierda! Soy un idiota peor que tú entonces...

—Sí reconozco que comencé a llamarte *Mr. B.* para hacerte enojar, incluso te tomé una foto que agregué en mi celular, pero como luego parecía agradarte, seguí con eso.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Te amo, Domingo Corona. Hace tiempo que ya merecías que te lo dijera, pero por terco no quería darme cuenta que esas palabras amenazaban con saltar de la punta de mi lengua cada vez que te tenía a mi lado.

—¡Lo dijiste primero!

—¡Ah, no, señor! No quieras hacerme el cuento... Si no hubiera estado escondiéndome de ti en el estúpido baño, me lo habría perdido. Fue tan conmovedor y dulce. Nunca se me van a olvidar tus palabras: “¡Porque Roy es el amor de mi vida!”

—Tienes razón, cariño, tú ganas. —Domingo le sonrió, lo abrazó con un brazo y con la otra mano le alzó el rostro para que lo viera a los ojos justo antes de besarlo— Roy, tú eres el amor de mi vida.

Aquel abrazo sin palabras, tan solo con el sonido de sus caricias y sus besos había sido el más dulce y cálido de su vida, disipando cualquier rastro de temor, rencor o dudas hasta casi hacerlo reír ante lo absurdo de la situación.

¡Dios! Claro que iba a compensarlo... y a castigarlo deliciosamente.

Si bien Domingo había metido la pata al no decirle que tenía aquel acuerdo con Angélica, él no debió cegarse, pero estaba tan perdidamente enamorado de ese hombre que hasta podría alegar un momento de locura pasajera al creer que no era real, que le había inventado un personaje, pero no.

Domingo Corona, guapísimo, exitoso, inteligente, pero sobre todo increíblemente tierno, era de verdad, lo amaba con la misma intensidad y simplemente era suyo. Nunca, ¡jamás volvería a dudar! Y daría la vida entera por merecer cada instante a su lado.

—Te amo, niño. Te amo muchísimo.

—Y yo a ti, B. Espero poder demostrártelo como lo mereces.

—Hay una forma muy simple de hacerlo, grandote, —Roy le sonreía con sus ojos oscuros llenos de maliciosa picardía— del modo más clásico de todos...

—Cariño, yo... puedo intentarlo, pero el doctor dijo que...

—¿Estás hablando de follar? ¡No, por Dios! Por supuesto que voy a lamerte entero, de pies a cabeza y luego a besarte y manosearte hasta el agotamiento, pero tú debes estarte quietecito un par de días y no hacer esfuerzos... yo me refiero a cosas materiales.

—¿Qué cosas materiales? Aprovecha que estoy aún algo drogado y pide, lo que quieras, será tuyo.

—Quiero mi regalo.

—¿Regalo?

—Sí, el que escondiste cuando fui una perra fría e insensible con mi pobre panquecito adolorido.

—¡Ah! Es una bobería, B., te vas a reír de mí...

—Eso lo hago muy seguido, muchacho, así que dámelo ya.

—De acuerdo...

Claro, ahora viendo bien las dimensiones, imposible que fuera una joya, salvo que le hubiera comprado un huevo de fabergé<sup>[80]</sup>. Dentro de la caja había algo parecido a una esfera de nieve, pero lo que contenía era un réplica en miniatura de su casa del *Uper East Side* sujeta por un llavero.

—¡Es tu casa!

—Me gustaría más si desde hoy fuera nuestra casa.

—¡Ay! ¿Estás hablando en serio?

—Antes de que me dieras la patada, quería pedirte que vivieras conmigo oficialmente y que tal vez quisieras que la volviéramos un verdadero hogar juntos, como dijiste.

—Pero también hablamos de que podríamos disfrutarla pocas veces a causa de los viajes...

—Y tú me hiciste entender que un hogar no es solo techo y paredes, que puedes llevarlo contigo. Ahora literalmente podrías llevar nuestro hogar con nosotros.

—Pero, ¡chico! ¿Acaso eres real? —Roy se le echó a los brazos y lo besó como si el mundo dependiera de ellos. Domingo Corona era su felicidad y se aferraría a él igual que en un tonto cuento de hadas, o como aquella vez que había intentado cocinar un guiso y lo quemado se había adherido inseparablemente a la olla, para siempre— ¿Cómo semejante semental puede ser un muchacho tan tierno?

—Tal como una payasa ácida puede ser el hombre más dulce, considerado y cariñoso que he conocido.

—¿Incluso después de...?

—¿Después de qué? —iba a decir una vez más lo estúpido que había sido, pero Domingo le guiñó un ojo y le enseñó la lengua. Tenía razón, no volvería a hablar de eso, en adelante solo iba a dedicarse a hacerlo muy feliz— No sé de qué hablas.

—¡Bah! Lo que digo es que seguro conoces payasas más ácidas.

—No, mi amor. Tú en todo para mí eres lo más.

—Es cierto. Que no se te olvide.

—Nunca, Mr. B.

FIN

## **Epílogo**

## Parte I

Angélica era una chica genial, nada que ver con la arpía desgraciada que había creado en su mente al enterarse del pacto que tenía con Domingo para simular ante la gente que eran novios, ni hablar cuando había pensado que era la verdadera pareja de su señor Corona...

Cuando él los presentó, había imaginado que la indiscutiblemente hermosa mujer lo trataría con desdén y una nota de celos, secretamente enamorada de SU Domingo y molesta de que la cambiara por un hombre, pero muy por el contrario, lo había abrazado sumamente contenta de saber que su leal y siempre dispuesto amigo había encontrado a la persona que llenaba su muy amable corazón.

Tomando un café le había contado cómo había conocido a Domingo en su primer club, el de Miami, y de la infinidad de situaciones en que él la había ayudado desde entonces, aceptado incluso el hacerse pasar por su novio desde hacía varios años y a comienzos de su carrera como modelo, ya que ningún aprovechado estaría dispuesto a meterse con él, para ese entonces, ya conocido y rudo empresario.

¿Cómo no recordar el episodio del sujeto que lo había golpeado en el South Bronx? Su chico bonito era un dulce osito de peluche con la gente que quería y alguien muy amable con la mayoría de las personas, pero podía ser un lobo sanguinario a la hora de defender una causa que le pareciera justa o de atacar a alguien que se atreviera a causarle mal a sus cercanos, en especial a él.

Con el tema de Angélica ya solucionado, quedaba lo más difícil, que Dom le confesara la verdad a su madre y, dependiendo de su reacción, buscar la forma de presentarlo como quien realmente era para él.

Su guapo muchacho estaba nervioso, pero decidido a no echar pie atrás, abrazándolo fuerte y besándolo sin decir una palabra antes de que los tres entraran a la habitación.

Domingo besó a su madre suavemente en la frente. ¡Vaya que mujer más guapa! Pese a que evidentemente lucía agotada por lo duro del tratamiento, era notorio que él había heredado parte de sus excelentes genes y una copia exacta y proporcional de su nariz simplemente perfecta.

Tras acariciar una línea tensa en el rostro de su hijo, había reparado en sus acompañantes y vuelto a ver a Domingo a los ojos antes de tenderle a Roy una mano.

—Ven, acércate. Aquí no mordemos.

—Hola, sí, —Roy sujetó la pequeña y delicada mano hecho un manojito de nervios— yo soy...

—Yo sé quién eres.

—¿Me conoce de la televisión?!

—¿De a televisión? No, chico lindo, no de ahí, lo siento. De un papel mucho más importante... Tú eres quien hace feliz a mi hijo.

—¡Mamá! ¿Pero cómo supiste que...?

—Cariño mío, —la mujer tomó también la mano de Domingo y la unió a la de Roy entre las suyas— es claro que heredaste mi irresistible atracción a un latino de linda sonrisa y mirada astuta. ¿Cuál es tu nombre?

—Roy...

—Roy y Domingo... me gusta.

—¿No te importa?

—¿Te refieres a que sea un chico?

—Sí...

—Mírame, bebé. —¡Dios! ¿Acaso podía estar más guapo su señor Corona, todo tímido y sonrojado? Si no tuviera que guardar la compostura ante la presencia de su madre y el respeto que le producía, se le habría echado a los brazos y comido todo a besos, pero simplemente con sus dedos acarició la mano tensa aún de Domingo bajo la suya— Este hombre le ha regresado el brillo feliz que hace muchos años no había conseguido volver a ver en tus ojitos. Si lo necesitara, le daría mi vida a cambio de esta alegría. Mira como pese a estar frente a la terrorífica suegra, no puede estar sin acariciarte. ¡Es maravilloso!

—Señora Corona, su hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida. Se lo juro que voy a cuidarlo y a darle todo el amor que se merece por el tiempo que Dios me lo permita.

—Es lo único que importa, cariño. Gracias por llegar a su vida. No diré una estupidez como que ahora me puedo morir en paz, porque ciertamente creo que esta alegría que me han dado, sumado al regalo de vida de mi dulce Domingo y a toda la energía de mis niñas y mi nieto, hará que de una vez supere todo esto y pueda verlos brindándose todo el amor que les emana por los poros.

—Yo...

—Anda, Roy, abraza y besa a tu chico, salgan un rato al parque o donde quieran, que Angélica puede quedarse a contarme los pormenores de su pequeña charada. Y no olvides que está acostumbrado a ser el duro, pero necesita poder soltar amarras y llorar lo que no ha llorado en años antes de ser completamente feliz, lo que no hará frente a mí, esa parte terca la heredó de papá.

—Cuenta con ello.

—Y puedes decirme Mary, o incluso mamá, si quieres, pero no me hables de usted.

—De acuerdo, —Domingo lo había abrazado tan fuerte que apenas y rozaba el suelo con las puntas de los pies— many.

—Cúidalo, cariño. Llevas contigo al tesoro de mi vida.

—Y es el amor de la mía. Tal como tú dijiste, yo daría mi vida por él si lo necesitara.

Roy tomó a Domingo de la mano y lo llevó con él, caminando en silencio algunas cuerdas hasta llegar a una pequeña placita poco concurrida, tomando asiento en una vieja banca escondida de miradas curiosas, donde lo abrazó por largo rato.

—Roy...

—¿Sí?

—¿Eso que has dicho...?

—Es verdad, —verse reflejado en aquellos ojos tan bellos, llenos de emocionadas lágrimas, comprendiendo por fin que sí era merecidamente amado y que a su lado estaba seguro, había sido el momento en que más importante se había sentido en la vida, mucho más que con la ovación de un público o cualquier título o premio que nadie pudiera entregarle— mi adorado Domingo.

—¡Te amo tanto!

—Y yo, grandote. Aunque sea el tazón de carne más amargo del universo, tú me conviertes en una dulce malva. ¡Te amo, señor Corona!

—No tienes una sola gota amarga en ti, amor. Eres la mejor persona que conozco, aunque no te

guste mostrarlo, mucho menos reconocerlo.

—¿Ves? Es por eso que debes dejar las carnes rojas, guapo... los depósitos de colesterol están comenzando a afectarte el cerebro.

—Di lo que quieras, pequeñín, yo sé la verdad.

—Mmm...

—Estás jodido, Roy, a mí tu pose nunca consiguió engañarme. Véndele el cuento al mundo entero si quieres, yo solo voy a reír y a seguirte la corriente, si eso es lo que te acomoda, pero conmigo no tienes que fingir.

—Si me guardas el secreto, admitiré solo ante ti que puedes tener algo de razón.

—No lo sé, nene. Me late que la mayoría lo sabe y por eso les gusta tanto tu personaje, porque es una perra agria, con un gran corazón de oro escondido muy en el fondo.



## Parte II

Se había quedado con la funda de uno de sus vestidos favoritos en las manos, del terciopelo negro más suave, con cuello de encaje y hombreras de plumas, que lo hacía sentir una verdadera bruja malvada, mientras le daba vueltas a su pregunta al tiempo que Domingo acomodaba en lo alto del vestidor algunas cajas con pelucas.

—¿Seguro que esta noche?

—Sí, ¿por qué no?

—Pero es el único sábado que no haré show en Nueva York. ¿Por qué no nos quedamos en casa haciendo cositas? Acabamos de llegar de Tokio, nene. ¡Aún estoy sobreestimulado de luces y voces chillonas! Tu club está genial, pero como muchas cosas allá, también puede llevarte al borde de la hepilepsia.

—Jajajaja, tú como siempre con tus cosas, B. No parecías muy enfermo burlándote sin parar de la forma en que aplauden y como probablemente muchas de tus pelucas nacieron en esos barrios... Sabía que arrasarías, y te recibieron como una estrella...

—Jamás lo habría imaginado. Ni siquiera pensé que alguien supiera quién es Bianca en Asia.

—Te lo digo, amor. Tu éxito ha superado las más optimistas expectativas que pudo imaginar la gente del reality y, para mí al menos, resulta bastante obvio. Eres demasiado talentoso y ese cerebro tuyo... ¡Gracias a Dios te dedicas a la comedia! Miedo me daría si mañana te diera por la política...

—Si no quieres votar por mí, mal hombre, al menos dime que sí a acurrucarnos y hacer como las amebas, solo comer y aparearnos. Ya la otra semana volvemos a partir de viaje...

—Lo sé, por eso quiero que sea hoy. Podemos ir juntos al club, yo resuelvo algunos asuntos que tengo, aprovechas por una vez de ver tranquilamente el show sin tener que preocuparte por tu número y ya luego nos quedamos a bailar y no hará falta decir mucho, todo mundo se dará cuenta.

—Mmmmm...

—¿Qué? ¿Ya te estás arrepintiendo?

—No, mocosito irritante, de arrepentirme, nada. Eres mío y quiero que nadie lo dude para que sepan con qué clase de bruja se meten si tratan de toquetear a mi Dominguis, pero no es lo mismo contarle a nuestros cercanos que dejarlo saber a todo mundo, ¿no crees?

—No, no creo. Por mí si lo publican en la portada del Times<sup>[81]</sup>, me vale. Habiendo arreglado nuestras diferencias con Guadalupe y siendo ahora el consentido de Lur y de mi madre, ya que te estás robando mi lugar, al menos mueve ese lindo traserito por él.

—Bueno, está bien, nene. Pero luego me rindes cuentas en el ring horizontal, ¿estamos?

—Pediremos el menú familiar al delivery y cenaremos en la cama, lo prometo. Y después haremos suficiente ejercicio para bajarlo... —Domingo alzó a Roy en sus brazos y lo llevó con él a la ducha— Y ahora voy a darte un buen baño, muñeco, aprovechando de refregarte entero con mis manos... Limpiecito y olorocito quiero presumir a mi guapo novio. Siempre estás tan lindo de Roy que te comería entero.

Algo más tarde de lo planeado, debido a múltiples distacciones en el baño y más, Domingo lo

acompañó hasta la mesa que había reservado en el VIP, donde Stan ya los esperaba, aplaudiendo emocionado al ver la gran bolsa llena de regalos que le habían traído de Japón.

—¡Wow, chicos! No tenían por qué molestarse... pero moléstense no más, ya que no me llevan con ustedes. Aunque, ¡Dios! Son muchas cosas...

—Lo mismo dije yo, perra, pero no sabes la adicción a la compra de souvenirs que tiene este hombre una vez que se da el tiempo de sacar el trasero del trabajo y del hotel.

—No le creas una palabra, Stanley. Primero me rodó los ojos, luego me hizo esa horrenda voz de abuela y, —Domingo atrapó con una mano las dos de Roy que intentaban hacerle cosquillas para que dejara de hablar— cuando yo no me decidía si traerte una *yukata*<sup>[82]</sup> rosa o celeste, primero me dio un discurso de que esos no eran rosa o celeste, sino palo de rosa y turqueza, que tengo que aprender que existen más tonos que los básicos ahora que según él soy un hombre gay... y ya luego me dijo que te gustarían ambas, así que yo podía comprarte una y él, la otra. Y así sucedió más o menos con cada uno de los regalos.

—¿A quién vas a creerle? —aún intentaba liberarse, picado ante la sonrisa pagada de Domingo, que le ponía cara de inocente y sufrido a Stan para ganarse su favor— ¿A tu amigo de años soportándote o a este bruto abusivo?

—A Domingo, por supuesto. Gracias, guapo, especialmente por llevar a pasear a esta bruja amarga. Yo sé lo que cuesta.

—En futuros viaje nos encantaría que fueras con nosotros como siempre has hecho con Roy. Éste salió a toda prisa, pero si hubieras visto todo lo que dijo de los pobres japoneses, que no hacían esto como Stan, que no preparaban lo otro, como Stan...

—¡Mentiras!

—Lo sé, Domingo. Y encantado de la vida aceptaré.

—Está bien, sí lo dije, pero no creas que la invitación es así de simple, para que te dediques a vagar. Quien debe hablarte ahora al respecto no es mi novio, sino el señor Corona, ¿o no, amor?

—¡Uy, amor! ¿Seguro que te trajiste a la Bianca correcta y no a la “bonita” del cartel japonés, Dom?

—Segurísimo. Hace poco rato lo revisé milímetro a milímetro y es el mío.

—¡Mierda! No cuenten dinero delante de los pobres.

—Stanley, perdón por no haberme fijado antes, pero tienes una voz increíble y tu personaje transformista es excelente.

—Gracias, cariño, me alegra que te guste.

—No solo me gusta, lo quiero en el holding. Por suerte has estado ayudando a Bianca últimamente y no se me adelantó alguien más, eso espero.

—¿Tú quieres contratarme?

—Exacto.

—¿Para qué club?

—Para todos.

—¿Quieres decir, el tipo de contrato como el de Bianca? ¿No de elenco estable?

—Exactamente el mismo contrato que el inicial que firmamos con Roy, ¿aceptas?

—¡Dios! Si no fueras el novio de esta bruja, te juro que te besaría... y de todo, Dom.

—¡Perra, por favor!

—Bah, no vamos a leernos la suerte entre gitanas. Tuviste suerte y te llevaste este premio máximo pese a todo lo que insististe para no hacerlo, pero si no lo hubieras reclamado, yo con

gusto me hubiera sacrificado, ya sabes...

—Bien, chicos, los dejo un momento. Debo atender el *meet and greet* de hoy y ver algunos temas con Lupe, pero regreso a la hora del show.

—Sí, tú vete tranquilo, aquí nos quedaremos comentando los detalles íntimos de lo que me he perdido.

—¡Patrañas!

Pasaron dos horas en que no es que salieran a la luz los detalles íntimos, sino que Roy le contó a Stan toda la horrible situación durante los días del trasplante de Mary. Por suerte su “mamy” estaba cada día mejor y en un par de semanas volverían a visitarla, aprovechando de iniciar en el club de Miami el contrato con el personaje de Stan.

El show estaba por comenzar y Domingo aún no volvía. Había firmado un par de autógrafos y se habían instalado en la mesa de forma de ver cómodamente el escenario, ya que el VIP del club de Nueva York estaba ubicado por sobre el público general.

¡Vaya con el señorito! Con todo lo que había insistido para que hicieran así las cosas, que aún no apareciera le valdría luego algún tipo de interesante compensación, por lo que a minutos de que se abriera la cortina de boca, decidió enviarle un whatsapp para saber si iba mejor a buscarlo a su oficina para hacer cosas menos públicas...

- “*¿Te falta mucho? El show está por comenzar...*”
- “*Lo sé, amor. Estaré contigo tras la primera presentación.*”
- “*De acuerdo. Veamos entonces al primer payaso.*”
- “*Sí, aprovecha y me dices qué tal te parece, ¿bueno?*”
- “*Mmmmmmm, si no me gusta, ¿podemos hacer que le corten la cabeza?*”
- “*Por supuesto, nene.*”
- “*Bien, veamos entonces...*”
- “*Que lo disfrutes.*”

La música que anunciaba el comienzo del show sonó en ese instante, seguida de las notas de un piano al son de una famosa canción de Queen<sup>[83]</sup>, sin embargo la voz reproducida no era de Freddie Mercury, ni el piano estaba grabado, habían instalado uno real, de los de cola, sobre la plataforma giratoria especial que usaban para una visión de trescientos sesenta grados, haciendo que el público comenzara a aplaudir y a gritar emocionado.

—¡Perra!

—¡¿Qué?!

—Si ese no está reservado también, ¡yo lo pido!

—Hermana, en serio, ¿aún con el agua cortada?

—Mmmm, —el rostro entusiasmado de Stanley cambió en seguida a un puchero falsamente enfadado— va a ser que no me lo quedo. Ya tiene dueña.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira bien...

Quien actuaba lo hacía en vivo, llevaba la capa, la corona y los pantalones clásicos del cantante, dándole la espalda al comienzo, haciendo que casi se ahogara con el Luxury que les habían servido cuando el piano quedó hacia su lado y vio que quien tocaba y cantaba “*Good Old Fashioned Lover Boy*”<sup>[84]</sup> era Domingo, que le cerró un ojo y le tiró un beso entre versos de la

canción, haciendo que la gente se diera cuenta que le cantaba a alguien en el VIP, instante preciso en que el seguidor luminoso lo enfocó. ¡El público coreaba sus nombres! Todos se habían dado cuenta de lo que pasaba y estaban felices, encantados de ser parte de aquella romántica declaración, gritando y aplaudiendo mientras del cielo del club llovían pétalos de rosas crema y carmín.

I can dim the lights and sing you songs full of sad things	Puedo bajar las luces y cantarte canciones llenas de cosas tristes
We can do the tango just for two	Podemos bailar el tango solo para dos
I can serenade and gently play on your heart strings	Puedo darte serenata y tocar gentilmente las cuerdas de tu corazón
Be your Valentino, just for you	Ser tu Valentino, solo para ti
Ooh love, ooh loverboy	Ooh amor, ooh amante
What're you doin' tonight, hey boy?	¿Qué haces esta noche, muchacho?
Set my alarm, turn on my charm	Pon mi alarma, enciende mi encanto
That's because I'm a good old-fashioned lover boy	Eso es porque soy un buen amante a la antigua
Ooh let me feel your heartbeat (grow faster, faster)	Ooh, déjame sentir el latido de tu corazón acelerar (yendo rápido, más rápido)
Ooh ooh, can you feel my love heat, ooh	Ooh ooh, puedes sentir el calor de mi amor, ohh
Come on and sit on my hot-seat of love	Ven y siéntate en mi lugar caliente del amor
And tell me how do you feel right after- all	Y dime si te sientes bien después de todo
I'd like for you and I to go romancing	Me gustaría que todo fuera muy romántico para nosotros
Say the word, your wish is my command	Di la palabra, tu deseo es mi orden
Ooh love ooh loverboy	Ooh amor, ooh amante
What're you doin' tonight, hey boy?	¿Qué haces esta noche, muchacho?
Write my letter	Escríbeme una carta
Feel much better	Siéntete mucho mejor
And use my fancy patter on the telephone	Y usaré mis palabras más sofisticadas al teléfono
When I'm not with you	Cuando no estoy contigo
I think of you always	Pienso en ti siempre
(I miss those long hot *winter nights) I miss you	(Añoro esas largas y calientes noches de *invierno) Te extraño
When I'm not with you	Cuando no estoy contigo
Think of me always	Piensa en mí siempre
Love you, love you	Te amo, te amo
Hey boy, where do you get it from?	Hey, chico, ¿de dónde lo sacas?
Hey boy, where did you go?	Hey, chico, ¿dónde te fuiste?
I learned my passion in the good old fashioned school of loverboys	Yo aprendí mi pasión en la buena y anticuada escuela de amantes
Dining at the Ritz, we'll meet at nine precisely	Cenando en el Ritz, nos encontraremos precisamente a las nueve
(One, two, three, four, five, six, seven,	

eight, nine o' clock)	(uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve en punto)
I will pay the bill, you taste the wine	Yo pagaré la cuenta, tú probarás el vino
Driving back in style, in my saloon will do quite nicely	Conduciendo de regreso con estilo, en mi salón nos lo haremos amablemente
Just take me back to yours that will be fine (come on and get it)	Solo llévame de vuelta a lo tuyo, por mí está perfecto (ven y tómallo)
Ooh love, (there he goes again just like a good old-fashioned lover boy)	Ooh amor, (ahí viene de nuevo, justo como un buen amante a la antigua)
Ooh, ** my love, Roy	Ooh, **mi amor, Roy
What're you doin' tonight, hey boy?	¿Qué haces esta noche, muchacho?
Everything's all right	Todo está bien
Just hold on tight	Solo sujétate firmemente
That's because I'm a good old-fashioned lover boy	Eso es porque soy un buen amante a la antigua

\*originally the song says **summer**, but they start dating at the end of winter, so Domingo changes the lyrics

\*\*Originally the song says **lover boy**, Domingo changes it for the name of Roy

\*originalmente la canción dice **verano**, pero ellos comienzan a salir a fines del invierno, por eso Domingo cambia la letra

\*\* Originalmente la canción dice **amante**, Domingo lo cambia por el nombre de Roy

—Para ti, Mr. B. , Queen para mi *queen*<sup>[85]</sup>—a la vez varios cañones de confeti estallaron junto a los últimos acordes de la música, cargados de corazones y flores que llenaron el aire— Roy, eres el rey en mi corazón. Queríamos hacer público lo nuestro, bueno, aquí está nuestro público.

—Domingo Corona... —alguien le había alcanzado en esos momentos un micrófono— Domingo Corona, realmente eres un tremendo idiota, pero he de reconocer que el más guapo, tierno y maravilloso de los idiotas, así que cuidadito, gente, se puede mirar, pero no se atrevan a tocar si no quieren meterse con el huracán Bianca... ¡Él me pertenece!

—¡Oh, sí! Aunque yo soy mucho más enchapado a la antigua, mi amor, así que no solo quiero que sepan que estás conmigo, —Domingo se quitó la corona y la capa, apoyó una rodilla en el suelo y del bolsillo del pantalón sacó una caja que al abrirse reveló un magnífico anillo que imitaba precisamente eso, una bella y masculina corona de rey, labrada con tantas pequeñas gemas que le daban un toque particularmente femenino, haciendo que el corazón de Roy latiera tan a prisa que casi podía escucharse amplificado por el micrófono — quiero pedirte que aceptes ser mío para siempre.

—¡Dios, niño!

Mientras Stan aplaudía encantado, su saboteador interno se estaba dando un festín a los gritos, escupiendo todo lo malo que pasaría si aceptaba su proposición, argumentando que llevaban poco tiempo juntos, que Domingo era su jefe, que siempre estaría metido el dinero entre ellos, que él era bisexual, que era demasiado guapo, que su acidez acabaría amargándolo, sin embargo su porrista romántico interior, que ya no se dejaba amedrentar, ni pisotear, le dio consejos mucho más fiables y útiles con su ahora poderosa voz.

—¿Es eso un sí o un no?

—Es un “voy a pensarlo” y en privado te digo, bonito. Y ahora trae ese lindo trasero hasta acá, ¿sí?

—¡Allá voy!

## Parte III

—No tenía idea que sabías tocar el piano...

—Ya sabes, —Domingo le pagó al conductor del Uber, tomando la llave del globo de nieve de manos de Roy para que aún no abriera la puerta— educación tradicional: idioma extranjero, instrumento musical, arte marcial.

—¡Wow! Mi novio es todo un señorito bien preparado.

—¿Novio? Después de besuquearme, toquetearme y refregarte conmigo toda la noche en la pista de baile, prometido querrás decir...

—¡¿Besuquearte, toquetearme y refregarme?! —era cierto, no solo por efecto de que entre los tres se hubieran acabado la botella de vodka, tras cambiarse de su vestuario de Freddie, había vuelto en un pantalón que le quedaba como guante y una camisa que pensaba robarle y ajustarla a su medida, que lo habían obligado a no quitarle un segundo las manos y los labios de encima— Eres un mal hablado, señor Corona... y hasta donde yo recuerdo, no te he dado el SÍ.

—Ah, ¿sí?

Domingo lo arrinconó entre su cuerpo y la puerta de entrada de la casa, apoyando un brazo en ella para que Roy no fuera a hacerse daño antes de besarlo apasionadamente, siguiendo con hambre por su cuello, encendiendo como siempre su deseo. Amaba profundamente la forma en que su tiburón siempre estaba atento a protegerlo y como podía incendiar su piel con la más tenue caricia de sus labios, que en esos momentos lo tenían literalmente en llamas, las que poco se aliviaron cuando le desabotonó los pantalones y metió la mano por debajo del elástico de su trusa, agarrándolo firmemente.

—Tienes que ganártelo, guapo.

—Encantado, pequeñín...

Domingo abrió la puerta y no acababan de cruzar el umbral cuando ya tenía a Roy medio desnudo, tomando los dos candelabros de la mesa de arrimo y arrojándolos con asombrosa puntería al contenedor de vidrio para reciclar que tenían junto a la entrada.

—¡Domingo!

—Lo siento, amor. Simplemente los detestaba... —sin ceremonias, cerró la puerta y alzando a Roy por la cintura sentándolo sobre la mesa, se inclinó para echárselo a la boca, arrancándole un exquisito jadeo ante lo repentino del íntimo contacto de su lengua con la suave piel del glande hinchado— sí, fue una buena noche, pero moría de hambre.

—Mmmmmmmmmmmhhhhhhh nene, que boquita más rica... anda, mi amor, si tienes hambre, no te cortes. Quiero verte haciéndolo.

Él le sonrió y volvió a agarrarlo firmemente, dejando que su lengua recorriera el tronco arriba y abajo antes de volver a atrapar la punta entre sus labios, saboreándolo despacio, sin dejar de verlo pérfidamente a los ojos.

—Mira tú, el señorito bien educado de mamá, como le gusta lamer el nabo...

—Mmmmmmmmmmm, pequeñín, es que sabes tan bien...

—Si te gusta, no te quedes solo en la verga, ¿no crees? —era sorprendente como un poco más

de alcohol había puesto a Roy a hablar sucio sin reprimirse— Quítate la ropa. Yo también quiero mirar mi propiedad.

—A tus órdenes.

Domingo se desnudó y se apretó contra su cuerpo, haciendo que lo rodeara con las piernas, pero además con las manos unió sus miembros para refregarse contra él hasta hacerlo gemir y moverse al ritmo que Roy le indicaba.

—¿Ves? Hablaste de que me refregué antes, pero esos fueron simples roces inocentes, ¡esto es refregarse en serio, niño!

—¡Dios, Roy! Me tienes hirviendo...

—Y tú a mí, Dom... anda, quiero sentir esa lengua tan talentosa mojarme para ti y que luego me la metas fuerte hasta hacerme gritar.

—Ahora mismo, amor.

Domingo se arrodilló ante la mesa y jaló de Roy para que apoyara sus pies en sus hombros y le diera libre acceso a su trasero, volviendo a lamer todo el miembro antes de bajar hasta los testículos, mimándolos despacio con sus labios antes de repasarlos con la lengua y chuparlos por turno en su boca.

—¡Uffffff! Así, Dom, se siente exquisito el calor y la humedad de tu boca... ya no aguanto, ¡quiero tu lengua! ¡Dámela ya!

Sabía que aunque en esa posición no conseguía ver plenamente su boca, la sonrisa de satisfacción ante lo caliente y deseoso que estaba su pequeñín hacía eco en sus ojos y Roy no apartaba la mirada de ellos, regalándolo no solo con gemidos y jadeos, sino con gestos de evidente placer que lo estimulaban a hacer aún más intensas y osadas sus caricias.

Con ambas manos separó sus nalgas, clavándole a fondo la lengua, saliendo y entrando con ella una y otra vez, acompañándola en breve con dos de sus dedos, haciendo que se retorciera de gusto y ansiedad sobre la mesa, agarrándolo del pelo para apretarlo más contra su deseosa entrada.

—¡Métemela, Domingo! Anda, amor, no puedo más, ¡párteme de una vez!

—Aquí va, —Domingo se puso de pié, sacó rápidamente un condón del bolsillo de su chaqueta y acomodó a Roy aún más al borde, desenrollando el preservativo por su miembro y haciendo que apoyara la parte alta de la espalda contra el muro para que no fuera a golpearse, apuntando y hundiéndose en él de una sola estocada que le arrancó un grito de puro placer— toda para mi lindo pequeñín.

—¡Mmmmmmmmmmmmmmmmmmmggghhhhhhhhh! Dios, que buena verga... más, nene, ¡dame duro!

—Sí, —enganchando las rodillas de Roy en sus codos, salió despacio y volvió a clavarlo con fuerza, repitiendo el movimiento cada vez más a prisa y más profundo, hasta que ambos estaban prácticamente sin voz— mmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmhhhhhhhhhh... Roy...

—Dom... así... mmmmmmmhhhhhhhhhhhhhhhhhh —Roy rodeó su propio sexo duro como una barra de acero y lo apretó con su mano contra el cuerpo de Domingo para recibir cada potente empuje de sus caderas directo en el centro de su placer— no puedo... más...

—Roy...

—¿Qué?

—¿Sí o no?

—Mmmmmmmmmmmmmhhhhhhhh... ¿crees que... hace falta... ¡Dios! Así... eso, nene... oh, ¡Dios! ...que lo preguntes?



—¡Respóndeme!

—Yo... —si eso fuera posible, lo sintió aún más a fondo, sin dejar de mirarlo, sin que él dejara de verlo, no solo sus cuerpos desnudos, unidos, también sus almas, siendo uno solo en el instante mismo de tocar el cielo del placer— sí, ¡sí, Domingo! Sí, sí, sí... mmmmmmmmmmmhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh mil veces... sí... siempre..

—Te amo, Roy... ¡te amoooooooooooooooooooooooooooo!

—Te amo, Domingo... con todo mi corazón.

Domingo lo alzó en sus brazos, besándolo dulcemente en las mejillas, con aquellos ojos dorados cargados de emoción. Nunca se cansaría de pensar cómo ese hombre tan deslumbrantemente hermoso veía en él el mismo nivel de belleza o más, ya que aquella no se se eclipsaría ni una gota con el paso del tiempo. Y sin querer, se dio cuenta que era muy lógico, porque su delicioso señor Corona podría llegar a sacar panza, ser calvo y tener más arrugas que una pasa, pero para él siempre sería lo más bello y maravilloso de su vida.

—¿De qué te ríes, amor?

—De tí, nene.

—¿De mí? ¿Por qué? ¿Tan mal estuve?

—No seas arrogante, niño, sabes que estuviste magnífico. Aunque a veces sea una reina, entre hombres esto no se puede fingir.

—¿Entonces?

—Te imaginé panzón, calvo y arrugado.

—¿Y ese día me pedirás el divorcio?

—¿Acaso estás loco? Me gustan los viejitos obesos y pelados, no veo la hora de que te conviertas en uno.

—¡Bah! Para eso he comenzado a sisarme tus cremas, ¿o no te habías dado cuenta?

—Hice como que no, nene, pero la merma en los envases y tu ligero olor a señora cuarentona te delató, no quería hacerte sentir mal al decirlo.

—¿Señora cuarentona?! Sí que no tienes vergüenza, pequeñín. A tus cuarenta y siempre no tienes pase para burlarte de mis pequeños complejos dérmicos.

—Cuarenta y cuatro, amor.

—¡¿En serio?!

—Sí. Pero no se lo digas a nadie...

—Nadie me lo creería tampoco, precioso. Estás en tu punto.

Domingo empujó la puerta del cuarto, haciendo que Roy apenas pudiera respirar de la emoción ante cientos de pequeños cirios encendidos, docenas y docenas de rosas crema y carmesí y una elegante mesa dispuesta para la cena, sin olvidar algunos pétalos y bombones que invitaban luego a la cama.

—¡Amor! Es precioso.

—Y falta esto... —justo al centro de la mesa estaba el anillo, que tomó y se arrodilló ante Roy, que le tendió la mano para que lo pusiera en su dedo— ¿aceptas entonces, Roy?

—No acepto, nene, —Roy se arrodilló frente a él y le besó las manos— te ruego que tú me aceptes a mí, Domingo. Y si lo haces juro que te haré feliz incluso cuando seas un viejito panzón, pero con los ojos más bonitos del mundo. No tengo un anillo para darte, pero te lo compensaré en cuotas diarias de todo el cariño y la protección que alguien tan bello como tú merece. Y un poquito más.

—Acepto.

Riendo, se abrazaron, se besaron y se vistieron con lo primero que encontraron a mano para cenar.

Al setenta—treinta ya era el turno de Domingo de entregar ese lindo trasero y Roy no podía dejar de pensar en ello, saboreando cada bocado anticipando lo que se venía para el resto de esa noche.

Cada vez que se miraban, sonreían, sonrisas que, respecto a Roy especialmente, serían curiosamente reiteradas a lo largo de sus vidas, ya que su corazón no tenía forma de volver a ser pequeño y amargo, pero siempre una gotita ácido para que Domingo disfrutara por siempre ese sabor único que lo había enamorado.

Hola, soy M. A. Petersen.

Te agradezco por haber leído “DRAG”, espero que lo hayas disfrutado y que te entusiasmes en conocer el resto de mis novelas, aquí te dejo mi página de autor de amazon y otros links de interés, donde podrás comunicarte conmigo, intercambiar opiniones y estar al día de mis nuevos trabajos:

<https://www.amazon.es/l/B00CPVBM4U>

<https://www.facebook.com/let.letina>

<https://www.instagram.com/mapetersenromance/>

<https://mapetersen.home.blog>

Un cariñoso saludo, y hasta el próximo ;)

M. A. Petersen

- 
- [1] Referido a un formato televisivo que pretende mostrar sucesos reales que le ocurren a la gente común en un determinado marco, en este caso, un show de dragqueens
- [2] “Conocer y Saludar” al artista principal, los integrantes de la banda, bailarines, músicos o famoso de un show
- [3] Avance o sinopsis de una pieza de vídeo o similar que presenta un resumen de una película, serie o video
- [4] Es un anglicismo que hace referencia a los senos o pechos de una mujer
- [5] Vodka de guarda y colección de la reconocida marca Kauffman que llega a costar US\$1000 la botella
- [6] Diminutivo de *sister*, hermana en inglés
- [7] Frase de buena suerte dicha entre actores. En los siglos XVI y XVII los ricos acudían al teatro en carrozas tiradas por caballos. Cuanto más público pudiente acudía, más excrementos quedaban a la puerta del teatro.
- [8] Siglas de Very Important Person (persona muy importante), utilizadas para describir un sector exclusivo o a una persona de especial relevancia
- [9] Diminutivo en inglés que Domingo aplica para referirse a Roy sarcásticamente como “Señor Bianca”
- [10] Sociedad financiera que posee la mayoría de acciones y lleva la administración de un conjunto de empresas que se dedican a diversas actividades económicas o industriales
- [11] Expresión usada para referirse a alguien que es criticado con dureza o hablar mal de alguien
- [12] Plural del término usado para referirse a quien temporalmente se caracteriza y adopta los modismos culturales que convencionalmente se le asignan al género contrario, especialmente en un espectáculo
- [13] Apellido del protagonista de la novela “Cuento de Navidad” de Dickens, quien al principio de la historia es un hombre egoísta, tacaño y de corazón duro, al que le disgusta la navidad, los niños o cualquier cosa que produzca felicidad
- [14] Género musical folclórico extendido a otras artes nacido en regiones rurales del sur de Estados Unidos
- [15] Subgénero particular del western (películas del Viejo Oeste) que estuvo de moda en los años 1960 y 1970 y que se caracteriza por tener producciones europeas, en contraste con las películas tradicionales del género que se filmaban en Estados Unidos
- [16] Dibujo, imagen, gif o video usado para recrear visualmente los sentimientos o situaciones que las personas viven en su vida diaria, que generalmente tienen un corte humorístico y que se comparten viralmente en sitios web o redes sociales
- [17] Espectáculo en el que una persona se va desnudando poco a poco, y de una manera insinuante
- [18] El arte pop fue un movimiento artístico de mediados del siglo XX inspirado en la estética de la vida cotidiana y los bienes de consumo de la época
- [19] “Truquearse” es la técnica mediante la cual un individuo esconde el bulto de la entrepierna del pene y los testículos para que no se destaquen a través de la ropa. “Truco”, por tanto, es el resultado de dicha técnica
- [20] Especie de calzón con largas tiras que se usa para hacerse el ya mencionado “truco”, normalmente confeccionado con una pieza de tela dura o cuero para dar la sensación de piel lisa bajo la ropa
- [21] El huracán Katrina fue uno de los más destructivos y el que causó más víctimas mortales de la temporada de huracanes del atlántico en 2005. El mayor número de muertes se registró en Nueva Orleans, que quedó inundada porque su sistema de diques falló, colapsándose muchos de ellos varias horas después de que el huracán hubiese continuado tierra adentro
- [22] *La Gran Manzana* se popularizó como sobrenombre de la ciudad de Nueva York gracias a John J. Fitz Gerald en un artículo de una edición del *New York Morning Telegraph* en los años 1920 en referencia a las carreras de caballos en Nueva York
- [23] Comedia de terror estadounidense de 1984 en que criaturas tiernas se reproducen al ser mojadas, se vuelven malvadas al comer tras media noche, y mueren al exponerse a la luz solar
- [24] Forma coloquial de referirse al diablo por la cola puntiaguda que luce en pinturas e ilustraciones
- [25] El término original es Bahaaláwo, que traduciéndolo de forma literal significa “padre o conocedor de los secretos”, es un título religioso cubano correspondiente a los sacerdotes consagrados a Ifá, los que pueden ver y

manipular el futuro por su comunicación con Orunla y las demás deidades del Yoruba

[26] Actor porno irlandés considerado entre los 10 favoritos del ambiente gay

[27] Uno de los lugartenientes de Satán y príncipe de los infiernos. Se le representa como un personaje de elegancia y ropas de noble. Es extremadamente racional e inteligente y lo utiliza a su favor para engañar las mentes de los pecadores para capturar sus almas

[28] Baywatch, serie de televisión estadounidense sobre los socorristas de los Ángeles, California

[29] Canción principal de la banda sonora de la película “La Chica de Rojo”

[30] También conocido simplemente como el Coyote es un personaje de los Looney Tunes, eterno persecutor del Corre—Caminos

[31] Dios griego del sol, de la luz y la claridad, de la música y la poesía, de la integridad y el equilibrio, en definitiva, de la belleza

[32] Serie estadounidense de animación dirigida al público adulto

[33] Según mucha gente, nombre científico con el que se le conoce al diablo

[34] Esta abreviatura se corresponde con la palabra disc jockey, que se podría traducir como operador de discos

[35] Literalmente vestíbulo. Se trata en español de grupo o colectivo con intereses comunes que realizan “presión” ante gobiernos u organizaciones para obtener decisiones favorables a sus intereses

[36] Uno de los museos de arte más destacados del mundo. Situado en el distrito de Manhattan, en la ciudad de Nueva York, abrió sus puertas el 20 de febrero de 1872. La colección del museo es de más de dos millones de obras de arte de todo el mundo

[37] Es una sala de conciertos en Manhattan, Nueva York. Es uno de los sitios ilustres de los Estados Unidos tanto para los músicos clásicos como para los populares, famoso no sólo por su belleza e historia, sino por su extraordinaria acústica

[38] Parque urbano público situado en el distrito metropolitano de Manhattan, en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos, escenario e inspiración de muchos libros, películas y series

[39] Revista femenina, conocida popularmente como Cosmo, que ha sido publicada por más de un siglo

[40] Autofoto o autorretrato realizado con una cámara fotográfica, generalmente digital, o con un teléfono móvil

[41] Pintor y escultor español, creador, junto con Georges Braque, del cubismo

[42] Significa la parte de arriba. Expresión utilizada para definir el rol de los activos, que en las relaciones gay son los que penetran

[43] Significa la parte de abajo, el fondo, o también se puede traducir derechamente como culo. Expresión utilizada para definir el rol de los pasivos, que en las relaciones gay son los penetrados

[44] Celo de los ciervos y algunos otros animales salvajes

[45] Barrio de Manhattan, cerca del distrito de los teatros, una zona que por mucho tiempo ha albergado a actores y organizaciones de arte, además de ser un punto central de la cultura gay

[46] Esta zona de Manhattan fue el corazón de los movimientos por los derechos gay en Nueva York durante los años 60 y 70

[47] Expresión popular que se usa para hacer notar a un interlocutor que su discurso es un tanto reiterativo, muy a pesar de los majaderos hechos. Las gallinas tienen cloaca, y no vejiga, por lo que definitivamente no orinan

[48] Infección que ocasiona el SIDA, interviniendo con la capacidad del cuerpo de combatir enfermedades oportunistas

[49] Es la zona más degradada y peligrosa de Nueva York, habitada principalmente por negros e hispanos, y donde las bandas y pandillas campean a sus anchas

[50] El término otaku se emplea popularmente en Japón y en otros países y se ha convertido en sinónimo de persona con aficiones apasionadas al anime o manga, que es el comics japonés

[51] Empresa estadounidense que proporciona a sus clientes a nivel internacional vehículos de transporte con conductor, semejantes a un servicio de taxis, a través de su software de aplicación móvil

[52] Es uno de los principales lugares de interés de Nueva York, con una rotonda que da acceso a cada rincón de la

ciudad Se sitúa en la intersección de Broadway, Central Park West, Central Park South y de la Octava Avenida, en el ángulo suroeste de Central Park. La plaza fue bautizada en honor de Cristóbal Colón

[53] El lujoso y residencial Upper East Side es conocido por sus ricos habitantes, elegantes restaurantes y tiendas de diseñador a lo largo de Madison Avenue. Es un vecindario bonito, con una mezcla de casas de ladrillo rojo clásicas y refinados edificios de gran altura

[54] Acompañante masculino remunerado, normalmente confundido con la prostitución de lujo

[55] Literalmente “tocado” en francés. Expresión proveniente del esgrima que utiliza una persona en una discusión o debate cuando recibe un argumento de su oponente que lo desmonta o desenmascara

[56] Servicio de reparto, normalmente de comida, que ofrece un comercio para entregar sus productos en el domicilio del comprador

[57] Diminutivo de roommate. Un compañero de cuarto es una persona con quien uno comparte una vivienda, como una habitación o un dormitorio sin estar involucrado románticamente o con la familia

[58] Cuento de fantasía creado por el Dr. Seuss, en el que el Grinch es un villano que programa arruinar la Navidad para los residentes de Villaquien. Significa gruñón, rezongón, aguafiestas, persona que arruina los momentos alegres de otros

[59] Es un arte marcial chino practicado por millones de personas en todo el mundo debido a los múltiples beneficios que ofrece, tanto a nivel corporal como mental, por la parte de meditación que incluye

[60] Es un arte marcial defensivo japonés, que privilegia la evasión y la redirección de la fuerza del atacante de forma circular o espiral

[61] Término empleado en Japón para designar un espacio destinado a la práctica y enseñanza de la meditación y/o las artes marciales tradicionales modernas o gendai budo

[62] Canal privado estadounidense que ofrece ‘Entretenimiento Inteligente’ y provee programación de alta calidad en las áreas de ciencia, ingeniería, tecnología, motor, aventura y estilos de vida

[63] En Japón los ninjas eran un grupo de mercenarios entrenados especialmente en formas no ortodoxas de hacer la guerra, en las que se incluía el asesinato, espionaje, sabotaje, reconocimiento y guerra de guerrillas, con el afán de desestabilizar al ejército enemigo, obtener información vital de la posición de sus tropas o lograr una ventaja importante que pudiera ser decisiva en batalla

[64] Estilo de cama tradicional japonesa consistente en un colchón y una funda unidas de pocos centímetros de alto que puede ser plegada durante el día para dar otros usos a la habitación.

[65] El concepto se empleaba en el Japón de la antigüedad cuando, en el marco del sistema feudal, existía una casta de militares que prestaban servicios a los señores (daimios). A veces aparecen retratados como héroes de conducta honorable, mientras que en otros casos son exhibidos como personajes oscuros y solitarios

[66] Término japonés con el que se designa a un maestro, a un sabio o a una persona docta. Fuera del Japón se emplea sobre todo en el mundo de las artes marciales tradicionales o gendai budō y en la cultura otaku

[67] Pantalón ancho y tableado de tela gruesa utilizado para practicar aikido

[68] Hermoso jardín a la francesa ubicado en la zona más importante de negocios de Manhattan en el que se ubica la Biblioteca Pública de Nueva York y que está rodeado de imponentes rascacielos

[69] Barrio residencial de Brooklyn que se transforma en un destino de relajación y entretenimiento cada verano. Los residentes y turistas llenan su playa, Wonder Wheel y Luna Park, un parque de diversiones con la famosa montaña rusa Cyclone

[70] Uno de los más emblemáticos y famosos rascacielos del mundo, situado en la intersección de la Quinta Avenida y West 34th Street, en la ciudad de Nueva York

[71] Plural de cannolo, es un dulce típico de la región italiana de Sicilia, de donde es originario. Consiste en una masa enrollada en forma de tubo que dentro lleva ingredientes mezclados con queso ricota

[72] La Pequeña Italia es un barrio en Manhattan, Nueva York, llamado así por haber estado poblada en sus orígenes por gran cantidad de inmigrantes italianos, centro de alto atractivo turístico por sus tiendas y restaurantes

[73] Icónica intersección de calles en Manhattan. Antes llamada Plaza Longacre, está situada en la esquina de la Avenida Broadway y la Séptima Avenida. Recibió su nombre actual por las oficinas de The New York Times, que se

encontraban en el edificio One Times Square

[74] Sitio web de ofertas del día que presenta cupones de descuentos utilizables en compañías a nivel local, nacional e internacional

[75] Alphonse Gabriel Capone fue un famoso gánster estadounidense de los años 20 y 30, comenzando su carrera delictual en Brooklin, Nueva York

[76] Proceso realizado en un hotel, aeropuerto o puerto, que consiste en registrar la llegada de una persona, que esta arribando al lugar, donde es encargado el recepcionista

[77] Principal aeropuerto doméstico de la ciudad de Nueva York, el más cercano a Manhattan

[78] Donald John Trump es el 45.º presidente de los Estados Unidos desde el 20 de enero de 2017. Antes de entrar en la política, fue un empresario y personalidad televisiva

[79] Fotógrafos de prensa que se dedican a hacer fotografías a los famosos sin su permiso

[80] Una de las sesenta y nueve joyas creadas por Carl Fabergé y sus artesanos de la empresa Fabergé, considerados una obra maestra de la joyería, para los zares de Rusia, así como para algunos miembros de la nobleza y la burguesía industrial y financiera, entre los años 1885 y 1917

[81] The New York Times es un periódico publicado en la ciudad de Nueva York por Arthur Ochs Sulzberger Jr., que se distribuye en los Estados Unidos y muchos otros países

[82] Vestimenta tradicional japonesa hecha de algodón. Se usa principalmente para los festivales de verano o estaciones cálidas. Es mucho más ligero que el kimono al no tener la capa que cubre normalmente a este y al no estar hecho de seda

[83] Banda británica de rock formada en 1970 en Londres por el cantante Freddie Mercury, el guitarrista Brian May, el baterista Roger Taylor y el bajista John Deacon

[84] Cuarto sencillo del disco "A Day at the Races" realizado en 1976 por la banda de Rock inglesa Queen. Es una canción de amor que habla de un buen amante a la antigua

[85] Reina